MARCELA MOURÉ



LO DIJO EL *destino*

¿Y si hubiera un truco para encontrar el amor?

Lo dijo el destino

Marcela Mouré

© 2022, Marcela Mouré
© Diseño de portada: Marcela Mouré

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, sin autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Puede contactar al autor en www.marcelamoure.com.

Las dificultades a menudo preparan a la gente común para un destino extraordinario.

C. S. LEWIS

Prólog**o**

Megan tomó asiento frente a la doctora Donovan. Se sentía cada vez más nerviosa. Su propio perfume la estaba asfixiando, había sido una pésima idea usar algo tan fuerte, pero había querido darse ánimos y sentirse una mujer poderosa. Una tontería, si bien el perfume transmitía justo eso, siempre debía ir acompañado de la actitud y la verdad era que ella se sentía pequeña.

—Buenas tardes, Megan —saludó la ginecóloga con su sonrisa simpática de siempre.

—Buenas tardes, doctora Donovan. —Intentó sonreír con naturalidad—. Hace un día cálido para ser primavera —agregó de forma desesperada para no entrar en el tema por el cual se encontraba ahí.

La otra mujer asintió en silencio antes de abrir la carpeta que tenía frente a sí y analizar los documentos que allí se encontraban. Entonces, Megan lo supo.

Había pasado una semana horrible. Incluso había atrasado la cita médica, ya que se sentía incapaz de afrontar la realidad. Porque sí, en el fondo ella lo sabía. No era estúpida, conocía su cuerpo.

Al principio había sido tan ilusa al pensar que todo se debía a un embarazo, pero desde la primera consulta quedó claro que ese no había sido el caso. Había estado a punto de echarse a llorar frente a su ginecóloga cuando esta le confirmó que sus síntomas no eran producto de un embarazo.

—Tal como me lo imaginaba —empezó la doctora Donovan—, tus niveles hormonales no son los adecuados, Megan.

—¿Qué significa eso? —preguntó, tajante.

—Las hormonas son responsables de muchos procesos naturales en el cuerpo y para cumplirlos deben estar en un nivel óptimo. Si estas sufren un desequilibrio, este se verá reflejado de una u otra forma en nuestra salud. —La mujer apoyó los codos sobre el escritorio y unió las palmas de sus manos, con un gesto de genuino interés preguntó—: ¿Sabes si tu madre u otra pariente cercana ha sido diagnosticada con falla ovárica?

El fuerte olor del perfume de Megan, una mezcla de madera de agar y vetiver se volvió insoportable, como si le recordara a Megan que pretender ser una mujer fuerte no la convertía en una.

—¿Falla ovárica? —replicó la paciente con voz suave.

No había que ser un genio para comprender que esa pregunta no era especialmente alentadora. El nombre era claro, demasiado.

—Insuficiencia ovárica antes de los cuarenta años —explicó la médico—. A esta edad lo normal es que el cuerpo de una mujer siga siendo fértil, sin embargo…

—Menopausia precoz —interrumpió Megan.

A la ginecóloga no le pasó desapercibido el fallido intento de su paciente por aparentar

entereza. Ya había notado que el resultado negativo de la prueba de embarazo le había sentado mal, no obstante, ese solo había sido el inicio.

—No es lo mismo, pero lo uno lleva a lo otro —reveló—. Para llamarlo menopausia precoz, debe haber una ausencia de periodos menstruales de al menos un año.

—¡Yo llevo cuatro meses! —soltó Megan con auténtico miedo.

—¿Sabe si alguna mujer en su familia ha sido diagnosticada con esto? —Megan negó con la cabeza—. Bien, pues no hay una causa específica para la falla ovárica. Si bien puede ser algo hereditario, también hay otros factores y a veces nada en específico.

—¿Entonces esto es lo que está pasando conmigo?

La doctora Donovan extendió su mano por encima del escritorio y la colocó sobre la de Megan como un gesto que buscaba demostrar comprensión y apoyo, sin embargo, Megan se sentía tan impactada que ni siquiera fue consciente de ello.

—Acabas de cumplir treinta y siete años, Megan, pero ahora mismo tus niveles hormonales están como si tuvieras más de cincuenta. Además de esto, tus síntomas se corresponden con…

—Solo quiero saber si voy a poder ser madre —interrumpió Megan.

La doctora Donovan no se sorprendió, era la pregunta que hacían casi todas las mujeres en esa situación. Lo que sí la tomó por sorpresa fue el desespero que vio en la mirada de su paciente. Entonces fue cuando recordó que Megan no tenía hijos.

—No puedo decírtelo con certeza…

—¿Puedo o no puedo? —insistió la paciente.

La médico suspiró antes de contestar, con cautela:

—Con los niveles hormonales actuales y sin tener el periodo, no. Tu cuerpo en este momento no está funcionando como debe.

Megan se llevó una mano al pecho. Dios, estaba mareada, aunque sus manos estaban heladas, ella sentía su pecho hirviendo.

—¿Podré en el futuro? ¿Esto tiene solución? —cuestionó sin importarle cuán desesperada sonaba cada vez que hablaba.

—Lo siento, Megan. Esa es una respuesta que no puedo darte. Tus análisis no son nada favorables. Pero la terapia algunas veces ayuda en este aspecto.

—¿Algunas?

La doctora Donovan se removió incómoda en su asiento.

—El porcentaje de mujeres con falla ovárica que logran quedar embarazadas no es alentador. Ahora lo más importante es regular tu nivel hormonal y ver cómo responde tu cuerpo ante la terapia. Una vez consigamos un buen balance, pondremos el tema de la fertilidad sobre la mesa. Tu salud ahora mismo es lo más importante.

Megan asintió, con ojos vidriosos, luego se puso de pie.

—Debo irme —anunció.

La doctora Donovan se puso de pie de un salto.

—La consulta no ha terminado…

—Ha terminado para mí —respondió la paciente mientras se acomodaba el asa de su bolsa en el hombro.

—Necesitas tratamiento y aún debo hacer más pruebas.

—Agendaré mi próxima cita en cuanto pueda.

—Megan, sé que lo que te he dicho hoy no es un trago fácil de digerir. Pero en este momento lo más importante no es tu fertilidad. Tu cuerpo está en un caos hormonal y necesitamos regularlo. Cuánto antes atendamos este asunto, mejor.

—¿En serio cree que me importa si engordo más o si mi humor se pone cada vez peor? ¡No voy a poder ser madre! ¡Ese es mi verdadero problema!

—Lo que te sucede va más allá del peso, los cambios de humor y la fertilidad.

—Bien, lo discutiremos la próxima vez.

Sin agregar más e ignorando el llamado de la médico, Megan se marchó como si tal cosa.

Se metió en su auto como mejor pudo. Se abrazó al volante y gritó en una búsqueda desesperada de calma. En tan solo una semana su vida se había ido a la mierda. Se sentía tan pequeña y sola.

No había dejado escapar ni una lágrima, pero estas le quemaban los ojos. Justo en ese momento su móvil empezó a sonar. Contestó en modo automático.

—¡Hola, Meg! —saludó la voz alegre de su tía Paris—. ¿Cómo va todo?

Megan sintió alivio al escuchar a su tía. De todas las personas en el mundo, ella sería la única que no se compadecería de su situación.

—¿Podemos vernos? —preguntó la sobrina.

—Claro que sí, es el motivo por el que te llamo. Tengo algo escandaloso que contarte.

Megan frunció el ceño.

—¿Escandaloso?

—Maldición, no puedo aguantarme más —chilló Paris—. ¡Me caso, Meg, me caso!

Entonces Megan dejó caer el teléfono sobre su regazo y sintió que todo el oxígeno desaparecía, su corazón acelerado estaba a punto de estallarle en el pecho.

1

3 MESES DESPUÉS

Megan sonrió cuando vio a su madre darle un azote en el trasero al *stripper* que, con movimientos sexis, bailaba frente a ella. En definitivo, Susan Murray se había pasado un poquito con el alcohol. Cosa que no era sorprendente, tratándose de la despedida de soltera de Paris.

De hecho, todas estaban un poco achispadas ya y ni siquiera era media noche. Solo Megan era la excepción. Se había asegurado de mantenerse lejos del alcohol. Porque ella, a diferencia del resto, no se pondría pícara ni se convertiría en el alma de la fiesta; más bien temía ponerse a llorar como una loca y soltar todos esos horribles pensamientos que la estaban convirtiendo en un monstruo.

Los últimos seis meses habían sido un infierno y cada vez le costaba más sobrellevar su vida. Con asiduidad se encontraba a sí misma dándose ánimos para seguir adelante. ¿Quién era esa Megan? Esa que se echaba a llorar por todo, se sentía miserable y odiaba a todos a su alrededor. Ella no era así, era una persona positiva, alegre, agradecida y de buen corazón.

Ya ni siquiera podía reconocerse en el espejo. Estaba pálida, envejecida y había subido de peso. Pero lo que más la asustaba, eran sus ojos. Antes tan azules y alegres, ahora se habían vuelto oscuros e impenetrables. A Megan no le gustaba lo que veía en ellos y le daba temor que alguien más lo descubriera.

Ya no era la misma, ya no era ella. Había fingido, incluso para sí misma, que no pasaba nada. Se había hecho la de la vista gorda, pero estaba claro que su estrategia no estaba sirviendo de nada. Necesitaba resolver eso cuanto antes. Cuando encontrara ánimos, cuando se sintiera fuerte de nuevo.

Estaba segura de que después de la boda todo mejoraría. Aunque era cierto que adoraba a Paris y que entre ellas siempre había existido una conexión más allá de sus lazos de sangre, a Megan la noticia del matrimonio no le había sentado de la mejor manera.

Si bien se había enterado en un pésimo momento, Megan sabía que esa no era la única razón. La verdad era que estaba resentida con Paris. Aún le parecía increíble que Paris, la mujer ingobernable de las Redford, fuera a casarse a sus sesenta y dos años luego de haber predicado toda su vida que ella había nacido para ser libre y salvaje.

Durante los últimos tres meses no se había hablado de otra cosa más que de la boda y Megan estaba harta. Sobre todo, porque siempre salía a la luz el tema de que una vez Paris se casara, Megan pasaría a ser la solterona de la familia. Por supuesto nadie había usado ese término con Paris, pero con Megan la cosa era distinta. Que a sus treinta y siete años ni siquiera tuviera novio era todo un tema.

En cambio, Paris se había mantenido soltera porque así lo había deseado y punto, pretendientes nunca le habían faltado. Ella era ese tipo de mujer que tenía un encanto especial.

La mujer que todos deseaban y pocos podían conseguir. Por eso Paris siempre había sido la mujer fatal de la familia y Megan la solterona.

La familia Redford era una familia tradicional donde las mujeres siempre eran más y todas parecían estar destinadas a encontrar el amor de su vida y formar una familia, menos Megan, claro.

Lo peor de todo era que nada de eso importaría si Megan no hubiera sido siempre una romántica soñadora. Desde adolescente había imaginado cómo sería su vida de adulta y en ella siempre había incluido a un hombre encantador y unos niños preciosos.

Sabía que ahora todo era distinto, las mujeres podían conquistar el mundo si les daba la gana. Casarse o ser madre no las definía. Había otras metas, otros planes, otros sueños. Sin embargo, ella era una maldita ambiciosa y lo quería todo. Esa era la absurda verdad.

Megan tenía todo lo que cualquier persona querría tener. Una familia y amigos a quienes amaba, el trabajo de sus sueños, una empresa exitosa y una casa preciosa que acababa de comprar. Era consciente de que muchas mujeres en el mundo ni siquiera podían permitirse el lujo de soñar con lo que ella tenía. Si bien había trabajado duro por sus sueños, también debía admitir que el simple hecho de nacer en un país libre se debía a la suerte.

Era por ello por lo cual odiaba lo frustrada y triste que se sentía respecto a su vida, porque no era una malagradecida. Se había repetido hasta el cansancio que la vida era así, no se podía tener todo lo que se deseaba. La vida no era perfecta y era hora de asumir que había cosas que simplemente jamás pasarían y ella debía seguir adelante.

Megan le dio un sorbo a su Coca-Cola. Apenas terminara la boda, tomaría las riendas de su vida. Necesitaba resolver lo que le estaba sucediendo y volver a ser ella misma. A pesar de que su infertilidad había sido un golpe duro, ella era más que eso. Nunca había necesitado de un hombre ni de ser madre para ser feliz, volvería a ser feliz entonces. Lo superaría, solo era una mala racha. Aunque la vida se riera a carcajadas en su propia cara.

Miró la hora, faltaban quince minutos para la media noche. El tiempo se le estaba haciendo eterno. Lo único que deseaba era llegar a casa, tomarse las pastillas para dormir y despertar la semana siguiente. Sin embargo, eso era algo que no podía permitirse.

La boda sería dentro de dos días y Megan aún no había terminado la gargantilla que llevaría su tía, como parte del ajuar. Así que, por mucho que deseara llegar a casa a dormir, lo que debía hacer era ponerse manos a la obra y terminar el trabajo que por tanto tiempo había aplazado.

Megan le dio un último sorbo a su Coca-Cola mientras observaba a la distancia cómo todas las mujeres de su familia disfrutaban de la noche, incluso su abuela Lily bailaba con las demás como toda una veinteañera. En medio de todas, Paris resaltaba con su melena rojo sangre y esa actitud desenfadada que tanto la caracterizaba.

A Megan se le encogió el corazón, ojalá ella también pudiera disfrutar el momento y sentirse genuinamente feliz por Paris. Ojalá la envidia no opacara el amor que sentía por su tía y le permitiera compartir su felicidad.

Se puso de pie y se dirigió al baño. Ahí estaban esos pensamientos horribles de nuevo, acechándola, convirtiéndola en una persona espantosa y resentida. Para cuando estuvo dentro del baño de mujeres, el ritmo de su corazón ya se había acelerado. Se puso de pie frente al espejo y se enfocó en su respiración, no deseaba que nadie la viera tener uno de sus ataques.

Se concentró en la imagen que le devolvía el espejo, pero ese fue un error. Las luces del lugar no eran las mejores y lo único que hacían era acentuar las sombras bajo sus ojos, su cabello rubio descuidado y lo ajustado que le quedaba el vestido que llevaba esa noche. Además, ¿desde cuándo tenía el rostro tan manchado?

Primero había creído que todo se debía a que dormía cada vez peor. Aunque lo cierto era que el cabello se le estaba cayendo a mechones y la piel la tenía tan seca que, si se maquillaba, se veía como si tuviera quince años más. La nariz y las mejillas las tenía descamadas. Por no decir que se le había hecho una mancha en el bigote. Incluso lo notaba en la piel del cuerpo, ahora todos los zapatos le causaban rozaduras. Dudaba que esos cambios estuvieran relacionados con el insomnio.

Debía agendar cita con la doctora Donovan… Si tan solo se sintiera lo suficientemente fuerte para enfrentarse a ello. Sacudió la cabeza. Lo haría, lo haría. Solo necesitaba procesarlo.

—Dios mío, ¿quién eres? —susurró a su reflejo mientras se le hacía un nudo en la garganta.

Justo en ese momento se abrió la puerta de golpe. Megan dio un respingo. Su mirada se cruzó con la de Zoe, una de sus primas. Megan sonrió de forma fugaz antes de desviar la mirada y fingir que se retocaba el peinado. Incluso ella misma pudo ver su cara de horror. Se sentía como una niña a la que habían descubierto haciendo algo malo. Aunque nadie sabía lo que le pasaba, ella tenía la sensación de que los demás podían ver a través de sus ojos y eso la aterraba.

—Ay, pero si aquí está el alma de la fiesta —balbuceó Zoe—. ¡Casi ni te he visto!

—Es que tengo un dolor de cabeza horrible —mintió Megan con un encogimiento de hombros.

Zoe asintió, aunque fue evidente que no creyó lo que escuchaba.

—Por eso estás soltera, Megan —asumió Zoe al tiempo que se ponía al lado de su prima, sacaba un labial de su diminuta bolsa y se recomponía el maquillaje.

Megan se limitó a asentir. Lo que menos necesitaba era hablar de ese jodido tema.

—¿Hace cuánto que no tienes novio? —continuó Zoe.

—Hace tanto que ya ni lo recuerdo —respondió Megan dándole un tono divertido a la respuesta, a pesar de que lo que quería era empujar la cara de su prima contra el espejo y decirle que se metiera en sus propios asuntos y no la volviera a molestar nunca.

—Las mujeres siempre llevamos cuenta de esas cosas. ¿Dos años? —insistió.

Megan frunció el ceño y, como una inocente criatura que da un paso en falso en mitad del bosque, cayó en la trampa.

—Jacob y yo terminamos hace cuatro meses.

—¿Jacob Sanders? —Zoe soltó una sonora carcajada, se volteó hacia su prima aun riendo—. Ese idiota no fue tu novio. Por Dios, si ese tipo se ha tirado a medio pueblo.

Megan se quedó boquiabierta. Por supuesto que Jacob y ella habían sido novios. Bueno, no lo habían pronunciado nunca en voz alta, pero es que esas cosas ya no se hacían y ellos no eran unos niñitos para andarse con tonterías.

—Por supuesto que no estoy diciendo que seas como las demás —se apresuró a decir Zoe al ver la cara de su prima—. De hecho, eres demasiado para ese perdedor.

—Ya.

—Es comprensible que hubieras caído en sus enredos. Es que siempre has sido una romántica, Meg, y él un cabronazo. —Zoe guardó el labial en su bolsa—. No te sientas mal por ello, solo unas pocas mujeres podrían atrapar a un hombre como Jacob.

—¿Qué mujeres?

—Mujeres como la tía Paris. Ya sabes, esas que saben cómo agarrar de las pelotas a un hombre y ponerlos a comer de su mano. Mira a la tía, con más de sesenta y va a casarse con un hombre veinte años menor que ella, guapísimo y adinerado. Todo lo que desearía cualquier mujer. —Zoe frunció el entrecejo—. ¿Sabes lo que le dijo Jacob a Leo?

Leo era el hermano de Zoe.

—Pues no.

—Dijo que tú eras la única de las primas Redford que faltaba en su lista.

Megan se quedó perpleja.

—¿La única?

—No te sientas mal, el idiota es bueno cuando quiere serlo. En mi caso fue peor, yo estaba en el último año de colegio y creía que sería el amor de mi vida. Fue horrible. Pero, bueno, tú ya estás vieja para esas tonterías y sabes cómo son los hombres en verdad…

—No tenía ni idea —dijo Megan, ignorando el hecho de que ella sí que se había ilusionado como una jovencita.

—Jacob incluso intentó ligarse a la tía Paris. Por supuesto ella no le dio ni la hora… Deberías hacer lo mismo que ella; subir tus estándares —aclaró Zoe antes de marcharse.

Megan asintió.

Una vez la puerta se cerró tras Zoe, apoyó las manos en el lavamanos. Sabía que Jacob era un idiota, entonces por qué le dolía. Más idiota había sido ella por haber caído en su juego. Lo conocía de toda la vida, sabía que era un mujeriego empedernido y aun así había pensado que ella sería la mujer que lo cambiaría. Qué estupidez. Sintió nauseas al recordar la ilusión que había sentido cuando creyó estar embarazada y la respuesta que había recibido por parte de él.

La puerta volvió a abrirse. Esta vez quien entró fue Patsy, su mejor amiga. La morena entró con una sonrisa de oreja a oreja que desapareció al instante cuando vio a Megan.

—¿Estás bien? —preguntó al tiempo que se acercaba a la rubia.

—¿Sabes que nunca le dije a Jacob que era un imbécil?

Patsy frunció el ceño.

—No se merece ese gasto de saliva y tiempo, créeme.

—No, pero yo sí me merezco ponerlo en su lugar. —Se humedeció las palmas de las manos y luego se las llevó a las mejillas—. Debo irme.

Patsy la tomó del brazo y la detuvo.

—¿Qué demonios te pasa, Meg? En serio, me tienes preocupada.

Megan abrazó a su amiga.

—Te lo contaré, te lo prometo. Solo dame un tiempo.

La abrazó más fuerte y sin agregar nada más se marchó.

Al demonio todo, no esperaría hasta que pasara la boda para tomar las riendas de su vida. Lo haría ya y empezaría por Jacob, cerraría ese capítulo. Al fin de cuentas, con Jacob era que había empezado su mala racha. Su relación había sido una montaña de emociones, casi todas negativas.

Zoe tenía razón cuando decía que Jacob sabía ser bueno cuando le convenía. Era un idiota, sí; pero era encantador, divertido, sexi y guapísimo. La había hecho sentir especial. Siendo realista, la verdad era que su experiencia con los hombres daba mucho que desear, así que tampoco había sido un trabajo demasiado difícil para Jacob. Además, estaba el sexo. Así había empezado todo.

Se estremecía al recordar la pericia con la que sus manos acariciaban su cuerpo, esos besos que dejaban calor por toda su piel y las noches que no acababan cuando estaban juntos. Oh, sí, Jacob le había dado un placer hasta entonces desconocido. Se avergonzaba al admitir que los mejores orgasmos venían siempre después de una pelea. Después de que él la hundiera en la mierda y luego, cuando le diera la gana, comprara su perdón con un ramo enorme de rosas, un te quiero falso y una sesión de sexo que dejaba agujetas al día siguiente.

Megan apretó los puños cuando estuvo frente a la puerta del apartamento de Jacob. De

repente se sentía invencible y ansiosa por decirle lo despreciable que había sido. Entonces llamó a la puerta y se quedó de piedra cuando vio a una jovencita que debía rondar los veinte.

La chica arqueó una ceja con impaciencia, incitando a la intrusa a hablar cuanto antes. Megan dedujo que la pobre inocente debía estar deseando regresar a la cama con Jacob, conocía esa sensación.

—¿Está Jacob?

—¿Quién eres? —respondió la chica con suspicacia.

—¿Está Jacob? —repitió Megan con firmeza.

Justo en ese momento el susodicho apareció tras la mujer de la puerta. Con un simple gesto de la barbilla, le indicó a la chica que entrara, esta así lo hizo. Sin objetar, aunque con evidente molestia.

—Megan, preciosa, ¿a qué debo este honor? —empezó él mientras se acercaba a ella para saludarla con un beso en la mejilla.

Megan lo apartó de golpe.

—Solo vine a decirte una cosa. —Tomó aire antes de continuar—. Eres la peor basura que he conocido. Un egocéntrico de mierda que se cree mejor que los demás. —Él hizo amago de abrir la boca, pero Megan continuó sin dejarlo hablar—. Por no decir que eres un mediocre que nunca ha conseguido nada en la vida. Me hiciste creer que era afortunada porque te fijaras en mí. —Soltó una carcajada—. ¿En serio? Dios, qué estúpida. Yo soy una mujer inteligente, talentosa y exitosa. Tú no eres nada de eso en absoluto, maldito fracasado.

Jacob, quien estaba conteniendo la risa, no pudo más. Se llevó las manos al estómago y se carcajeó como si todo fuera un chiste muy gracioso.

—Vaya, Megan… —balbuceó entre risas—. Estás como una puta cabra. ¿Qué mosca te picó?

—Te odio.

Jacob arqueó una ceja.

—Guapa, ambos sabemos que solo tengo que mover un dedo para que regreses conmigo, como siempre. Me adoras.

Megan le clavó el dedo índice en el pecho y contestó:

—Te moriste el día que decidiste desaparecer como un cobarde cuando te dije que podía estar embarazada. Sé que no te crees lo que te digo, porque tu ego es demasiado grande para que lo hagas, pero te lo voy a demostrar de una forma en que sí lo vas a entender.

Megan sacó el juego de llaves que llevaba en la bolsa y lo sostuvo en alto, tomando una llave en específico.

—Recuerdas tu deuda, ¿cierto?

La cara de Jacob era un poema. Miró con atención la llave, mientras su cerebro intentaba procesar lo que estaba sucediendo, ya no le resultaba tan divertido.

La llave pertenecía al nuevo auto de Jacob. No obstante, Megan era la dueña legal de este, ya que Jacob estaba tan endeudado que no podía comprar nada a su nombre porque corría el riesgo de que fuera embargado. Por esa razón ella le había hecho el favor y también le había prestado una parte del dinero para que se diera el gusto.

—Tienes exactamente una semana para que me pagues todo el dinero que me debes, Jacob Sanders. Cuando lo hagas, entonces te devolveré a *tu bebé*.

—¡Qué demonios!

Megan sonrió.

—Chúpate esa, hijo de puta. En verdad espero que no puedas reunir ni un centavo de lo que

me debes. Ay, será tan placentero verte suplicar…

—Yo no…

—Son quince mil, por si no lo recuerdas —interrumpió—. Ah y no te atrevas a impedirme llevarme el auto porque te juro que llamo a la policía. No tienes nada que hacer.

—Yo pagué ese auto y me pertenece.

—Hay quince mil dólares míos ahí.

—¡Costaba más de sesenta mil!

—Ese es tu problema. Yo no soy una organización benéfica, cabrón. Nadie me va a devolver el tiempo y la paz que perdí contigo, pero créeme que sí voy a recuperar el dinero…

—No lo haces por el dinero.

Megan se acercó a él, tanto que Jacob tuvo la sensación de que lo besaría y entonces le dijo:

—No, lo hago por la satisfacción. No eres nadie, nunca lo has sido. Necesitas humillar a una mujer, engañarla y manipularla para tener poder. Por no hablar de los lujos de los que siempre te regodeas para conseguir estatus, pero ni siquiera te los puedes costear. ¿Te gusta cómo se siente, Jacob?

—Megan, no puedes… —Tomó el rostro de ella en sus manos, cambiando de táctica—. Sabes cuánto te quiero… Para mí tampoco ha sido fácil… Yo te quería… Te quiero —se corrigió—. Podemos solucionar esto…

—Una semana —advirtió Megan—. Solo eso. Buenas noches.

Megan se marchó temblando, aunque satisfecha. Le había dado donde más le dolía, había cerrado el capítulo y enterrado para siempre a Jacob.

Cuando salió a la calle se encontró con la grúa que había llamado al salir de la despedida de soltera. Jacob intentó impedir que se llevaran el auto, pero cuando Megan lo amenazó con demolerlo ahí mismo tuvo que hacerse a un lado.

Lo sucedido sería la comidilla del pueblo la mañana siguiente. Definitivamente la venganza era un platillo que se servía frío.

2

La adrenalina de la noche anterior se había esfumado una vez Megan vio a la grúa desaparecer con el auto de Jacob. En ese momento había empezado a volver todo a la realidad. Para cuando llegó a su casa, la energía se le había agotado, así que había decidido tomarse las pastillas para dormir y reponer fuerzas para lo que la esperaba.

Lo malo de las pastillas para dormir era que, aunque le proporcionaban horas de sueño, ella seguía despertando tan cansada como si no hubiera pegado ojo durante toda la noche.

Se levantó temprano, pues tenía que trabajar en la jodida gargantilla de Paris de una vez por todas. Tenía hasta el mediodía para dedicarse a ello, luego debía presentarse en el rancho de los abuelos para el famoso almuerzo familiar de los Redford.

Lo primero que hizo fue darse una ducha y prepararse una buena dosis de café, luego avanzó con dificultad hasta su taller de joyería. Se recostó en el marco de la puerta, con la taza de café humeante en las manos y observó el lugar. Era un desastre en ese momento. De hecho, lo había sido los últimos meses, solo que ahora era insostenible.

Por ello Megan había decidido comprarse otra casa, donde pudiera tener su propio espacio, sin mezclar el trabajo. Un lugar acogedor donde tuviera paz. Lo malo era que esa casa necesitaba remodelaciones y ella no tenía cabeza para eso. Mientras tanto seguiría viviendo en su diminuta casa/taller a las afueras de su pequeño pueblo, Prince.

Al principio esa casa a las afueras del pueblo había sido suficiente, pero con el éxito de su negocio había pasado de ser un taller de joyería en una casa a un dormitorio en un taller de joyería.

Megan suspiró al darse cuenta de que se había bebido todo el café de golpe. Entró al taller, dejó la taza en el primer espacio desocupado que encontró y caminó hasta la mesa de trabajo. Allí se hallaban todas las piezas de la gargantilla. Sería una joya preciosa. Megan sabía con exactitud cómo se vería alrededor del cuello de su tía, solo necesitaba materializarlo.

Aunque Paris no era una mujer tradicional, se había empeñado en que su boda sí lo sería. Por lo tanto, como parte del ajuar, la novia llevaría algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul. Paris le había pedido a Megan que fuera ella quien le diera algo nuevo para su boda y, por supuesto, debía ser una joya.

Megan se había convertido en joyera ocho años atrás. Un día había decidido dejar su trabajo de oficina y darle un giro a su vida. Todos habían opinado que había sido la mejor decisión. Se había montado un taller de joyería en su casa y había empezado a vender su trabajo por internet.

Desde entonces el negocio no había parado de crecer. Amaba su trabajo y era por eso, además del amor que le tenía a Paris, que Megan había aceptado encantada la petición de su tía, era un honor. A pesar de lo mal que estaba llevando la noticia de la boda, el poco tiempo y su

estúpido estado de ánimo, Paris se merecía algo especial.

El problema era que cada vez que intentaba ponerse en ello, el monstruo en su interior salía a relucir y se lo impedía. Siempre encontraba excusas para rehuirle al trabajo y lo postergaba.

Pero fue justo el día en que le había bajado la regla, dos meses atrás, que había encontrado la motivación suficiente para tomar un cuaderno de bocetos y diseñar la gargantilla. El alma le había vuelto al cuerpo cuando fue al baño y vio una sutil mancha rojiza. ¡No era una menopaúsica! ¡Aún había esperanza!

Había conseguido un diseño único, como Paris. Sus manos habían volado sobre el papel, ni siquiera había tenido dudas, su creatividad estaba a mil. Había diseñado la joya ideal para una mujer inusual y fascinante. El resultado había sido perfecto y Megan se había sentido orgullosa y satisfecha con el diseño.

Se había acostado al amanecer, ansiosa por despertar de nuevo y convertir ese diseño en una realidad, sus dedos necesitaban montar las piezas tan rápido como pudieran. Por fin volvía a sentir la magia, volvía a ser ella misma. Sin embargo, al despertar había vuelto a caer en su realidad. Su periodo había vuelto a desaparecer, como si solo se hubiera tratado de un sueño. Entonces, la oscuridad había regresado. Ni siquiera había volteado a ver el cuaderno de bocetos desde entonces.

Sus avances con la gargantilla habían sido mínimos, se había limitado a conseguir las piezas que requería para el diseño, mas no había montado ni una sola. En realidad, montar la gargantilla era lo más fácil del proceso. No obstante, Megan sentía que no podía. Se le hacía imposible creer que al día siguiente Paris se casara y ella siguiera sin el valor de terminar la joya.

Tomó asiento y clavó los ojos frente a los brillantes diamantes, los eslabones y demás piezas. No necesitaba del boceto, con solo cerrar los ojos podía ver el diseño. Acarició las piezas y suspiró.

—Tú puedes —se dijo a sí misma—. Empieza por lo más fácil… Anoche lo hiciste tan bien ante Jacob… Todavía hay rastros de quien eras…

Apartó todas las piezas que necesitaban unirse, luego tomó el soplete y lo encendió para empezar a soldarlas. Lo hizo una, dos, tres veces; hasta que se dio cuenta de que estaba usando una base inadecuada para soldar y todo el calor se estaba perdiendo, además de que las piezas no se estaban soldando de forma uniforme. Lanzó el soplete con violencia sobre la mesa, se puso de pie y salió del taller con un portazo.

***

Megan llegó veinte minutos tarde al rancho de sus abuelos, cosa poco usual. Había montado piezas sin ton ni son, como si nunca lo hubiera hecho antes. Tenía las manos llenas de heridas e incluso se le había quebrado de forma muy dolorosa la uña del dedo pulgar. Todo había sido un desastre. Lo peor era que al final se había obligado a empezar de cero y se encontraba en el mismo punto que al principio. Al menos lo había intentado. Tenía la esperanza de que el tiempo en familia la relajara y la motivara.

Se bajó del auto con una enorme caja de galletas, por supuesto estas no habían sido horneadas por ella, pero era quien siempre llevaba galletas a los encuentros de los sábados. La familia Redford no era especialmente numerosa, sin embargo, comían por el triple de personas.

A Megan le encantaba el rancho de sus abuelos, Lily y Ronald Redford. Tenía recuerdos allí de cada etapa de su vida y todos eran felices. Ella junto a sus primos jugando a las escondidas bajo la cálida y tenue luz de los atardeceres, su primer caballo, las comidas, los cumpleaños e

incluso las bodas.

Suspiró, dentro de poco su tía se casaría en el rancho, a lo lejos se veía parte de las decoraciones. A Megan también le habría gustado casarse ahí, enseñar a sus hijos a montar... Se obligó a no pensar en ello y recorrió el camino hasta la puerta con los ojos clavados en el suelo.

—Hola, cielo —la saludó su madre en la puerta principal de la casa—. Llegas un poco tarde, pensé que no trabajabas hoy.

Megan le dio un beso en la mejilla y sonrió. Susan Murray era una mujer femenina y vanidosa. Siempre iba vestida perfecta para la ocasión, maquillada de forma sutil y con su cabello rubio en perfecto orden. Sin embargo, ese día había necesitado más maquillaje para cubrir las ojeras que le había dejado la despedida de soltera y su impecable cabello, donde no se divisaba ni un centímetro de canas, se veía opaco y sin forma.

—No, hoy no trabajé —contestó Megan—. Me atrasé por la resaca —mintió—, me quedé dormida hasta tarde. El dolor de cabeza no se quería ir.

Susan asintió.

—Oh, Meg, casi no recuerdo nada... Pero lo que recuerdo... —Miró de un lado a otro para asegurarse de que nadie las pudiera escuchar—. Creo que la noche se descontroló un poco. Esos hombres desnudos... Dios, ojalá hubiera olvidado todo. ¿Por qué te fuiste tan temprano? Ni siquiera recuerdo que nos despidiéramos…

Megan no quiso admitir que no se había despedido, por lo cual evitó el tema. En su lugar, soltó una carcajada al ver las mejillas ruborizadas de su madre. Le parecía increíble que una mujer de sesenta años se pusiera así todavía.

—Creo que las chicas Redford deberíamos alejarnos del alcohol por un buen tiempo —dijo Megan sonriendo.

Susan asintió y dio un respingo cuando tras ella aparecieron su esposo Willy y su otra hija, Jess.

—¿Qué pasa hoy con ustedes? —preguntó Willy Murray con tono curioso—. Parece que les hubiera pasado un tren por encima.

Susan se quedó de piedra. Esperaba que su esposo jamás se enterara de lo sucedido la noche anterior. De hecho, ni siquiera ella quería enterarse.

—Gracias, papá, yo también te quiero —replicó Megan al tiempo que se ponía de puntillas y le daba un beso al hombre. Luego se giró hacia Jess y la saludó también—: Hola, ¿cómo te trató la resaca a ti?

Jess se encogió de hombros.

—He tenido peores —admitió—. Ahora lo único que quiero es comer, estoy hambrienta.

—Será mejor que entremos —se apresuró a decir Susan.

En verano los almuerzos se hacían afuera de la casa. Lily y Ronald habían construido una enorme terraza en el patio justo para que la familia se pudiera reunir ahí. La mayoría ya se encontraba en la terraza, pero Megan fue a la cocina a dejar las galletas. Ahí estaban su abuela y Paris. Sintió un vacío en el estómago cuando vio la sonrisa con la que la recibía su tía. Megan trató de corresponder el gesto.

—Oh, aquí estás, Meg —saludó Lily a su nieta mientras le quitaba las galletas de las manos y le ponía dos tazones enormes de ensalada de papas en su lugar—. Ayúdame con esto, es lo único que falta.

Megan agradeció ese pretexto para alejarse de Paris, se encaminó hacia la mesa donde los adultos estaban sentados, saludó con una sonrisa amable y luego se fue a la mesa de los niños. Sus sobrinos sonrieron de oreja a oreja.

Kat y Ashton eran mellizos, tenían trece años y eran la mezcla perfecta de sus padres. Sus ojos eran del mismo verde que los de David y eran tan flacuchos y rubios como Jess. Megan sentía que cada vez que los veía estaban mucho más altos y delgados. Los adoraba y ellos a ella, pero con la adolescencia se habían distanciado un poco, así era la vida. Ya estaban demasiado mayores para ser los consentidos de su tía.

Megan saludó a todos los presentes en la mesa para los niños, que estaba integrada por cuatro adolescentes, a los que no les hacía nada de gracia estar sentados allí porque se creían mayores, y tres niños. Por supuesto, Kat y Ashton estaban discutiendo, como siempre, a pesar de que se encontraban en lados opuestos de la mesa; sin embargo, se habían quedado en silencio cuando vieron a su tía acercarse.

—¿Trajiste galletas? —preguntó Amber, una de las niñas.

—Lo siento, chicos. Se me hizo tarde y no me dio tiempo de ir a la pastelería.

Las caras de decepción fueron evidentes, así que Megan no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Ay, estás de broma, tía! —le dijo Kat poniendo los ojos en blanco.

Por mucho que a los adolescentes les molestara estar sentados en esa mesa, tenían la misma debilidad por las galletas que los más pequeños. La verdad era que incluso algún que otro adulto la tenía, eran una obra de arte y tal vez por eso Megan era una pieza importante en el almuerzo familiar.

Si faltaba, debía avisar con antelación para que alguien más fuera por las famosas galletas, de lo contrario no se sabía qué podía suceder… Parecían unas galletas crocantes comunes y corrientes, no obstante, estas tenían un más que generoso relleno de caramelo líquido.

La abuela Lily las servía con dos bolas de helado de vainilla y la combinación era perfecta. El crocante de las galletas, el dulce del caramelo y la cremosidad del helado se habían convertido en el postre favorito de la familia. Lo habían probado con otras galletas y el resultado no había sido satisfactorio, por lo cual Megan llevaba una gran responsabilidad sobre sus hombros.

—Tendrán que esperarse hasta la hora del postre para averiguarlo —dijo Megan justo antes de darse media vuelta y regresar a la mesa grande.

Megan tenía dos tías, Jill y Paris. Paris no había tenido hijos, pero Jill había compensado eso convirtiéndose en madre de cuatro, Camila, Zoe, Leo y Allison. A su vez, Leo no tenía hijos, pero sus hermanas sí.

Ese día estaba toda la familia que consistía en un pintoresco grupo de veintiocho personas. Megan maldijo en silencio cuando vio que le tocaba sentarse junto a Paris.

—¿Te pasa algo? —preguntó Paris a su sobrina cuando esta tomó asiento.

Megan fingió sorprenderse.

—Oh, no. ¿Por qué habría de pasarme algo?

Paris frunció el ceño.

—Pues eso es lo que yo quisiera saber… Siento que llevas días evitándome.

—¿Yo? —replicó Megan en un tono demasiado alto—. Para nada. Deben ser tus nervios de novia…

—No estoy nerviosa en absoluto —contestó la novia antes de darle un buen sorbo a su té helado.

Lily puso los ojos en blanco. Odiaba que alguien se adelantara con la comida o las bebidas. La matriarca dio un par de sonoras palmadas en el aire. Todos se concentraron en la pequeña mujer de cabellera rubia ceniza, aunque tenía ochenta años no los aparentaba, era una mujer fuerte como un roble y como su cabello rubio era tan claro, las canas casi ni se le notaban.

Ese día ella y Donald dedicaron unas palabras a Paris y su prometido, Ryan, por la boda.

Los demás también les desearon lo mejor, luego Lily agradeció por la familia y los alimentos. Entonces todos pudieron atacar su plato sin miradas de reproche por parte de la mujer.

Megan no se sentía hambrienta, más bien estaba preocupada y deseosa de regresar a casa para seguir con la gargantilla. Justo estaba pensando en ello cuando escuchó el primer comentario.

—¿Qué se siente ser la única soltera de la familia, Megan? —quiso saber su primo Leo.

Megan fue consciente del codazo que le daba su esposa al hombre.

—Megan no es la única soltera —se aventuró a decir Jess—. También está Lucy.

Lucy era la sobrina mayor de Leo, una belleza absoluta. Todos sabían que estaba destinada a ser una rompecorazones.

—Pero yo tengo veintiuno —replicó Lucy como si se estuviera defendiendo de un ataque—. Además, yo sí tengo novio.

—¡Y yo tengo dieciocho! —agregó Daniela, la hermana de Lucy, a pesar de que nadie la había incluido en la conversación justo por su juventud.

Para desgracia de Megan esa no solo era una familia de puras mujeres, sino que, a excepción de Paris, todas ellas eran fieles creyentes en el amor, el matrimonio y la familia. Aparte de las dos jóvenes el resto tenían matrimonios felices y hermosos retoños.

—Exacto —concordó Leo—. Megan es la única soltera, ya saben a lo que me refiero. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste un novio? —Frunció el entrecejo, evidenciando que por más que buscara el dato en su cerebro, este se le escapaba.

—Ya ni siquiera lo recuerdo —dijo Megan, restando importancia.

Era como si se estuviera repitiendo la conversación de la noche anterior. Esperaba que Zoe no fuera a sacar el tema.

—Meg siempre ha sido una chica muy calmada —intervino Susan.

Esa era la forma en la que la madre de Megan justificaba que esta no tuviera ni una mosca alrededor que se le parara en el plato. En cambio, no podía decir lo mismo de Jess, que antes de casarse había sido una fiestera empedernida y desde muy joven había tenido novios aquí y allá.

—¿Verdad que tienes más de treinta? —le preguntó Daniela.

Megan inhaló una, dos, tres veces. Sabía que no debía haber ido. Abrió la boca para contestar, no obstante, su padre se le adelantó:

—Treinta y siete.

La cara de horror de Daniela fue más que evidente. Megan la entendía. La verdad era que su situación era una mierda, aunque se repitiera hasta el cansancio que no.

—Este asado está delicioso, abuela —dijo Megan a Lily en un intento de desviar la conversación.

—Debe ser super incómodo ser la única soltera, ¿no? —preguntó Peter, el esposo de su prima Allison.

—¿Qué problema tienen ustedes con la soltería? —intervino Paris—. Si Megan tuviera un par de pelotas, nadie estaría hablando de esto ahora. ¿A quién le importa?

—¡Paris! —regañó Lily a su hija.

—Bueno, es que en el caso de los hombres es distinto —continuó Peter.

Megan no se pudo contener, se volteó hacia él y cuestionó:

—¿Por qué es diferente con los hombres?

Esa era una pregunta que siempre se había hecho. Nadie cuestionaba la vida de los hombres, en cambio la de las mujeres se observaba con lupa y ella lo había vivido por años.

Peter y Leo se miraron con una risita de burla que a Megan la alteró un punto más en su

escala de frustración. Empezaba a sentir cómo se le calentaba el pecho.

—Pues porque el hombre puede tener hijos cuando quiera… —Peter se encogió de hombros al mismo tiempo que le daba un buen mordisco a su asado—. ¿A ti aún te queda tiempo? —continuó con la boca llena.

La punzada de dolor que sintió Megan fue desgarradora. Nadie había pronunciado esas palabras en voz alta, porque nadie sabía su horrible realidad. Ese era un tema para el que no estaba preparada.

—¿Pero qué demonios? —soltó Paris, indignada, casi escupiendo el té—. ¡Tiene treinta y siete!

—Bueno, lo siento. Solo me surgió la inquietud —se defendió Peter.

—Si puedo o no puedo tener hijos es mi puto problema —soltó Megan cuando consiguió reponerse—. Tú también andas por los cuarenta, ¿acaso yo te he preguntado si todavía se te pone dura como a los quince?

Todos clavaron los ojos en ella. Su tono había dejado bien en claro que el comentario de Peter no le había agradado. Megan era una persona de carácter amable, así que los dejó boquiabiertos.

—Dios mío, Megan —dijo la esposa de Peter—. Qué comentario tan desagradable.

—¿Y por qué no le dices lo mismo a él? —quiso saber Megan.

Allison la miró cómo si fuera un bicho raro.

—A ver —empezó Donald, el patriarca de la familia—, calmémonos. ¿Será mucho pedir que podamos almorzar como una familia normal?

—Yo solo estaba haciendo conversación —soltó Peter con tono victimista.

Paris puso los ojos en blanco, pero por debajo de la mesa tomó la mano de su sobrina y la apretó con calidez. Megan se volteó hacia ella y se le hizo un nudo en la garganta al ver la forma en que su tía le sonreía. Entonces algo se rompió dentro de ella. No pudo más.

Ese tipo de situaciones no iba a parar si ella no las detenía, tenía años de escuchar lo mismo. Ella amaba a su familia, pero no era perfecta. Al principio no le habían importado mucho los comentarios sobre su soltería, sin embargo, cada vez se le hacían más desagradables y, sí, dolorosos. Estaba harta de fingir que el tema no le afectaba solo porque se había grabado en piedra que no se podía tener todo en la vida. ¿En serio?

Megan se puso de pie con tanta vehemencia que la mesa se tambaleó y se regó su vaso de té dulce, no le importó.

—Estoy harta de que mi vida amorosa siempre sea tema de conversación —empezó—, no quiero que nadie nunca más vuelva a mencionarlo. Y no, Peter —continuó dirigiéndose al esposo de su prima—, la verdad es que ya no puedo tener hijos. Algo con lo que siempre soñé. Felicidades, tu comentario no solo ha sido estúpido, también me ha lastimado. —Paseó la mirada por las caras incrédulas de todos—. Esta es la última vez que se habla de esto. Hasta mañana.

Megan no se detuvo a esperar que alguien dijera algo, solo se marchó, con el corazón a mil y los ojos húmedos.

3

Brad adoraba ese tipo de carreteras, lo relajaban. Le gustaban la soledad y los paisajes que parecían salidos de una postal. En la ciudad era imposible sentirse así, siempre había un montón de gente por todas partes, embotellamientos, conductores temerarios y un puñado de edificios que tapaban las vistas de las montañas.

Incluso aunque Charlotte era una ciudad pequeña, Brad sentía que todos los días había un edificio nuevo o que la gente se multiplicaba en un cerrar y abrir de ojos.

Era un desastre, según su opinión. Por eso él se había buscado un terreno en las afueras, lejos del bullicio y el estrés, pero no tanto como para sentir que vivía en la absoluta nada.

Aunque ahora que se encontraba más alejado, en ese diminuto pueblo del oeste llamado Prince, se preguntaba si debería plantearse vivir en un sitio así en el futuro, cuando su hija Maddy se fuera a la universidad, la abuela Becky no estuviera y él fuera demasiado viejo para seguir trabajando. En verdad, el lugar tenía su encanto.

—Falta mucho para eso, Brad —se dijo a sí mismo en voz alta mientras tomaba una curva.

A pesar de sus palabras, sabía que el tiempo volaba. Desde que Maddy había llegado a su vida, los días pasaban sin que él se diera cuenta. Algunas veces se quedaba largo rato recostado al marco de la puerta de la habitación de su hija, observándola dormir, preguntándose en qué momento habían pasado cinco años y por qué su niña todos los jodidos días parecía estar más alta.

Sonrió con cariño, como siempre que pensaba en Maddy. Miró el reloj y maldijo al ver que ese viaje le estaba tomando más tiempo del que había estimado. Por todos los demonios, debía organizarse mejor, todos los días eran una eterna carrera en la que él siempre llegaba tarde. Por mucho que estuviera disfrutando el paisaje de ese pequeño pueblo, debía darse prisa.

Justo en el momento en que pisaba el acelerador divisó una mancha azul a lo lejos. Era un auto, pero este no se movía. A los pocos metros de cruzarse con él, vio cómo una mujer saltaba del vehículo a la carretera y movía sus brazos en el aire, pidiendo ayuda.

—Mierda —soltó Brad antes de detenerse.

Ese era el tipo de cosas que siempre sucedía cuando el reloj apremiaba.

—Gracias a Dios —exclamó la rubia de ojos azules que tenía frente a sí—. Mi auto se ha quedado varado a medio camino. No tengo ni idea de lo que le sucede, solo se apagó y dejó de avanzar. —La mujer se detuvo para tomar aliento antes de continuar—. La verdad es que es de vida o muerte, mi tía se casa dentro de veinte minutos y debo llegar a la boda cuanto antes. ¿Quizá usted pueda echarle un vistazo al auto y ver qué sucede? —Se llevó las manos al pecho—. Por favor.

Brad asintió. Mientras se bajaba de su camioneta examinó a la mujer. A pesar de que llevaba un vestido elegante y parecía haberse arreglado, él se había convertido en un experto en

detectar cuando un peinado no estaba bien y él de ella no estaba para nada bien. Su peinado recordaba a los improvisados peinados que él le hacía a Maddy porque no tenía ni idea de cómo hacerlo, ni la habilidad, siendo honesto.

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —le preguntó Brad.

Además del peinado, la mujer llevaba el maquillaje mal. En eso Brad no tenía experiencia. Sin embargo, no la necesitaba, era más que obvio incluso para un tipo como él que no tenía ni idea del tema.

—No, alrededor de diez minutos.

El hombre también era experto en llegar tarde así que estaba bastante seguro de que el recogido que la mujer se había hecho estaba tan mal debido a las prisas. Siempre que a él y Maddy se les hacía tarde, terminaba optando por una sencilla coleta. Había aprendido que era mejor no complicarse con los peinados bonitos cuando el reloj estaba en contra. Por supuesto, cuando eso pasaba casi podía notar las miradas reprobatorias de todas las mujeres con las que él y su hija se cruzaban.

—¿Qué fue exactamente lo que sucedió?

La mujer se llevó una mano a la cabeza y comenzó a explicar. El auto solo se había apagado y ya. Mientras ella hablaba, Brad echó un vistazo al compartimiento del motor. Todo se veía en orden, aunque la mujer aseguraba que no sabía nada de autos, estaba claro que se preocupaba de llevar el vehículo a alguien que sí lo sabía pues este se veía en óptimas condiciones. Comprobó que no hubiera piezas sueltas ni fugas, además se tiró al suelo y revisó ahí también. Todo se veía perfecto.

—¿Escuchó algún sonido en específico cuando el auto se detuvo? —preguntó Brad una vez se levantó del suelo—. ¿Notó algo raro?

Se limpió el sudor de la frente con la manga de la camisa. Aunque el sol empezaba a atenuar, la temperatura seguía estando alta.

—Sí, el auto empezó a saltar y dar tirones… Fue perdiendo velocidad y…

Brad frunció el ceño.

—Señora, ¿usted comprobó que el auto tuviera combustible?

La mujer, que debía medir alrededor de metro sesenta, se tensó tanto que Brad tuvo la impresión de que ganó algunos centímetros de más. El hombre se percató de que el azul de sus ojos se volvió glacial.

—No soy tonta, ¿sabe? Por supuesto que comprobé el combustible.

—No he dicho tal cosa. Lo que pasa es que no veo nada fuera de lugar. ¿Podría intentar encenderlo?

La rubia asintió, se metió en el auto e hizo lo que él le pidió. El motor apenas ronroneó unos segundos y luego todo volvió al silencio. Brad le hizo una seña pidiéndole que volviera a intentar. El resultado fue el mismo. Se acercó al auto y se asomó por la ventanilla. El indicador del combustible estaba casi a la mitad.

—Me parece que el problema está relacionado con el combustible.

La mujer respiró profundo.

—Ya le dije que lo comprobé.

—Sí, yo mismo lo he hecho también, pero estas cosas —agregó mientras le daba un golpecito con los dedos al indicador— a veces fallan. Además, puede ser que el auto sí tenga combustible, pero este no esté llegando al sistema de inyección. —Brad se dio cuenta de que ella estaba conteniéndose, probablemente quería gritar o llorar, quizá las dos cosas—. A ver, tranquilícese. Vamos a comprobarlo, ¿de acuerdo? Intente encender el motor cuando yo le diga.

La mujer obedeció las indicaciones de él. En efecto, no estaba llegando gasolina al sistema de inyección. Por lo que Brad se dirigió a su camioneta a buscar una manguera mientras le pedía a ella que abriera la tapa de la gasolina, luego él introdujo la manguera en el tanque y al sacarla comprobaron que esta salía prácticamente limpia.

—Lo siento, creo que el indicador del combustible se ha dañado. Este tanque está vacío —explicó Brad—. Será mejor que llame a alguien para que venga por usted, yo no puedo pasarle combustible. Mi camioneta usa diésel.

—No hay cobertura aquí —explicó ella con un hilo de voz—. También he comprobado eso. Dios mío, no voy a poder llegar…

Brad no pudo evitar echarle un vistazo a su reloj. Demonios, estaba claro que ni de broma podría volver a la ciudad a tiempo.

—Si no le importa, yo la puedo llevar —se ofreció él.

La cara de la rubia se iluminó al instante. Sus mejillas pálidas ya se habían puesto sonrosadas debido al calor y el sol.

—Pero… usted va en dirección contraria —recordó ella.

Brad se encogió de hombros.

—Supongo que la boda de su tía es muy importante, ¿no? —Ella asintió, sus ojos de un azul apagado se tornaron luminosos de repente—. Entonces no hay más que hablar —le dijo a ella al tiempo que cerraba la tapa de la gasolina y luego bajaba el capó.

—Oh, Dios mío, ¡acaba de ganarse el cielo!

La mujer entró a su auto para sacar una cartera diminuta en la que solo podría caber un teléfono, luego cerró y salió hacia la camioneta de Brad. Entonces se detuvo en seco.

Brad la observó darse media vuelta y volver al auto en busca de algo, una pequeña caja blanca del tamaño de un libro, además de unos zapatos de tacón tan fino que bien podían ser catalogados como armas letales. Él ni siquiera se había dado cuenta de que hasta entonces ella había llevado unas zapatillas deportivas debajo del vestido. Pues claro, ¿quién podría conducir con semejantes tacones? La mujer se cambió los zapatos con rapidez y después corrió hacia él.

Sucedió en milésimas de segundos, para cuando Brad pudo reaccionar ya ella estaba de rodillas en el suelo.

Él se apresuró a ayudarla a ponerse de pie, pero ella fue más rápida. Sin embargo, el problema no parecía ser ella sino la caja blanca que había caído abierta en media carretera. Brad ni siquiera se lo pensó, se movió en automático. Se inclinó y tomó la caja sin más, entonces vio que bajo ella había una especie de collar, objeto que tomó con la otra mano. Lo que habría hecho cualquier persona, ¿no?

Pues…

—¡Nooooo! —gritó la mujer con horror como si alguien le hubiera rajado la garganta con un cuchillo herrumbroso.

La rubia se lanzó sobre él como una jugadora de futbol americano y le arrebató la joya con tanta fuerza que esta se rompió. Una parte quedó en las manos de ella y la otra en las del hombre.

Los ojos de la mujer estaban casi desorbitados. Miró sus manos y luego las de Brad con completo espanto. No se podía creer lo que había sucedido.

—¿Qué ha hecho? —reprochó ella.

Brad la miró consternado.

—Yo no he hecho nada. Ha sido usted quien ha roto el collar.

Los furiosos ojos azules lo fulminaron.

—No es un collar, es una gargantilla —murmuró en tono apenas audible, luego volvió a

fulminarlo con la mirada—. ¡Si usted no le hubiera puesto las manos encima esto no habría pasado!

Brad empezó a perder la paciencia al notar el tono que ella estaba empleando. Maldición, solo intentaba ayudarla y ahora esto. Ni siquiera debía haberse detenido.

—Solo intentaba ayudar —soltó él con el mismo tono—. No sabía que era un delito.

—Mírese las manos. Por Dios —bufó antes de arrebatarle la otra parte de la gargantilla y la caja—. Tiene las manos manchadas de grasa y gasolina.

La rubia se mordió el labio como si intentara calmarse, aunque era evidente que no lo estaba consiguiendo en absoluto. Ella revisó las piezas de joyería con atención.

—Esto es un desastre. Ahora necesito repararla y ya no hay tiempo. Maldición, esto es lo peor que ha podido pasar —lloriqueó.

Él seguía sin comprender.

—Mire, no tengo tiempo para tonterías. Lo siento, no fue mi intención, ¿de acuerdo?

Ella respiró profundo varias veces.

—De acuerdo —asintió a regañadientes—. ¿Aún sigue en pie la oferta de llevarme?

Brad estaba seguro de que la mujer solo se lo pedía porque era su única opción, pero que en realidad lo único que deseaba era mandarlo al demonio. Aun así, él le indicó que sí con un gesto de la cabeza y en silencio se subió a la camioneta. La mujer hizo lo mismo.

—¿Se dirige al rancho Redford?

Ella lo miró con suspicacia.

—¿Cómo lo sabe?

Brad se encogió de hombros.

—Sé que hay una boda en ese rancho.

—Pues sí, me dirijo hacia ahí.

Brad asintió antes de encender el motor. Se mantuvo en silencio viendo de soslayo cómo a ella la horrorizaba que él hubiese tocado la gargantilla con las manos sucias, pero no parecía importarle echarse la gargantilla sucia a la boca. Incluso escuchó cómo mordía las piezas y vio cómo ella se manchaba de sangre el vestido luego de hacerse un profundo arañazo.

—¡Sí! —celebró la rubia de repente.

Brad se volteó a verla y observó cómo sostenía la joya entre sus manos, había unido las dos piezas.

—Problema arreglado —dijo él con una sonrisa.

Ella torció el gesto.

—Bueno, eso no lo sé.

—¿Por qué no lo sabe?

—Esta gargantilla es parte del ajuar de mi tía, la novia. —Brad la miró como si estuviera hablando en chino, así que ella comenzó a explicar—: El ajuar quiere decir todo lo que se va a poner la novia para la boda. El vestido, los zapatos, las joyas… Esta gargantilla no solo es parte del ajuar si no que es la pieza nueva que va a llevar mi tía…

Entre más hablaba ella, más confundido estaba él.

—¿Y? —preguntó Brad al ver que ella no continuaba.

—No tiene ni idea de lo que le hablo, ¿cierto?

—La verdad es que no.

La mujer suspiró y colocó el collar, la gargantilla o lo que sea que fuera en la caja que ya había limpiado a consciencia.

—La tradición manda que las novias deben usar algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo

azul. Todo esto tiene un significado. A mí me tocaba aportar el objeto nuevo, que sería esta gargantilla. Lo nuevo representa la esperanza, la nueva unión y el futuro que aguarda a la pareja.

Brad seguía sin comprender.

—Bueno, ya arregló esa cosa. Y estamos a punto de llegar, así que supongo que al final las cosas salieron bien.

Ella lo miró boquiabierta.

—Claro que no —respondió con vehemencia—. Es evidente que esta gargantilla ya no es nueva. ¡Desde el principio esto ha sido una tortura! Dios bendito, si el matrimonio de mi tía sale mal, va a ser mi culpa.

Brad apartó los ojos de la carretera y los clavó en la mujer.

—Supongo que está de broma.

—¡Claro que no! Ya le dije que lo nuevo representa el porvenir del matrimonio. Esta gargantilla está sucia y reparada, o sea que no es nueva en absoluto. La dichosa esperanza se ha ido al carajo…

Él no pudo ocultar una sonrisa.

—¿En serio cree en esas cosas? —quiso saber justo cuando llegaban a la entrada del rancho.

—Yo… —Dudó un poco—. Pues... Creo en las señales y le aseguro que esta no pinta nada bien. Esta gargantilla me ha costado sudor, lágrimas y… No sé, pero desde el principio ha salido todo mal.

Brad sintió curiosidad por las palabras de ella. Se notaba que ocultaba más de lo que mostraba.

—Por suerte no es su boda y no es parte de su ajuar —argumentó él—. Además, si el matrimonio se va al carajo no será por culpa de una joya rota. El amor no sabe de supersticiones. Si dos personas están destinadas a ser el uno para el otro, lo serán sin importar lo que suceda.

Ella cerró los ojos, suspiró y asintió.

—Tiene razón.

La rubia se bajó de la camioneta de un salto, por poco repitió la caída de la carretera. Brad tuvo que contenerse para no reír.

—Gracias por su ayuda —dijo ella antes de alejarse—. En serio. Discúlpeme si me comporté como una loca, si le contara los días que he tenido. La mala suerte me sigue a todas partes. —Sacudió la cabeza—. Pero, bueno, adiós. Gracias.

—Adiós.

Brad la miró irse, justo iba a dar marcha atrás cuando ella se dio media vuelta y regresó a la camioneta, metió la mano por la ventanilla del acompañante y la extendió hacia él.

—Megan Murray —se presentó.

Brad miró su delicada mano llena de pequeñas heridas, era tan pálida que él dudaba que esa mujer tomara el sol alguna vez en la vida.

—Tengo las manos sucias —le recordó él.

—Oh, cierto.

Megan apartó la mano de inmediato, lo que menos quería era ensuciarse más de lo que ya estaba.

Él sonrió antes de corresponder la presentación de ella.

—Brad Miller.

La mujer asintió.

—Gracias, Brad Miller, fue un gusto —dijo con una sonrisa.

—El gusto fue mío —respondió con la misma sonrisa—. Por cierto, si el matrimonio de tu

tía sale mal, no te culpes, yo me haré responsable.

Megan puso sus brazos en jarras y negó, pero le fue imposible ocultar la sonrisa.

4

La boda se llevó a cabo sin mayores inconvenientes. Paris se veía impresionante, como siempre. El rojo frambuesa de su cabello contrastaba con el blanco del vestido. Alrededor de su cuello brillaba la gargantilla que Megan había hecho.

Un tejido de diamantes, que según descendían hacia el escote, se volvían más delicados y pequeños. Era una joya que no cualquiera llevaría, justo por eso le quedaba tan bien a Paris. Ella era una mujer atrevida, segura de sí misma, llamativa y escandalosa.

Cuando la novia vio la gargantilla por primera vez, no pudo contener las lágrimas. El maquillista había tenido que intervenir una vez más para rescatar el maquillaje de Paris. Megan se había quedado de piedra mientras tanto, pensando que la reacción de su tía se debía a la decepción, ya que la gargantilla no podía estar en peores condiciones.

Sin embargo, cuando Paris se recuperó, la abrazó con fuerza y le dijo que era una joya perfecta, tan bonita que no podía creer que fuera real. Megan por fin pudo relajarse y aligerar la culpa que sentía. Lo había logrado y eso era lo único que importaba.

Durante la sesión de fotos familiar, Megan se sintió un poco incómoda, debido a lo sucedido en el almuerzo familiar del día anterior. Era consciente de que en la familia había cierta tensión y era ella quien la había causado. Se sentía como la villana de la película, a pesar de que sabía que había hecho lo correcto.

Una vez terminaron las fotos, Megan se alejó en silencio y tomó asiento junto a sus padres, su hermana, su cuñado y sus sobrinos. Agradeció que todos los demás se hicieran los de la vista gorda con el asunto del almuerzo; sin embargo, en esa mesa no se sentía igual de ignorada. Podía notar la preocupación en su familia, pero agradeció que fueran prudentes, al menos de momento. Hablaron sobre lo maravillosa que había sido la ceremonia, lo felices que lucían los recién casados y también sobre esos familiares lejanos que solo se veían en bodas o funerales familiares.

No obstante, las cosas no podían ser perfectas, como se lo temía Megan. Luego de terminar la cena, cuando los invitados comenzaron a llenar la pista de baile con sus mejores pasos de *country*, mientras los niños corrían de un lado a otro, Susan se sentó junto a su hija. Su rostro era la viva imagen de la preocupación. La mujer tomó la mano de Megan entre las suyas y sacó el tema que tan oculto había permanecido hasta entonces:

—¿Quieres hablar de lo sucedido ayer, cariño?

Megan desvió la mirada y se concentró en una pareja que bailaba fatal y que no recordaba conocer de nada.

—Siento lo sucedido, mamá. No era mi intención…

—Eso es lo de menos. Lo que en verdad quiero saber es: ¿cómo estás?

Megan por fin se atrevió a mirar a su madre a los ojos.

—Es complicado.

Susan se acercó más a su hija y tomó sus manos en las suyas.

— Soy tu madre, Meg. No intento lastimarte, todo lo contrario. Sabes que puedes contar conmigo. Siempre he estado ahí para ti y para Jess. Eso que dijiste es…

—¿Eso de que no puedo tener hijos? —Susan asintió—. Sí, mamá, es cierto —se le quebró la voz—. Lo siento.

Los ojos de Susan se humedecieron un poco y el labio inferior le tembló de forma casi imperceptible.

—Dios mío, Meg, no digas tonterías…

Megan intentó soltarse de las manos de su madre, Susan no se lo permitió.

—No es una tontería —replicó sin poder evitar que se le volviera a quebrar la voz—. No mentiría con algo así.

—No me refiero a lo de los hijos. Lo que quiero decir es que no debes disculparte.

Megan tuvo que respirar hondo para controlar el puñado de emociones que tenía atascadas en la garganta. Se suponía que soltar las cosas que dolían, aliviaba esa pena. No era cierto.

—Sé que te habría gustado tener más nietos y…

Susan levantó una mano en alto con un claro gesto que indicaba a su hija que debía detenerse. Tomó la barbilla de Megan y la obligó a mirarla.

—Cielo, tengo dos hijas maravillosas, un esposo al que amo con todo mi corazón y unos nietos que adoro. La vida ya me ha premiado suficiente. —Abrazó a su hija—. Esto no se trata de mí, ni de nadie que no seas tú. Meg, a mí no me importa si me das cinco nietos o ninguno, lo único que quiero es que seas feliz y que estés bien. Ojalá me hubieras hablado de esto antes. Sé lo que significa para ti.

Susan limpió la lágrima que estaba cayendo por la mejilla de su hija.

—No puedo aceptarlo, mamá. No estoy preparada para aceptar que mi vida jamás será lo que quise… ¿Por qué a mí?

Megan dejó escapar otra lágrima que de inmediato limpió. Observó en los ojos de su madre ese amor incondicional que siempre le había demostrado más allá de las palabras, tanto en los momentos felices como en los difíciles. Esta vez fue ella quien tomó la mano de su madre.

—Voy a estar bien —dijo Megan cuando vio que Susan se encontraba tan emocionada como ella—. No te preocupes. Criaste a una mujer fuerte, ¿cierto? —Sonrió—. Lo asimilaré y seguiré adelante…

—No hagas esto, Meg —sollozó Susan.

—¿Qué? —preguntó, confundida.

—Encerrarte en ti misma. Estoy para ti y lo sabes. Tu padre y Jess también. Todos estamos preocupados.

—Solo necesito estabilizarme. En serio. He pasado momentos difíciles, pero volveré a ser yo.

—No tienes porqué seguir pasándolos a solas… Además, tenemos derecho a saber qué te sucede. Te queremos y nos preocupamos. No creas que solo es ahora, desde hace un tiempo hemos notado que algo no andaba bien, pero decidimos darte tu espacio. Jamás pensamos que fuera algo tan serio, de lo contrario, no lo hubiéramos dejado estar. Creíamos que era por ese hombre, Jacob Sanders...

—Solo es un bajón. Estoy trabajando en ello —agregó, restándole importancia al asunto.

—Es más que eso y lo sabes.

—Estaré bien, te lo prometo. —Se puso de pie y sonrió como si no pasara nada—. Los quiero. Son la mejor familia.

—Somos —corrigió Susan—. Lo digo en serio, Meg, no es bueno que te aísles.

Susan no era tonta, conocía a su hija, sabía que las cosas iban mal al punto de que por mucho empeño que Megan pusiera en disimularlo, ya no podía hacerlo.

—Es la boda de la tía Paris, debemos festejarla a ella y dejar los problemas para un momento más oportuno. —Le dio un beso a su madre—. Voy a caminar un poco, ¿de acuerdo? —Sonrió de nuevo, esta vez con los ojos húmedos—. No te preocupes por mí.

Se alejó de la mesa, dejando a Susan tan preocupada como lo había estado antes. Megan estaba segura de que su madre solo le estaba dando un poco de ventaja, tarde o temprano se plantaría en su puerta y no se marcharía hasta estar satisfecha. Megan solo deseaba que esto no fuera pronto. En verdad necesitaba descansar, relajarse y volver a tomar el control de su vida y sus emociones.

***

Megan estaba sentada sobre el cercado de madera que dividía el terreno de sus abuelos con el área de conservación de caballos salvajes. El sol ya había desaparecido del horizonte y la luz de la luna era tan tenue que casi se encontraba en total oscuridad.

Se giró de golpe cuando escuchó el sonido de unos pasos abriéndose camino hacia ella. No hacía falta luz para adivinar de quién se trataba, bastaba con observar la silueta de sirena del vestido del mismo color que la luna.

—Hola —saludó Paris.

—Hola. ¿Qué haces aquí? Deberías estar disfrutando de la fiesta.

—Justo pensaba lo mismo de ti.

Cómo era imposible que Paris se subiera al cercado con ese vestido tan ajustado, se limitó a apoyarse en él.

—Oh... Solo necesitaba tomar un respiro.

—Sé lo que pasó con JacoB. Te felicito, se lo tenía merecido. En verdad espero que no le devuelvas ese auto.

Megan sonrió un poco. No había actuado con la intención de que todo el mundo se enterara; sin embargo, eso era casi imposible en Prince. En ese pueblo todos sabían la vida de los demás y si no la sabían, se la inventaban.

—Fue algo impulsivo.

Paris extendió una mano hacia la espalda de su sobrina y se abrazó a ella, apoyando su cabeza en Megan.

—Mira, me sentó mal que te largaras de mi despedida de soltera sin siquiera despedirte, pero te perdono porque ese hijo de puta se lo tenía bien merecido. Si me lo hubieras pedido, te habría acompañado.

Megan correspondió al abrazo de su tía. Fue consciente de lo mucho que la había extrañado. Los últimos meses se había distanciado tanto, había aprovechado cualquier excusa para rehuirle que ahora no entendía cómo podía haber hecho tal cosa. Una razón más para sentirse una hipócrita.

—Por supuesto que sí, pero entonces la cosa no habría terminado bien —agregó Megan.

Paris se encogió de hombros.

—Yo le habría echado más leña al fuego —admitió con una sonrisa. Luego su sonrisa se esfumó—. No soy nadie para darte consejos de amor, Megan. No soy nadie para darte consejos en nada, de hecho. Solo quiero decirte que eres una mujer espectacular y que espero que nunca

más vuelvas a darle la oportunidad a un idiota como ese de joderte.

Megan también dejó de sonreír. Al menos Jacob le había servido de excusa para que todos pensaran que su estado de ánimo se debía a él.

—Yo también lo espero...

—Y también... —Paris suspiró—. Siento lo que pasó en el almuerzo.

Megan se removió incómoda. Paris le dio unas palmaditas en la espalda.

—No voy a obligarte a hablar de nada que no quieras, Meg. Pero nunca olvides que estoy para ti, como siempre. No he cambiado, no soy una mujer distinta...

—No entiendo a qué te refieres...

—Nos conocemos bien. Claro que lo entiendes. ¿Sabes?, los años te enseñan cosas que de otra manera no se aprenden. La vida, aun cuando parece no tener sentido, sí que lo tiene. Todas las piezas encajan en algún punto. Eres una mujer impresionante, valiente, fuerte y buena. Las mujeres así también nos derrumbamos, lloramos, nos perdemos; pero lo que nos hace diferentes es que luego volvemos a encontrarnos, resurgimos más fuertes siempre.

—No me siento así en absoluto —soltó Megan antes de arrepentirse.

—Pues lo normal cuando estás en la mierda y todo parece una porquería. —La abrazó con más fuerza—. No dudes en hablar conmigo cuando se te olvide el pedazo de mujer que eres.

—Tú sí que lo eres...

—Si me hubieses visto a tu edad, no dirías tal cosa, te lo aseguro. Estaba tan sola y trise...

Megan se giró hacia su tía, a pesar de que era imposible distinguir su rostro.

—¿Sola y triste?

—Exacto. La peor soledad es esa que se siente dentro del pecho. La soledad que no se va ni siquiera cuando estás rodeado de gente, ríes a carcajadas y bailas noches enteras. Si le preguntabas a los demás, yo era el alma de la fiesta. Si me preguntabas a mí, era la mejor impostora. Necesité dos años de terapia. Al final, las piezas encajaron en su sitio.

—No tenía ni idea...

—Nadie anda por ahí mostrando con orgullo el infierno que vive dentro, ¿cierto? —Megan asintió—. A todos nos pasa, así es la vida

—¿Crees que necesite terapia?

—¿Quién no?

La verdad era que Megan no se lo había planteado, pero visto lo difícil que le estaba siendo entenderse a sí misma y salir de su 'racha', no era precisamente una idea descabellada, todo lo contrario.

—Si necesitas ayuda no dudes en buscarla. Me tienes a mí y a un montón de personas más que te queremos. Nunca olvides eso. ¿Acaso piensas que solo estamos para molestarte cuando nos aburramos?

Megan soltó una carcajada.

—Gracias. Lo sé.

—Y, por cierto, no dejes que esos trogloditas de la familia sigan metiéndose contigo. Vaya montón de mierda dice la gente cuando no tiene nada en la cabeza.

Megan asintió con una sonrisa.

—No fue mi intención arruinar el almuerzo familiar.

—No fuiste tú quien lo hizo.

—Bien, pues no era mi intención que acabara como acabó.

—Un drama familiar de vez en cuando es de lo más normal... Ya estaba empezando a aburrirme de los Redford.

Megan sabía que su tía solo lo decía para que ella no se sintiera culpable. En verdad la familia Redford era de lo más tranquila y normal. Todo el mundo tenía sus cosas, quizás unos más que otros, pero en general eran buenas personas.

—Bueno, debo irme —anunció Paris—. Espero que a mí regreso esos ojazos tuyos vuelvan a brillar como antes. No dudes en buscarme si me necesitas, ¿de acuerdo?

—Lo prometo. Disfruta de la luna de miel.

—De nuevo, gracias por la gargantilla. No pudiste haber creado algo más hermoso. Me encantó.

—Me alegra que te gustara.

Se dieron otro abrazo antes de que Paris se separara para regresar a la fiesta. A pocos pasos la mujer se detuvo y dijo:

—Megan, en verdad eres una mujer que se merece cosas increíbles. El karma sería un cabrón si no te las da.

Megan se tomó unos minutos más antes de volver. No podía ser tan egoísta con Paris. Olvidaría por esa noche sus tormentos y disfrutaría el momento.

Apenas había puesto un pie en la fiesta cuando Patsy y su esposo Dan se interpusieron en su camino.

—Te estábamos buscando —anunció Patsy que ese día se veía resplandeciente.

—Oh, lo siento. Me sentía un poco rara y fui a tomar aire. ¿Qué pasa?

La pareja se miró por un instante, Luego Dan se giró hacia Megan y habló:

—Le dije a Patsy que lo mejor sería esperar otro momento. Estamos en la boda de Paris y no quisiéramos… No lo sé, ¿opacar su festejo?

Megan frunció el ceño.

—¿Acaso piensan casarse de nuevo? —preguntó ella.

Patsy fulminó a su marido con la mirada, antes de hablar:

—No le hagas caso a Dan. No vamos a hacer un anuncio con bombos y platillos. Es un exagerado.

—*Ok*.

Dan puso los ojos en blanco, luego abrazó a su esposa y la besó en el cabello.

—Bueno —empezó Patsy—, lo que tenemos que decirte es algo que te encantará escuchar.

—Pues díganlo —pidió Megan—, que me estoy poniendo nerviosa.

En efecto, se estaba poniendo de los nervios.

—¡Vamos a ser padres! —soltó Patsy sin poder contenerse más.

Megan se quedó paralizada, en su rostro no se percibía ni la más mínima muestra de alguna emoción. La pareja, en su lugar, se veía radiante de felicidad.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó Megan cuando volvió en sí.

La sonrisa de Patsy se congeló.

—Pues que estoy embarazada. —Sonrió nerviosa—. Tengo nueve semanas…

—Eso no puede ser posible —contestó Megan en un tono más alto del adecuado.

—¿Estás bien, Meg? —preguntó Dan que estaba tan confundido como Patsy.

—¡Ustedes no quieren tener hijos! ¡Nunca han querido!

—No fue planeado… —Patsy se acarició el vientre—. Pero estas cosas pasan…

—Al principio —agregó Dan—, estábamos tan confundidos como tú, Meg. Estábamos cagados de miedo. En verdad yo aún lo estoy. —Sonrió—. No sabría explicarte lo que ha cambiado…

—Es una locura —continuó Patsy al tiempo que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Una

locura en la que estamos juntos.

Patsy entrelazó su mano con la de Dan.

Mientras tanto, Megan también tenía los ojos húmedos, aunque por una razón bien distinta. No podía creer lo que estaba escuchando. Tuvo que repetirse que, ese par que tenía frente a sí, eran personas a quienes quería con todo el corazón para componer una sonrisa.

—Lo siento —se disculpó—. Es que en verdad me ha tomado por sorpresa la noticia. Felicidades…

—Solo nuestra familia lo sabe —dijo Patsy—. Y ahora tú. No sabes cuánto deseaba decírtelo.

Megan no supo cómo contestar a su amiga, por lo cual optó por adelantarse hacia ellos y abrazarlos.

Su corazón latía con fuerza y las lágrimas amenazaban con escapársele. ¿Acaso la vida se estaba burlando de ella? Cuando por fin estaba a punto de que la boda de Paris pasara a la historia, Patsy le anunciaba un embarazo.

¿Por qué?

—Serán unos padres estupendos —susurró con un hilillo de voz. Luego se separó, con una sonrisa temblorosa en los labios—. Tengo algo que hacer —anunció—. Nos vemos después.

Caminó a paso rápido, sin prestar demasiada atención a su alrededor hasta que de pronto tropezó con otra persona.

—Lo siento —se disculpó en modo automático.

—Oh, Megan, justo a tiempo —dijo su tía Jill antes de tomarla del brazo y conducirla hacia el lugar donde todos estaban reunidos—. Ven, que ya es hora...

—Lo siento, necesito hacer algo —intentó excusarse la sobrina.

—Eso puede esperar, en cambio el ramo de la novia no.

Megan abrió los ojos como platos. Ay, no. Lo que le faltaba.

—Es que necesito ir al baño —mintió—. Es muy, muy, muy urgente.

Jill hizo un gesto restándole importancia a las palabras de Megan.

—Tan solo será un minuto.

Por supuesto que fue más de un minuto y claro que el jodido ramo del demonio terminó encima de Megan.

Ella estaba segura de que se había apartado del resto de mujeres que estaban bien dispuestas a atraparlo, ni siquiera había levantado las manos. Pero el ramo había caído sobre ella, nunca mejor dicho, y se le había quedado enganchado en el cabello.

Si su vida no era una burla, entonces Megan no entendía qué era.

5

La señora B. arqueó las cejas con interés mientras se llevaba una copa de vino a los labios, sin despegar los ojos de la mujer que a lo lejos luchaba por arrancarse de la cabeza el ramo de flores que se le había enganchado en el cabello.

Así que, esa era Megan Murray. La señora B. torció el gesto, la había imaginado diferente. Demasiado, de hecho.

La mujer que tenía frente a sí no se parecía en nada a lo que le había comentado Paris Redford. Esa sobrina que la pelirroja había calificado como encantadora y alegre no tenía nada que ver con la mujer del ramo en la cabeza.

La señora B. se sintió estafada. Cuando Paris le habló de Megan, ella había sentido una corazonada. Según la descripción de la tía parecía ser justo la mujer que ella estaba buscando para su siguiente proyecto. Una mujer de buen corazón, inteligente, exitosa, proveniente de una familia respetable... Alguien que valoraba la familia, soñaba con casarse y le encantaban los niños.

Era como música para los oídos de la señora B. Justo lo que llevaba meses buscando y no podía encontrar. Debía admitir que al principio tenía estándares muy altos y pronto se dio cuenta que jamás encontraría lo que buscaba. Pero incluso cuando fue más realista en su búsqueda, se encontró con que ninguna mujer encajaba en el perfil que necesitaba. Por lo visto esa noche, Megan era una más de ellas.

No solo había llegado tarde a la boda de su tía, sino que había llegado sucia, despeinada y demasiado ansiosa. Además, se había pasado toda la ceremonia tensa. En lugar de estar en una boda, parecía que se encontraba en un funeral.

A la señora B. no se le habían pasado desapercibidas las miradas frías que Megan había dirigido a varias de las mujeres presentes. Se preguntaba cómo es que Paris podía hablar tan bien de la chica si a leguas se notaba que esta ni siquiera se alegraba por ella. Fue obvio cuando Megan felicitó a su tía que le incomodaba en exceso tal cosa, casi ni fue capaz de verla a la cara. La joven no podía apartar los ojos de la gargantilla que había regalado a su tía. ¿Acaso se arrepentía de haberlo hecho? La señora B. no lo descartaba.

Aun así, sentía curiosidad por Megan Murray. A pesar de lo que había visto esa noche, Paris era una mujer astuta e inteligente. Se notaba que quería a su sobrina y estaba orgullosa de ella.

La señora B. dejó su copa de vino sobre la mesa al tiempo que Megan lograba deshacerse del ramo de novia. La joven miró a todos los invitados con una sonrisa temblorosa, luego se dio media vuelta y se retiró a toda prisa.

La señora B. se puso de pie cuando Megan desapareció de su vista, con disimulo siguió los pasos de la joven. Justo cuando doblaba la esquina del granero, donde se había llevado a cabo la ceremonia, vio a la fugitiva desaparecer dentro del lugar.

La señora B. se detuvo, sin saber cómo proseguir. Entonces aguzó el oído y escuchó unos

golpes y una especie de gemidos. La mujer se acercó a la puerta por la cual Megan había entrado. No se trataba de gemidos, eran sollozos. La intensidad de los golpes era cada vez más fuerte. Sin dudarlo más empujó la puerta y entró.

La señora B. no se consideraba una persona fácilmente impresionable, pero se quedó de piedra ante la imagen que tenía frente a ella.

Megan estaba en el suelo, bañada en sudor y a su alrededor estaba el ramo de novia destrozado. Ella tenía lágrimas en el rostro, mirada enajenada y temblaba de pies a cabeza.

La señora B. corrió hacia Megan, se arrodilló frente a ella y la tomó de las manos.

—¿Que te sucede, muchacha? —preguntó a Megan—. ¿Cómo puedo ayudarte?

A pesar de que Megan parecía indefensa, a la señora B. le fue difícil sujetarla, después de todo ella era una mujer de setenta años que ya no tenía la fuerza de antes.

La cara de Megan era la viva imagen del miedo y la desesperación. Ni siquiera prestó atención a lo que la extraña le decía, solo sabía que su pecho iba a estallar en cualquier momento.

—No... pue... do... res... pi... rar... —resopló Megan.

La señora B. soltó las manos de Megan y en su lugar le sujetó el rostro con firmeza, obligándola a mirarla a los ojos.

—Sí, puedes respirar. ¡Estás respirando!

—No... pue... —Tomó una bocanada de aire.— Mi corazón... Me... voy... a morir...

La señora B. sintió escalofríos. Las palabras de la joven despertaron recuerdos en su interior. Las había escuchado antes, cuando su bisnieta había empezado con los ataques de pánico a mitad de la noche.

—Mírame a los ojos —ordenó—. No te vas a morir, solo mírame. Respira conmigo.

La señora B. le mostró a Megan el ritmo al que debía respirar, cuando la joven dejaba de hacerlo, la señora B. la sacudía para que regresara al presente.

—Uno, tres, cinco —empezó a contar la señora B. cuando la respiración de Megan se tornó más regular—. Yo digo los números impares, tú dices los pares —le indicó.

Megan dudó un momento, luego comenzó a nombrar los números tal como la otra mujer le indicaba.

Cuando Megan llegó a setenta y dos se dio cuenta de que su corazón había bajado el ritmo y ya no le temblaban las manos. Aunque eso le resultó un alivio, comprendió que lo que le sucedía no era normal. Sus crisis, como ella había decidido llamarlas, eran cada vez más frecuentes y por lo visto estaban agravando.

—Gracias —murmuró a la extraña antes de apartarse de ella.

Desvió la mirada y se abrazó las piernas. De repente se sentía avergonzada y cansada. Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas otra vez.

—Dios mío, me estoy volviendo loca —murmuró.

La señora B. estiró una mano y la colocó sobre el hombro derecho de Megan.

—No estás loca, tuviste un ataque de pánico.

Megan negó con la cabeza.

—Es más que eso... Yo... no estoy bien.

La señora B. asintió con una sonrisa comprensiva.

—Siempre es más que eso, muchacha. —Se sentó junto a Megan, extendiendo las piernas sobre el suelo y cruzando una por encima de la otra—. Te vi en la ceremonia y en la fiesta, no te veías bien.

Megan asintió.

—No me sientan bien las bodas.

Hacía mucho que Megan había dejado de disfrutarlas. Tal vez desde que comprendió que ese no parecía ser su destino.

—¿Todas las bodas o esta boda en específico?

Megan miró a la mujer a los ojos. No tenía ni idea de quién era, cosa extraña en un lugar como Prince, donde todo el mundo se conocía. Era una mujer mayor de aspecto estrafalario. Llevaba un sombrero de plumas rosa chillón que combinaba a la perfección con el labial.

—Todas.

—Paris parecía feliz. Debería alegrarte. Sé que eres una de sus sobrinas.

—Estoy alegre por ella...

La señora B. mantuvo una expresión neutra. Megan apartó la mirada, notando lo incómodo del silencio. Sabía que la mujer no le creía y eso la asustaba.

—Hace tiempo que nada me alegra —admitió—. No sé qué me sucede, no sé quién soy...

La señora B. suspiró.

—No te conozco de nada, pero los ataques de pánico nunca están bien. ¿Son frecuentes?

Megan frunció el entrecejo.

—¿Cómo sabe que he tenido más?

La señora B. se encogió de hombros.

—No pareces muy sorprendida por lo sucedido, asumo que hay algo de familiaridad.

—Nunca me había puesto como hoy. Los anteriores no habían sido tan intensos. Me faltaba el aire y se me aceleraba el corazón, pero no me había sentido como si me fuera a morir. La primera vez fue hace pocos meses.

—¿Estás tratando el asunto?

Megan se removió incómoda.

—¿Qué asunto?

—Pues lo que sea que te esté causando los ataques.

—Es estrés...

—Puedes intentar esconder lo que te sucede, pero tu cuerpo lo sabe. Tú lo sabes. Ocultarlo no hará que desaparezca. Los ataques de pánico no son una enfermedad, son un síntoma y el estrés también es un síntoma.

Megan se puso de pie y le dio la espalda a la mujer.

—¿Por qué no me ayudas a levantarme? —continuó la señora B.

Megan se apresuró a ayudarla, al ser consciente de que en efecto era una mujer mayor y requería ayuda.

—Oh, lo siento. Gracias por ayudarme, siento que haya tenido que presenciar mi espectáculo.

—Me alegra haber estado para ayudarte. Supongo que tú también me habrías ayudado a mí de ser yo quién te hubiera necesitado.

Megan dejó caer los hombros.

—No sé, señora. La verdad es que ni siquiera puedo reconocerme a mí misma a veces —confesó—. Mi mundo se ha venido abajo y todo a mí alrededor es demasiado borroso para poder enfocarme en algo. Por eso... —Se llevó las manos a la cara—. Solo quiero que esta boda termine y volver a ser yo misma.

—¿Por qué la boda te lo impide?

—¡Porque es un recuerdo latente de que mi vida es una mierda!

Megan no supo el por qué, pero esa extraña mujer le generaba confianza. Sin pensarlo se lanzó a sus brazos y abrió su corazón como no lo había abierto con nadie más. Dejó salir todo lo

que llevaba cargando desde que Jacob entró en su vida, cuando pensó que estaba embarazada, lo que le había dicho la ginecóloga, la ironía de que Paris se hubiera casado y Patsy estuviera embarazada.

La señora B. escuchó a la joven en silencio. Estaba acostumbrada a que los extraños abrieran su corazón ante ella, había sido parte de su trabajo.

Megan no solo estaba atravesando una crisis existencial, también sufría problemas físicos que había puesto en segundo plano.

—Estoy atrapada entre la persona que soy y la que quiero ser —explicó Megan—. No lo entiendo, antes era feliz y ahora no soy capaz de encontrar esa felicidad...

—Antes no vivías a contrarreloj, el futuro te daba ilusión, ahora te asusta.

—Exacto.

La señora B. volvió a abrazar a Megan.

—Debes ir con tu ginecóloga y resolver ese problema.

Megan negó.

—No puedo, no quiero escuchar lo que me tiene que decir. No quiero confirmarlo.

—¿Y si es eso lo que te tiene así? Las mujeres somos dominadas por nuestras hormonas y es obvio que las tuyas no andan bien. Ignorar tu problema no ha mejorado la situación, ¿cierto? Tal como lo has dicho, las cosas son cada vez peores. Por lo tanto, es hora de afrontarlo, podrías estar perdiendo tiempo valioso. Nadie te ha dicho que lo que tengas sea definitivo, eso solo lo sabrás si haces lo correcto.

—Lo he intentado, pero siempre desisto. Es que de verdad no puedo. Sé que suena como una tontería…

—Suena como un proceso de negación. Apóyate en las personas que te quieren. Todos somos demasiado débiles en algún punto. ¿Alguien más sabe por lo que estás pasando?

Megan negó. Era justo lo que la señora B. temía. Ahora entendía mejor lo que estaba sucediendo. Megan estaba al borde de un colapso. Por eso le había parecido una persona tan distinta a la que Paris le había mencionado. Tenía sentido. Ahora bien, ¿era Megan Murray la mujer que ella andaba buscando?

No tenía ni idea. La mujer no estaba en su mejor momento. Su vida, antes perfecta, ahora tomaba un camino distinto. A nadie le gustaba renunciar a sus sueños. Así que, en ese preciso instante, Megan no era la persona ideal. Pero ¿y si resolvía las cosas?

—Somos las dueñas de nuestro destino —dijo la señora B. con seguridad—. Nosotras construimos nuestra felicidad.

Megan no dijo nada. Las palabras de la desconocida no eran nuevas para ella, se las repetía a menudo en busca de creérselas. No obstante, la práctica era mucho más complicada que la teoría.

—Sé que suena a cliché. Pero, dime, ¿qué estás haciendo ahora mismo para volver a ser feliz? —El desconcierto dibujó una nueva mueca en el rostro de Megan—. Nada. Lo que estás haciendo es echarte a morir. Lo que es normal y necesario; sin embargo, hay que seguir adelante después.

—¿Y si no tengo ganas?

—Nadie las tiene. Uno debe salir a buscarlas. De eso se trata la vida.

Megan se llevó una mano a la cabeza. Su cabello era un desastre. Aún podía sentir partes del ramo de novia en él.

—Solo te voy a decir una cosa —retomó la señora B., agarrando a Megan por los hombros para obligarla a poner atención—. Aún eres una mujer joven, inteligente y capaz. ¿Te preocupa

que no puedas tener una familia? Por Dios, ni siquiera estás segura de eso y en el caso de que no pudieras ser madre biológicamente, podrías plantearte otras opciones; o no y encontrar nuevos sueños que llenen el espacio de los anteriores. Yo puedo ayudarte, pero primero debes hacer tu parte.

Megan frunció el ceño.

—Disculpe, no entiendo muy bien qué es lo que quiere decir...

—Trabaja en tu salud física y mental, mantente firme y busca de los tuyos. Cuando hagas eso, entonces yo podré ayudarte.

—¿Ayudarme a qué?

—A darle una patada a la mala suerte. Promete que lo harás.

—No puedo prometerle nada...

—Oh, no. No me lo prometas a mí, prométetelo a ti misma.

La señora B. sacó un trozo de papel de su bolsa y escribió en él.

—No dudes en llamarme cuando lo necesites. —Colocó el trozo de papel en las manos de la otra mujer—. Fue un gusto conocerte, Megan Murray. Hasta pronto.

Megan se quedó con la vista clavada en lo que tenía en las manos. ¿Acaso se había terminado de volver loca? En el papel estaba escrito «Señora B.» y un número de teléfono. Se preguntó cómo es que la mujer sabía su nombre si ella no se lo había dicho.

—Recuerda que tú eres la única que tiene el poder de hacerte feliz —dijo la señora B. antes de desaparecer por completo.

¿Quién demonios era esa mujer y por qué aseguraba querer ayudarla? Megan deseó poder saberlo. Se recompuso lo mejor que pudo y luego regresó a la fiesta. Con la intención de localizar a la señora B. para hablar con ella, pero cuando llegó no pudo localizarla.

El resto de la noche se la pasó observando con atención, buscándola entre la multitud. La misteriosa mujer no volvió a aparecer y cuando preguntó a otros por ella, nadie recordaba haber visto a una mujer con un llamativo sombrero ni tampoco conocían a ninguna señora B.

No podía entender cómo es que nadie la había visto, aunque era cierto que ella tampoco recordaba haberla visto antes de su crisis en el granero.

Megan en verdad llegó a cuestionarse si todo había sido fruto de su imaginación. Sin embargo, en sus manos aún estaba el trozo de papel con el número de teléfono.

Megan levantó la vista y volvió a hacer un repaso de todos los invitados. Se detuvo cuando se encontró con una imagen que le revolvió el corazón. Dan estaba acariciando la barriga de Patsy sin siquiera ser consciente de ello, ella tenía las manos sobre las de él. Lucían tan enamorados y felices.

Megan sonrió. La señora B. tenía razón. Si ella estaba en la mierda es porque ni siquiera había movido un dedo para salir de ese jodido lugar. Había pretendido que cuando la boda se acabara, sus problemas desaparecieran por arte de magia. Lo cual era una soberana estupidez. El problema no eran los demás, era ella. Tampoco era que no había aceptado su destino; todo lo contrario, lo había aceptado como una sentencia.

Patsy era el claro ejemplo de que se podía ser feliz incluso cuando los planes fueran todo lo contrario a lo que se había soñado.

Ella haría lo mismo. Sería feliz, aunque no supiera cómo. Ya lo averiguaría.

6

Brad cerró la puerta de su casa horrorizado. Por todos los demonios, qué era lo que acababa de suceder. Tuvo que obligarse a mirar por la ventana para asegurarse de que la chica a la que acababa de entrevistar hubiera desaparecido. Suspiró aliviado al verla doblar la esquina.

Lo único que Brad necesitaba en ese momento era encontrar una niñera cuánto antes. Pero parecía que esa era una tarea titánica. No recordaba que hubiera sido así con Natalia, la antigua niñera de Maddy. Aunque la verdad era que cuando habían contratado a Natalia, él no se había involucrado mucho.

La chica que acababa de marcharse había sido recomendada por su secretaria, tan solo tenía dieciséis años. La mujer había hablado maravillas de su recomendada; no obstante, la joven no había tenido reparos en coquetear con Brad durante toda la entrevista y quitarse la diminuta camiseta que llevaba, asegurando que era justo lo que Brad necesitaba.

Definitivamente de ahora en adelante descartaría a las menores de edad. No necesitaba ese tipo de problemas. Solo quería encontrar a una niñera confiable, que se adaptara a sus horarios de trabajo y cuidara a Maddy como lo había hecho Natalia hasta entonces, como si fuera una madre.

Todo había sido perfecto con Natalia. Maddy la adoraba. Él la adoraba. El problema era que la mujer ahora estaba a punto de ser madre de gemelos y, como era obvio, no podía seguir trabajando por un buen tiempo.

Ella había dejado el trabajo hacía un mes y desde entonces la vida de Brad se había convertido en una locura. Ahora entendía mejor que nunca el trabajo tan increíble que hacían esas madres y padres que no tenían ayuda en absoluto. Él al menos contaba con la abuela Becky e incluso su secretaria le había echado una mano cuidando a Maddy. Pero la situación no podía seguir así. Maddy no podía seguir acompañándolo al trabajo cuando no hubiera quien la cuidara. Ella necesitaba estabilidad, eso era primordial.

Había sido un idiota monumental al no hacerle caso a la abuela y a Natalia cuando le dijeron, suficiente tiempo atrás, que buscara a una niñera cuanto antes. Si les hubiera hecho caso esto no estaría pasando ahora. Tomó su teléfono y le envió un mensaje a Natalia para ponerla al tanto:

> *¡¡¡DESCARTADA!!! Creo que estaba más interesada en cuidarme a mí que a Maddy. Fue muy incómodo…*

Brad fue hasta la cocina, sacó una Coca-Cola del refrigerador y observó la hoja llena de tachas que tenía sobre la isla de la cocina. Eran todas las candidatas a niñeras que había estado viendo durante el mes y medio que llevaba en el proceso. Tenía una entrevista para el día siguiente y ya no más.

Debía admitir que había sido un idiota al subestimar esa tarea. No se había planteado lo difícil que podía ser confiarle tu hija a alguien. Maddy era su vida entera, ¿cómo es que se lo había tomado a la ligera? Odiaba esos momentos en los que sentía que no era suficiente para su hija. Ya Hanna, su exesposa, le había fallado a Maddy, no quería hacerlo él también.

El dulzor del refresco se tornó amargo al pensar en Hanna. Puede que tuvieran una relación cordial, pero Brad nunca había podido desprenderse del resentimiento que le causaba que ella se hubiera largado y hubiera dejado a Maddy como si se tratara de un objeto sin sentimientos.

Había amado y odiado a Hanna a partes iguales. La había conocido en el colegio. A los dieciséis ella había aceptado ser su novia y a los veintiún años se habían casado en un arranque de impulsividad. Su matrimonio había durado diecisiete años, hasta que un día todo se fue a la mierda.

Desde que Hanna quedó embarazada la relación comenzó a decaer. Hasta entonces el tema de los hijos no había sido demasiado recurrente, ambos habían afirmado contemplarlo en un futuro, pero hasta ahí. Brad estaba comenzando con su constructora y Hanna seguía esforzándose por alcanzar el puesto de subdirectora médico en el hospital en que trabajaba. El embarazo los había tomado a ambos por sorpresa, aunque Hanna era quien lo había llevado peor.

Al principio se esforzó. Intentó ser positiva y asumir lo que se venía. Ya no podría seguir trabajando como lo había hecho hasta entonces y eso se traduciría en que alguien más obtendría el puesto por el que ella había luchado con uñas y dientes. Era un mundillo donde los hombres siempre habían tenido ventaja y donde había mucha competitividad, por lo cual ella había tenido que dar el doble que los demás y no había valido la pena porque se había embarazado. A pesar del panorama, ella decidió que solo pospondría esa meta.

Las cosas no salieron para nada como las imaginó. Luego de que Maddy nació tuvo depresión posparto y necesitó de todo un año para poder superarlo. Aunque Brad creía que ella jamás lo superó. Porque Hanna nunca pudo crear un vínculo fuerte con Maddy y aunque no lo dijo en voz alta, él sabía que Hanna no había sido feliz los siguientes dos años.

Recordaba con claridad el día en que llegó a casa y se encontró con Maddy llorando a gritos en los brazos de su madre, mientras esta no conseguía consolarla por mucho que lo intentara. Pero eso no había sido lo peor, si no el momento en que fue consciente de que las maletas junto a la puerta eran la prueba de que Hanna se había dado por vencida.

Le había arrebatado a la niña de los brazos de inmediato y mientras calmaba su llanto había escuchado a Hanna derrumbarse, llorar, pedir perdón y luego despedirse sin mirar atrás.

Dos semanas más tarde había recibido la solicitud de divorcio. Luego Hanna se había marchado del país como parte de Médicos Sin Fronteras. Si bien no se había desentendido por completo de Maddy, solo se limitaba a llamarla una vez a la semana, visitarla tres veces al año y enviarle regalos de Amazon.

Los primeros meses fueron demasiado difíciles. Brad no solo estaba dolido, también estaba furioso. A pesar de que Maddy y Hanna no habían tenido una relación de madre e hija idílica, la pequeña tan solo tenía tres años y la ausencia repentina de su madre le había dejado crisis de pánico nocturnas.

Natalia y la abuela Becky habían tenido que mudarse a vivir con ellos por un tiempo mientras Maddy superaba la ausencia de su madre y Brad afrontaba la situación. Nunca habrían salido adelante sin Natalia y la abuela. Brad nunca podría agradecerles lo suficiente.

Por eso le daba tanto miedo fallarle a su hija. Se le hacía un nudo en la garganta al recordar las noches interminables en las que Maddy se despertaba asustada, gritando el nombre de su madre con un llanto que calaba hasta los huesos. Era una bebé. Tan pequeña, tan frágil e

inocente.

A Brad se le detuvo el corazón el día en que Maddy se desvaneció en sus brazos luego de pasar toda la noche llorando sin control. Los paramédicos habían dicho que se había desmayado como resultado de contener la respiración por mucho tiempo, algo que no era totalmente ajeno en niños pequeños; luego la psicóloga lo había repetido. No obstante, Brad había pensado que su hija había muerto. Era lo peor que le había pasado y esperaba jamás volver a experimentar tal cosa.

Justo cuando Brad terminaba de tomarse la Coca-Cola su teléfono sonó. Era su abuela. Miró el reloj y lanzó un juramento antes de contestar la llamada:

—Disculpa por el atraso. Ya voy de camino.

—Eres un mentiroso, ni siquiera se escucha el motor de la camioneta.

—Eso es porque estoy en la estación de servicio.

—Brad Miller, no hagas el tonto.

Brad sonrió mientras tomaba las llaves y salía de la casa.

—Llego en un segundo —anunció.

—No tienes que apresurarte, sabes que me encanta pasar tiempo con Maddy.

—Lo sé, pero no quiero recargarte.

—¡Maddy es un ángel!

Brad se subió a la camioneta de un salto.

—Ajá, un ángel con una energía inagotable.

—No soy una vieja decrépita.

—Por supuesto que no. Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas.

Brad suspiró.

—Tu deber es disfrutar a tu bisnieta, no encargarte de ella. ¿Qué tal si vamos a cenar pizza? —preguntó rápidamente antes de que su abuela tuviera tiempo de contestar a lo anterior.

—Puedo hacerte la lasaña que tanto te gusta y cenamos en casa…

—Abuela —interrumpió Brad con tono serio.

—De acuerdo, no voy a cocinar. No vaya a ser que mañana aparezca en el periódico: mujer muere en su cocina, agotada por cocinar una lasaña y cuidar a su bisnieta.

—Exacto —replicó él con sarcasmo.

Ella bufó.

—Eres igualito a tu padre. ¡Qué horror!

La mujer cortó de golpe, justo para que Brad no le contestara.

Veinte minutos más tarde pasó por su abuela y su hija, que ya lo estaban esperando afuera del edificio de apartamentos donde vivía la mujer junto a Sheldon, el labrador color chocolate de Brad y Maddy. Brad negó con la cabeza. Becky vivía en el tercer piso del edificio y el ascensor llevaba más de una semana en reparaciones. Además, ella tenía desgaste en la cadera y cargaba las dos mochilas de ropa y juguetes que pertenecían a Maddy.

Brad fue hasta ellas y le quitó las mochilas de inmediato. Hizo caso omiso de la mirada fulminante que le dirigió la mujer al tiempo que acariciaba la cabeza de Sheldon.

Su abuela ese día llevaba una camisa de seda color verde esmeralda a juego con sus botas altas y una falda holgada color fucsia.

—Estás guapísima —le dijo él.

Becky se encogió de hombros. Era una mujer que no le tenía miedo a la moda, su edad era un accesorio más, no una condición. Siempre decía que ella podía ser de todo, menos una mujer

básica.

—¿Qué tal se portó la abuela Becky hoy? —preguntó Brad a su hija mientras se agachaba para quedar al mismo nivel de la niña.

Maddy soltó una carcajada, luego se cubrió la boca con las manos en un intento por ocultar que estaba riendo.

—¡Suuuúper bien! —contestó Maddy al tiempo que le lanzaba una mirada de complicidad a su bisabuela.

—¿Estás segura?

Maddy apartó las manos de su rostro, que ahora lucía serio. No había ni rastro de diversión.

—Obvio que sí. Yo fui la única que comió pastel de chocolate.

Brad las miró con sospecha, enfatizando el gesto hasta que consiguió que a su hija se le escapara la risilla incriminatoria de siempre.

—¡Lo sabía! —acusó Brad.

Maddy se abrazó a la abuela Becky y Sheldon comenzó a ladrar con alegría, sin dejar de menear la cola.

—Solo fue un pedacito así de pequeño, papi —confesó mostrando un espacio diminuto entre sus dedos índice y pulgar—. ¿Verdad que no vas a regañarla?

—Por supuesto que no, pero espero que haya sido así de pequeño.

Brad enterró las manos en los rizos rebeldes de su hija y le hizo cosquillas. Los ojillos verdes de Maddy, lo único que había heredado de él, se entrecerraron hasta parecer dos pequeñas rendijas. Brad se puso de pie y extendió los brazos hacia ella para cargarla.

Él sabía que esos momentos pronto solo serían recuerdos. Cada vez era más frecuente que Maddy rechazara dejarse cargar, porque decía que ya era una niña grande. Así que debía aprovechar cuando aún se lo permitía.

—¿Entonces fue un pedazo de pastel así de pequeño? —preguntó Brad a su abuela, repitiendo el gesto de la mano que Maddy había hecho.

—Claro que sí —contestó Becky con una tierna y encantadora sonrisa, lo que era bastante sospechoso.

Brad se inclinó para besarla en la sien. Después de Maddy, su abuela era la persona más importante. Era quien siempre había estado ahí para él. Aunque tenía una buena relación con sus padres, él siempre había vivido con su abuela y justo por eso se preocupaba por su salud. Por muy atareado que estuviera, siempre estaba al pendiente de la salud de ella.

Hacía poco le habían diagnosticado diabetes y ese había sido el peor suplicio para Becky, porque adoraba los dulces. Su pobre médico se había llevado una buena sorpresa cuando le dijo que debía eliminar el azúcar de su dieta y ella lo mandó directamente a la mierda.

Sin embargo, Becky había tenido que ceder. La diabetes no era un juego y si quería tener calidad de vida, tendría que hacer los sacrificios necesarios. Lo que no impedía que de vez en cuando se diera uno que otro gusto, como cuando cuidaba a Maddy y quería consentirla con pasteles y galletas.

Fueron al restaurante italiano de toda la vida. Ya era una tradición para ellos ir a comer pizza ahí. Brad pidió una pizza grande de masa integral para él y su abuela; no le entusiasmaba demasiado, pero lo hacía por solidaridad. Para Maddy pidió una pizza pequeña de jamón y queso.

—¿Podemos ir a jugar Sheldon y yo? —pidió Maddy una vez la camarera se retiró con las órdenes.

Brad asintió y sonrió al ver a su hija y al perro salir corriendo hacia el área de juegos como

un par de chiquillos.

—No puedo creer que ya tenga cinco años —dijo a Becky.

—La vida pasa demasiado rápido —respondió con un asentimiento.

—Aún no encuentro una niñera. Estoy empezando a desesperarme.

—Parece que ya nadie quiere cuidar niños —se quejó Becky—. He estado preguntando a todas mis amigas sobre niñeras y nadie conoce una que esté libre. ¿Recuerdas a la hija de Leonora Newman? —Brad asintió—. Pues está en la misma situación que tú.

—¿Crees que esto le esté afectando a Maddy? —preguntó con recelo.

Becky se acercó a él, mirándolo fijamente a los ojos.

—Maddy está bien, Brad. Es una niña inteligente. Sabe por qué Natalia ya no puede cuidarla. La extraña, pero…

—No es como lo de Hanna.

—Exacto.

La camarera dejó los refrescos sobre la mesa, luego se retiró con una sonrisa amable.

—Natalia es su figura… materna.

—¿Qué es lo que en verdad te preocupa?

Brad se llevó una mano a la cabeza.

—Maddy la pasó muy mal cuando Hanna se marchó. Estaba muy pequeña, ya lo sabes. Sin embargo, Natalia siempre estuvo ahí. Todos, pero Natalia ha sido la mujer que ha criado a mi hija desde que nació. A veces siento que la cuida más que yo.

—No digas tonterías —lo regañó Becky—. Eres un padre excepcional. Maddy ya superó lo que sucedió con su madre. Quien no lo ha superado eres tú.

Brad frunció el ceño.

—¿Yo?

Becky le dio un trago a su bebida. Vaya mierda, eso era peor que tomar agua. Odiaba el sabor de los edulcorantes que ponían a los refrescos intentando sustituir el azúcar.

—Lo que escuchaste —soltó con tono impaciente—. Eres tú quien no ha vuelto a darse una oportunidad con una mujer. Si tanto te preocupa que Maddy no tenga una figura materna, como has dicho hace un instante, entonces ¿por qué no has intentado rehacer tu vida?

Brad se atragantó con su refresco.

—No estoy interesado en…

—Déjate de tonterías —interrumpió Becky—. Quizá tú también debas buscar terapia y superar lo que sucedió. Mucha gente se divorcia, Brad, y luego vuelve a retomar su vida. Eres un hombre joven, inteligente, bueno… Tienes todo el derecho del mundo a rehacer tu vida.

—Maddy me necesita.

—Maddy sería la más beneficiada, si me permites decirlo.

Brad se quedó sin palabras. Ese era un tema que lo ponía demasiado incómodo. Después de lo sucedido con Hanna, él jamás había vuelto a tener una relación formal con nadie.

Hanna y él habían sido todo lo que él había buscado del amor y al mismo tiempo lo que nunca habría querido. Si no había funcionado con Hanna, no podía funcionar con nadie más. Además, él ya no importaba. Ahora solo importaba Maddy y lo que menos quería Brad era volver a exponer a su hija a una situación como la de su madre.

Tenía cuarenta años. Por supuesto que, si se planteara tener una relación, sería algo real, un compromiso con todas las de la ley. A él no le gustaba quedarse a medias en nada. Era negro o blanco. Por eso solo se había enamorado una vez y se había lanzado de cabeza sin mirar atrás. ¿Acaso de eso no se trataba el amor?

Pero eso significaba que, si una mujer entraba en su vida, tendría que entrar en la vida de Maddy. Se le ponían los pelos de punta con tan solo imaginar que la cosa no funcionara y Maddy se encariñara. No le preocupaba salir herido él, le preocupaba que fuera su hija quien tuviera que sufrir por sus decisiones.

Quizá cuando Maddy fuera mayor…

Quizá.

7

Megan tomó aire cuando por fin terminó de hablar. Luego levantó la mirada y la paseó frente a las tres mujeres que la observaban. Las tres expresiones eran distintas. Patsy estaba conteniendo el llanto, Jess estaba sorprendida y su madre estaba seria como un muerto.

—Ni creas que vas a ir sola a tu cita médica —empezó Jill—. Vamos a ir contigo. Bueno, por lo menos yo sí que voy a ir.

—Y yo —dijeron Jess y Patsy al unísono.

Megan abrió la boca para hablar, Patsy se le adelantó:

—¡No puedo creer que tengas más de tres meses pasando por esto y no le hayas dicho a nadie!

—Maldita sea, Megan —soltó Jess—, no puedes jugar con tu salud de esta forma. ¿Comprendes que todos estos cambios que has tenido deben ser fruto del desequilibrio hormonal?

Megan volvió a abrir la boca para hablar, esta vez fue su madre quien la interrumpió:

—A ver, chicas, no es momento de juzgar ni echar la bronca. Lo importante es que Megan por fin se ha abierto y nosotras estamos aquí para ayudarla.

—De acuerdo —contestó Jess, aunque su rostro no reflejaba lo que decían sus palabras.

—Es cierto —admitió Patsy—. Lo siento.

Megan abrió la boca una vez más. No pudo decir nada a pesar de que en esa ocasión nadie la interrumpió. Ni siquiera podía describir lo que sentía en ese momento, solo sabía que era como si se hubiera quitado una gran carga de encima.

Había empezado dándole vueltas al asunto, restándole importancia, haciendo bromas que no daban gracia y esquivando a toda costa el verdadero discurso; pero lo había conseguido. Una vez dejó de racionalizarlo fue capaz de soltar a bocajarro lo que tanto la había agobiado los últimos meses.

Ahora que veía a las tres mujeres que más quería en el mundo, se preguntaba por qué no lo había hecho antes. Por qué no se había refugiado en su lugar seguro.

—¿Cuándo es la visita a la ginecóloga? —preguntó Jill.

—Hoy por la tarde.

—Bien. Entonces voy a llamar a tu padre para decirle que regreso en la noche.

—Mamá, no es necesario. En serio.

Jill le lanzó una mirada con la que no hacían falta las palabras. Dejaba bien claro que no iba a dar su brazo a torcer y más le valía a su hija mayor que lo aceptara. Megan puso los ojos en blanco.

—Yo también voy a avisar en casa —agregó Jess antes de alejarse con el teléfono en mano.

Jill hizo lo mismo. Mientras tanto Patsy fue hasta su amiga y la abrazó con fuerza.

—Dios mío, Meg, no puedo creerlo —murmuró—. Por eso te pusiste tan rara cuando te

contamos lo del embarazo. Debiste sentirte fatal… Me siento como una mierda. Te juro que de haber sabido por lo que pasabas, habría esperado un mejor momento.

—No te preocupes. No es tu culpa lo que me pasa.

—Sabes que vas a superar esto, ¿cierto?

—¿Cómo no si las tengo a ustedes? —contestó Megan al tiempo que se le escapaba una lágrima.

Patsy se apresuró a limpiarla.

—Encontraremos una solución.

Megan asintió con una sonrisa. Dios, se sentía tan bien dejar de fingir.

La cita con la ginecóloga fue mejor de lo que Megan había esperado. A pesar de que entró sola al consultorio, se sintió acompañada porque sabía que Jess, Patsy y su madre estaban afuera.

Tal como la doctora Donovan le había dicho al principio, era importante hacerse los exámenes pertinentes cuanto antes para poder dar un diagnóstico más acertado. Por el momento lo principal era balancear las hormonas y ver si con eso se conseguían mejorar los síntomas anormales que Megan había estado presentando los últimos meses.

A pesar de que la consulta fue larga, la doctora Donovan se ocupó de ser clara respecto a la situación que Megan estaba viviendo. Tuvo que hacerse varios análisis de sangre, un ecograma y pruebas físicas. El desbalance hormonal no solo podía incidir en su estado de ánimo o vida fértil, también podía acarrear problemas en la vista, el corazón, la tiroides y los huesos.

Megan salió del consultorio un poco saturada de información, aun así, fue satisfactorio no sentirse mal. Justo era lo que había temido, salir derrumbada como la vez anterior. Incluso se sentía ridícula por sus anteriores pensamientos derrotistas.

Jess, Patsy y Jill se pusieron de pie apenas la vieron.

—¿Cómo te ha ido? —preguntaron en coro.

—Mejor de lo que pensé.

—¿Qué te ha dicho la doctora?

Megan suspiró y procedió a hacerles un resumen. Sus niveles hormonales habían empeorado desde los últimos análisis. Sus crisis parecían ser producto del estrés, el insomnio y el desbalance hormonal. El ecograma había arrojado que no había anomalías visibles en sus ovarios. Por el momento debía tomar tratamiento hormonal, relajantes, cuidar la alimentación y hacer actividad física.

Todas hicieron una mueca ante lo último. No era un secreto que a Megan la actividad física no la atraía demasiado. Siempre había sido así, a pesar de que todos en la familia eran personas a las que les gustaba mantenerse en movimiento. Lo único que a Megan le gustaba e implicaba esfuerzo físico era el sexo y salir a cabalgar en las montañas.

—Respecto a la fertilidad —retomó Megan su resumen—, dijo que en este momento no es prioridad.

—¿Qué quiere decir eso? —dijo Patsy—. Para ti es una prioridad.

Jill asintió.

—Lo que me explicó es que primero hay que ver cómo reacciono ante el tratamiento hormonal y ver qué sucede los siguientes meses. O sea, si la cosa se normaliza y vuelvo a ovular. Además, dado que no estoy buscando un embarazo actualmente, es complicado saber si puedo o no puedo quedar embarazada. Porque incluso con mis niveles hormonales hay un pequeño porcentaje que consigue el embarazo.

—Lo más importante ahora es tu salud, cariño —dijo Jill.

Patsy y Jess asintieron. Megan afirmó con un movimiento de cabeza.

—Lo sé. —Suspiró—. Le pregunté a la doctora Donovan qué opciones había para conseguir un embarazo en mi situación.

—¿Qué te dijo? —cuestionó Patsy.

—Podría intentar la fecundación *in vitro* con óvulos propios; si esto no funciona entonces también podría hacerlo con una donación de óvulos. —Jill abrazó a su hija—. Al parecer el proceso puede tornarse desgastante y frustrante. —Megan sonrió cuando notó que se le hacía un nudo en la garganta—. En fin, no sé si es lo que quiera o si esté lista para algo así. Tal como la doctora lo dijo, la prioridad ahora es otra y quiero concentrarme en ello. Lo demás vendrá en su momento.

Jess y Patsy se unieron al abrazo.

—Todo saldrá bien, Meg —animó Jess—. No te vamos a dejar sola. Mírame —ordenó—. No pienso dejarte caer ni un momento. Y si las cosas se ponen feas, lloraremos juntas y después nos levantaremos como unas malditas reinas.

—Puedes con todo, guapa —continuó Patsy—. Lo sabes de sobra, eres un mujerón en todo el sentido de la palabra y sé que la vida tiene cosas fantásticas para ti, porque te las mereces más que nadie.

A Megan se le humedecieron los ojos. Maldita sea, esperaba que el tratamiento le recuperara el temple que siempre había tenido. Eso de llorar por todo y por nada, la estaba volviendo loca. Aunque debía admitir que esta vez valía la pena.

—Bueno —añadió Jill—, dado que Megan va a tener que alimentarse bien y mover el trasero a partir de mañana, ¿qué les parece si vamos a darnos un festín con algo delicioso, grasoso y obscenamente calórico?

—¿Cómo que mañana? —se quejó Megan.

—Oh, cariño, por supuesto que vas a empezar mañana.

—Te prometo que empiezo el lunes.

Era miércoles.

—Qué lunes ni qué nada. ¡Mañana!

Megan buscó apoyo en Jess y Patsy, pero ambas se encogieron de hombros, dando muestras de que no pensaban apoyarla.

—¡Genial! —enfatizó con ironía—. Al menos espero que invites tú.

Jill soltó una carcajada.

—Eso te lo concedo. Invito yo.

—Y que sepas que voy a pedir doble ración de postre.

Las cuatro mujeres salieron del lugar con una sonrisa genuina en el rostro.

***

Megan llegó a su casa justo cuando anochecía. Estaba sedienta así que fue directo a la cocina, dejó sobre la isla su bolsa y su teléfono. Fue entonces cuando vio un pequeño trozo de papel sobre la superficie.

Frunció el ceño al recordar el encuentro con la misteriosa señora B. No tenía muy claro el principio, estaba demasiado asustada para haberse concentrado en algo.

Abrió el refrigerador y sacó una botella de agua, se tomó más de la mitad de un solo trago. Luego cogió el teléfono y marcó el número. No tenía claro que esperar de esa llamada, aunque la verdad dudaba que obtuviera una respuesta. Se quedó helada cuando escuchó a una voz decir:

—Hola.

¿Era la voz de la señora B.? Vaya, no tenía ni idea. Ni siquiera eso recordaba.

—¿Señora B.?

Se hizo el silencio por unos segundos.

—Querida, no esperaba tu llamada tan pronto —dijo la voz al fin.

Megan hizo una mueca de desconcierto.

—¿Sabe quién habla?

—Claro que sí. Eres Megan Murray. ¿Cómo estás, muchacha?

—Bien. —Se aclaró la garganta—. ¿Cómo sabía qué era yo?

Se oyó una risilla.

—Intuición. Me alegra que estés mejor.

Megan se llevó la botella de agua hasta su salón y se abrió un espacio en el sofá que estaba abarrotado con cajas de materiales de trabajo.

—Sí. Bueno, hoy… Lo siento. No quiero molestar.

—No molestas. Te dije que podías llamarme cuando quisieras.

—No estaba muy segura respecto a llamarla. —Dio un trago a la botella—. El día de la boda… Mmm, desapareció. No volví a verla después de que hablamos.

—Era tarde, me fui justo luego de despedirme de ti.

—¿Conoce a la tía Paris? —soltó Megan.

—¿Quién no la conoce? Es una mujer encantadora.

—Claro. Pero a la fiesta solo fue gente cercana… Supongo que usted es su amiga, ¿no?

La señora B. rio.

—Sí.

—No recuerdo haber escuchado que ella la mencionara. Aunque imagino que mi tía no la llama señora B…

Megan tenía una sensación extraña respecto a esa misteriosa mujer. Le inquietaba que fuera tan esquiva o su propio descuido al no poder recordar su rostro. Sin embargo, al mismo tiempo la mujer la había ayudado, la había escuchado y la había hecho replantearse algunas cosas. Si no se hubiera topado con ella, es probable que aun estuviera tan confundida como antes.

Debía ser honesta consigo misma y admitir que una completa extraña era quien le había abierto los ojos y la había hecho ver lo mal que se estaba tomando las cosas. Si bien ella era quien había tomado las decisiones, la señora B. le había mostrado el camino.

—¿Por qué me llamaste? —quiso saber la mujer al otro lado de la línea, ignorando los cuestionamientos de Megan.

—He pensado mucho en lo que me dijo esa noche —admitió—. Sé que solo han pasado unos días, pero siento que han cambiado muchas cosas…

—Espero que sean cambios buenos.

—Sí. He hablado de mi situación y hoy fui a ver a la ginecóloga. Me sentí como una tonta cuando salí de la consulta. No sé, tenía tanto miedo de ir y cuando lo hice fue… liberador.

—El miedo casi siempre es irracional.

Megan asintió, a pesar de que nadie podía verla.

—¿Por qué me dio su número?

—Porque creo que puedo ayudarte —contestó la señora B. con seguridad.

—Se refiere a ayuda psicológica, me imagino…

—No, no soy terapeuta ni nada por el estilo.

Megan se removió incómoda. Iba a tomar agua, pero se dio cuenta de que ya se había tomado todo el líquido de la botella.

—Entonces, ¿a qué tipo de ayuda se refiere?

—Puedo conseguirte al hombre perfecto.

Megan se quedó de piedra ante tal afirmación. De todas las cosas que le habían pasado por la cabeza, esa no se le habría ocurrido ni en su momento más creativo. Soltó una risa nerviosa.

—¿Disculpe?

—Soy casamentera.

Vaya, entre más hablaba la mujer, más desconcertada quedaba Megan.

—No comprendo…

—Me dedico a juntar parejas…

—Entiendo lo que es una casamentera —interrumpió Megan—. Lo que no comprendo es qué tiene que ver eso conmigo. Bueno, la verdad lo de que sea casamentera tampoco está muy claro. ¿Eso existe en la vida real?

—Te sorprenderías de lo común que es que contraten mis servicios. Tengo clientes de todo tipo, desde personas desconocidas hasta políticos o deportistas reconocidos…

Megan miró la pantalla del teléfono con cara de incredulidad. Qué demonios.

—Bueno, yo le agradezco su ayuda y su intención, pero yo no necesito sus servicios…

—Te dije que te ayudaría, no que iba ofrecerte mis servicios.

—Lo siento, esto me parece un poco… raro. La verdad no estoy interesada.

—Conozco al hombre perfecto para ti.

Megan soltó una estrepitosa carcajada, no pudo contenerse.

—Disculpe, pero si no he podido encontrarlo yo, me parece muy divertido que usted ya lo haya conocido cuando ni siquiera me conoce a mí.

—Tengo años de trabajar en esto. Sé leer a las personas con tan solo hablar con ellas y observarlas. Además, tú abriste tu corazón y me contaste de tus miedos y anhelos…

Megan se tensó. Su espalda se puso tan rígida que le dolió el cambio de postura.

—Con todo respeto…

—Un hombre maduro —interrumpió la señora B.—, amable, honesto, trabajador, atractivo… Dispuesto a formar una familia. El hombre que siempre soñaste.

Megan sintió escalofríos al escuchar las palabras de la mujer. La conversación cada vez se tornaba más embarazosa y carente de sentido.

—No comprendo lo que pretende. Sea lo que sea, no estoy interesada.

—Tú tía me contó que compraste una casa nueva, pero que no te has mudado porque quieres remodelarla…

—Me está poniendo nerviosa, señora.

—Estás destinada a conocerlo, Megan Murray. De ti depende que quieras aceptar la oportunidad que te estoy dando y él no pase por tu vida como un personaje secundario.

—Nada de lo que dice tiene sentido.

—Brad Miller —dijo la señora B.

Megan sacudió la cabeza. No comprendía nada de lo que escuchaba. Las palabras de la extraña parecían un montón de piezas de un rompecabezas, tiradas sobre el suelo sin ningún orden.

—No comprendo nada de lo que dice. Adiós.

Megan estaba a punto de cortar la llamada cuando la señora B. dijo:

—Es el hombre a quien contrataste para que remodele tu casa nueva. Él es el hombre perfecto para ti.

Megan se quedó inmóvil, mirando con ceño fruncido el teléfono. No tenía idea de quién era

Brad Miller ni tampoco de a quién había contratado para la remodelación. Hasta donde recordaba, Paris era quien le había recomendado una constructora de la ciudad y ella solo había llamado y agendado una cita para una evaluación.

Un escalofrío recorrió la espalda de Megan. Sin dudarlo más, cortó la llamada de golpe. No era una maleducada; no obstante, esa mujer la había dejado intranquila y asustada. De repente se sentía como si alguien la vigilara. Se horrorizó cuando fue consciente de que la mujer con quien acababa de hablar era la misma a quien había abierto su corazón.

Se puso de pie de un salto y fue en busca de su agenda. Se le detuvo el corazón cuando vio que justo el día siguiente tenía la visita del arquitecto de la constructora que había contratado. No tenía anotado el nombre del arquitecto, pero sí el de la empresa.

Construcciones Miller.

El corazón se le agitó. Clavó los ojos en el teléfono, como si ahí estuvieran las respuestas a todas las preguntas que estaban cruzando por su cabeza. Con rapidez volvió a llamar a la señora B.

—¿Quién es usted y qué quiere de mí? —masculló.

—Nada.

—No le creo.

—Me caes bien y tengo debilidad por las almas solitarias que desean compañía.

—No diga tonterías.

—Hay mucha gente que nace sin ataduras y está genial. Sin embargo, tú no eres una de esas personas, tú siempre has soñado con enamorarte de verdad. Ambos me necesitan, aunque no lo sepan.

—¿Él sabe de mí? —cuestionó con verdadero terror.

—No tiene ni idea. No lo estoy ayudando a él. Tampoco sabe de mí. Esto solo es entre tú y yo.

—No quiero nada de usted. Olvídese de mí.

Megan volvió a cortar la llamada sin dar oportunidad a que la otra mujer contestara. Regresó a la cocina, buscó entre las medicinas y se tomó el relajante antes de enviar un mensaje a Paris preguntando quiénes eran la señora B. y Brad Miller.

8

Lo primero que Megan hizo al despertar fue revisar su teléfono. Debido a que su tía se encontraba en su idílica luna de miel en las islas griegas, no había recibido respuesta a su mensaje la noche anterior. Sin embargo, su tía había contestado por la madrugada.

Hola, Megan.
¿Señora B.? No sé a quién te refieres, quizá si me dices su nombre o apellido…
Respecto a Brad, es el dueño de la constructora que te recomendé y quien dio vidilla a la casa que compramos Ryan y yo.
Te vas a morir cuando veas su trabajo.

Megan guardó el teléfono. No sabía qué responder a su tía. La señora B. seguía siendo un misterio y el tal Brad también. Su visita sería después del almuerzo, aunque la verdad era que Megan ya no se sentía segura al respecto.

Volvió a coger el teléfono y llamó a Patsy para preguntarle si podía acompañarla. Su amiga aceptó encantada. De hecho, la mujer era una fanática de ese tipo de temas. Era de esas personas que redecoraban su casa según la temporada del año, que tenía una obsesión con comprar cosas para el hogar y que siempre estaba al tanto de las tendencias en diseño de interiores.

Megan había comprado su casa alejada del pueblo. El lugar había sido una antigua granja y se encontraba apartado. Eso era lo que más había gustado a su nueva dueña. Había un terreno espacioso lleno de naturaleza, una casa grande y la tranquilidad de la soledad. Justo el lugar que siempre había deseado. Aun así, Megan debía reparar algunas áreas de la casa y remodelar otras según sus necesidades. Era una casa enorme, lo que tomaría tiempo. Quería darle su toque a su futuro hogar.

—Dios mío, no puedo creer lo increíble que es este lugar —dijo Patsy una vez apareció la casa frente a sus ojos—. ¿Sabes?, con esto del embarazo, Dan y yo nos estamos planteando buscar un nuevo hogar.

Megan apagó el motor.

—Ustedes nunca han sido de este tipo de lugares.

Patsy se encogió de hombros.

—Pues la verdad es que no. Me gusta esto, sería una tonta si no pudiera ver la belleza de un lugar tan lleno de paz, pero me sentiría sola y aburrida luego de unos días.

—Y Dan es igual que tú.

—Sí, por eso no creo que busquemos un lugar igual a este. Aunque si uno que tenga buen espacio, sea seguro y sea ideal para un niño —agregó llevándose las manos a la cara—. No puedo creer que nuestra vida esté cambiando tan rápido. Nos encantaba el apartamento,

trabajamos tanto por él, elegimos hasta la posición de los llavines y ahora resulta que no es el lugar correcto.

Megan pasó su brazo por encima de los hombros de Patsy y la abrazó.

—Pues eso solo significa que van a ser unos padres estupendos. Aún no nace el bebé y ustedes ya están buscando lo mejor para él.

—¿En verdad lo crees?

—Patsy, por supuesto que sí. Tú y Dan son una pareja que se ama, se respeta, se apoya y tiene estabilidad. Sé que harán un buen trabajo. Los vi el día de la boda —confesó—. Vi la forma en que Dan te abrazaba por la espalda y te acariciaba el vientre. También vi como tú te apoyabas en él, sonreías y guiabas sus manos. Patsy, la verdad es que la mayoría de los bebés no son planeados.

La morena apoyó la cabeza en el hombro de su amiga.

—Es que el día que me hice la prueba de embarazo... —Levantó las manos y se abanicó el rostro con ellas en un intento por alejar las lágrimas que amenazaban con deslizarse de sus ojos—. Me puse histérica. Dan lo tomó con calma. En cambio, yo... Ay, Meg. Mientras él intentaba calmarme yo repetía una y otra vez que no quería ser madre y que debía ser un error. Me siento fatal cada vez que lo recuerdo.

—Debió ser una gran impresión. No estabas en tus cinco sentidos.

—Tal vez en ese momento no; sin embargo, luego de una prueba casera más y un análisis de sangre sí que estaba en mis cinco sentidos. Estuve a punto de abortar —confesó.

Megan se puso tensa. Podía notar la culpabilidad en el tono de Patsy. Se le encogía el corazón al pensar en los momentos que debió haber pasado su amiga. Entonces comprendió que Patsy había vivido algo muy similar a ella, solo que con una situación opuesta.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? ¿Dan?

—No. Él apoyaría cualquier cosa que yo decidiera. La última palabra era mía. —Patsy se llevó la mano a su apenas perceptible barriga—. Había cumplido cinco semanas cuando desperté a mitad de la noche, fui al baño y vi una mancha de sangre... Sentí el miedo más grande de mi vida y sé que Dan también, lo pude ver en su mirada, en la forma en que aceleraba el auto cuando íbamos de camino al médico... Megan, no sé cómo explicarlo, solo sé que cuando llegamos a emergencias lo único que pedía era que no le hubiera pasado nada al bebé. Ni siquiera me pasó por la mente si yo corría algún peligro. Fue ahí cuando supe que, de forma inexplicable, ya queríamos a esa vida que estaba creciendo en mi interior. Cuando vi la imagen del ultrasonido supe que no podría deshacerme del bebé.

Megan abrazó a Patsy con más fuerza.

—¿Están bien ahora? El bebé y tú —aclaró.

Patsy asintió con la cabeza.

—Solo fue un susto, por fortuna.

—Bueno, pues fue la señal que necesitabas. Así que deja de dudar sobre tu maternidad. En serio, sé que serás una buena madre y Dan un buen padre. ¡Y yo volveré a ser una tía alcahueta!

Patsy se relajó y soltó una carcajada.

—Le encantará este lugar y también le encantarás tú. Siempre se te han dado bien los niños.

La sonrisa de Megan se apagó.

—Oh, Meg, lo siento. No quise...

Megan hizo un gesto con la mano para detenerla.

—No te disculpes. Sé que tu intensión no es lastimarme.

Esta vez fue Patsy quien la abrazó.

—A veces la vida es una mierda. —Se apartó para mirar a su amiga a los ojos—. ¿Prometes tenerme al tanto de cómo lo llevas? Ni siquiera puedo imaginar lo difícil que debe ser. Es tan injusto…

Megan asintió.

—Te lo prometo. Por ahora salgamos del auto y echemos un vistazo al lugar mientras llega el arquitecto.

Entraron a la casa en silencio. Mientras Megan revisaba que todo estuviera en orden, Patsy hacía notas mentales de la decoración que más le pegaba al estilo de la casa.

—¿Por qué insististe tanto en que te acompañara? —quiso saber Patsy.

Megan se dio media vuelta para mirarla.

—Mmm, no quería venir sola.

Patsy entrecerró los ojos con recelo. No le parecía demasiado concisa la respuesta de su amiga.

—Me estás escondiendo algo, Meg Murray.

Megan le dio la espalda y se metió en la cocina, Patsy fue tras ella.

—La verdad es que desconfío del arquitecto.

Patsy se puso alerta ante las palabras de Megan.

—¿A qué demonios te refieres?

Megan decidió que no pasaba nada con platicarle a Patsy sobre la señora B. Le contó cómo la había conocido, lo raro que había sido todo desde entonces y lo que le había dicho la mujer cuando la llamó.

—¿Por qué no me dijiste que llamara a Dan para que nos acompañara? —dijo Patsy, sobresaltada.

Megan se mordió el labio.

—¿Entonces sí te parece peligroso?

Patsy se rascó detrás de la oreja.

—Normal no es. Esa mujer sabe más de lo que le contaste y eso es, como mínimo, inquietante.

—Eso pensé. Sin embargo, le pregunté a la tía Paris y ella conoce al hombre, no dijo que fuera un ángel del señor Jesucristo, pero habló bien de su trabajo. Sé que no me lo recomendaría si le pareciera una persona peligrosa o algo así...

—Pues que trabaje bien no quita que pueda ser un psicópata o un secuestrador... Dios mío, si esos son los que parecen más normales. Mira, yo mejor llamo a Dan. No vaya a ser que en verdad se trate de un...

Patsy se quedó en silencio. Ambas mujeres se miraron asustadas cuando escucharon el sonido de un auto acercándose a la casa. Una razón más por la que a Patsy no le gustaban los lugares retirados, si te morías ahí nadie se daría cuenta.

***

Brad lanzó un silbido de admiración cuando vio la casa que tenía frente a sus ojos. Extendió la mano y acarició el lomo a su fiel amigo Sheldon.

—La cosa se está poniendo interesante —le dijo al can.

Sheldon ladró dos veces en respuesta.

Mientras Brad colocaba su camioneta junto al auto que ya estaba en el lugar iba pensando en todas las mejoras que necesitaba la casa. Era evidente que el lugar había sido descuidado. Con

toda probabilidad llevaba un buen tiempo deshabitado. Calculaba que la construcción debía tener unos treinta años, debido al estilo. Era la típica casa rural de una familia adinerada.

El porche era un espectáculo para la vista, era justo del tamaño correcto para hacerle justicia a una construcción tan grande. Rodeaba toda la casa con un elegante diseño. Brad podía imaginarse a un viejo granjero en una mecedora tomándose el primer café del día mientras el sol asomaba por el horizonte y él planificaba las tareas del día.

Estaba subiendo el primer escalón del porche cuando la puerta se abrió de golpe y una mujer de cabello oscuro apareció tras ella.

—Buenas tardes —saludó con una sonrisa afable—. ¿Es usted la dueña de la casa? Es una obra de arte.

La mujer lo miró con recelo durante unos segundos. Luego miró hacia la camioneta, en donde Sheldon asomaba la cabeza, ansioso por recibir la orden de que podía salir del vehículo.

—Soy Patsy Jordan —dijo la morena al tiempo que se acercaba hacia él y extendía la mano.

—Brad Miller —contestó al estrechar la pequeña, pero firme mano de ella—. Soy el arquitecto. Tiene una casa preciosa en verdad. Cuando mi secretaria me dijo que se trataba de la casa de una antigua granja pensé que se trataría de una construcción más discreta y sencilla. Ya sabe, como las casas de antes. Un lugar práctico para una familia trabajadora.

—No es mi casa —respondió ella.

Brad arqueó una ceja. Patsy no se perdió ni uno de sus gestos, estaba evaluándolo.

—Es de mi amiga. En seguida sale.

Brad asintió. Poco después salió una mujer rubia de baja estatura. Algo hizo clic en el cerebro de Brad. Había visto antes los ojos azules de esa mujer. Sin embargo, no conseguía recordar de dónde.

—Buenas tardes —dijo ella.

Brad se adelantó hacia la rubia y extendió la mano de la misma forma en que Patsy lo había hecho con él.

—Buenas tardes. Brad Miller, el arquitecto —anunció.

—Mucho gusto, Megan Murray.

Él sonrió.

—Claro, eres tú.

Megan se quedó atónita. Por su parte Patsy se puso junto a su amiga e intervino:

—¿Conoce a Megan?

—Es la mujer del collar... Quiero decir, la gargantilla.

Patsy frunció el ceño al igual que Megan; sin embargo, la segunda mujer pronto comprendió las palabras de él. Megan miró la camioneta y comprobó que era la misma que la había llevado a la boda de su tía.

—Sí, soy yo. Es el hombre que me ayudó a llegar a la boda —explicó a Patsy—. Disculpa, no te reconocí —agregó dirigiéndose de nuevo a él.

—No te preocupes, yo tampoco lo supe de inmediato. Vaya, qué casualidad.

Ese día la rubia iba vestida de forma relajada con una camisa blanca y vaqueros, su cabello estaba peinado con un moño alto que le daba unos centímetros más de altura y no llevaba ni una gota de maquillaje. Se veía un tanto distinta al día de la boda; más tranquila, incluso aunque su postura parecía tiesa en ese mismo instante.

—¿Hay algún problema con dejar salir al perro? —preguntó Brad.

Patsy y Megan se miraron a los ojos. Brad estaba confundido. Algo raro sucedía. Podía notar cierta tensión.

—No se preocupen, no importa —continuó, pensando que quizá alguna de las mujeres tenía miedo a los perros.

—Puede dejarlo salir —dijo Megan.

—Es un buen chico, no se meterá en problemas. —Brad se giró hacia la camioneta y dio una indicación a Sheldon con la mano, el perro saltó encantado y salió corriendo como un loco a campo traviesa—. Bien, ¿qué tal si echo un vistazo al lugar ?

Megan asintió y le indicó que entrara a la casa. Ella y Patsy entraron tras él, sin despegarle los ojos de encima. El hombre ni siquiera les prestó atención, a decir verdad. Estaba concentrado en la casa. Iba golpeando las paredes con los nudillos, abriendo y cerrando ventanas, haciendo cálculos mentales de lo que suponían ellas eran las distancias de los espacios, revisando los pisos, buscando tomas de corriente y así en cada habitación.

—Parece que ha estado deshabitada por un buen tiempo. Quince o diez años tal vez —sugirió él cuando terminó de evaluar la última habitación, la cocina.

—Doce años —aclaró Megan—. Los últimos dueños fueron una pareja de pensionados, la casa era demasiado grande para dos personas mayores y él lugar demasiado alejado por lo cual decidieron buscar algo más práctico.

Brad asintió. De repente se sintió un golpeteo en la puerta de la cocina.

—Es Sheldon —les dijo—. De seguro ya se aburrió de husmear afuera. Siempre me acompaña a trabajar.

Patsy y Megan no apartaban la vista de Brad. La verdad era que el hombre no parecía sospechoso de nada en absoluto. Ni siquiera sabía el nombre de su clienta, por eso había pensado que era Patsy. Pero lo cierto era que él había actuado con naturalidad en todo momento. Tal vez la señora B. sí había sido sincera al decir que el hombre no tenía ni idea de quién era Megan.

No obstante, quedaban tantas preguntas en el aire. ¿Cómo la mujer sabía de ellos? ¿Por qué creía que eran lo que el otro necesitaba? ¿En verdad esa era su intención o buscaba otra cosa? Todo era demasiado irreal.

—Bien, Megan —dijo Brad—, ¿por qué no me cuentas cuáles son los planes que tienes para esta casa?

—Claro. Déjame buscar algo primero.

Megan tomó la bolsa que había dejado sobre la mesa y de ahí sacó un viejo cuaderno de bocetos. Mientras ella localizaba unas páginas en específico, el teléfono de Patsy comenzó a sonar por lo cual la morena tuvo que responder y dejarlos a solas.

—No sé nada de arquitectura y diseño —se disculpó Megan—, pero dibujé algunas cosas. Espero que lo entiendas.

Le pasó el cuaderno a Brad. El hombre entrecerró los ojos prestando atención a todos los detalles. Pasó las páginas en silencio.

—Dibujas muy bien —dijo él al fin.

Cuando apartó la vista de los dibujos y la clavó en los ojos de Megan, ella vio que los de él eran una extraña mezcla entre el color miel y el color verde. Brad tenía una leve sonrisa en el rostro.

«Es el hombre perfecto para ti», había dicho la señora B.

Megan sintió un escalofrío ante ese pensamiento.

—Gracias. ¿Has entendido?

Brad asintió.

—Me parece que sí. La mayoría de los cambios son posibles, aunque algunos me parecen innecesarios. ¿Esto último es un establo?

—Oh, sí. Lo siento olvidé que había dibujado eso también. El establo no entra en tu trabajo.

Brad se encogió de hombros.

—Le sorprendería las cosas para las que me han contratado. ¿Tiene caballos?

—Solo tengo uno, siempre ha vivido en el rancho de mis padres. Pero ahora que tengo todo este espacio me gustaría tenerlo aquí y comprar otro que le haga compañía.

—Son unos animales preciosos. Si ocupa ayuda con lo del establo, yo también podría encargarme.

—No, mi familia me ayudará con eso. Gracias.

Brad asintió justo cuando Patsy apareció.

—De acuerdo. ¿Podría llevarme esto? —preguntó Brad señalando el cuaderno de bocetos. Megan asintió.— Bien. Entonces voy a tomar las medidas de la casa y tomar algunas fotos. ¿Tiene algún plano de la casa?

—No, lo siento.

—No importa. Ya me encargaré. Podría tener para mañana en la tarde una propuesta. Por lo que vi en los dibujos, su intención es seguir conservando la esencia del diseño original; eso hace las cosas más fáciles.

Hablaron de la viabilidad, el presupuesto y el tiempo que podría tomar la obra mientras Brad tomaba las medidas y hacía notas de forma diligente. Se movía con seguridad de un lado a otro. Se notaba que estaba familiarizado con la situación.

Patsy y Megan decidieron que no era peligroso. Además, Megan se vio obligada a contarle a su amiga el episodio de la gargantilla. Si bien todo parecía sospechosamente casual, el hombre estaba más impresionado con la casa que con Megan.

Una vez Brad terminó su trabajo, los tres salieron al porche. Sheldon estaba echado frente a los escalones, se puso en pie de un salto.

—¿Puedo acariciarlo? —preguntó Megan a Brad.

—Es justo lo que quiere —contestó él con una sonrisa.

Ahí, bajo la luz del sol, Megan vio que en efecto los ojos del arquitecto eran verdes y estaban salpicados por unas manchas doradas que le rodeaban las pupilas.

Sheldon recibió las caricias encantado de la vida, tal como Brad había indicado. Patsy también se unió a los mimos, lo que consiguió que el animal se pusiera como loco de felicidad.

—Dios, Sheldon, me estás dejando fatal —bromeó Brad—. Van a pensar que eres un pobre perro al que nunca dan cariño.

Megan rio ante las palabras del hombre y tuvo que apartar la vista de golpe cuando comprendió que seguía viéndolo a los ojos como una tonta.

—Anda, es hora de irnos —ordenó Brad a su mascota—. Fue un gusto conocerlas —continuó dirigiéndose a las mujeres—. Me pondré en contacto mañana para enviarle mi propuesta y la cotización, Megan.

—De acuerdo, hasta luego.

Patsy se despidió con un gesto de la mano. Ambas se quedaron recostadas en el porche viendo la camioneta desaparecer por el camino de entrada.

—No está nada mal —dijo Patsy al fin con tono juguetón.

—No digas tonterías.

—Es en serio. Educado, amable, divertido, tiene un perro encantador… y es guapo. Harían una bonita pareja —se burló.

Megan puso los ojos en blanco, luego entró a la casa para recoger su bolsa.

—Ni siquiera lo conoces.

—Tampoco conocía a los otros y sabía de inmediato que eran unos idiotas. Anda, Meg, no te cierres al amor —dijo con burla.

Megan la fulminó con la mirada y en respuesta a ello Patsy soltó una sonora carcajada.

—Estás incluso más loca que la señora B.

—Puede que la señora esa este mal de la cabeza, pero tienes que admitir que tiene mejor gusto que tú con los hombres. Tal vez sí sea verdad eso de que es una casamentera profesional.

9

Brad guio el cursor del computador hasta el ícono de guardar y por fin salvó el archivo. Sonrió al ver las imágenes que tenía frente a sí. Le encantaba ese proyecto de la casa de la antigua granja. Había mucho potencial y le agradaba que Megan quisiera conservar la esencia del lugar. Tomó el teléfono y buscó el número de la mujer para llamarla.

—Hola. Soy Brad Miller —se anunció cuando reconoció la voz de ella al otro lado de la línea.

—Hola. ¿Qué tal?

—Todo bien. Llamaba porque ya tengo los planos, basados en los dibujos que me dejaste. Puedo enviártelos por correo electrónico, pero preferiría enseñártelos en persona para aclarar posibles dudas y explicarte mejor mi idea.

—Vaya, qué rápido. Me encantaría, lo que pasa es que en este momento se me complica un poco ir hasta la ciudad y mañana tampoco puedo.

—Tengo tiempo libre ahora mismo. ¿Podrías hacer un hueco como dentro de una hora?

—De acuerdo. Te envío la ubicación en un mensaje.

—Nos vemos.

Una hora más tarde Brad llegó a la dirección que Megan le había enviado. Se trataba de una pequeña casa a las afueras del pueblo. Sus ojos estaban clavados en el Porsche rojo carmín aparcado en el lugar. Era el tipo de auto que jamás se compraría, pero admiraba su belleza como un niño pequeño. No era común ver un auto de esos en las zonas rurales.

Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que tardó un poco en captar la ansiedad de Sheldon. Estaba gruñendo y ladrando.

—Ey, ¿qué pasa, amigo? —dijo con tono tranquilizador

El perro lo ignoró. Sus ojos ámbar no le prestaban ninguna atención a él, estaban fijos en la casa. Fue entonces cuando Brad vio a Megan empujando a un hombre que parecía estar muy enojado. Se apresuró a aparcar y bajó de la camioneta de inmediato. Le dio a Sheldon la señal de que bajara y se mantuviera junto a él.

El hombre que discutía con la mujer se separó un poco al ver que él se les acercaba. Megan no dijo nada, pero se veía miedo en su mirada.

—¿Estás bien, Megan? —preguntó Brad con tono serio.

Ella asintió.

—Sí. —Se giró hacia el otro hombre—. Vete, Jacob. No tengo nada más de qué hablar contigo.

El hombre ignoró su solicitud.

—¿Quién es este tipo? —quiso saber.

Megan suspiró, se notaba que estaba perdiendo la paciencia, a pesar de que hasta el

momento parecía haberse controlado. Brad intervino antes de que ella pudiera responder algo.

—Te han dicho que te marches —comentó al tiempo que se interponía entre Jacob y Megan, con la mirada fijamente clavada en los ojos de él—. El camino está ahí —agregó apuntando con la barbilla hacia el lugar.

—¿Quién demonios te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer? —escupió Jacob con tono ofendido.

El hombre hizo amago de acercarse; sin embargo, se detuvo al escuchar el gruñido de advertencia que le lanzó Sheldon. Así que decidió que lo mejor sería ignorar al entrometido y al saco de pulgas. Volvió a dirigirse a Megan:

—Preciosa, sabes muy bien qué tenemos que hablar. No puedes hacerme esto —suplicó con un tono mucho más tranquilo—. Dile a este tipo que nos deje en paz y resolvamos esto como dos adultos.

—Ya sabes cuál es la solución a este problema, Jacob. Si no tienes el dinero, lárgate y no regreses.

Jacob se llevó una mano a la cabeza.

—Ella ya te ha pedido dos veces que te marches —intervino Brad de nuevo—. A la tercera yo mismo voy a obligarte si es que tan difícil se te hace entender.

Megan se puso tensa. Colocó la mano sobre el hombro de él y dijo:

—No te preocupes, Brad. Entra a la casa. En seguida te atiendo.

—No voy a dejarte con este tipo.

—¿Este tipo? —chilló Jacob, indignado—. Aparta el culo de una puta vez y métete en tus propios asuntos. —Sheldon volvió a gruñir—. Y de paso llévate al puto perro del demonio.

—Basta, Jacob —ordenó Megan—. Solo cierra la boca y lárgate.

Brad se lanzó hacia Jacob, lo empujó por los hombros y exclamó:

—Te dije que a la tercera te sacaba.

Brad no hizo uso de la violencia. Su intención no era darle una paliza a ese idiota, Aunque ganas no le faltaban, solo se limitó a empujarlo y alejarlo de Megan. Ya que no entendía con palabras, había que usar otros métodos.

—¿Te estás tirando a mi mujer, hijo de puta? —maldijo Jacob entre forcejeos—. Vaya mierda de paleto te fuiste a conseguir, Megan —gritó—. ¡Te juro que si veo a este idiota montado en mi auto soy capaz de encenderlo con él adentro!

Brad perdió la paciencia y le dio un puñetazo a Jacob justo en la nariz, con la suficiente fuerza para que comenzara a sangrar.

—Cabrón, hijo de puta —chilló Jacob—. Me la vas a pagar...

Megan corrió hacia ellos, con mirada fulminante dijo a Jacob:

—Que te vayas, maldita sea, y no regreses aquí o te juro que te voy a demandar por acoso.

Jacob se miró las manos cubiertas de sangre, luego miró a Megan con desprecio y al pulgoso que parecía estar escoltándola.

—No eres otra cosa que una puta más, ladrona de mierda.

Sin agregar nada más se zafó de Brad y se despidió de él lanzándole un escupitajo ensangrentado que le cayó justo en un brazo. Brad se lo quitó con la falda de la camisa, le hervía la sangre.

Jacob se fue a pie, con paso rápido.

—¿Estás bien? —preguntó Brad al ver qué ella comenzaba a temblar—. ¿Te hizo daño?

Megan negó.

—Lo siento. No sabía que se iba a aparecer... Discúlpame por lo que tuviste que presenciar.

Entra a la casa para que te puedas lavar las manos.

—No te disculpes, me alegra que así haya sido. De lo contrario no sé qué habría hecho ese tipo.

—Es un cobarde, no sería capaz de...

—Es un idiota —la frenó Brad—. La cobardía y la idiotez no son una buena mezcla. No deberías menospreciarlo y, de hecho, sí deberías denunciarlo.

—Gracias por preocuparte. —Megan se agachó y acarició a Sheldon—. Gracias a ti también. Eres un buen chico.

El perro se removió contra ella en busca de más cariño hasta que consiguió que ella lo abrazara.

—Sheldon está entrenado para cuidar de las personas —le explicó Brad—. Fue quien me alertó de lo que pasaba.

Megan hundió la cara en el perro, suspiró y luego se puso de pie.

—Vamos adentro —sugirió.

Tanto Brad como Sheldon la siguieron.

—Disculpa el desorden —pidió ella—. Lo que pasa es que aquí trabajo junto a mis dos ayudantes. La casa se ha convertido en un taller de joyería y apenas tengo espacio para mí. ¿Quieres agua o una Coca-Cola?

—Una Coca-Cola, por favor.

—Entra en esa habitación —dijo Megan, señalando el área oficial del taller—, puedes lavarte en el baño que hay ahí. ¿Le pongo agua a Sheldon? No tengo perros así que no sé qué…

Brad sonrió.

—Tranquila, no te preocupes.

Brad le echó un vistazo rápido al taller. Era un caos ordenado. A pesar de que todo parecía abarrotado y no había mucho espacio por dónde caminar, notó que todas las herramientas estaban ordenadas en su sitio y los cajones estaban rotulados con lo que suponía que eran materiales.

De acuerdo con los dibujos de Megan, suponía que ella no pensaba trasladar el taller a la nueva casa. Aunque eso debía preguntárselo.

Estaba saliendo del cuarto de baño cuando Megan llegó con dos Coca-Colas y un vaso. En el suelo ya le había puesto un cuenco de agua a Sheldon que lo había recibido con agradecimiento.

Ella abrió uno de los refrescos y vació parte del líquido en el vaso.

—No me gusta tomar de la botella —explicó a él—. ¿Y a ti?

—La botella está bien.

Brad tomó la suya y le dio un trago. Recordó que había dejado sus cosas en la camioneta por lo cual salió en su busca. Cuando regresó vio que Megan estaba sentada en una silla con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Parecía tensa y no era de extrañar.

—No tenía idea de cómo lucía un taller de joyería —confesó Brad al acercarse hasta ella.

Megan abrió los ojos y sonrió.

—¿Qué te parece?

—Es más grande de lo que pensé.

—Tampoco yo creí que un día fuera a necesitar tanto espacio. Cuando compré esta casa, era suficiente para mí y cuando empecé a diseñar joyería artesanal solo ocupé de una mesa de trabajo. En cambio, mira ahora…

—Es admirable.

Megan asintió. Se sentía muy orgullosa de todo lo que había logrado. Cada esfuerzo había valido la pena desde el primer momento.

—¿La constructora es tuya o es un negocio familiar? —preguntó ella con verdadera curiosidad.

—Es mía. Estudié arquitectura e ingeniería civil, pero cuando empecé a ejercer como arquitecto me di cuenta de que, aunque disfrutaba del trabajo creativo, echaba en falta el trabajo físico. Pronto comencé a aburrirme de estar sentado en una mesa por horas mientras diseñaba.

Megan arqueó las cejas.

—¿Qué más haces, entonces?

—Pues soy algo así como contratista, ingeniero, maestro de obras, obrero… Todo en uno. Me gusta implicarme en todo el proceso, a pesar de que cada vez es más difícil. La constructora también ha crecido más de lo que imaginé.

—Admirable —indicó Megan apropiándose de la palabra que él había utilizado. Se puso de pie—. Veamos que tienes para mí.

Megan retiró las cosas que tenía sobre la mesa de trabajo más amplia para despejar la superficie y dar espacio a Brad, quien colocó su portátil y una carpeta con papeles sobre la mesa.

Sheldon se había quedado dormido en el suelo, junto al cuenco de agua.

—Siempre he querido tener un perro —reveló Megan—. Tal vez cuando me mude a la otra casa.

Brad asintió mientras ponía el portátil en marcha.

—Es un lugar ideal. Con todo ese espacio podrías tener un puñado de perros y niños corriendo como locos por todas partes. Incluso la casa es enorme.

Megan se limitó a sonreír. Brad comprendió que había sido indiscreto.

—Lo siento, no quise ser imprudente.

—No te preocupes.

Guardaron silencio. Megan observó a Brad con atención mientras él terminaba de hacer lo que sea que estaba haciendo en el ordenador. En efecto, era atractivo. No del tipo de hombres que parecía esculpido por los dioses, pero sí del tipo que resultaban atrayentes sin esforzarse por parecerlo. Era corpulento, tenía manos grandes y llevaba varios días sin afeitarse. También se notaba que hacía un par de meses no visitaba la peluquería, su cabello castaño oscuro se le ondulaba sobre el cuello. Además, siempre estaba sonriendo y tenía unos ojos indescifrables que despertaban la curiosidad de Megan.

La mujer sacudió la cabeza al ser consciente del rumbo que estaban tomando sus pensamientos. ¿Qué demonios? Se horrorizó al pensar que todo eso se debía a la señora B. Si ella no le hubiera metido locuras en la cabeza, con toda probabilidad no estaría mirando a Brad de la forma en que lo estaba haciendo.

Por Dios, el día de la boda casi ni había reparado en él y ahora resultaba que estaba muy interesada y hasta le hacía preguntas de su vida.

«Solo estoy siendo amable», se dijo, «al igual que él».

—¿Megan? —llamó Brad.

Ella sacudió la cabeza.

—Oh, ¿qué pasa?

Él sonrió. Una vez más. Parecía que no sabía estar serio. Además, Megan se preguntaba cómo una persona podía tener tanto repertorio de sonrisas. Porque no todas eran iguales. Esa era… Canceló el pensamiento.

—Te decía que aquí están los planos de cada habitación. Este corresponde a la fachada de la

casa y el porche.

Megan se quedó boquiabierta ante la imagen que él le estaba mostrando. Era un plano de su casa en tercera dimensión.

—¿Así se va a ver?

—Es una simulación. En los dibujos que me mostraste lo único que cambiaste en esta área fue la puerta. Yo agregué un cambio en todos los ventanales, me parece que estos son más armoniosos con la nueva puerta. El resto queda prácticamente igual. Nos limitaremos a reparar la pintura y la madera que se encuentre en mal estado. El piso está en condiciones aceptables, pero su estilo es muy anticuado para estos tiempos y debe romperse si se cambian las tuberías.

—¿Las sillas mecedoras van incluidas en el proyecto? —quiso saber ella.

—Creo que tienes un porche fantástico, sería un sacrilegio no poner unas mecedoras y unos maceteros colgantes. Por supuesto, si no te gustan, las eliminamos.

—¡Las quiero! —afirmó con decisión.

Brad continuó mostrándole el resto de las habitaciones. Ella estaba cada vez más emocionada, apenas sugería algunos cambios. Se llevó las manos al pecho cuando vio la cocina.

Una de las cosas que Megan había hecho en sus dibujos era eliminar la pared que dividía la cocina con el área del comedor. Puesto que la cocina le parecía demasiado pequeña y el comedor demasiado amplio. Si bien ella era una pésima cocinera, sabía apreciar una buena cocina con espacio suficiente para moverse sin problemas.

Brad había tomado la idea de ella, pero la había llevado mucho más allá. En la simulación 3D, todos los muebles de la cocina habían sido adaptados a las necesidades actuales, con un diseño moderno y más luz.

—Mi madre se va a morir cuando vea esto —susurró ella, encantada.

—¿Estoy contratado? —quiso saber él, divertido por las expresiones de admiración e incredulidad de Megan.

Ella lo miró a los ojos.

—Después de lo que he visto, no vas a poder librarte de mí hasta que no termines mi casa.

—Bien, entonces hablemos de los detalles técnicos.

Antes de empezar con cualquier remodelación, había que conseguir los permisos de construcción necesarios. Por otra parte, Brad le recomendó a Megan cambiar todo el sistema de tuberías y electricidad, dado que la casa tenía más de veinticinco años de haber sido construida y mucho tiempo deshabitada.

Hicieron varios ajustes a la propuesta de Brad y al final él le dio un estimado del costo de la obra, recalcando que solo era un estimado y no el precio final.

—Cuando cotice los materiales puedo darte un rango más específico —informó él.

Megan se llevó las manos a la cabeza. Era una suma importante. Si bien ella no tenía problemas económicos y su negocio iba muy bien, la compra de la casa había dejado un gran hueco en su cuenta bancaria.

—¿Te importa si lo pienso durante unos días? Lo que pasa es que tengo otros planes en mente y el presupuesto no me da para todo. —Se mordió el labio—. También quiero remodelar esta casa, convertirla en un taller de verdad; incluso ampliarla si es necesario. Además, está la construcción del establo y el cercado que quiero agregar.

—Podemos hacer algunos recortes, si es lo que necesitas.

Megan estaba confundida.

—Es que todo está perfecto, lo quiero tal cual me lo has enseñado. Dios mío, no solo lo quiero, lo necesito.

—No te preocupes. Tómate el tiempo que necesites y cuando tengas una conclusión, avísame. Sé que esto puede ser desbordante al principio. Analízalo con la cabeza fría, busca opiniones de terceros… Tu amiga podría ayudarte, ayer parecía muy interesada en el tema.

Megan asintió. Platicaron un poco más y luego ella los despidió, a Brad y Sheldon, en la puerta.

—No quiero ser un entrometido —explicó Brad—, pero si ese tipo vuelve a aparecerse no dudes en llamar a la policía y, por supuesto, no le abras la puerta.

Megan asintió. Cerró la puerta y corrió a su computador. Lo primero que hizo fue buscar el archivo que Brad le había enviado con las imágenes de la que podría ser su casa. Entre más las veía más dispuesta estaba a darle todos sus ahorros a Brad Miller.

Tuvo que obligarse a regresar al taller y retomar el trabajo que había dejado a medias cuando Jacob apareció como un loco, reclamando el auto. Tarde o temprano tendría que encargarse de ese asunto porque estaba segura de que él no podría pagarle el dinero que le debía.

10

Megan estaba trabajando en la colección de joyería que presentaría en otoño. Ese año en su colección predominarían el color verde musgo junto al burdeos y diseños maximalistas.

En su trabajo Megan era creativa, detallista, trabajadora incansable y perfeccionista. Desde el principio había tenido claro que no quería ser una más del montón. Su trabajo sería especial, cada vez que alguien comprara una de sus piezas se llevaría algo más que una bonita joya, se llevaría un pedacito del corazón de Megan. Daba todo de sí porque le resultaba especial que alguien apreciara su arte.

No solo se preocupaba por crear colecciones de joyería diferentes o por seleccionar los materiales de mejor calidad, sino que también se aseguraba de que sus clientes tuvieran exclusividad y una experiencia de compra inmejorable. Eso era lo que había hecho que su negocio prosperara, porque las cosas hechas con el corazón siempre destacaban con una belleza especial.

Cada vez debía de crear más diseños, pues su clientela iba en aumento y Megan seguía empeñada en ofrecer diseños exclusivos. A pesar de que tenía dos chicas que le ayudaban, ellas solo se encargaban de la creación de las piezas y la logística de la distribución, pero los diseños eran por completo de Megan.

Megan siempre se enfocaba en dos grupos de clientes distintos. Las personas clásicas y las que saltaban de tendencia en tendencia sin miedo a los cambios. Estaba trabajando en los borradores del primer grupo, que siempre era el más sencillo cuando entró una llamada. Extendió la mano y contestó la llamada sin mirar la pantalla.

—¿Cómo estás, querida? —dijo la voz ahora reconocible de la señora B.

Megan soltó el lápiz que tenía en la mano contraria a la que sostenía el teléfono.

—Le dije que no quería volver a hablar con usted.

—¿Ya conociste a Brad? Es un hombre cautivador, ¿verdad?

—¿Qué es lo que quiere? —soltó Megan con impaciencia.

—Ya te lo he dicho. Solo quiero ayudarte.

—Entienda que yo no quiero su ayuda. No la conozco y usted me asusta.

Megan salió del taller al darse cuenta de que sus ayudantes le estaban lanzando miradas curiosas.

—No pretendo hacerte daño. ¿Acaso he hecho algo malo contra ti?

—No me gusta que sepa tantas cosas de mi vida… Yo ni siquiera sé su nombre.

—Solo dime una cosa. Te aseguro que si tu respuesta es negativa te dejaré en paz.

Megan entró a su habitación y se lanzó sobre la cama. Ni siquiera ese lugar de la casa estaba despejado. Allí estaban las hojas que había impreso con las imágenes que Brad le había pasado.

—¿Qué quiere saber? —dijo al fin a la señora B.

—Dime, con toda honestidad, que Brad no te ha inquietado ni siquiera un poco. Ya sabes del tipo de inquietud que te hablo. Después de lo que te dije la última vez que hablamos, ¿no te has llegado a preguntar si tal vez yo pueda tener razón?

Megan se mordió el labio, tomó un momento para responder.

—Ni siquiera lo conozco de verdad…

—Contesta con sí o no.

Megan se cubrió los ojos con el brazo.

—No.

—Me estás mintiendo y lo sabes. Te propongo una cosa…

—Dijo que me dejaría en paz si le contestaba con una respuesta negativa —interrumpió.

—Te pedí que fueras honesta y no lo fuiste. Incluso a través del teléfono pude escuchar tus dudas. Mira, yo no te puedo asegurar que tú y Brad vayan a casarse y ser felices para siempre; sería muy temerario de mi parte. Pero sí puedo decirte que él es el hombre que tú buscas y viceversa.

—El amor no funciona así. Dos personas no se enamoran solo porque a una tercera se le ocurre que son almas gemelas.

—Si las personas son las correctas, sí.

—Dios, de verdad, no quiero seguir discutiendo sobre esta locura.

—El amor es un truco. Igual que todo en esta vida. Las cosas no caen del cielo, tú eres una mujer que sabe eso a la perfección. Te quejas de que tienes pésima suerte en el amor, que te enamoras de puros idiotas que no saben valorarte… Pero, dime, ¿qué has hecho tú para encontrar el amor? ¿Te limitas a esperar a que un hombre llegue a tu vida y ya? Así no funciona esto.

—Estoy ocupada, tengo que regresar al trabajo.

—Permíteme una cena —se apresuró a decir la señora B.

—¿Cómo? —preguntó Megan que no estaba segura de haber escuchado bien.

—¿Qué te parece si nos citamos hoy para ir a cenar? Así podemos hablar cara a cara y podrás resolver todas las dudas que tengas respecto a mí. Te repito, no tengo ninguna mala intención.

—¿Dónde?

—¿Puedes venir hoy a Sheridan?

Megan frunció el ceño. La ciudad estaba a una hora de Prince.

—¿Hoy?

—Hoy sería perfecto.

—De acuerdo, pero después no quiero que siga molestándome.

—Nos vemos, querida. En un momento te envío la hora y el lugar.

Megan envió un mensaje de voz a Patsy, contándole sobre la llamada que acababa de recibir antes de regresar al trabajo. Su amiga no tardó mucho en responderle.

La señora sí está medio mal de la cabeza, no podemos negarlo, pero ¿qué puedes perder? Brad te gusta, si alguien puede ayudarte con él, más que perfecto.

Megan se quedó mirando la pantalla con expresión incrédula. Contestó cuando volvió en sí.

¡A mí no me gusta Brad!

El próximo mensaje que recibió fue un emoji riendo a carcajadas.

Lo peor de todo fue que su creatividad se vio perturbada por la llamada y por el mensaje de Patsy. Megan no comprendía cómo es que Patsy pensaba tal cosa de ella. Por Dios, ella lo único que quería de Brad era que convirtiera su casa en lo que le había prometido.

Nada más.

Estaba ansiosa porque las obras empezaran de inmediato. No podía esperar el momento en que todos los cambios empezaran a tomar forma. Lo había llamado la mañana siguiente al día en que vieron las simulaciones y planos para darle el visto bueno y pedirle que pusiera el proyecto en marcha. Por la tarde le había llegado el contrato y lo había firmado sin poder creerse lo impulsiva que estaba siendo.

Ni siquiera había seguido el consejo de Brad, no había pedido la opinión de nadie, se había lanzado de lleno por pura emoción.

***

Megan recibió un mensaje de la señora B. en el que le indicaba la hora y el lugar donde cenarían. Se sentía estúpida por haber aceptado tal cosa. Sabía que todo era una tontería, entonces por qué seguía dándole vueltas al asunto.

Cuando llegó al lugar descubrió que se trataba de una pizzería. Le pareció extraño que la mujer la hubiera citado ahí, pero no le dio importancia. Ocupó una mesa y se pidió un vaso de agua mientras esperaba.

Si bien era cierto que Megan tenía la costumbre de llegar temprano a todas partes, estaba empezando a aburrirse al ver qué la señora B. no llegaba. Se extrañó al ver que la mujer llevaba media hora de retraso. Tomó el teléfono y la llamó. No pensaba seguir esperándola cuando esta ni siquiera había tenido la cortesía de disculparse por la tardía. No recibió respuesta. Lo intentó en varias ocasiones, el resultado fue el mismo.

No comprendía cuál había sido la insistencia de la señora B. sí al final pretendía dejarla plantada. Se puso de pie, dispuesta a marcharse cuando de repente vio quién venía entrando al restaurante. Era Brad.

Megan se dejó caer de golpe, tomó la carta que la camarera había dejado sobre la mesa y disimuló que estaba leyendo el menú. De acuerdo, Sheridan no era una ciudad grande, sin embargo, era demasiada casualidad que justo el día que decidía ir allí se topara con el hombre que hasta hacía unos días era un total desconocido. Todo con Brad era demasiada casualidad.

Observó por encima del menú que el hombre venía acompañado del inseparable Sheldon y de alguien más. Se le abrieron los ojos como platos cuando lo vio riendo a carcajadas con una niña y esta se acercó a él para darle un beso en la mejilla y luego correr junto al perro directo al área de juegos.

Brad no despegó los ojos de la niña hasta que ella desapareció dentro de una casita que conducía a un tobogán. Entonces él pidió algo a la camarera y sacó su teléfono. Debía estar revisando algo pues parecía muy concentrado.

Megan observó el área de juegos. La niña que acompañaba a Brad bajó por el tobogán y luego corrió de un lado a otro. ¿Era su hija? ¿Acaso Brad estaba casado? Megan intentó recordar si él llevaba anillo de bodas, pero no tenía ni idea, aunque lo dudaba puesto que ya había notado lo grande de sus manos y si él hubiera llevado anillo, ella lo habría recordado. La verdad era que la niña no se parecía en nada a él.

Su piel era pálida como la leche, a diferencia de la de él que era bronceada; su cabello era

una mata de risos cobrizos disparados en todas las direcciones. No parecía una niña tímida. De hecho, parecía relacionarse con los demás niños con total naturalidad.

Megan volvió a concentrarse en Brad. ¿Cómo podía tener una espalda tan ancha? Incluso se veía ridículo recostado sobre el diminuto respaldar de la silla. Él echaba un vistazo cada cierto tiempo al lugar en donde se encontraba la niña, pero seguía pendiente del teléfono.

Jodida señora B. Megan estaba segura de que había caído en una trampa. Al mirar el reloj comprobó que habían pasado cuarenta y ocho minutos desde la hora de su cita con la mujer. Era más que obvio que ella no se pensaba aparecer.

Decidió que lo mejor que podía hacer era aprovechar la distracción de Brad y salir del lugar. Si la señora B. había pretendido emparejarla con Brad estaba muy equivocada.

Megan no estaba para historias de amor en ese momento de su vida. Tenía cosas más importantes en las cuales concentrarse. Por Dios, ni siquiera había conseguido librarse de su ex. Se obligó a no pensar en él. La tenía harta con lo del auto. El problema era que seguía sin pagar el dinero y ella ya había perdido el coraje de la noche en que lo enfrentó por lo cual no se sentía capaz de vender el auto sin más. Demonios, no era una ladrona y tampoco era una bruja. Incluso aunque Jacob se lo tenía bien merecido.

Por fortuna no había vuelto a aparecerse en su casa. Sin embargo, se había dedicado a llamarla todos los días a todas horas. A veces lo hacía de buen humor, endulzándole el oído. En otras ocasiones lo hacía con mucha más agresividad e insultando a todas las generaciones de la familia.

Sabía que debía bloquear su número o dejar de contestarle, pero le preocupaba que entonces él optara por regresar a su casa. En verdad se había asustado el día en que Brad lo echó. No tenía idea de lo que hubiera podido pasar si él no hubiera llegado en ese momento.

Megan esperó a que Brad le echara un último vistazo a la niña para ponerse de pie y marcharse. El problema era que ese restaurante solo tenía una puerta que funcionaba tanto para ingresar como para salir y Brad estaba más cerca de ella que Megan.

Ella se apresuró a salir del lugar. Estaba a unos cuantos metros de Brad cuando sintió que la empujaban y sin poder evitarlo caía despatarrada sobre una planta decorativa. Ni siquiera tuvo oportunidad de sujetarse o apoyarse en algo, se fue de cabeza.

Chilló con fuerza cuando vio frente a su rostro unos pequeños ojos redondos del color del ámbar observándola con atención.

—Apártate, Sheldon —ordenó la inconfundible voz de Brad. Megan se quedó paralizada mientras una pareja intentaba ayudarla a ponerse en pie—. Disculpe, señorita. No sé qué le ha pasado a mi perro... ¿Megan?

La mujer lo miró horrorizada. Maldita sea, qué acababa de pasar.

Por fin consiguió ponerse de pie.

—Yo ya me voy —dijo en un vano intento de su cerebro de expresar algo coherente.

Él se acercó hasta ella.

—¿Estás bien?

Megan asintió.

—Sí, no te preocupes. —Se giró hacia la pareja que la había ayudado—. Gracias por ayudarme.

—Sheldon debió reconocerte y tal vez quiso jugar contigo —continuó Brad—. No se comporta así nunca. Lo siento —repitió.

Megan sonrió. Vaya mierda, estaba haciendo un ridículo terrible. No solo se había olvidado de cómo formar una frase coherente, también tenía los ojos de todo el mundo puestos sobre ella.

—¿Está bien, señora? —dijo una vocecilla.

Megan vio que era la niña que estaba con Brad. Le sonrió

—Sí, gracias.

—Sheldon es un perro grande, a mí me derribó el otro día y me hice un raspón en la rodilla. ¿Te ha hecho daño?

—No, estoy bien. Será mejor que me marche.

Brad se interpuso en su camino.

—Megan, por favor permíteme invitarte al menos a un refresco o lo que quieras. Para disculparme —aclaró al ver la cara que ella ponía.

—No es nada, en serio.

Maddy abrió los ojos como platos.

—¿Conoces a la señora, papi? —preguntó a su padre.

—Estoy trabajando para ella.

—¿Es la mujer de la granja? —quiso saber con los ojos desorbitados por la emoción.

Brad se sintió incómodo, pero contestó:

—Sí, es ella. Megan, está es mi hija Maddy. Ella es Megan, cariño.

A Megan no le quedó de otra que sonreír.

—Hola, Maddy.

—¡Holaaa! Mi papá me ha contado que tienes un caballo. ¿De qué color es? Papá no lo sabe y dice que no puede preguntarte. ¿Por qué no puede?

Megan arqueó las cejas con genuina sorpresa. Así que Brad hablaba sobre ella...

—Maddy, no seas indiscreta —regañó Brad.

Megan sacó su teléfono, buscó una foto de su caballo y se lo mostró a la niña.

—Se llama Eclipse.

Maddy se quedó boquiabierta observando la fotografía. Se trataba de un caballo pinto, una mezcla entre blanco y marrón, que corría sobre un campo verde.

—Oh, qué bonito —exclamó la niña, enternecida.

Megan buscó otra foto, una donde solo se veía la cabeza del animal.

—Es super bonito —continuó Maddy—. Mira, papá —agregó llamando la atención de Brad—, tiene unos ojos del color del cielo.

Él asintió. Brad no sabía nada de caballos, pero debía admitir que el ejemplar que estaba viendo en fotos era impresionante.

—Tiene diez años —explicó Megan a la niña.

—Oh, es un niño viejo —respondió Maddy, asintiendo con el ceño fruncido.

Megan sonrió ante las palabras de la pequeña. Brad hizo lo mismo.

—Lo que pasa es que Maddy ya es una niña grande —explicó Brad.

—Sí, tengo cinco.

—Entonces —continuó él— supongo que si el caballo tiene diez años es un niño viejo.

Megan soltó una carcajada.

—Exacto, Maddy —le dijo ella—. Eclipse es justo eso, un niño viejo. Eres una chica brillante, ¿sabes?

Brad colocó sus manos sobre los hombros de su hija.

—¿Aceptas nuestras disculpas, Megan? —solicitó él.

—Ya te dije que sí...

—De acuerdo, entonces acompáñanos a la mesa.

Megan no tuvo más opción que acompañarlos. Bajo una de las sillas, cabizbajo y con

mirada triste se encontraba Sheldon. Al verla acercarse comenzó a menear la cola, pero no sé atrevió a moverse del lugar. Ella lo acarició tras una de sus orejas.

—Hola, Sheldon. Apuesto que solo fue un accidente, bonito.

El perro gimió con dramatismo, lo que provocó que Brad pusiera los ojos en blanco. Megan y Maddy rieron al unísono.

Al final Megan no solo tomo un refresco, los acompañó a comer pizza y le contó a Maddy un montón de anécdotas sobre Eclipse y otros caballos de su familia. La niña estaba encantada con que Megan tuviera abuelos vaqueros y se hubiera criado en un rancho.

Brad no intervino mucho en la conversación de ellas, pero no le pasó desapercibida la forma en que Megan hacía que historias simples sonaran tan emocionantes como si se trataran de un cuento de aventuras. Había conseguido que Maddy se emocionara, riera y se sorprendiera a partes iguales. Mientras Megan hablaba él podía ver cómo sus ojos azules cambiaban de intensidad según el ritmo de la historia.

Pese a que no la conocía, las pocas veces que la había visto, Megan siempre había estado tensa. Con la mirada cansada o distraída. En cambio, en ese momento le pareció relajada y feliz.

11

Era el día en que daba inicio la remodelación. La primera semana no se notarían muchos cambios, puesto que se dedicarían a reemplazar la instalación eléctrica y tuberías originales por unas nuevas. A pesar de ello, Megan había insistido en que quería ir a darse una vuelta a la casa.

A Brad no le molestaba que Megan fuera, era bueno cuando los dueños se involucraban en el proceso siempre y cuando no lo entorpecieran. El problema era que ese día Maddy no tenía clases porque su maestra estaba enferma y Brad no tenía más opción que llevarla al trabajo.

No le gustaba que Maddy lo acompañara. Era un trabajo demasiado peligroso para una niña y Brad no quería exponerla a ninguna situación de ese tipo. Seguía sin encontrar a una niñera y eso se estaba volviendo cada vez más insostenible.

Brad y su equipo llegaron a las siete de la mañana. Megan llegó a las diez acompañada de su madre. Llevaban una canasta de mimbre llena de emparedados y té frío.

Brad salió a recibirlas afuera de la casa, que en ese momento era una nube de polvo.

—Buenos días —saludó Megan—. Brad, ella es mi madre, Susan Murray. Mamá, él es el arquitecto y dueño de la constructora, Brad Miller.

Brad se quitó la gorra que llevaba puesta y saludó.

—Buenos días, señoras. —Hizo un asentimiento hacia Susan—. Mucho gusto.

—Buenos días, el gusto es mío. —Extendió la mano hacia él sin importarle que estuviera sucio—. Ya no se ven tantos caballeros hoy en día.

Megan le dio un codazo a su madre con disimulo.

—Hemos traído unos bocadillos —le informó Megan.

—No era necesario que se molestaran —replicó él.

—No es una molestia. ¿Podemos pasar?

—Claro, pero será mejor entrar por la puerta trasera. Ahora mismo hay un desastre.

Las mujeres asintieron. Brad se colocó la gorra con nerviosismo, Megan lo notó.

—¿Hay algún problema? —quiso saber ella?

—No —respondió con rapidez—. Bueno, es que…

En ese momento se escucharon los ladridos de un perro acompañados por las risas de una niña. Megan y Susan levantaron la vista hacia el porche y vieron aparecer a Sheldon y Maddy cubiertos de un polvo grisáceo.

—¡Mierda! —exclamó Brad antes de salir corriendo hacia su hija—. ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó a la niña al tiempo que se sacaba un pañuelo del bolsillo trasero del vaquero y le limpiaba la cara, ahora irreconocible.

—Lo siento, Brad —dijo una mujer que apareció tras Maddy y Sheldon, casi tan sucia como ellos—. Me descuidé un segundo y…

La mujer era una obrera de la constructora, se quedó callada cuando vio que tenían

compañía.

—Está bien, Kat. Yo me encargo.

Megan y Susan se acercaron.

—¡Holaaa, Megan! —chilló la niña con la cara tan gris como el hormigón.

—Hola —respondió la mujer, confundida—. Ella es la hija de Brad, mamá.

—Hola, pequeña —saludó Susan igual de confundida.

—¿Eres la mami de Megan? —Susan asintió—. ¿En tu casa vive Eclipse? Megan me lo ha enseñado. ¡Es guapísimo! Yo también quiero un caballo.

Susan lanzó una mirada curiosa hacia su hija.

—Lo siento, Megan —dijo Brad—. Justo te iba a hablar de esto. Espero que no sea un problema para ti. No quiero buscar excusas, sin embargo… Me vi obligado a traer a Maddy al trabajo. Te prometo que no se va a repetir.

Megan vio en su rostro que en verdad estaba apenado. Se preguntaba dónde estaría la madre de Maddy. Ni la niña ni Brad la habían mencionado el día que se encontraron en el restaurante.

—Lo que pasa es que la antigua niñera está a punto de dar a luz y se me ha complicado un poco encontrar una nueva. Pero lo resolveré —se apresuró a decir.

—Tu pared voló por los aires —dijo Maddy a Megan con cara de verdadera sorpresa—. Sheldon y yo lo vimos.

El perro ladró confirmando las palabras de Maddy.

—Lo siento. Te aseguro que la dejé en un lugar seguro —intervino Brad refiriéndose a su hija—. Es un poco inquieta, debió de escaparse.

Megan extendió una mano y la colocó sobre el brazo de él.

—No te preocupes, Brad.

Susan arqueó una ceja al ver el gesto de Megan, la hija entonces fue consciente de lo que estaba haciendo y rompió el contacto con Brad como si hubiera tocado metal ardiendo.

—Será mejor que entremos —continuó Megan.

Brad tomó en una mano la canasta de mimbre que Megan llevaba y en la otra la hielera que llevaba Susan, a pesar de que ellas insistieron en que no hacía falta. Maddy se colocó junto a Susan y empezó a hacerle preguntas sobre caballos. Sus temas cambiaban de tanto en tanto, en ese momento estaba obsesionada con los caballos y hasta le había pedido a Brad que su fiesta de cumpleaños fuera de *Toy Story*, porque ella quería vestirse de Jessie.

Brad hizo las debidas presentaciones con Megan y su equipo. Luego empezó a mostrarle a ella lo que estaban haciendo y le hizo un resumen de lo que se haría durante la semana mientras Susan repartía la comida que habían llevado.

—Debo asear un poco a Maddy —se disculpó Brad con Megan—. El polvo no es bueno para la salud de nadie, mucho menos para la de una niña.

Megan asintió. Brad se agachó para tomar a Maddy en brazos y se giró para ir al área de la casa donde había agua.

—Conozco a alguien que podría ayudarte —soltó Megan antes de que él se fuera—. La hermana de mi amiga, la que conociste el otro día —explicó—. Tiene diecinueve años, la conozco desde que nació… Escuché que estaba buscando empleo y sé que los niños se le dan bien, cuidó a mis sobrinos una época. Podría recomendártela sin dudar. Si quieres, puedo hablar con ella.

—Oh, Dios, te lo agradecería en verdad —contestó él de inmediato.

—De acuerdo, la llamaré ahora mismo. Vives en Sheridan, ¿cierto?

Él asintió, luego Megan salió al patio para poder hablar por teléfono en silencio. De camino

al piso superior Brad se cruzó con Susan que llevaba a Sheldon pisándole los talones, motivado por el aroma de la comida.

—Abajo —ordenó Brad al perro.

Sheldon obedeció no sin antes poner cara de sufrimiento absoluto y lanzarle una mirada triste a Brad como si este lo hubiera traicionado de la peor manera.

—Es un encanto —dijo Susan mientras le rascaba tras las orejas—. ¿Puedo darle algo de comida? El pobrecillo ha tenido que conformarse con ver a los demás comer.

—Tengo croquetas en la camioneta. No se preocupe. Voy a asear a Maddy y cuando baje me encargaré de él.

—Háblame de tú —solicitó Susan—. Puedo sacudirlo un poco —agregó con los ojos clavados en el perro mugriento que poco le faltaba para lloriquear como un niño pequeño.

Brad iba a negarse, no quería seguir molestando; pero si lo hacía Sheldon probablemente no se lo perdonaría.

—Le encantará —dijo al fin.

Susan se llevó al perro afuera y lo sacudió, retirando la mayor cantidad de polvo. Brad estaba en lo correcto, Sheldon creía que se trataba de mimos y juegos por lo que no paró de ladrar con alegría y menear el rabo como un loco.

Para cuando Brad regresó con Maddy, ella ya tenía la cara limpia y otra muda de ropa. Respecto a su cabello y zapatillas no se podía hacer mucho. Sheldon corrió hacia Maddy como invitándola a jugar, petición que Maddy recibió con gusto.

—Es una niña preciosa —le dijo Susan a Brad.

—Gracias —contestó con una sonrisa llena de orgullo.

Megan se acercó hasta ellos. Había hablado con Gina, la hermana de Patsy, y estaba interesada en el trabajo. Le pasó el número de teléfono a Brad mientras ponía al día a Susan.

—Gina cuidó a mis nietos hace algunos años —explicó Susan a Brad—. Es una chica muy responsable y divertida. Le encantan los niños.

—Justo eso me comentó Megan —contestó él.

En ese momento Maddy llamó a Megan y le pidió que jugaran a las escondidas con Sheldon. Brad iba a intervenir, no obstante, Megan le hizo una seña de que no importaba y aceptó ir a jugar con Sheldon y la niña. Se sorprendió al ver que el perro en verdad sabía jugar.

Cuando Brad se volteó hacia Susan notó que esta tenía los ojos puestos en Megan y que estaban llorosos.

—¿Estás bien?

Susan asintió mientras se ventilaba el rostro con las manos intentando que se le pasara la emoción.

—No pasa nada. Es solo que me conmueve ver a Megan. —Suspiró—. Habría sido una madre maravillosa.

Brad guardó silencio ante esas palabras. Se limitó a observar la escena que tan conmovida tenía a Susan. Megan corría con Maddy de la mano en dirección a un arbusto mientras Sheldon esperaba un tiempo prudente para ir a buscarlas.

Incluso a él se le encogió el corazón cuando vio la forma en que Maddy se abrazaba a Megan y con el dedo índice sobre los labios le indicaba a la mujer que guardara silencio.

***

Brad estaba terminando de preparar la cena mientras su abuela ponía la mesa y Maddy pintaba en

un cuaderno de dibujos que Sheldon había destrozado casi por completo.

—¿Qué celebramos? —quiso saber Becky, sorprendida porque Brad se hubiera tomado la tarde libre para cocinarles.

—Tenemos niñera —dijo él con evidente alivio.

Becky compartió el mismo alivio.

—¿Quién es?

—No es de la ciudad. Vive en Prince.

—¡Es amiga de Megan! —informó Maddy.

Becky frunció el ceño en dirección a su bisnieta.

—¿Megan?

—La amiga de papá. Tiene un caballo que se llama…

—No es mi amiga —interrumpió Brad.

Becky tomó asiento, sin apartar los ojos de su nieto. Brad desvió la mirada.

—Es la mujer para quien estoy trabajando.

—El otro día Sheldon la derribó y papá la invitó a cenar. Es Suuuúper buena para encontrar escondites.

La mujer cada vez se quedaba más sorprendida con lo que escuchaba.

—¿Desde cuándo invitas a cenar a tus clientes, Brad? —curioseó ella.

Brad se encogió de hombros.

—Jamás lo he hecho.

—Pero invitaste a Megan, papi —insistió Maddy que dejó el libro de colorear y se sentó junto a Becky.

—Esa no fue una invitación a cenar.

La niña miró a su padre confundida.

—Comimos pizza y llegamos a la casa muy tarde —acusó Maddy—. Yo me quedé dormida en la camioneta de camino a casa.

Becky soltó una carcajada al ver la situación en la que Maddy estaba poniendo a su padre.

—Fue una casualidad —se defendió él—. La invité a cenar por cortesía. Creo que Sheldon la vio en el restaurante, quiso jugar con ella y terminó causando un accidente. Solo fui amable y me disculpé.

Becky asintió.

—Por supuesto —recalcó a su nieto—. No es necesario que te pongas a la defensiva.

—¿Qué es defensiva? —cuestionó la pequeña.

Brad se apresuró a aclarar la duda a su hija, contento por el cambio de tema. Luego le comentó a su abuela cómo había dado con la nueva niñera y la impresión que había tenido de ella.

Lo que no le dijo a Becky es que le debía una a Megan, lo había salvado de un colapso mental y físico. Gina no solo le había parecido confiable y agradable, sino que la chica tenía experiencia y cartas de recomendación que respaldaban lo que tanto Megan como Susan le habían dicho sobre ella. Había estado a punto de tomar a la chica en brazos y lanzarla al aire cuando llegaron a un acuerdo.

Sin embargo, aunque se había contenido con la nueva niñera, no había podido hacer lo mismo con Megan. Le había marcado justo cuando Gina se marchó y no se había cansado de agradecerle lo que había hecho por él y Maddy.

Megan le había restado importancia al asunto, aun así, Brad no creía en absoluto que estuviera exagerando, puesto lo difícil que había sido encontrar una niñera confiable.

—¿Entonces esa tal Megan es solo tu clienta? —dijo Becky cuando se sentaron a cenar.

—Sí —replicó Brad con seriedad.

—Parece que a Maddy le ha caído muy bien.

—Ella es mi amiga —exclamó la niña—. ¿Por qué no es tu amiga también? —cuestionó en dirección a Brad.

Brad no supo cómo responder a esa pregunta.

—¿Acaso hay algo malo? —retomó Becky.

—Claro que no. Lo que pasa es que nuestra relación es meramente laboral.

—Los obreros están destrozando su casa —comentó Maddy—. Pero papá dice que solo es para repararla y dejarla tan bonita como Megan.

Brad estuvo a punto de escupir el camarón que se estaba comiendo.

—¡Yo nunca he dicho eso!

—Pero Megan es muy bonita, papi…

Becky miró a su nieto con una sonrisa en la cara. No podía creer lo que estaba viendo. Brad era un hombre de cuarenta años, sin embargo, en ese momento parecía un chico de veinte. Una niña pequeña lo estaba acorralando contra la pared y por lo visto él no sabía cómo detenerla.

—Cuéntame más sobre ella —pidió la bisabuela a Maddy.

—Se suponía que la cena era para celebrar lo de la niñera —se quejó el hombre.

Becky se encogió de hombros, una sonrisa maliciosa bailaba en sus labios.

—Tiene los ojos azules igual que Eclipse—comenzó Maddy encantada de la vida—. Se parece mucho a Susan, su mami…

Brad se preguntó cómo es que Maddy podía recordar tantos detalles. Por todos los cielos, estaba claro que el chisme corría en las venas de esa pequeña diablilla. Ahora resultaba que Megan era su suuuúper amiga.

Se quedó de piedra ante ese pensamiento. Fue en ese momento cuando comprendió lo emocionada que estaba Maddy con Megan y el jodido caballo del que no paraba de hablar.

No pudo sacarse ese pensamiento de la cabeza. Por la noche, luego de acostar a Maddy e irse a dormir, cerró los ojos y recordó a Megan el día en que jugó a las escondidas con su hija y Sheldon. Solo que en ese recuerdo no estaban ni la niña ni el perro. Solo estaba Megan.

Ella estaba echando la cabeza hacia atrás, el viento sacudía su cabello rubio y ella reía con los ojos cerrados y una mano sobre el pecho, el sol había dado color a sus mejillas pálidas.

Maddy tenía razón, Megan era muy bonita.

En verdad, Brad tenía otro adjetivo más adecuado para Megan; no obstante, prefería adoptar el que su hija había elegido.

Tomó una almohada y la colocó sobre su rostro para hundirlo en ella. ¿Qué demonios le estaba pasando?

Megan solo era su clienta. Sí, de acuerdo, era una mujer atractiva y eso ¿qué? Mujeres atractivas sobraban en el mundo… También era amable, agradable, trabajadora, exitosa, le gustaban los niños y los animales…

Se dio un golpe con la almohada.

—Basta ya —se dijo—, sácala de tu cabeza.

No pudo.

Vaya mierda.

Maddy tenía la culpa, si tan solo dejara de hablar de ella, él no la tendría tan presente…

Antes de quedarse dormido se preguntó si la vería el día siguiente. La última vez que se presentó en la obra, él se encontraba en la ciudad comprando materiales y no la había podido ver.

12

Brad le había prometido a Maddy que ese sábado tendrían un plan divertido. Él sabía que justo ese fin de semana habría una feria en el pueblo vecino de Prince. Así que había decidido que ese sería el plan. Algodón de azúcar, juegos mecánicos y tiro de dardos; Maddy estaba emocionada con la elección.

Por otra parte, habían surgido contratiempos con la remodelación. Se había encontrado un problema en la estructura de uno de los baños y Brad no había podido hablar con Megan al respecto, ya que ella estaba bastante ocupada con su trabajo. Además, tampoco podrían hablar en persona la próxima semana porque Brad había contratado una nueva obra en otro lugar y trabajaría ahí los próximos días.

Entonces, aprovechando que iban a estar cerca de Prince, decidió pasar un momento por la casa de Megan para resolver el asunto cuánto antes. Por lo tanto, iban de camino a casa de Megan, con la radio a todo volumen, cantando las canciones del rancho de Zenón a todo pulmón. Hasta Sheldon los acompañaba en los coros.

Brad detuvo el auto justo cuando iba a empezar su canción favorita, La gallina Turuleca.

—¿Esta es la otra casa de Megan? —cuestionó Maddy cuando vio a su padre bajarse de la camioneta y liberarla de su silla de seguridad.

Brad asintió, luego ayudó a Maddy a bajar y dio la orden a Sheldon para que hiciera lo mismo.

Megan los estaba esperando. Brad se detuvo de golpe cuando la vio aparecer en la puerta. Nunca la había visto así. Ni siquiera el día de la boda, que se suponía que debía verse más arreglada. Megan casi siempre iba vestida de forma casual, con el cabello en una coleta y sin nada de maquillaje. Ese día no era así. Se veía...

—Hola —saludó Brad para que su cerebro no siguiera divagando.

—Hola —respondió Megan.

—Hoy te ves como una princesa —dijo Maddy con admiración.

Megan sonrió de oreja a oreja.

—Muchas gracias, Maddy. Tú también te ves como una princesa. Pasen adelante.

Maddy no pudo contenerse, le empezó a contar a Megan que irían a una feria. Mientras tanto Brad se quedó atrás, no podía apartar los ojos de Megan. Su vestido veraniego ondeaba alrededor de sus muslos al mismo ritmo en qué su cabello suelto acariciaba sus hombros. El sutil escote de la espalda dejaba ver su piel. Parecía suave y cálida. Era tan blanca que Brad dudaba que Megan tomara el sol a menudo. Megan siempre usaba perfumes fuertes, Brad lo había notado antes.

Sabía en qué lugares de la casa de la granja había estado Megan porque era donde se quedaba el olor a perfume. Ese día olía a algo fresco y floral. Se preguntó cuál sería su olor, sin

perfume. Cómo sería inhalar su aroma luego de que saliera de la ducha. Se imaginó hundiendo la nariz en su cuello, bajando hasta la clavícula...

—¿Brad? —repitió Megan por tercera vez.

Él despertó de sus ensoñaciones de golpe. Luego de disculparse decidió que lo mejor sería salir de ahí de inmediato. Mostró a Megan el presupuesto de los nuevos materiales que ocuparían y le comentó con más detalle lo que había sucedido y las posibles soluciones.

Perdía el hilo cada vez que ella sonreía. El labial color frambuesa que se había puesto lo estaba distrayendo demasiado, por lo que optó en centrarse en cualquier cosa que no fuera la mujer.

Era el primer cambio de planes que se presentaba en la obra, después de tres semanas de que está hubiera empezado. Así que, Megan decidió que eso era positivo. Lo malo era que ese obstáculo saldría bastante caro y ya de por sí su presupuesto estaba ajustado. Concluyó que tendría que ponerse más creativa en el trabajo, porque ocuparía más ingresos. Estaba meditando eso cuando vio a Maddy.

La niña estaba boquiabierta con la mirada perdida en un punto en específico. Megan frunció el ceño y buscó eso que captaba la atención de la pequeña. Eran las galletas para el almuerzo familiar que Megan tenía sobre la isla de la cocina. No era para menos, eran un montón.

—¿Quieres galletas? —ofreció.

Maddy se ruborizó un poco, luego asintió con timidez. Sheldon, por su parte, meneó la cola con fuerza dejando claro que él también quería. Megan entró a la cocina y sirvió algunas en un plato grande. Abrió espacio en la isla y los invitó a tomar asiento ahí, mientras ellos obedecían le lanzó una galleta a Sheldon que se la comió casi al instante.

—Sí que te gustan las galletas —dijo Brad con admiración cuando vio la enorme bolsa de galletas que tanto había impresionado a Maddy.

—Oh, son para mi familia. Solemos reunirnos los sábados y este es mi aporte. ¡Son infaltables! Podré faltar yo, pero las galletas nunca. ¿Quieres leche, Maddy? —Megan volteó hacia Brad antes de preguntarle—: ¿Tú?

Ambos asintieron. Megan les sirvió un vaso de leche a ambos.

—Las comemos a la hora del postre —explicó Megan—, junto al helado que hace mi abuela. Dios, si supieran lo buenas que están. Nada sabe mejor, se los aseguro.

—Nunca he comido galletas con helado —aseguró Maddy.

—Tienes que probarlo. Aunque el helado de mi abuela es inigualable también.

—Oh —susurró Maddy con un tanto de decepción.

—¿Ibas de salida? —intervino Brad al ser consciente de que la estaban interrumpiendo.

Claro, por eso estaba arreglada. Se sintió muy estúpido. Un rincón de su cerebro, donde claramente no le llegaba suficiente oxígeno, había pensado que ella se había arreglado por su visita. Demonios, se estaba pasando de la raya.

—No. Salgo al medio día.

Brad miró su reloj. Faltaban diez minutos.

—Ya casi es hora.

Megan lo miró sorprendida. No podía creer que el tiempo hubiese pasado tan rápido.

—Puedo salir un poco más tarde. No pasa nada.

—Maddy, date prisa —indicó Brad a su hija—. No atrasemos más a Megan.

—Aún no hemos terminado de hablar —le recordó ella a él.

—No quiero atrasarte —repitió—. Lo siento, de haber sabido no me habría aparecido por aquí.

—¿Vas a ir a comer galletas con el helado de tu abuela? —interrogó Maddy.

—Sí. Mis abuelos hacen un almuerzo familiar todos los sábados en su rancho.

—¿Son vaqueros? —Megan asintió con una sonrisa en el rostro—. ¿Y tienen caballos?

—Tienen un montón. Mi abuelo es criador de caballos.

Maddy se quedó tan impresionada como con las galletas. Con tono serio se volvió hacia su padre y dijo:

—Papi, no vayamos a la feria. ¡Eso es de niños pequeños! Mejor vayamos donde los abuelos de Megan y comemos galletas con helado de su abue.

Brad estuvo a punto de expulsar por los orificios de la nariz la leche que se estaba bebiendo.

—Maddy, no seas indiscreta. Es un almuerzo familiar y Megan...

La cara de Megan estaba resplandeciente.

—Oh, no —exclamó—. Claro que pueden acompañarme. Así prueban las galletas... —Se quedó paralizada cuando notó que su tono era demasiado entusiasta y que Brad la estaba mirando con sorpresa—. Y tú y yo podemos terminar de hablar —agregó.

—¡Siií! —chilló Maddy, satisfecha con el bigote blanco debido a la leche.

—No —contradijo Brad—. No vamos a molestarte más, Megan. Pasaré en otro momento...

—No es molestia —insistió Megan—. A mi familia le encantará tener invitados. Hay niños. —Se le iluminaron los ojos—. Y también podríamos montar a caballo.

Maddy terminó de derretirse con lo dicho por Megan. Había pronunciado las palabras mágicas: caballos.

Brad supo que estaba perdido cuando vio la emoción en el precioso rostro inocente de su pequeña.

Tal como Megan había dicho, a la familia no le había molestado que Brad y Maddy se presentaran al almuerzo. Al principio Brad se había sentido muy incómodo, pero pronto Donald, el abuelo de Megan le puso una cerveza deliciosamente fría en la mano y se lo llevó a charlar con los demás.

Era común que en ocasiones fueran algunos amigos a los almuerzos. La comida nunca faltaba ni las ganas de compartir y pasar un buen rato. Lo que sí era extraño e inesperado era que Megan se presentara con un hombre, que no solo era atractivo y amable, sino que también iba con una niña de la mano.

Megan se había encargado de llevar a Maddy con el resto de los niños y presentarle a sus sobrinos. Luego Jess la había apartado para hacerle toda clase de preguntas.

—¿De dónde salió ese hombre? —le dijo a Megan—. Hasta que por fin nos presentas a alguien decente.

Megan puso los ojos en blanco. ¿Tan obvio era que siempre elegía a unos pretendientes que eran unos idiotas? Por qué todo el mundo parecía saber el tipo de hombre que a ella le convenía, cuando ella misma no tenía idea.

—Él no es lo que tú crees que es —aclaró al ver la mirada suspicaz de su hermana.

—No me digas.

—Es en serio.

—Lo trajiste al almuerzo familiar. ¿Es tu... amigo?

Megan abrió la boca para decir que sí, pero se quedó de piedra al percatarse de que en efecto Brad no era su amigo. Era un desconocido prácticamente. Si bien le parecía un hombre agradable y lo admiraba por su trabajo y por la relación que tenía con su hija; eso no cambiaba el hecho de que era un desconocido. Ella jamás había llevado al almuerzo familiar a alguien que no le resultara cercano.

—Es mi arquitecto.

Jess la apuntó con el dedo índice.

—¿Te estás acostando con el arquitecto?

Megan abrió los ojos como platos. Tomó a su hermana del brazo y la obligó a apartarse más. Por todos los cielos, si alguna de sus primas escuchaba a Jess, al día siguiente el pueblo entero pensaría que tal cosa era cierta.

—No digas tonterías, Jess —la regañó.

—Entonces te gusta —replicó la hermana menor entre risas burlonas.

—¡Qué te calles! Claro que no.

Para fortuna de Megan, el almuerzo comenzó. Fulminó a Jess con la mirada antes de dirigirse a la mesa.

Brad se sentó junto a ella, lo que provocó una mueca burlona de Jess. Megan esperaba que Brad no fuera consciente de la forma tan impertinente en que su hermana lo miraba.

Lo bueno fue que la conversación se centró en la remodelación de la casa y en el trabajo que Brad había hecho para Paris y su ahora esposo Ryan.

Brad se sintió cómodo con la familia de Megan. Todos eran amenos y se notaba que les gustaba la conversación. Él, por su parte, sabía cómo desenvolverse con otras personas. Era un tipo que caía bien con facilidad.

Tal como Megan lo había dicho, las galletas en conjunto con el helado de Lily eran una delicia. A Brad ya le habían gustado cuando las probó en la casa de ella, pero el helado las elevaba a un nivel superior. Puesto que Maddy había repetido el postre, Brad suponía que ella también estaba de acuerdo con lo dicho por Megan.

Después del postre, Megan se llevó a los niños a montar. El grupo salió emocionado junto a Sheldon y los dos perros del rancho. Todos estaban deseosos de enseñar a Maddy a cabalgar. En la familia Redford, se aprendía a montar antes que a caminar.

Megan buscó al caballo más dócil. Se le encogió el corazón al ver lo ilusionada que se encontraba Maddy con el animal. La niña no tuvo miedo en absoluto por lo cual enseñarle fue muy sencillo. Estuvieron más de una hora paseando por uno de los cercados del rancho.

Brad se acercó al lugar con una sonrisa genuina en el rostro. Desde la distancia podía notar la felicidad de su hija. Tardaría semanas en olvidar ese día. Apoyó los brazos en el cercado de madera y se quedó contemplando las vistas. Aunque había más personas, él solo veía a Maddy y a Megan, con el atardecer de fondo.

En ese momento Megan lo volteó a ver, se llevó una mano al sombrero vaquero que llevaba puesto e hizo una reverencia con él. A Brad se le cortó la respiración. Era jodidamente hermosa.

Continuó observándolas por un buen rato, hasta que alguien fue en busca de los niños para que fueran a refrescarse y tomar té helado. Maddy no quería soltar al caballo, pero no tuvo más opción. Megan le prometió que montarían en otra ocasión. Al final, se dio por vencida y salió corriendo detrás de los demás, con Sheldon tras ella. El perro también estaba pasando un día genial en el campo junto a tantos niños y animales.

—¿Me ayudas con los caballos? —pidió Megan a Brad.

Él no tenía ni idea de cómo, aun así, asintió. Saltó al otro lado del cercado y ella le pasó las riendas de dos caballos para regresarlos al establo mientras ella hacia lo mismo con otros dos. Una vez en el establo los cepillaban y les limpiaban los cascos. Tuvieron que hacer dos rondas.

—Gracias —dijo Brad a Megan cuando estaban lavándose las manos.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Por qué?

—Por hacer feliz a mi hija.

Megan apartó la mirada, incómoda.

—Solo la enseñé a montar.

Él sonrió.

—No la conoces. Hablará de esto hasta que se termine su carrera en la universidad. Ten por seguro que les contará a todos sobre este día.

Megan rio.

—No fue nada.

—Estaba que no cabía de contenta. Si Maddy es feliz, yo también lo soy.

Megan se secó las manos con papel toalla.

—Eres un buen padre. He visto a familiares y amigos criar hijos. No es un trabajo fácil, todo lo contrario, merece toda la admiración. Mucho más cuando los padres o madres deben hacerlo a solas.

Brad asintió.

—Todo el esfuerzo vale la pena.

—Estoy segura de que así es. Maddy es una niña dulce y educada. Te adora, se nota que lo estás haciendo bien.

Brad se llevó las manos a la cintura. Miró a Megan a los ojos.

—Creo que los niños se te dan bien. Le agradaste desde el primer momento en que te vio.

Megan se encogió de hombros.

—Siempre me han gustado mucho. Son mi debilidad —admitió—. Cuando mis sobrinos nacieron, Jess llegó a pensar que en cualquier momento me adueñaría de ellos.

Ambos rieron, se miraron por un momento y luego apartaron la mirada.

—Apenas hemos hablado —dijo él.

—¿Disculpa? —respondió Megan, confundida.

—Se supone que nos invitaste para que pudiéramos seguir hablando de lo de la remodelación…

—Ah, sí. Eso. Tienes razón. Lo siento.

Brad no supo qué sucedió en ese momento, solo sintió la necesidad de hacerlo y ya. Extendió la mano hacia ella y le quitó el sombrero de la cabeza. Los ojos azules de Megan se tornaron más brillantes en ese preciso instante.

Lo miró sorprendida, pero no se apartó. El aroma de su perfume se volvió más fuerte, incluso dulzón. Se acercó más a ella y sin dudarlo la besó.

Hacía mucho tiempo que Brad no besaba a una mujer. Sin embargo, estaba seguro de que nunca ningún otro beso lo había hecho sentir así.

Los labios de Megan lo recibieron, cálidos y ansiosos. Era evidente que ella también deseaba ese contacto. Se abrazó a él mientras sus bocas se conocían y sus lenguas se enredaban, sus puños se cerraron en la camisa de Brad, atrayéndolo con fuerza hacia ella.

El suelo, antes firme y estable, pareció tambalearse bajo sus pies. Ambos estaban envueltos por una nube de perfume que se estaba transformando en algo más apasionado y oscuro.

Brad ancló sus manos a la cintura de Megan, obligándola a pegarse más a su cuerpo. El problema era que ella era muy pequeña para él. Brad resolvió el problema de inmediato, la alzó en sus brazos y la sentó sobre unas pacas de heno.

Ahora estaban al mismo nivel. Megan susurró algo ininteligible, luego separó sus labios de los de él y echó la cabeza atrás. Tal como Brad la había recordado infinidad de veces. Suspiró su aroma, se inclinó y besó cada centímetro de su cuello. Megan lo acarició en la espalda, poniendo

la misma intensidad que él ponía en los besos.

Estaban a punto de volver a unir sus labios, cuando de pronto escucharon a Maddy. Llorando.

13

Megan hizo una mueca de dolor cuando bajó del auto. La nueva rutina de ejercicios que había empezado estaba haciendo estragos con ella. Cada pequeño movimiento la hacía ver las estrellas. Esa era la razón exacta por la que nunca había sido una fan del mundo fitness. ¿Por qué la gente se obsesionaba con sufrir así?

Fue la última en bajar, por obvios motivos. Junto a ella iban su abuela, su madre y Jess. Estaban en la antigua granja.

—Dios santo, ya comienza a agarrar forma —afirmó Susan al ver la fachada de la casa.

—Es una preciosidad —admitió la abuela Lily.

—¿Cuándo estará terminada? —dijo Jess, por su parte.

Según Brad terminarían con los trabajos dentro de unas siete semanas. Megan estaba ansiosa por ver el resultado final. Cada vez la casa iba tomando más forma. Los obreros le habían dicho que se notarían más los avances cuando colocaran el piso y pintaran.

Ella y Brad no habían hablado desde el día en que se besaron. A Megan se le erizaba la piel cada vez que recordaba ese momento. Había sentido su corazón tan acelerado que por un momento había temido sufrir otro ataque de pánico. Cuando él tomó su sombrero y lo dejó caer, fue como si un muro se hubiera derrumbado entre ellos.

No se había esperado que algo así sucediera, ahora no sabía qué pensar al respecto. Él no la había llamado y ella tampoco. La inquietaba la situación. Tras el beso, el resto del encuentro le resultaba borroso. Solo sabía que Maddy se había caído mientras corría con los otros niños, luego todos se habían despedido y en el auto de Megan solo se habían limitado a escuchar a la niña parlotear durante todo el trayecto. La despedida había sido embarazosa. Megan quería pensar que él se encontraba tan confundido como ella.

Las cuatro mujeres entraron a la casa. Lily se llevó las manos a la boca cuando vio las escaleras.

—¡Esto está divino! —soltó la mujer al tiempo que extendía la mano para tocar el fino acabado de la madera.

Habían sustituido las viejas escaleras por unas nuevas que lucían más modernas y elegantes.

—Tú novio sí que sabe lo que hace —dijo Jess a su hermana.

Megan la fulminó con la mirada.

—Es un hombre guapo —agregó Susan sonriendo a su hija mayor y Maddy es un encanto.

—¿Es viudo? —se interesó Lily.

Megan se encogió de hombros. Por Dios, ya le había comido la boca y no tenía ni idea de quién demonios era.

—No lo sé. Solo es el encargado de la remodelación.

—Vamos, Megan, aquí todas notamos las miraditas —comentó Jess—. Es obvio que entre

ustedes hay algo.

—No te despegaba los ojos de encima —añadió Lily.

Megan subió las escaleras, huyendo de las mujeres; sin embargo, ellas la siguieron.

—¿Qué habría de malo en que te gustara el arquitecto? —preguntó Susan con curiosidad—. Es solo el arquitecto, no es tu paciente ni tu estudiante. ¿Está soltero?

—No lo sé, mamá. No tengo ni idea. Lo único que sé es que está haciendo un excelente trabajo y…

—¿Invitaste a un completo desconocido al almuerzo familiar? —continuó Jess.

Megan se llevó las manos a la cabeza, con impaciencia.

—¡No sé por qué lo invité! —confesó—. Simplemente, sucedió. Vino a hablarme de unos cambios en la remodelación y de pronto estábamos en el rancho.

Las tres mujeres se lanzaron un par de miradas que solo consiguieron que Megan se pusiera más nerviosa.

La atracción era una cosa muy curiosa. Nunca pasaba desapercibida, no obstante, los involucrados siempre eran los últimos en ser conscientes de ello. El día del almuerzo todos habían sido testigos de la forma en que ambos se miraban mientras el otro hablaba. Se notaba que estaban a gusto. A Brad no le preocupaba que Maddy se fuera a montar con Megan, a pesar de que siempre las estaba buscando con la mirada y le brillaban los ojos cuando por fin las encontraba.

Megan tampoco había dejado de mencionar lo impresionada que estaba con la remodelación y el trabajo de Brad. Cada vez que lo hacía entre ellos había un cruce de miradas y sonrisas que no compartían con nadie más. Era evidente que algo se estaba cocinando entre los dos.

Si bien los medicamentos y los cambios que Megan había adoptado le habían devuelto la vitalidad; había algo más. Megan no había vuelto a mencionar su situación médica, parecía estarlo llevando mucho mejor de lo que incluso ella había pensado. Volvía a ser la misma Megan de siempre.

—¿Por qué me miran así? —cuestionó Megan.

—Cariño, ¿Brad te gusta? —Megan negó con un gesto de la cabeza, Susan levantó una mano para detenerla—. Es un hombre agradable, caballeroso, parece un buen padre…

—Y está enorme —agregó Jess.

Susan le lanzó una mirada de esas que callan bocas.

—Si es libre y tú también lo eres, ¿qué hay de malo?

Lily suspiró.

—No quisiera juzgarte, cielo —empezó Lily—, pero la verdad es que te has fijado en hombres peores. Sabes muy bien lo que siempre hemos pensado de tus novios. Desde el primer momento han causado una mala impresión.

—No estamos hablando de bodas y felices por siempre —retomó Susan—. Es solo que, si dos personas se atraen, se admiran y pueden, ¿por qué habrían de fingir que no pasa nada entre ellos cuando para el resto del mundo es obvio?

Jess se abrazó a su hermana antes de decirle:

—Sí yo fuera tú, me lanzaría.

—Yo no tengo las mismas agallas que tú —contestó Megan.

—No digas tonterías. Eres un mujerón. Don arquitecto sería muy tonto si no se hubiera fijado en ti…

—No lo ha hecho.

—Maldita sea, Meg. Se le salían las babas cada vez que te miraba. Lo tienes por las pelotas.

—¡Jess! —regañó Susan.

—Solo deja las inseguridades —continuó Jess hacia su hermana—. Si tú no te la crees, nadie más lo hará. No hay absolutamente nada de malo en ti. Dime algo, ¿si fueras Brad, te enamorarías de ti?

Megan se quedó atónita ante el primer pensamiento que le trajo esa pregunta.

—Exacto —soltó Jess—. ¡Cualquiera con dos dedos de frente lo haría! Brad no es como Jacob o los otros. E incluso si también resultara un cabrón, lo superarás. Porque sí y punto. Tarde o temprano llegará el correcto, todas hemos tenido que caminar por mierda antes de llegar a la cima.

Por la noche, mientras Megan ponía a calentar una pizza congelada, se dio la oportunidad de analizar todo lo que tenía que ver con Brad. Siempre que intentaba restarle importancia se decía que no lo conocía, pero ¿acaso no era así casi siempre? Además, esa era una excusa tan pobre. La mayor prueba era que a Jacob lo conocía de toda la vida y había sido el error más estrepitoso.

Si bien estaba claro que no podía confiar en su propio criterio, ya eran cinco personas las que le decían que Brad era una buena opción. Patsy, Jess, su madre, su abuela y… la señora B.

Megan buscó el teléfono con la mirada, las manos le hormigueaban. La señora B. no la conocía de nada y, sin embargo, había acertado con Brad. Debía admitirlo.

Caminó directo al teléfono, buscó el número de la mujer y la llamó.

—He estado esperando tu llamada, querida —dijo la señora B.

Megan suspiró.

—¿Por qué cree que Brad y yo hacemos buena pareja?

—Porque se complementan a la perfección. Son dos piezas que encajan en todos sus bordes. Deja de preocuparte, Megan, no temas. No pretendo hacerte daño. Ni a ti ni a nadie.

El microondas pitó anunciando que la pizza ya estaba lista.

—Me puso una trampa el día de la cena.

—¿Funcionó? —preguntó la mujer, se notaba por su tono que estaba sonriendo.

—No sé exactamente qué esperaba que sucediera.

—Que vieras el tipo de hombre que es Brad. Quería que lo vieras con su hija. Su hija parece una niña feliz a pesar de no tener una madre…

—¿Brad es viudo?

—Está divorciado.

—¿Dónde está la madre de Maddy?

—Eso debes averiguarlo tú misma.

Megan se llevó una mano a la cabeza.

—En verdad trato de comprenderla, pero usted me lo pone demasiado difícil.

—Estas cosas no se pueden forzar, Megan. Tal como te lo dije antes, el amor es un truco, no obstante, las personas deben ser las indicadas. El mundo está lleno de parejas que jamás debieron coincidir y otras más que coincidieron, encajaron y nunca fueron. Si tú y Brad están destinados a ser, solo el tiempo lo dirá.

—¿Entonces por qué ha insistido tanto?

—Porque sería un desperdicio que ustedes dos no lo intenten. Tal como te dije antes, puedo ayudarte a que te acerques a él. ¿Acaso no lo hice el día en que te invité a cenar? Sé que tienes dudas, inseguridades y desconfianza. Por lo tanto, yo me encargaré de darte las herramientas.

—¿Herramientas?

—¿Nunca has pedido un consejo a una amiga justo antes de una primera cita? Eso es lo

único que pretendo. Mírame como si fuera esa amiga.

El cerebro de Megan iba a toda velocidad. Por más que intentara encajar todo de una forma lógica, seguía teniendo la sensación de que no había ninguna lógica.

—Nos hemos besado —soltó antes de que pudiera arrepentirse.

Se hizo el silencio en la línea.

—Ese es un paso importante —contestó la señora B. al fin.

—Bueno, pues ya hace seis días de eso y desde entonces no sé nada de Brad.

—¿Lo has llamado?

—No.

—Si lo llamas, sabrás…

—Es usted una mujer muy sabia —replicó con ironía.

—Sabes bien lo que quiero decir. Apuesto a que te está carcomiendo la duda. De seguro estás preguntándote si él está arrepentido de haberte besado.

—Es una posibilidad.

—Llámalo y pregúntaselo.

—Por supuesto que no.

—Si dice que sí, lo tendrás claro, punto final. En cambio, si dice que no…

—No quiero forzar las cosas.

—Oh, claro. Entiendo. Es mucho más fácil complicarse con dudas sin sentido, comerse la cabeza y comportarse como si se tuviera quince años. Así que eres ese tipo de mujer…

Megan arqueó una ceja mirando la pantalla del celular. Estaba indignada. Se mordió el labio. Maldición. Sí, esa era ella. Se sintió avergonzada.

—No quiero parecer desesperada ni intensa.

—Ay, querida, se nota que te has topado con puros patanes a los que solo les importaban ellos mismos.

Megan se encogió de hombros.

—Mmm, es probable.

—Si Brad piensa eso de ti solo por una llamada, que él tampoco ha tenido el valor de hacer, es que es un supremo idiota. ¿Te gustaría insistirle a un supremo idiota?

—Claro que no.

—Así de fácil se zanjaría el problema.

Quizá la señora B. parecía una loca obsesiva, sin embargo, tenía claras las cosas.

—Llámalo, Megan. Es mentira eso de que hay que dar el cincuenta por ciento. A veces nos toca dar el setenta, otras veces solo somos capaces de dar el veinte. ¿Cuánto estás dispuesta a dar ahora mismo?

Cuando Megan terminó de hablar con la señora B., comprobó que la pizza se le había enfriado. Fue hasta el microondas para volver a ponerla a calentar. Se detuvo a unos cuantos pasos.

Al demonio, si seguía haciendo las cosas igual, el resultado continuaría siendo el mismo: una mierda.

El amor no era para cobardes y ella no era una cobarde. Además, tenía la excusa perfecta.

Regresó con paso firme al sitio donde había dejado su teléfono, determinada a tomar las riendas de su futuro. Marcó el número de Brad sin detenerse a analizarlo, no iba darle oportunidad a sus estúpidas inseguridades de que siguieran limitándola.

Ella ya sabía lo que en verdad era humillarse por un hombre, había soportado infidelidades y malos tratos. Llamar al hombre que no podía sacar de su cabeza no era una humillación en

absoluto. Estaba yendo de frente, tomando las precauciones que no había tomado antes, por las que su corazón había terminado lastimado.

—¿Megan? —preguntó Brad al contestar.

Megan sintió un escalofrío al escuchar su voz. Maldita sea, estaba nerviosa.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Tú estás bien? ¿Pasa algo?

Megan se mordió el labio con fuerza. El corazón le martilleaba tan fuerte que podía escucharlo.

—Estoy bien. Solo quería hablar contigo.

Brad hizo un sonido ininteligible. El valor de Megan comenzó a encogerse.

—Claro, dime.

—Preferiría hacerlo en persona.

Megan no tenía ni idea si eso había tomado a Brad por sorpresa, de lo que sí estaba segura era de que ella sí que estaba sorprendida.

Vaya mierda de respuesta. Dios, ¿acaso le faltaba un tornillo? Ni siquiera era capaz de sacar el tema por teléfono, cómo iba a hacerlo en persona. Abrió la boca de inmediato, dispuesta a cambiar sus palabras. No pudo, Brad le ganó el turno.

—Dime cuándo, no hay ningún problema.

—¿Tienes planes para mañana por la noche?

Megan deseó golpear su cabeza contra una superficie fuerte y afilada. Se preguntaba por qué las cosas sonaban tan bien en su cabeza y tan mal en la vida real.

—¿Mañana por la noche?

Era evidente que Brad estaba muy confundido. Megan tomó aire y terminó de cagarla:

—El esposo de Patsy va a celebrar su cumpleaños y… —Se aclaró la voz—. Me gustaría que me acompañaras.

Megan cerró los ojos con fuerza. Dios, ahora entendía por qué jamás había sido ella la que tomaba las riendas. ¡Era un desastre! Lo peor era que después de este fiasco, dudaba que volviera a hacerlo alguna vez.

—Yo…

Megan se encogió sobre sí misma, su cara era una mezcla entre vergüenza y terror.

—Lo siento, perdona. No quise molestar…

—Tendría que hablar con Gina para ver si puede cuidar a Maddy…

Megan abrió los ojos como platos, estaba tiesa como un palo. Por un momento dudó de haber escuchado bien.

—A mí también me gustaría hablar contigo —continuó Brad—. Supongo que ambos estamos pensando en lo mismo.

Megan comenzó a temblar. Mierda, no se había tomado sus medicinas aún.

—Supongo que sí —dijo como mejor pudo—. Yo… no he dejado de pensar en lo que pasó.

—Dios, Megan… —Suspiró—. No sé qué me pasa contigo.

Megan deseó tener más valor para preguntarle si eso significaba algo bueno o algo malo, pero su valentía ya se había agotado. Lo más probable era que hubiera acabado con las reservas de todo el mes.

—Será mejor que lo discutamos mañana... Si Gina puede cuidar a Maddy, claro.

—Sí, tienes razón. Por cierto… —Megan contuvo la respiración—. Gracias por llamar. Estuve a punto de hacerlo por la mañana. —Rio, avergonzado—. No tuve el valor.

Por primera vez en su vida Megan sintió como si fuera ella quien tenía el control. Las

palabras de Brad le recargaron un poquito el valor.

—Somos adultos, podemos hablar de estas cosas sin ningún problema.

—Tienes razón.

—Bien. Buenas noches.

—Buenas noches.

Megan estaba sudando. Fue al microondas, sacó la pizza y la volvió a guardar, luego fue directo al baño y se tomó las medicinas. Lo que menos necesitaba era volverse más loca.

Justo en ese momento le entró un correo electrónico de la señora B.

Tienes el poder en tus manos, nunca lo olvides. Si te vas a lanzar, hazlo sin dudarlo.
Llama a Brad y déjale las cosas claras.
A los hombres les encantan las mujeres decididas y seguras de sí mismas.
Déjale saber quién tiene el control, te aseguro que todo saldrá bien.

Megan se llevó una mano a la cabeza. Lo había hecho, a trompicones y tartamudeando; pero lo había hecho. Ahora necesitaba encontrar algo que le quitara la ansiedad. De lo contrario no podría dormir por estar pensando en todas las formas desastrosas en que podría terminar su encuentro con Brad.

14

Brad estaba sudando. Podía sentir como sus palmas se pegaban al volante de la camioneta. Demonios, ¿acaso era un adolescente? Tomando en cuenta que solo había tenido una relación formal en toda su vida, tenía sentido que siguiera comportándose como si aún estuviera en el colegio.

Había sido un cobarde. Se había dicho que solo era un simple beso y ya, con la esperanza de que Megan hiciera lo mismo y el tema nunca viera la luz. El problema era que ella lo había arrinconado contra la pared y ahí estaba, conduciendo hacia su casa porque iba a acompañarla al cumpleaños de alguien a quien ni siquiera conocía.

Estaba haciendo justo lo opuesto a lo que debería hacer. Encendió la radio para ver si la música conseguía que se relajara y pudiera pensar mejor, eligió algo tranquilo. Se comportaría con Megan de la misma forma en que se había portado antes... Antes del beso, claro. Tampoco era un patán. Megan le caía bien y siempre había actuado bien con él y Maddy, así que la apreciaba por ello.

Serían amigos, decidió. Luego recordó el sabor de la cálida piel de su cuello y la sensación de sus brazos acariciándole la espalda. Por un demonio, en qué momento había cruzado la jodida línea y había echado todo a perder. Él no podía tener nada con Megan. Nada.

Su hija la conocía y esa era una regla que él nunca había roto ni pensaba romper. Las relaciones, incluso hasta las que solo servían de distracción, podían ser muy peligrosas. No podía involucrarse con una mujer que también tuviera relación con Maddy. Aunque no podía darle un nombre a lo que sea que había entre su hija y Megan, sabía que había algo. No era estúpido. Maddy la veía como una amiga y por lo tanto él no podía besarla, ni mucho menos ir más allá... No, eso sería complicar las cosas demasiado.

No podía creer que de todas las mujeres del mundo justo se hubiera fijado en una prohibida. Dio un golpe al volante. Tendría que decírselo a Megan, dejarle claro que entre ellos no podía haber nada. Maddy era una niña sensible que se encariñaba con facilidad, era soñadora y se ilusionaba con cualquier pequeño detalle y con esa misma facilidad se venía abajo. Tan solo tenía un año de haber terminado la terapia, Brad no iba a arriesgarla de nuevo.

Se tensó cuando vio la puerta de la casa de Megan abriéndose. Habían decidido que irían en el auto de ella. Brad esperaba que esa no fuera una mala decisión. Dios bendito, Megan no le estaba poniendo las cosas fáciles.

Apagó la camioneta de inmediato, así no podría seguir reparando en las curvas de la rubia. Tuvo que respirar profundo unas cuantas veces antes de bajarse y saludarla. Esos malditos perfumes... Esa noche olía diferente. Bueno, siempre olía diferente. Esta vez se trataba de un aroma misterioso y oscuro. Él no sabía nada de perfumes, sin embargo, ese le evocaba a una mujer decidida, invencible y tremendamente sexi.

No se dijeron mucho, se limitaron a mencionar que era una bonita noche y que debían ponerse en marcha cuanto antes. Brad trató de no mirarla demasiado, temía que lo descubriera y pensara que era un pervertido. Al menos no llevaba un labial de color fuerte. Se puso tenso al recordar que el día en que se besaron ella había dejado huellas de su labial frambuesa en los labios de él. Incluso Maddy lo había notado, por fortuna era una niña inocente. Se preguntaba si tal vez lo del labial claro era una estrategia. Maldijo en silencio. Ni siquiera se podía reconocer, estaba comportándose como un crío.

Decidió que era momento de ponerse los pantalones de una jodida vez y demostrar que era un adulto con un cerebro y sabía controlarse delante de una mujer. Optó por lo más sencillo, hablar de la remodelación. La estrategia fue perfecta, era un tema con el que podían romper el hielo sin adentrarse en terrenos pantanosos.

El festejo era en un bar de un pueblo vecino, donde vivían Patsy y su esposo. Brad no conocía el lugar. Se sorprendió una vez llegaron. Era un sitio de buen tamaño, moderno, con música en vivo y buen ambiente para unos cuarentones como ellos.

Fueron los últimos en llegar. Había dos parejas más aparte de Patsy y Dan. Brad se sintió un poco incómodo al ser consciente de que parecía que él y Megan fueran pareja. Lo bueno de todo fue que nadie les lanzó miradas pícaras ni hizo bromas al respecto. Por el contrario, todos lo recibieron como si lo conocieran de toda la vida y pronto hasta él olvidó que no era así.

A pesar de que Brad había tratado no mirar mucho a Megan en el auto, le fui imposible seguir haciéndolo en el bar. Su maquillaje era más discreto, sí, pero su ropa consistía en un enterizo que se le pegaba al cuerpo como si estuviera pintado sobre su piel. Estaba hermosa.

A él siempre se lo había parecido, incluso cuando no iba arreglada. Megan era una mujer que no necesitaba de trucos para verse bonita, pero si los usaba conseguía exaltar su belleza todavía más.

Dan estaba cumpliendo treinta y nueve años. Patsy era quien le había organizado la cena, lo había llevado engañado, haciéndole pensar que sería una cena casual. Sin embargo, la mesa se encontraba llena de regalos y en medio había un pastel enorme que dejaba bien en claro que esa era una celebración en toda regla. Platicaron, cenaron y luego le cantaron cumpleaños.

Al igual que en el rancho, Brad les había dado buena impresión a todos. Le gustaba conversar y le salía con naturalidad. Estaba entretenido hablando con Patsy sobre su trabajo, era profesora de matemáticas en un colegio, cuando vio que Dan sacaba a bailar a Megan.

Se quedó como tonto mirándola en la pista.

—Vaya —fue lo único que consiguió decir.

Patsy sonrió mientras lo observaba con atención.

—Es la reina de la pista —contestó ella.

—Eso veo. Baila muy bien.

—Es de familia. Su padre es el mejor compañero de baile que haya tenido. Verlos a él y Megan en la pista es maravilloso. Tal vez algún día tengas la oportunidad...

A Brad no le pasó desapercibido el tono de ella, lo que provocó que apartara los ojos de la pareja de baile y en su lugar los pusiera en Patsy.

—Sé que nadie te lo ha dicho —advirtió la morena—, pero yo lo voy a hacer. Megan no está en el mejor momento de su vida, está trabajando en ella misma y por fin está saliendo del hueco en el que estuvo los últimos meses. No le hagas daño.

—Yo no pretendo... Ella y yo solo somos amigos.

Patsy se encogió de hombros.

—Bien, entonces sé un buen amigo. Lo digo en serio, ya ha tenido suficientes cabrones

incompetentes en su vida. No es un buen momento para cruzarse con otro. Te lo digo en buen plan, me pareces agradable y creo que podrías ser bueno para ella. Sin embargo, a veces las apariencias engañan...

—No soy un cabrón.

—Eso espero, porque he apostado por ti.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No hablaba en forma literal. Quiero decir que me parece que vales la pena y estás a la altura para convertirte en alguien especial para Megan.

—Las cosas no son lo que te imaginas —se apresuró a decir.

Patsy tan solo sonrió, luego se puso de pie y se disculpó para ir al baño.

A Brad no le hacía ninguna gracia lo que la mujer acababa de decirle, no porque se sintiera amenazado, más bien porque alguien más pensara que entre Megan y él podía suceder algo. Era su culpa. Si él no hubiese permitido que su vida laboral se mezclara con su vida personal, eso no estaría sucediendo. Primero la había invitado a cenar, luego había aceptado ir al rancho de sus abuelos y ahora se encontraba junto a los amigos de ella celebrando un cumpleaños.

Necesitaba acabar con los malentendidos. A fin de cuentas, él estaba ahí justo para resolver ese asunto. En cuando tuviera la oportunidad le dejaría la situación clara a Megan. Con toda probabilidad, ella era la menos interesada... Su cerebro dejó de funcionar cuando empezó a sonar *country* y la vio bailar al ritmo de esa música. Era pícara y alegre. Entonces ella se giró hacia él, lo llamó con un gesto del dedo índice.

A Brad se le secó la boca. Ni siquiera se había percatado de que ahora quién bailaba con Dan era Patsy. Megan estaba llamándolo a la pista.

Tenía años de no bailar, por lo que estuvo tentado a denegar la propuesta. No obstante, quién sería capaz de decirle a Megan que no. No había nada de malo en bailar y divertirse. Se puso de pie y caminó con una sonrisa nerviosa hasta ella.

Megan lo recibió con una carcajada.

—¿Sabes bailar o solo estás siendo amable?

Brad no contestó, se limitó a tomar la mano derecha de ella con su mano izquierda, elevarlas a la altura de los hombros y pasar su otra mano bajo el brazo izquierdo de Megan. Al principio Brad empezó tímido, familiarizándose con el ritmo. Marcando líneas. Adelante, atrás. Rápido, rápido, lento, lento.

—He de admitir que creí que no bailabas —confesó Megan, mirándolo a los ojos.

—No bailo tan bien como tú, pero me defiendo.

Brad cogió más confianza, comenzaron a moverse en dirección contraria a las agujas del reloj por toda la pista. Megan se dejaba llevar por su guía tan liviana como una pluma y no solo era por la diferencia de tamaños. Ya que incluso con tacones, Brad le sacaba una cabeza de ventaja. Lo que solo provocaba que el aroma de su misterioso perfume subiera hasta la nariz de él.

—Lo haces muy bien para ser un hombre de ciudad.

Brad frunció el entrecejo.

—¿Qué insinúas?

Megan hizo un gesto de chulería.

—La gente de la ciudad no sabe bailar —sentenció.

Brad le dio varios giros rápidos.

—¿Qué te parece esto? —replicó.

Dejó el paso básico y comenzó a improvisar con variaciones. A Megan no se le dificultó en

absoluto seguirle el ritmo.

—Me tienes anonadada —se burló ella.

Brad soltó una carcajada, por supuesto que no la había impresionado.

—No es justo —se quejó él—. Patsy me dijo que tu padre es un bailarín excelente.

—El mejor.

—Lo que significa que tus estándares son muy altos.

—Tienes razón en eso —admitió Megan.

Sus mejillas estaban sonrojadas y algunos mechones se le habían escapado de la media coleta que llevaba.

—¿Él te enseñó a bailar?

Megan negó.

—En realidad no sé decirte cómo aprendí. Supongo que viendo. Toda mi familia baila. Todo el mundo sabe bailar por estos lados y el que no sabe hacerlo cree que sí y lo intenta.

Megan apuntó con la barbilla hacia una de las parejas a su lado. Se notaba a leguas que el baile no era lo suyo, pero se estaban disfrutando la noche como ninguno.

—A mí me enseñó mi madre. Mi padre tenía dos pies izquierdos y ella decidió que enseñándome a mí tendría siempre a un compañero de baile a mano.

—¡Una mujer inteligente!

—Además, me aseguró que el baile era un imán de chicas...

Brad se arrepintió de inmediato de haber dicho eso. Puede que no fuera un experto en las artes de la conquista, aun así, hasta él sabía que eso se podía interpretar como coqueteo.

—Una mujer inteligente —repitió Megan, sus ojos brillaban como dos zafiros—. ¿Tuvo razón tu madre?

Brad dio un giro y luego hizo que ella diera otro, en un vano intento por cortar la tensión que había provocado.

—La verdad es que no tuve oportunidad de averiguarlo. Me casé muy joven con la madre de Maddy. Ella no sabía bailar. —Megan asintió. Por primera vez Brad la mencionaba, deseaba preguntarle más al respecto—. Fue mi primer amor, estuvimos casados diecisiete años.

Megan asintió en silencio. No sabía cómo seguir la conversación, temía entrometerse demasiado y lanzarle preguntas indiscretas para poder saciar la curiosidad. Así que, decidió callar. Diecisiete años. Qué demonios, eso era un montón.

La música cambió. Se volvió más suave e íntima. Brad colocó los brazos de Megan alrededor de su cuello y él la rodeó por la cintura. Lo volvía loco su perfume, pero lo que más le enloquecía era imaginarla solo con el perfume encima. Se imaginaba hundiendo la nariz en su cuello para besarlo, de la misma forma en que lo había hecho antes. Solo que, en esos pensamientos que no podía frenar por más que quisiera, no había interrupciones.

Megan sintió escalofríos cuando el comenzó a acariciar su espalda. Apoyó la cabeza sobre el pecho de él mientras disfrutaba de la música y la calidez del cuerpo masculino. Patsy y Dan los observaban con sendas sonrisas en el rostro.

—Es tarde —anunció ella—. Debes conducir hasta la ciudad y yo debo trabajar mañana.

Brad se apartó con sorpresa.

—Oh, claro. Tienes razón.

A él ni siquiera le había pasado por la mente fijarse en el reloj. Se quedó de piedra cuando vio que eran casi las dos de la mañana. Ni siquiera recordaba la última vez en que había estado fuera de casa tan tarde. El tiempo se le había pasado volando.

Megan y Brad fueron a despedirse de todos. Luego salieron del lugar.

—Parecen una bonita pareja —dijo Brad—. Patsy y Dan —aclaró.

Megan sonrió, con orgullo.

—Sí, son los mejores. Se conocieron en la universidad y desde el primer momento quedaron prendados el uno del otro. Al principio la cosa no pintaba muy favorable, pero aquí están. —Suspiró—. He de admitir que me muero de envidia.

Brad observó la mirada perdida de Megan mientras encendía el auto.

—Cualquiera los envidiaría.

A él y a Hanna también los habían envidiado y los habían puesto como un ejemplo de pareja perfecta en múltiples ocasiones. Sin embargo, el final había sido desastroso.

—Son exactamente lo que soñé. —Sus mejillas se ruborizaron—. Siempre he sido un poco tonta con estas cosas —agregó, apenada.

—No es una tontería querer a una buena pareja a tu lado.

—Claro. Lo que pasa es que yo... Bueno, siempre pensé que yo lo conseguiría. Quería con todo mi ser casarme, tener hijos, nietos, animales... Incluso hace unos meses atrás, cuando compré la casa de la granja, me visualicé así en ese lugar tan maravilloso...

—Eres una mujer joven, Megan. No deberías descartarlo. Estoy seguro de que cualquier hombre estaría encantado de compartir ese sueño contigo.

Megan rio, a pesar de que no había alegría en su rostro.

—Pues jamás he conocido a un hombre que quiera lo mismo que yo. Además... Es complicado. Al parecer no puedo tener hijos. Me enteré después de que compré la casa, fue un golpe muy duro.

—Lo siento —dijo Brad.

Megan asintió. Luego cambió el tema. No tenía idea de por qué se lo había contado a Brad, solo sabía que al hacerlo se había vuelto a sentir tan vulnerable como antes. No quería regresar a ese lugar. Estaba trabajando en sí misma, no podía volver a enfocarse en lo negativo de la vida y retroceder.

Recorrieron el resto del camino en silencio. Cuando llegaron a la casa de Megan, se desabrocharon los cinturones, aunque ninguno hizo amago de bajarse del vehículo. Ambos miraban al frente. Estuvieron así durante unos segundos, hasta que Brad se aclaró la garganta y habló:

—Respecto a lo que te dije ayer...

No pudo continuar. Megan tomó su rostro con las dos manos y lo besó. Ahí estaban las chispas otra vez. Ardiendo por todo su cuerpo ante las sensaciones que dejaba el beso en él.

Brad se acercó más a ella. No fue capaz de pensar en nada, solo deseaba que sus labios no se separaran. Su cerebro se desconectó por completo. Aunque su intención era poner límites a lo que le estaba sucediendo con Megan, era imposible.

Colocó su mano en la nuca de ella y la obligó a acercarse más. Megan bajó las manos del rostro de Brad a su pecho. Cada trozo de piel que recorría quedaba ardiendo, él sintió sus propias manos hormiguean, ansiosas por recorrer el cuerpo de ella . Brad se tensó al ser consciente de lo difícil que le estaba siendo detenerse.

Rompió el beso de golpe, luego apoyó su frente en la de ella.

—Lo siento, Megan...

—¿Disculpa?

La mujer estaba tan confundida como agitada.

—Esto no puede volver a pasar. Lo siento —repitió.

Las palabras fueron como un balde de agua fría para Megan. Se apartó de golpe. Brad la

miró con culpabilidad en los ojos.

—Eres una mujer preciosa. Dios, ni siquiera soy capaz de concentrarme cuando te tengo cerca... Me pareces inteligente, talentosa, agradable...

—¿Pero? —interrumpió ella con tono gélido.

—No estoy interesado en tener una relación, de ningún tipo. Mira, en este momento mi única prioridad es Maddy. Ella aún es muy pequeña y no quiero que una relación afecte mi rol de padre.

—Yo no permitiría que algo así sucediera ni pediría que descuidaras a tu hija por mí —soltó Megan, dolida porque él la considerara ese tipo de persona.

—No quiero decir eso.

Brad se llevó las manos a la cabeza, suspiró y empezó a contarle a Megan cómo había terminado su relación con Hanna. Le dejó claro que no pensaba volver a arriesgar la salud mental de su hija solo por egoísmo. El amor y el sexo eran cosas sin importancia en comparación con la estabilidad de Maddy.

Brad tenía amigos divorciados y sabía lo complicado que era empezar una nueva relación. Había visto casos exitosos, pero también había visto otros en los que los niños se encariñaban con las nuevas parejas y luego las cosas salían mal y quienes más sufrían eran ellos. Con Maddy era todavía más complicado al no tener una relación estrecha con su madre. Brad se aterrorizada cada vez que alguien le decía que era hora de buscarle «otra madre» a su hija.

Demonios, eso implicaba un riesgo que él no pensaba asumir. Ni siquiera le importaba si él sufría, lo que en verdad le sobresaltaba era que su hija se viera afectada. Él y Maddy habían aprendido a vivir sin Hanna. Para qué hacer experimentos si eran felices tal como estaban.

—Te juro que me encantaría que las cosas fueran distintas —terminó Brad.

Megan asintió. Tenía un nudo en la garganta. Ahí estaba su mala e irónica suerte visitándola otra vez. Cuando por fin encontraba a un hombre como el que siempre había idealizado, este se fijaba en ella y al final no podía ser. ¿Era en serio?

Recordó las palabras de la señora B. «El mundo está lleno de parejas que jamás debieron coincidir y otras más que coincidieron, encajaron y nunca fueron».

Lo peor de todo era que no podía rebatir a Brad. Lo entendía. Ella también había visto casos como el suyo. No necesitaba ser madre para saber que, si la situación fuera al revés, ella habría actuado igual.

—Tienes razón —dijo Megan al fin—. No te preocupes, esto no volverá a suceder.

Luego se despidieron. Al entrar en su casa, Megan se sintió triste. La noche había sido amena y divertida. Mientras bailaban se había sentido tan cercana a él, como si ya llevaran tiempo haciéndolo. Él había encajado con sus amigos… Todo había parecido perfecto solo para terminar en la forma en que lo hizo.

Claro, había sido muy tonta al pensar que un hombre como Brad estaría libre solo porque sí. ¿Acaso pensó que había estado esperándola a ella? Tomó su teléfono y envió un mensaje a la señora B. haciéndole un resumen de lo sucedido y diciéndole que ya no serían necesarios sus consejos. Respetaría la decisión de él. No estaban destinados. Punto.

15

Megan estaba a punto de salir hacia el almuerzo familiar cuando recibió una llamada de Patsy.

—¿Te enteraste? —soltó su amiga de golpe.

Megan frunció el ceño.

—¿Subió el precio del combustible? —replicó con ironía.

—Megan, ponte seria. La abuela de Brad sufrió un accidente.

Megan se quedó inmóvil. Con la mano sobre la manija del auto.

—¿Qué pasó?

—No tengo ni idea. Gina me dijo que Brad está con su abuela ahora. Él le pidió a Gina que trabajara todo el fin de semana, solo que ella no puede. Tiene un viaje con su novio. Se está encargando de Maddy en este momento, pero en la tarde se va al viaje.

Megan abrió la puerta del auto para tomar asiento.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Porque Brad te necesita y sé que te gustaría ayudarlo.

—Sabes muy bien lo que pasó entre nosotros.

Megan le había contado a Patsy lo sucedido, quien había mandado al demonio a la persona que, según ella, tenía una muñeca vudú de Megan. No podía ser normal lo que le sucedía a su amiga.

Hacía una semana de la conversación entre Megan y Brad. Desde entonces se habían visto tres veces y solo se habían limitado a hablar de la remodelación.

—Según las estadísticas el noventa por ciento de parejas empiezan asegurando que no quieren una relación.

—No me digas…

—Ajá. El otro diez empieza como amigos…

—Voy a respetar la decisión de Brad.

—¿Quién te está diciendo que no lo hagas? Yo solo pensé que quizá podían ser amigos… Ahora mismo el necesita que le echen una mano y como tú te llevas tan bien con su hija… Bueno, no sé.

—Eres una manipuladora de lo peor.

—No, soy una buena amiga. Tú no eres un peligro para Maddy, ni para nadie. Si Brad tiene algo de materia gris en la cabeza, no tardará en darse cuenta de ello. Solo que para eso tú debes estar cerca…

—Dios, eres peor que la señora B.

—Soy un encanto, por eso me amas. Por cierto, el próximo miércoles tengo un ultrasonido. Dan y yo queremos que sea una sorpresa. Nos gustaría que tú estés y te encargues de ello. Ya sabes, planear una revelación de sexo.

—¡Patsy!

—Oh, Dios. Lo siento, Megan. No queríamos molestarte ni hacerte sentir mal… Solo nos

pareció bonito que tú formaras parte de esto. Eres su tía. La favorita, no me queda duda…

—Cállate. Por supuesto que me encantaría. ¡Maldita sea, pero no te prometo guardar el secreto por mucho tiempo!

—Mas te vale que lo hagas, porque si no lamentaré matar a la tía favorita de mi bebé.

A Megan se le escapó una lágrima al escuchar la voz quebrada de su amiga. Ella debía estar igual o peor.

—Anda, llama a Brad… Sin forzar nada, pero sin agachar la cabeza tampoco. Hazle saber que te preocupas.

Megan llamó a Brad al tiempo que encendía su auto, de camino al rancho. Él tardó un poco en contestar.

—Hola —respondió el hombre.

Megan pudo escuchar cansancio en su voz.

—Hola —saludó ella antes de poner el teléfono en altavoz—. Espero no molestar, no es mi intención hacerte perder el tiempo. —Se aclaró la voz—. Patsy me dijo que tu abuela sufrió un accidente.

—Así es. Anoche bajó a comprar unas medicinas que había olvidado y se cayó en las escaleras.

—Oh, lo siento mucho. ¿Está bien?

—Está muy golpeada y con un esguince en el tobillo, pero pudo ser peor. Pasamos toda la noche en el hospital. Se golpeó la cabeza, así que los médicos tuvieron que hacerle algunos exámenes para asegurarse de que no hubiera sufrido una contusión grave.

»Dios mío, Megan, sus vecinos me llamaron aterrados. La encontraron inconsciente en el suelo y pensaron que… —Se le quebró la voz—. Me asusté muchísimo cuando me hablaron. Ni siquiera se lo he dicho a Maddy. No pensaba hacerlo, aunque creo que no tengo más opción. Mi abuela ocupará ayuda y Gina no puede cuidar a Maddy.

—Puedo cuidar a Maddy —soltó Megan a rajatabla.

Brad guardó silencio.

—Sé que acordamos mantener distancia —continuó ella—. Sin embargo, creo que podemos ser amigos, al menos. Déjame echarte una mano. Puedo ir por ella y Sheldon para pasar el fin de semana en el rancho de mis padres. Estará encantada de conocer a Eclipse.

—¿En verdad harías eso por mí?

—Claro que sí. Nunca está mal la ayuda de los demás. ¿Crees que Maddy se lo tome bien? Supongo que no está acostumbrada…

—Tan solo menciona la palabra «Eclipse» y la tendrás a tus pies.

Megan sonrió ante esas palabras.

—¿Entonces?

—No quiero abusar de tu confianza ni la de tu familia… Además, hoy es tu almuerzo familiar, ¿no?

—No te preocupes por eso.

—Tu familia me matará si no llegan las galletas —bromeó él.

—También me matarían a mí. De hecho, voy de camino al rancho a dejar las galletas. Luego puedo ir por Maddy.

—Eres una mujer maravillosa, espero que lo sepas. —Megan sintió un escalofrío ante esas palabras—. Gracias por todo. Hablaré con Gina para que prepare las cosas de Maddy. Si surge un problema por favor no dudes en llamarme. No quiero que te sientas comprometida…

—Maddy es una niña encantadora, sé que no habrá problemas. Mi madre estará pletórica de

tenerla en casa. ¿Sabes lo mucho que extraña a un niño correteando por todas partes?

—Gracias —repitió.

—No me lo agradezcas. Puedes contar conmigo en cualquier momento.

Brad le dio a Megan la dirección de su casa y luego fue a la habitación de hospital de su abuela. Tenía el corazón acelerado.

Estaba acostumbrado a resolver sus problemas haciendo malabares. Era en situaciones como esa en las que se daba cuenta que en verdad no contaba con demasiadas personas. Tenía buenos amigos y algunas amigas, pero no sentía confianza suficiente para encargarles la responsabilidad de Maddy.

Así que estaba sorprendido y conmovido porque Megan se hubiera ofrecido a hacerlo y que él hubiera aceptado. Había algo en Megan que la hacía especial. Era fácil confiar en ella. Era de ese tipo de personas tan trasparentes que daban la impresión de conocerlas de toda la vida.

Brad había sido honesto al decir que no quería abusar de su bondad. Si bien sabía que Maddy era una niña que no solía dar problemas; un niño siempre, por muy bueno que fuera, era una enorme responsabilidad. No obstante, también sería estúpido al no aceptar que necesitaba ayuda. Prefería que Maddy no supiera lo de la abuela Becky y estaba seguro de que su abuela pensaría lo mismo.

Además, estaba seguro de que Maddy la pasaría tan bien que ni siquiera se daría cuenta de que algo malo había sucedido.

Había salido de la habitación de Becky para tomarse un café. Estaba cansado y su abuela también por lo cual la había dejado dormir mientras él iba a despabilarse un poco.

Entró en silencio.

—Estoy despierta —avisó su abuela con voz pastosa debido a los medicamentos que le habían dado.

—No descansaste casi nada —increpó él.

—¿Quién es capaz de dormir con toda esta luz?

Brad fue hasta su camilla, se sentó en la orilla y tomó la mano de la mujer.

—Si todo sale bien, te darán el alta en la tarde.

—Estoy bien, no entiendo por qué aún sigo aquí.

—Porque tu accidente fue justo a la hora en que debías aplicarte la insulina. Estuviste un buen rato inconsciente sin medicación y los niveles de azúcar aumentaron.

Becky hizo una mueca de disgusto, aun así, no se quejó más. Brad tenía suficiente con el susto que se había llevado. Él ya le había dejado claro que no le hacía gracia que estuviera bajando las escaleras tan a menudo. Que podía llamarlo si necesitaba algo y él iría. No obstante, a Becky no le gustaba que la trataran como a una inútil. Había sido una imprudencia bajar tan tarde por las escaleras. He ahí el resultado.

—¿Le contaste a Maddy lo sucedido? —preguntó la mujer, desviando el tema.

—Preferí no hacerlo.

—Es lo mejor. Ella es muy pequeña para entender que solo fue un accidente tonto…

—No fue un accidente tonto.

—Hierba mala nunca muere.

A Brad no le pareció nada divertida la situación y su cara reflejaba lo que pensaba.

—Creo que lo mejor será que te mudes a casa.

Becky se irguió de un solo movimiento, observándolo boquiabierta.

—Por todos los cielos, ¿acaso te has vuelto loco?

—Ni siquiera te atrevas a discutirlo. Ese apartamento tuyo es una porquería. Que sepas que

ya llamé al dueño del edificio. Yo mismo voy a encargarme del jodido ascensor. ¿Cómo es posible que lleve casi dos meses sin funcionar y nadie mueva un dedo?

—Baja el tono, Brad Miller.

—No te vas a salir con la tuya.

—No necesito que me cuides. Soy una mujer autosuficiente.

—Ahora mismo sí que necesitas ayuda.

Becky lo fulminó.

—Puedo pagar a alguien.

Esta vez fue Brad quien la miró boquiabierto.

—No habrá excusa que valga. Este accidente ha dejado claro que no es una buena idea que vivas sola. ¿Qué habría pasado si los vecinos no te hubieran encontrado?

—Alguien me habría encontrado. No seas exagerado…

—Sí, te habría encontrado muerta —apuntó él, poniéndose de pie con impaciencia—. Si el azúcar hubiera subido más…

—Todo el mundo tiene accidentes. Por favor, Brad, cálmate.

Brad respiró hondo. Para ella era fácil pedirle calma, porque no era quien se había llevado un susto de muerte.

—Sabes que desde que enfermé he seguido las recomendaciones del médico al pie de la letra y que nunca ha pasado nada. Confía en mí. Esto solo fue mala suerte.

Brad negó. Lo que pasaba era que Becky siempre había sido una mujer fuerte e independiente y no quería aceptar que los años ya comenzaban a pesarle. Se movía más lento y se cansaba más rápido.

—No hay nada de malo en que vivas con nosotros. Sabes que no sería un problema para mí y Maddy sería la más feliz.

—No soy una vieja achacosa —continuó con terquedad—. Puedo valerme por mí misma y lo seguiré haciendo hasta la muerte. Ven, toma siento —pidió a su nieto—. Comprendo tu preocupación, aunque pienses que no lo hago. Eres tú quien no entiende que necesito de mi autonomía.

—Eres una orgullosa —respondió él mientras tomaba la mano que su abuela le daba. La abrazó y le dio un beso en la frente.

—Pues para que veas que no soy tan cabezota como crees voy a decirte que he estado buscando apartamentos en tu área. Sin escaleras, sin ascensores —especificó.

—No te creo.

—Justo pensaba pedirte opinión. He visto dos que me han gustado y no sé por cuál decidirme.

Brad la abrazó con más fuerza.

—Tendré que conformarme con eso, ¿cierto?

—Eres un hombre brillante, Brad.

Él negó con una sonrisa. Esa mujer siempre sabía cómo salirse con la suya.

—¿Dejaste a Maddy con la niñera?

Brad procedió a contarle a su abuela el inconveniente que tenía con Gina.

—¿Crees que Natalia pueda encargarse de ella? —preguntó Becky con evidente preocupación.

Por muy independiente que se creyera la mujer, sabía que no podría moverse con normalidad al menos durante una semana y Brad insistiría en ayudarla, ya se lo había dejado bien claro. A fin de cuentas, él era igual de terco que ella.

—Ya lo resolví —contestó el hombre.

—Esa mujer es un ángel. Será una madre fantástica.

—Oh, no. No se trata de Natalia.

Becky lo miró, confundida.

—¿Entonces?

Brad se removió incómodo.

—Megan, la dueña de la casa que…

—Tu amiga —cortó Becky el discurso de su nieto.

Brad iba a negar que fuera su amiga, entonces se dio cuenta de que sería una desconsideración decir tal cosa cuando Megan se había portado justo como una amiga y no cualquier tipo de amiga, una verdadera.

—Sí. Ella.

—Vaya, vaya —se limitó a decir Becky con gesto pensativo.

—¿Qué?

—Nada. Solo que me da curiosidad esa mujer. Maddy no ha parado de hablar de ella desde que la conoció y tú siempre te pones nervioso cuando sale a colación…

—Claro que no.

Becky se encogió de hombros. Luego el descarado se atrevía a llamarla cabezota a ella.

—Debe de ser una buena amiga en verdad si está dispuesta a cuidar de tu hija.

—Lo es.

—¿Sabes?, los niños son muy sabios. Creemos que no, pero son más inteligentes que los adultos. Son como los animales, ellos perciben cosas que nosotros ni siquiera nos detenemos a observar.

—¿Adónde quieres llegar?

—Esa tal Megan le ha caído muy bien a Maddy. Debe de ser una persona especial.

—Te agradaría a ti también. Es una mujer agradable, de buen corazón y le encantan los niños.

—Qué curioso.

—¿Qué?

—Suena como la mujer perfecta para ti.

—Por Dios, abuela. Eso suena fatal. Es una mujer, no una camisa hecha a medida…

—Entiendes muy bien lo que quiero decir.

—Creo que ya te están haciendo efecto los medicamentos.

—¡No me faltes al respeto!

Brad puso los ojos en blanco. Demonios, estaba tan cansado. Lo que el necesitaba era una jodida siesta.

—Un día voy a faltar —retomó Becky— y, no pretendo presionarte ni causarte lástima, pero me gustaría irme tranquila y saber que tú y Maddy tienen a alguien a su lado.

—Tenemos a mis padres…

—Sí y viven en la otra punta del país.

—Hemos hablado de esto antes, abuela. Sabes lo que pienso al respecto.

—¡Puras tonterías! Suena mal que lo diga, pero esa amiga tuya se preocupa más por tu hija que la misma Hanna. Esa maldita mujer no tiene corazón, ojalá se hubiera largado para siempre en lugar de ofrecer migajas a Maddy. ¿Qué clase de ser es capaz de tal cosa? ¿Crees que eso no afecta a Maddy? Tarde o temprano traerá consecuencias. ¿Qué pasaría si un día faltaras tú? Sabes tan bien como yo que Hanna no podrá hacerse cargo de su propia hija, no lo hizo antes y

no lo hará nunca.

Brad se quedó de piedra ante esas palabras. Deseaba tener una respuesta para su abuela, sin embargo, no había argumento que pudiera contradecirla. Era cierto. Quizá Hanna creyera que su aporte a la vida de Maddy era suficiente, pero no era así. Hanna no tenía ni idea de lo que era ser madre en verdad. Y, desgraciadamente, Maddy tampoco sabría nunca lo que era una verdadera madre.

—Necesito descansar un poco —contestó Brad al fin—. Voy a darme una siesta en la camioneta.

Becky lo dejó marchar sin insistir más.

Dos horas más tarde la mujer fue dada de alta y Brad la llevó a su apartamento. Por la noche, cuando Becky se rindió al cansancio, Brad llamó a Megan.

Por lo visto Maddy había tenido un día mucho mejor que el suyo. Podía escuchar felicidad en su voz y eso lo llenaba de alegría a él también. La niña ni siquiera había cuestionado que fuera a pasar el fin de semana con Megan y no con él. En su mundo inocente solo lo veía como una nueva aventura.

Brad habló con Maddy por más de una hora. Mostrándose sorprendido por todo lo que su hija tenía que contarle. Eclipse era el caballo más guapo del mundo, el rancho era suuuúper y la abuela de Megan le había guardado galletas y helado. Hasta Sheldon se la estaba pasando increíble.

Cuando se despidió, le pidió a su hija que le pasara el teléfono a Megan.

—¿Qué tal está tu abuela? —se interesó ella.

—Bien. Ya estamos en su apartamento. ¿Megan?

—Dime.

—No sé cómo pagarte lo que estás haciendo por Maddy.

Oyó cómo ella suspiraba.

—No me debes nada, solo quise ayudar. No solo lo hago por ella, ¿sabes?

—Lo sé. Yo… —Rio, nervioso—. Solo quiero que sepas que me pareces una mujer estupenda y me siento como un imbécil por haberte dejado ir.

Megan no contestó nada. Ni siquiera se escuchaba su respiración.

—Haz hecho por mí —continuó— cosas que nadie más ha hecho. Claro que he conocido otras mujeres en los dos años que tengo de divorciado, pero jamás me había sentido así con una. No solo me gustas… Te admiro y me siento muy bien cuando estoy contigo… Cuando pasan días sin verte, te echo de menos —admitió hablando con el corazón en la mano.

—Oh, Brad… No sé qué decirte.

—Solo dime si todavía estás interesada en esto, lo que sea que nos está pasando…

—¿Qué quieres decir? —preguntó Megan a toda prisa, su voz sonaba ansiosa.

—No estaba dentro de mis planes dar cabida al amor. Dios sabe que estoy haciendo justo lo que me prometí no hacer… Es un riesgo, lo sé, me lo he repetido hasta el cansancio… Sin embargo, creo que vales la pena. No encuentro ni siquiera una razón para pensar lo contrario... ¿Aún quieres que lo intentemos?

16

Megan ya estaba estresada. Faltaban cuatro horas para su cena con Brad y ya estaba al borde del colapso. La culpa la tenía la señora B. Ella le había dicho que lo mejor era que tuvieran su primera cita romántica en casa, que cocinara para él y se salieran de lo típico. Megan había aceptado pensando que tal vez la mujer tuviera razón y fuera especial. Se había equivocado.

Para empezar, ella no sabía ni hervir agua. Solo en su ensoñadora cabeza ese plan había sido una buena idea. La señora B. le había mandado por correo electrónico una receta de lasaña. Parecía sencillo, quizá por eso se había animado.

El primer problema había surgido al darse cuenta de que le urgía hacer la compra. No tenía casi nada de lo que ocupaba para el platillo. Por todos los cielos, su refrigerador lo único que almacenaba era comida congelada y refrescos. Lo más natural que tenía era leche y manzanas. Así que tuvo que salir de imprevisto al supermercado. Lo que le había tomado el triple de tiempo que le debía tomar a una persona normal. Ni siquiera sabía distinguir entre un puerro y un espárrago. La mejor decisión que tomó fue comprar una ensalada hecha y el postre. Suficiente tendría con la lasaña como para complicarse más la existencia.

La señora B. le aseguró que la lasaña no era un platillo complicado. Estuvo muy en desacuerdo. A pesar de que la mujer le había enviado el paso a paso, Megan tuvo que buscar varios videos en YouTube. Cuando por fin encendió el horno y metió el refractario con la lasaña, hizo una mueca. El aspecto dejaba mucho que desear.

Tuvo que darse prisa, faltaba poco para que Brad llegara y ella no había comenzado a prepararse. Cuando salió de la ducha, le echó un ojo al horno. ¿Por qué se veía así el queso? Abrió la puerta del horno para ver si este estaba calentando, ya que el queso se veía exactamente igual a como lucía cuando lo había agregado. En efecto, estaba funcionando el horno. Se encogió de hombros.

Megan se vistió, se peinó y se preparó el rostro con su rutina de cuidado facial. Cómo maquillaje lo único que usó fue máscara de pestañas, rubor y bálsamo para labios. Había decidido estar fresca y relajada. En cuanto a su perfume, de entre la colección que tenía optó por My Burberry Black, un perfume sensual, dulce y de carácter nocturno. Fue prudente con la cantidad, no quería atosigar con su aroma.

Escuchó que el horno se detenía y entonces recordó que estaba cocinando. Corrió a la cocina y se llevó las manos a la cintura al ver que el queso seguía como al principio. No se había derretido.

Sacó el refractario para analizar la situación de mejor manera. A excepción del queso, lo demás parecía perfecto. Brad debía estar por llegar. Haría un último intento. Volvió a poner la lasaña en el horno, solo que esta vez la puso lo más cerca posible de la fuente de calor. Se sintió orgullosa de ese instinto culinario que la iluminó y le indicó que el problema con que el queso no

se estuviera fundiendo debía ser porque no estaba recibiendo suficiente calor. Decidió que quince minutos debía ser suficiente.

Justo en ese momento llegó Brad. Megan echó un último vistazo al espejo y fue a abrir la puerta. No se habían visto mucho los últimos días. Brad había estado ocupado con su abuela y Megan con el trabajo. Brad llegó con una botella de vino y un ramo de flores. Megan se sintió como una jovencita en su primera cita. Ninguno de los dos supo cómo saludarse. Fue bastante incómodo. Al final se dieron un beso rápido en los labios.

Megan había tenido la cortesía de despejar un poco el salón para disimular el desastre de su hogar, otra razón por la cual esa cena en casa había sido una pésima elección. Sin embargo, a Brad no parecía molestarle. Él sabía la razón del desorden.

—Te ves hermosa.

Megan tomó las flores y el vino. Él no se quedaba atrás. Se había arreglado la barba y por fin se había cortado el cabello. El cambio lo hacía lucir más joven.

—Gracias, tú también.

Brad se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Luego se acercó a ella, le quitó las flores y el vino, los colocó en el primer lugar que encontró y la besó de verdad.

Dios, había esperado ese momento con ansias. Esta vez no hubo dudas ni culpas. Había decidido ir despacio, pero con paso firme en cuanto a lo que había entre ambos.

Cómo siempre, el perfume de ella lo hechizó. Era dulzón y sexi.

—¿Cuántos perfumes tienes? —dijo tras acabarse el beso.

Ella se encogió de hombros.

—No tengo idea. Soy un poquito intensa respecto a ese tema. Me gusta cambiar. Dependiendo del ánimo, la hora, la ropa que lleve.

—Sea como sea, siempre hueles riquísimo.

Megan río.

—Gracias, me alegra que lo aprecies. La mayoría de las personas ni siquiera se da cuenta. Sabe si el olor les gusta o no, pero no notan la variedad de perfumes que utilizo.

En ese momento sonó el horno.

—Ya está la cena —anunció.

—¿Qué preparaste?

Megan volvió a coger el vino y las flores para llevarlos a la cocina.

—Lasaña —informó mientras buscaba un jarrón para las flores.

—Mi platillo favorito.

Megan se quedó congelada. ¿Sería esa la razón por la que la señora B. lo sugirió? Decidió no darle vueltas al asunto, colocó las flores en mitad de la isla. Desafortunadamente no tenía un comedor ni una mesa en condiciones.

En cuanto abrió la puerta del horno supo que la había cagado. El queso ya no estaba igual que antes, estaba peor. No se había fundido. Se había secado y los bordes estaban casi negros. A pesar del aspecto del queso del demonio, eso no era lo peor. La pasta y la carne que tan orgullosa habían dejado a Megan, ahora se veían tan secas como el queso.

—Ay, no —susurró Megan.

Brad se dio cuenta de que había ocurrido algo. Fue hasta ella.

—Vaya —exclamó.

No estaba seguro de que lo que Megan tenía en las manos fuera una lasaña, la verdad. Lo que sí le constaba era que no se le antojaba mucho que digamos.

Megan intentó sonreír.

—Mmm, no sé qué pasó —dijo ella—. Te juro que la última vez que revisé no se veía así. —Tomó un trozo de queso entre los dedos—. La culpa es del queso —se quejó—. Creo que estaba dañado. Nunca se fundió…

—¿Compraste queso para gratinar?

Megan miró a Brad con evidente confusión.

—¿Gratinar?

—Queso para fundir. Deberías haber comprado *mozzarella*.

Megan torció el gesto.

—¿Acaso no todos los quesos hacen eso?

Brad sonrió al tiempo que le quitaba el refractario de las manos y lo colocaba en una superficie.

—No.

Megan juraba que una característica intrínseca del queso debía ser que fundiera. ¿Cómo que no?

—No te preocupes —continuó Brad—. Estas cosas pasan. La lasaña será para otra ocasión. —Se dio cuenta de que ella lo miraba con terror—. ¿O tienes planeado que nos comamos eso? No es mi intención ofenderte, es solo que…

—No quieres morir envenenado —terminó ella la frase.

—Algo así —admitió.

—No me ofendes. Lo que pasa es que yo no sé cocinar. Bueno, creo que es más que obvio —aseguró apuntando hacia la difunta lasaña.

Brad no pudo evitar llevarse una mano al vientre y soltar una sonora carcajada. Megan lo miró perpleja.

—¿Te estás burlando de mí?

—Sabía que debías tener un defecto —apuntó—. No podías ser la mujer perfecta.

Megan se llevó las manos a la cintura y le dirigió una mirada dura.

—¿Eres de los que piensa que todas las mujeres deben saber cocinar para consentir a sus hombres?

Brad dejó de reír. Apoyó sus manos en los hombros de ella para luego mirarla con solemnidad.

—Soy de los que piensa que absolutamente todas las personas deben saber cocinar. Comer es una cuestión de vida o muerte, ¿sabes?

Megan hizo una mueca.

—Pues me las he ingeniado para sobrevivir.

Brad le dio un beso rápido.

—No te preocupes, yo me encargo. ¿Puedo?

—Si encuentras algo con lo que puedas preparar una cena, adelante.

Brad tuvo que ingeniárselas. Casi todo lo que Megan tenía era plástico, según su opinión. Esas comidas congeladas no podían ser comida de verdad. Incluso el plástico sabía mejor. No podía creer que, en efecto, ella hubiera sobrevivido a base de semejante cosa.

Con la carne y salsa que había sobrado de la lasaña, consiguió preparar unas albóndigas en salsa. Acompañadas por la ensalada del súper y papas fritas congeladas, claro.

No era lo más rico del mundo, el único sazonador que había encontrado consistía en sal, pero al menos esperaba que quedarán satisfechos con el postre.

Mientras comían no podía ocultar una sonrisilla cada vez que pensaba en lo gracioso que le había resultado encontrar un defecto a Megan. Era una cuestión a la que le había dado vueltas.

Por supuesto que nadie podía ser tan perfecto. Era guapa, buena persona, sexi, divertida, sabía bailar, le gustaban los niños y los animales, era trabajadora y exitosa, inteligente…

Siendo justo, de todos los defectos que existían, ese era una tontería. Aunque él en verdad creía que todo el mundo debería saber cocinar, le parecía una locura no saber hacerlo, incluso aunque lo odiaras. Al menos los conocimientos básicos.

—Deja de mirarme así —lo regañó ella.

—¿Así cómo?

—No lo sé, de esa forma en que lo estás haciendo.

—Lo siento, es que en verdad no me lo creo.

Se le volvió a escapar la risa.

—Nunca me interesó la cocina. Puedo comer cualquier cosa, así que para mí comer solo significa meterle algo al cuerpo para no morir.

—Sí que eres rara —se burló él—. Ahora comprendo cómo le haces para sobrevivir con eso que tienes en el refrigerador.

Megan río esta vez.

—Mi madre siempre se queja de la comida congelada.

—Es horrible —sentenció Brad.

Megan se encogió de hombros.

—Ay, son unos exagerados.

Tras comer, Megan se encargó de lavar los platos ya que él había terminado cocinando. Todo había salido exactamente como se suponía que no debía salir. Ni de broma repetiría ese plan.

—¿Ponemos música? —sugirió Brad cuando ella terminó.

Megan asintió.

—Sirve el vino, las copas están ahí —indicó señalando con el dedo índice el lugar al que se refería—. Yo me encargo de la música. ¿Quieres algo en específico?

—Lo que tú prefieras, escucho todo tipo de música.

Megan buscó una lista de Spotify llamada «Cita romántica», confiando en que fuera una buena elección. Asintió al escuchar la primera canción, *When a Man Loves a Woman* de Michael Bolton.

Brad se acercó con las dos copas en la mano. Le ofreció a Megan la más llena. Él debía conducir así que solo probaría el vino. Megan se abrazó a él consiguiendo que se movieran al ritmo de la música, sin soltar el vino.

—Lamento que las cosas no hayan salido de la mejor forma.

—Lo más importante de una cena romántica es la compañía, ¿no te parece? —Ella asintió mientras bebía de la copa—. Pues tú eres una compañía increíble.

Megan se puso de puntillas mientras con su mano libre lo tomaba del cuello para obligarlo a que bajara hasta sus labios. El beso fue cálido y dulce por el sabor del vino. Sus pies siguieron moviéndose al ritmo del R&B.

La intensidad del beso también se guiaba por las notas de la música. Brad fue el primero en dejar su copa sobre la primera superficie que encontró, pues una mano no le resultaba suficiente para tocar a Megan.

Poco tiempo después, Megan lo imitó. Enroscó sus brazos alrededor del cuello de él, repitió el gesto que había hecho en el establo. Romper el beso y echar el cuello hacia atrás.

El salón estaba en penumbras. Megan había decidido usar solo la luz de las velas y una lámpara de pie en la intensidad más baja.

Brad también repitió lo que había hecho en el establo. Hundió la nariz en la clavícula de Megan y llenó sus pulmones con el aroma del dulce perfume que se había puesto esa noche.

La diferencia de estaturas era un verdadero problema, así que llevó a Megan hasta la pared más cercana, la levantó del suelo y la colocó a la altura perfecta. Ella lo rodeó con las piernas justo cuando él empezaba a besar su cuello. Se estremeció ante el primer escalofrío que le recorrió la piel.

Lo acercó a sí misma tanto como pudo. Sedienta de más. Brad arrastró los dientes por los hombros de ella, que solo iban cubiertos por unos finos tirantes. A su paso dejó un hormigueo sobre la piel cálida de la mujer. Entonces Megan decidió practicar la misma tortura con él.

Se aferró a su cuello con una mano, la otra la utilizó para acariciarle la espalda, mientras le besaba el cuello justo como él había hecho antes. Megan subió hasta su barbilla y depositó besos por todo el contorno de esta hasta llegar de nuevo a sus labios y unirlos en un nuevo beso. Esta vez más apasionado e intenso.

—Me estás volviendo loco —le dijo Brad al oído.

Megan se estremeció al escuchar su voz tan cerca.

—¿Eso es malo? —susurró ella.

—Me hago la misma pregunta.

Siguieron besándose y acariciándose, manteniéndose a raya, pero dejando claro que lo que estaban sintiendo les gustaba y mucho.

Entonces Brad volvió a tomar su cuello, esta vez en dirección descendente. Megan sintió un escalofrío de placer al ver que él sí que quería cruzar la raya.

Brad bajó despacio hasta que llegó al escote. Megan tenía la piel de gallina, expectante y ansiosa. Brad acarició uno de sus pechos por encima de la ropa, luego empezó a besar el borde del escote. Tomó el tirante de la blusa y lo bajó, dejando un poco más de piel al descubierto, que él se encargó de cubrir de inmediato con sus labios.

—Pídeme que me detenga —suplicó Brad.

Megan negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—Debemos ir más despacio, Megan —prosiguió él…

Megan volvió a negar.

—Quiero hacer las cosas bien —continuó en un susurro, sin dejar de besar su piel.

Megan cerró los ojos con fuerza, luego le tomó el rostro entre las manos y lo obligó a mirarla a los ojos.

—Yo también quiero hacer las cosas bien —dijo ella cuando por fin pudo articular algo distinto a un jadeo—. Cuando dije que te entendía lo dije en serio. Sé que Maddy es lo más importante en tu vida. No tengo la intención de cambiarlo. Si yo tuviera hijos haría lo mismo. Te prometo, Brad, que nunca haré nada que pueda lastimarla. Ni a ella ni a ti.

Brad asintió antes de besarla en la boca. Luego le recolocó la blusa.

—Me gustaría que ella no sepa de lo nuestro todavía. Quisiera construir algo más sólido antes de que se entere. Sabes cómo es…

—Lo sé. Me parece perfecto.

Brad le dio un beso suave antes de dejarla otra vez sobre el suelo.

—Gracias.

—No tienes nada que agradecer.

—Claro que sí. Eres una mujer especial, Megan. Me alegro de estar aquí contigo.

Megan se abrazó a él, apoyando la cabeza sobre su pecho. El corazón de él estaba tan agitado como el suyo.

—A mí también me alegra.

El resto de la cita decidieron llevarlo con más calma. Megan continuó bebiendo vino mientras Brad le contaba sobre los nuevos proyectos que tenía la constructora y Megan le dejaba saber cómo años atrás había tenido un trabajo de oficina en un banco de la ciudad y un día había renunciado para empezar a crear joyas.

17

La remodelación iba un poco retrasada debido a las dificultades que se habían presentado en el camino, sin embargo, Brad estimaba que la casa estaría lista dentro de dos semanas.

La última semana siempre era la más agotadora. Todo el mundo quería acabar de una vez por todas, pero conforme más se acercaban a la meta, nuevos problemas surgían. Brad ya le había advertido a Megan que no la dejaría ver la casa. Quería sorprenderla el día en que todo estuviera terminado y limpio.

Aunque ella ya estaba sorprendida con lo que había visto. No tenía ni idea de que el resultado final sería mucho más impresionante. Las imágenes 3D que tanto habían impresionado a Megan, se quedarían cortas.

Aunque también debía admitir que echaría de menos trabajar en esa casa. Ya no podría ver a Megan tan a menudo. Si bien era cierto que su tiempo a solas era más bien limitado, él sabía apreciar los pequeños encuentros ocasionales en la obra.

El resto de sus encuentros consistían en los ratos que Brad pasaba a casa de ella, luego del trabajo. Sabía que no era lo más romántico y que sus horarios eran peores que los de un adolescente. Aun así, lo hacían por Maddy. La niña todavía no sabía lo que sucedía entre ambos. Brad estaba seguro de que cuando dieran ese paso, sería más fácil distribuir el tiempo y podrían compartir los fines de semana sin problema. Solo necesitaba más tiempo.

Las cosas marchaban bien tal y como estaban. Prefería ir lento con paso firme, que apresurarse y caer de golpe.

Brad dejó el trabajo un momento. Decidió salir al patio a tomar un poco de aire. El establo, que habían empezado a construir el padre de Megan y sus trabajadores del rancho, ya estaba tomando forma.

Brad se acercó a Willy quien estaba bajando madera de su camioneta.

—Van rápido con eso —le dijo Brad al padre de Megan, apuntando hacia el establo.

—Así es —contestó Willy mientras se secaba el sudor de la frente con la manga de su camisa—. Megan quiere que tanto el establo como el cercado estén listos al mismo tiempo que la casa.

Brad asintió. Sin que Willy se lo pidiera, se puso a trabajar a su lado. Ayudándolo con la madera.

—El resultado será increíble.

Willy ratificó lo dicho por Brad con un movimiento de cabeza. Le echó un vistazo a su alrededor e imaginó cómo se vería todo cuando estuviera finalizado.

—Sí. Lily y Susan están deseosas de que nos apartemos de su camino para sembrar un jardín.

Brad rio. El día anterior Susan había estado en la casa, acompañando a Megan, y él había

escuchado justo lo que Willy acababa de decir. La mujer había insistido a pesar de que Megan le había asegurado que ella no sabía nada de plantas y que las pobres morirían. Pero Susan la había ignorado, asegurando que un lugar tan bonito y espacioso necesitaba de color y vida.

—Le he dicho a Megan que tiene prohibida la entrada la próxima semana.

Willy lo miró sorprendido.

—¿Terminarán la próxima semana?

—Esa es la idea. Estamos trabajando horas extra para conseguirlo.

—Entonces tendremos que apresurarnos nosotros también. Aunque dudo que Megan te haga caso. Es capaz de venir a medianoche solo para matar la intriga.

Brad estaba de acuerdo con el hombre.

—Justo por eso pienso quitarle las llaves.

Willy le dirigió una mirada divertida.

—Me agradas —admitió el hombre—. Admiro el trabajo que tú y tu equipo están haciendo en este lugar. Soy un hombre de trabajo duro, por lo que sé apreciarlo cuando lo veo. Pero, sobre todo, admiro ver cómo le brillan los ojos a mi hija cuando habla de ti.

—Megan es una mujer asombrosa. Espero estar a la altura.

Willy le dio una palmada amistosa en la espalda.

—Lo estás haciendo bien. Nunca habíamos visto a Megan así de cómoda con un hombre. —Suspiró—. La ha pasado muy mal, en verdad. Ojalá que pronto puedan hacer esto oficial. Tú y tu hija son bienvenidos en nuestro hogar y familia. Esa niña es un amor, le gustan tanto los caballos que en otra vida debió de ser una vaquera de las más importantes del condado.

Brad rio. En efecto, Maddy parecía estar obsesionada con esos animales. Brad había pensado que se le pasaría cuando encontrara algo más que llamara su atención. No obstante, hasta la fecha no había sido así.

—Este lugar es todo lo que Megan siempre soñó. —Continuó Willy con voz melancólica—. Desde que era adolescente decía que tendría su propio rancho, como el de sus abuelos, donde viviría junto a su familia y un puñado de animales. Susan y yo estamos pensando en regalarle un perro. Este lugar es tan grande que va a necesitar compañía para no sentirse sola.

—Es una buena idea —convino Brad.

—Bueno, será mejor que regreses a tu trabajo y yo al mío si queremos terminar la próxima semana.

Brad obedeció al hombre, regresó al trabajo pensativo. Megan y él ya habían hablado sobre la enfermedad de ella. A Brad se le había encogido el corazón cuando ella le contó la forma tan inesperada en que se enteró de lo que le sucedía y lo mal que la había pasado los primeros meses.

Ahora Brad entendía por qué el día que conoció a Megan, esta le había parecido afligida. Era justo como se encontraba en ese momento. La Megan de ahora no tenía nada que ver con aquella mujer que había encontrado a mitad de una carretera solitaria, sus ojos apagados ahora eran dos zafiros brillantes.

Podía hacerse una idea de lo que Megan había sentido cuando la médico le dijo que sus probabilidades de ser madre eran ínfimas y la frustración ante tal declaración. Porque Brad conocía de primera mano a una mujer que había sido madre y no había podido con ello, había huido a toda prisa en cuanto pudo. Sin remordimientos. Era injusto, sí, que algunas mujeres lo desearan con todas sus fuerzas y no pudieran y otras sí tuvieran la posibilidad y le dieran la espalda tal como lo había hecho Hanna con Maddy.

Brad llamó a Gina antes de retomar el trabajo que había dejado. Le habló para saber si ella podía cuidar a Maddy hasta más tarde y llevarla donde la abuela Becky, Gina le dijo que sí.

Entonces decidió que se quedaría trabajando unas dos horas más luego de que su equipo se fuera y después pasaría a comprar comida para cenar con Megan.

Parecía increíble cómo su vida había cambiado tanto los últimos días. Las dudas no habían desaparecido por completo, pese a ello cada vez se veían más difusas y eso le alegraba. Megan era la mujer perfecta para asumir el riesgo de poner su corazón y el de su hija al borde de un precipicio.

***

Megan tenía las manos adormecidas. Se la había pasado casi todo el día soldando piezas de joyería. La colección de otoño estaba casi lista. Ese año el inventario sería un 20% más amplio. Esas ganancias irían destinadas a lo que sería su nuevo taller. Ya había hablado con Brad al respecto, en cuanto ella tuviera él dinero y él tuviera el tiempo disponible, procederían con la remodelación de esa casa para convertirla en un taller en forma.

Ya estaba harta de todo el caos con el que ella y sus ayudantes tenían que lidiar. Necesitaban un espacio práctico y adecuado para su trabajo. La organización era clave para que el trabajo no se entorpeciera.

Megan salió del taller en busca de una Coca-Cola. Mientras se refrescaba con la bebida, le echó un vistazo a la agenda. El día siguiente tendría que encargarse de las fotografías de la colección de otoño. Esta vez tendría que encargarse ella, como los primeros años; ya que, con todos los gastos de la remodelación de la otra casa, había tenido que hacer recortes y el fotógrafo profesional había sido uno de esos. Por fortuna había tomado un curso de fotografía en la universidad y se defendía en el tema.

Inclinó la cabeza de un lado a otro, buscando alivio en su espalda alta y cuello. Quizá trabajara un par de horas luego de que Brad se marchara. O tal vez se iría directo a la cama y madrugaría. Ya vería luego.

Escuchó la camioneta de Brad acercarse. Sonrió, divertida, al notar lo familiarizada que estaba con la presencia de Brad en su vida. No podía creer que las cosas estuvieran yendo tan bien. Ni en un millón de años habría imaginado que ese hombre que la ayudó un día en la carretera era su hombre perfecto. Odiaba admitirlo, pero la señora B. tenía razón. Ambos encajaban de una forma en que Megan nunca había encajado con nadie ni remotamente. La mujer y ella seguían hablándose con asiduidad, casi siempre por correos electrónicos.

El teléfono sonó mientras Megan iba a abrirle la puerta a Brad. Cuando vio de quién se trataba, apagó el teléfono. Jacob la tenía harta. Necesitaba resolver ese asunto cuánto antes para poder quitárselo de encima. El hombre había tenido tiempo de sobra para reunir el dinero, ella le había dado muchísimo más tiempo del que le había dicho al principio. Aun así, Jacob en lugar de pagarle lo que le debía solo la llamaba para molestar o amenazarla.

Brad ya estaba en la puerta junto a Sheldon cuando ella abrió. Podía ver lo cansado que estaba. Él se inclinó para besarla. El movimiento consiguió que el delicioso aroma de la bolsa de comida que llevaba Brad en la mano se disipara por todas partes. Megan debía admitir que desde que se estaba viendo con Brad, estaba comiendo mejor.

Ahora su refrigerador tenía comida real. No solo porque Brad siempre estaba llevando comida del restaurante, bar del pueblo o el súper para cocinarle algo; sino también porque su madre la había obligado a hacer la compra, asegurando que no podía dejar siempre el tema de la comida a Brad. Además, aunque no pensaba admitirlo en voz alta, la comida congelada le sabía cada vez peor. Brad la estaba mal acostumbrando.

—¿Qué trajiste? Huele delicioso —comentó al tiempo que se agachaba para rascar a Sheldon tras las orejas y darle mimos.

—Alitas. Están recién hechas —agregó con placer en la voz—. Dios, me estoy muriendo de hambre. Estuve a punto de meterles mano de camino.

Megan negó, les dio paso para que entraran a la casa mientras ella cogía la bolsa de comida.

—Toma una ducha mientras yo preparo la mesa y le doy de comer a Sheldon. ¿Cerveza o refresco?

—Cerveza.

Megan incluso tenía croquetas para Sheldon en su casa. Ya que Brad prácticamente la estaba alimentando, lo menos que Megan podía hacer era alimentar al can.

Brad volvió a besarla antes de meterse a la ducha. Se estaba volviendo parte de su rutina bañarse en la diminuta ducha de Megan. Un hombre tan corpulento como él necesitaba más espacio para tomar un baño como Dios mandaba, pero agradecía el agua caliente y el montón de geles que ella tenía. No podía entender cómo alguien podía estar tan obsesionada con los olores. Por fortuna los cuartos de baño de la otra casa eran tres veces más grandes que ese.

Brad estaba tomando una toalla para secarse cuando escuchó la voz de Megan. Aguzó el oído, pensando que le había hablado a él; sin embargo, no oyó nada más. De repente escuchó un gruñido de Sheldon. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron. Se vistió a toda velocidad, sin detenerse para secarse.

Al salir del baño se encontró con Jacob Sanders en el salón de Megan. El hombre se encogió un poco al verlo y reconocerlo.

—¿Hay algún problema? —quiso saber Brad, su tono serio dejaba claro lo que pensaba de Jacob.

Por lo que Megan le había contado de ese tipo y la razón por la que el auto de él se encontraba abandonado en el garaje, Jacob Sanders no se merecía ni un mínimo de su respeto y consideración.

—Así que los rumores son ciertos —soltó Jacob—. Todo el mundo en el pueblo dice que te estás tirando al constructor.

Megan lo fulminó con la mirada. Intervino antes de que Brad pudiera hacerlo.

—Lo que yo haga o deje de hacer con mi vida es asunto mío y de nadie más. Sal de mi casa ahora mismo. Te dije que si regresabas llamaría a la policía y no estoy bromeando.

—No me obligues a volver a echarte a la calle —amenazó Brad.

Jacob rio.

—Métete en tus asuntos. Lo que vine a hablar solo le importa a Megan, tú no estás invitado. Así que, te agradecería que nos dejaras a solas.

—¿Acaso estás sordo? —replicó Brad perdiendo la paciencia.

Esta vez no iba a tener la misma consideración que había tenido la primera vez. No pensaba permitir que ningún cabrón fuera a molestar y acosar a Megan en su propia casa. Qué demonios. Sheldon parecía compartir sus sentimientos pues se encontraba alerta. No despegaba los ojos del intruso.

Megan fue en busca del teléfono. No tenía caso discutir con Jacob. No entendía con palabras y tampoco quería que Brad volviera a comportarse como un macho cavernícola.

—No pienso permitir que sigas molestándome —dijo, fastidiada—. Ya que no piensas pagarme, como mínimo déjame vivir en paz. Estoy harta de tu insistencia. Hasta aquí.

Brad ya le había dejado claro a Megan que lo mejor era denunciar a Jacob para que dejara de molestarla; sin embargo, ella siempre le restaba importancia al asunto.

—Maldición, Megan. Somos adultos, podemos resolver esto sin espectáculos.

—¿Tienes el dinero?

Jacob cerró los puños con fuerza, se notaba que estaba furioso y se contenía. Brad sabía que solo lo hacía porque él y Sheldon estaban ahí. No obstante, ¿cómo sería si no fuera así?

—No, pero tengo una propuesta para ti.

Brad no esperó más. Se lanzó contra Jacob y lo sacó de la casa con apenas dificultad. A pesar de que él pateaba y golpeaba, no podía direccionar sus ataques con éxito y Brad apenas había sufrido daños.

Con un fuerte empujón lo arrojó al suelo. Estuvo tentado de darle una patada. Sin embargo, él no era ese tipo de persona. Lo que menos pretendía era hacer el asunto más grande o asustar a Megan.

—Si te vuelvo a ver cerca de Megan o vuelves a molestarla, te juro que iré por ti, cabrón. Lo lamentarás.

Jacob se puso de pie con torpeza, asustado como el cobarde que era.

Megan apartó a Brad de un empujón.

—Mañana mismo voy a encargarme de vender el auto, tomaré mi parte del dinero y te depositaré el resto —dijo a Jacob—. Después de eso no quiero saber nada de ti. ¡Y también iré a ponerte una orden de alejamiento!

—¡Eres una puta ladrona, Megan Murray!

Brad quiso tomar el asunto en sus manos; sin embargo, Megan se le adelantó. Estaba harta de Jacob. Se quedó inmóvil cuándo vio cómo la mujer le daba un derechazo justo en la mandíbula.

Jacob fue tomado por sorpresa, era evidente que no se había esperado un ataque por parte de Megan por lo que ni siquiera tuvo oportunidad de mantener el equilibrio. Cayó sobre el suelo y se quedó atónito, observando con incredulidad a la mujer que con tanta fuerza lo había golpeado.

—Estás como una cabra —susurró.

—Entonces lárgate de una maldita vez antes de que me ponga peor.

Los ojos de Megan estaban encendidos por la cólera. Era la viva imagen de alguien que después de mucho contenerse, había perdido la paciencia. Observó a Jacob irse, sin despegarle un ojo de encima. Al carajo las fotos y el trabajo. Lo primero que haría sería zanjar su asunto con Jacob y denunciarlo, por si seguía molestándola. No pensaba permitir que le hiciera más daño del que ya la había hecho ni que la intimidara con su agresividad y amenazas.

—¿Estás bien? —se preocupó Brad cuando vio como ella se echaba a temblar.

—Dios mío, he golpeado a una persona…

Sheldon se restregó contra las piernas de ella con la intención de reconfortarla.

—Ese idiota no cuenta como persona. Vamos adentro.

Brad la llevó a la casa, la obligó a tomar asiento y le revisó la mano con la que había golpeado a Jacob. Los nudillos comenzaban a ponérsele rojos.

Tomó una bolsa de gel del congelador y se la puso sobre la zona lastimada. Luego le sirvió un vaso de agua y fue en busca de unas pastillas.

Megan frunció el entrecejo.

—¿Qué haces?

—Es la hora de tu medicina y lo otro son analgésicos. Tómatelas mientras caliento la comida. Ese tipo no va a echarnos a perder la noche.

Brad quiso excusarse diciendo que los días que había pasado con su abuela como enfermero, lo habían entrenado para estar pendiente de esas cosas. Mas no lo hizo porque sabía

que no tenía nada que ver con eso. Sabía de las medicinas de Megan porque la había visto tomarlas antes y se interesaba por ella. Eso era lo que se hacía cuando alguien te importaba y Megan le importaba más de lo que había querido admitir.

—¿Sabes? —continuó él—, creo que ya es hora de que hagamos esto oficial. Estoy loco por ti, Megan Murray —agregó mientras se sentaba frente a ella—, y quiero que todo el mundo lo sepa.

Megan se derritió de amor. Sí, eso que sentía tenía que ser amor. La presión de su pecho desapareció por fin. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Por cierto —continuó él con una sonrisa—, recuérdame nunca hacerte enojar. ¡Tienes un derechazo de miedo!

Megan no le dio un derechazo, pero si un manotazo. Luego se lanzó a sus brazos y lo besó con los ojos aún húmedos por la emoción.

18

Brad había cometido un gran error al anunciarle a Maddy, dos días antes, sobre la excusión a la que irían con Megan. Esos dos días había sido imposible hablar de otra cosa. Maddy estaba tan ansiosa que incluso le costaba conciliar el sueño.

Megan se había encargado de planearlo todo. Subirían a caballo a un lugar llamado Tres Rocas, ubicado en el rancho de los abuelos de Megan. Brad no se entusiasmaba tanto con los caballos como su hija, pero sí que estaba emocionado. La excursión era para contarle a Maddy de su relación.

No había querido admitir ante Megan que estaba nervioso, pero era así. No tenía idea de cómo lo iba a tomar Maddy y eso le generaba unas dudas tremendas.

—¿Por qué Sheldon no puede acompañarnos? —preguntó Maddy a su padre cuando pasaron por Megan a su casa.

—Porque vamos lejos y no es un buen plan para Sheldon.

Esa era la parte que menos le gustaba a Maddy. Se abrazó al perro. Megan los saludó desde la distancia. Estaba resplandeciente. A Brad el corazón le dio un salto de alegría.

De camino al rancho, Maddy asechó con sus preguntas a Megan. Quería saberlo todo y no podía esperar más. Megan intentó contestar a todo, sin revelar demasiado.

El sol ya había salido cuando llegaron al rancho. Lily les había preparado un desayuno de campeones, a pesar de que Megan le había insistido en que no era necesario. La mujer también había preparado un pastel y galletas horneadas del día anterior. Sheldon tuvo que conformarse con quedarse en casa de los Redford con los perros de la familia.

Megan había elegido para Maddy un caballo pequeño, dócil y amistoso; se llamaba Querubín. Para Brad había seleccionado a Capitán, un caballo grande y fuerte, como el jinete. Ella, como siempre, había elegido a Condesa, una yegua alazana rápida y ágil.

—Tengo algo para ustedes —anunció Megan.

—¿¡Qué!? —chilló Maddy que estaba desesperada por empezar su aventura vaquera.

Megan sacó de una caja que había en el establo dos sombreros vaqueros. Se los tendió con expresión emocionada.

Maddy abrió los ojos de par en par.

—¡Somos unos vaqueros, papi! —gritó mientras se ponía el sombrero en la cabeza y daba saltitos de alegría.

A Megan se le llenó el pecho de felicidad.

—Gracias —dijo Brad antes de abrazarla.

Maddy dejó de saltar y los observó con atención. Luego se encogió de hombros y se abrazó a las piernas de ambos. Brad se agachó para que estuviera a la altura de él y Megan. ¿Acaso le podía pedir más a la vida?

Solo en ese momento fue consciente de lo mucho que había necesitado a Megan en su vida. Había olvidado lo que era estar enamorado. Tanto tiempo obstinado en no dar cabida al amor y ahí estaba, rendido y encantado.

A pesar de que el recorrido para llegar hasta Tres Rocas no era demasiado peligroso, Megan fue quien se encargó de Maddy y Querubín. Brad había montado antes, aunque en verdad no se consideraba para nada un experto, tenía mucho sin hacerlo.

Las vistas eran impresionantes, lo mejor se encontraba en la cima. Eran dos horas de recorrido pasando por un río, praderas y montaña. Durante el trayecto, Megan fue mostrándoles lugares y contándoles anécdotas de sus excursiones en familia cuando era niña o de las veces en que ella, Jess y sus primos subían a acampar un fin de semana completo cuando eran jóvenes.

Justo a unos metros de llegar al lugar al que se dirigían, Megan se adelantó y los obligó a detenerse para voltear el caballo y mirarlos a los ojos mientras anunciaba:

—Ya hemos llegado. ¿Están listos?

Brad y Maddy asintieron.

—De acuerdo, andando.

Tan solo tuvieron que avanzar un poco para ver la vista que Megan les había prometido desde el primer momento.

Brad y Maddy se quedaron sin aliento ante lo que estaban captando sus ojos. Ahora entendían el nombre. El lugar se trataba de un enorme saliente en la cima de la montaña. En la punta había tres rocas cilíndricas perfectas.

Megan fue la primera en desmontar, luego fue hasta Maddy y la ayudó a bajar de su caballo. Brad se apresuró a bajar él también y tomar la mano de Maddy.

Mientras Megan daba agua a los caballos, ellos seguían observando el panorama. Se podía ver todo el terreno de los Redford y parte de Prince. Era como ver una postal. Brad imaginaba lo bonitos que debían ser los amaneceres y atardeceres desde ese punto.

—¿Qué tal? —preguntó Megan al regresar con ellos.

—Ahí hay caballos —chilló Maddy apuntando hacia el lugar en donde se veía un grupo pastando.

Megan asintió.

—Es alucinante —respondió Brad.

—Vengan, tomemos asiento. —Megan los llevó hacia las rocas, cada uno tomó asiento en una de ellas—. Es una manada de caballos salvajes, Maddy —explicó.

—¿Son peligrosos?

—No. Les tienen miedo a los humanos. Si se cruzan con uno lo más probable es que huyan. Sin embargo, no dejan de ser animales salvajes y podrían defenderse si se sienten amenazados.

—Nunca había visto tantos juntos —dijo Brad.

—La temporada de nacimientos es en primavera, ahora mismo los potrillos deben tener unos tres meses. Cuando las yeguas paren se alejan de la manada, pero después regresan con los potrillos. Si ponen atención, hay varias crías ahora mismo. Así es cada año.

Megan les explicó que en todas las manadas siempre había un líder, si surgía alguna amenaza era él quien la enfrentaría. La hembra alfa, por su parte, sería la encargada de alejar a la manada del peligro.

—Miren —soltó Maddy—. ¿Están jugando?

—Los caballos son animales muy juguetones.

—Papá no quiere comprarme uno —dijo Maddy con resentimiento.

Él puso los ojos en blanco.

—Megan, ¿podrías explicarle a Maddy que los caballos necesitan un montón de espacio, cuidados y comida?

La niña no quería escuchar razones. En su inocencia no veía el problema. Incluso estaba dispuesta a darle su habitación al caballo. Además, su padre hacía casas, podía hacerle una al caballo. No comprendía cuál era el inconveniente.

Dieron un paseo por un claro cercano y fueron a una naciente. Megan se encargó de que vivieran la experiencia al completo. Le habría gustado que pudieran acampar, pero le había parecido temerario tomando en cuenta que Brad no tenía experiencia y Maddy estaba muy pequeña.

Luego almorzaron y comieron del pastel y las galletas que Lily había preparado. El sol empezó su descenso en el cielo y Brad decidió que era el momento.

Estaban sentados sobre una manta. Miró a su hija, su pequeño rostro sonrojado estaba cubierto de migas de chocolate. Tomó su pequeña mano en la suya y con la mano libre tomó la mano de Megan. La mujer se mordió el labio, se notaba nerviosa.

—Maddy —empezó Brad—, Megan y yo queremos contarte algo.

La niña los miró a ambos con expectación.

—¿Vas a comprarme un caballo?

Brad soltó una carcajada.

—Oh, Dios, Maddy… No, no se trata de eso.

—Cuando mi casa y el establo estén terminados —intervino Megan—, podrás ir a pasear con Eclipse.

Maddy tuvo que conformarse con esa respuesta.

—¿Entonces qué quieren decirme? —cuestionó con tono apenado.

Brad respiró profundo. Megan se enterneció al ver lo nervioso que se encontraba. Sin embargo, debía ser él quien le diera la noticia a Maddy.

—Bien, lo que queremos decirte —empezó Brad— es que Megan y yo…

—¡Papi! —interrumpió Maddy.

Brad se quedó sorprendido ante la intervención de la niña. Por todos los cielos, en su cabeza había visto todo tan sencillo y ahora no sabía ni coordinar una jodida frase sin que le temblara la voz.

—¿Qué? —preguntó intentando no sonar impaciente.

—¿Vas a decirme que tú y Megan se gustan?

Megan y Brad voltearon a mirarse, tenían los ojos desorbitados.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Brad cuando consiguió recuperarse de la sorpresa.

Maddy empezó a reírse.

—Porque les salen corazoncitos por los ojos —contestó todavía riendo.

Megan no pudo evitar reírse también.

—¿Corazoncitos en los ojos?

Maddy asintió. Se puso de pie y los abrazó a ambos.

—Ajá. Mira los ojos de Megan, papi. ¿Acaso no ves los corazoncitos?

Brad miró a Megan a los ojos. No veía los dichosos corazones, pero sí un brillo especial. ¿Sería eso a lo que se refería Maddy? Brad la estrechó en sus brazos y le dio un beso sonoro en la mejilla.

—¿Qué piensas de que Megan y yo nos gustemos? —preguntó él usando las palabras que la niña había usado antes?

—¡Suuuúper!

Megan también abrazó a la niña. Tenía un nudo en la garganta. Ni siquiera sabía cómo controlar todas las emociones que se le estaban removiendo en ese momento.

La señora B. le había escrito esa mañana un correo en donde le decía que no se pusiera nerviosa por la reacción de Maddy, que tenía a la niña en el bolsillo y ella la aceptaría encantada. Por supuesto, la mujer no se había equivocado, para variar.

Miró hacia el cielo para evitar que se le escaparan las lágrimas. Era como si por fin todo encajara en el sitio correcto. Con Brad le había pasado algo hasta entonces desconocido. Megan podía cerrar los ojos, pensar en un futuro y verlos a él y Maddy en esos pensamientos. En cambio, antes no había sido así. El futuro siempre había sido incierto.

En menos de tres meses Brad había conseguido lo que nadie más. Le daba seguridad, estabilidad y nuevas ilusiones. Se aferró con fuerza a ese momento porque no quería olvidarlo nunca. Lo conservaría en su corazón como la joya más preciada.

Poco después comenzaron el descenso para evitar que la oscuridad los tomara a mitad de recorrido. Cuando llegaron al rancho Sheldon los recibió entre saltos, ladridos y lengüetazos. Feliz como si tuviera un mes de no verlos. Lily y Donald, por su parte, les pidieron que los acompañaran a la cena, que por supuesto fue un manjar y consiguió que repusieran todas las fuerzas después de un día largo.

Hasta Maddy estaba agotada, ni siquiera pudo probar el postre, los ojos se le cerraban solos.

—Pobre creatura —dijo Lily—, está rendida.

—Será mejor que nos vayamos, nos espera un largo viaje —se excusó Brad.

—¿Piensas conducir hasta la ciudad después de haber cabalgado por horas? —se sorprendió Lily—. Ni hablar, hay suficiente espacio en la casa para un campamento. Pasarán aquí la noche.

—Oh, no, señora, no quiero molestar.

—No es molestia —aseguró Donald—. No estás acostumbrado a cabalgar, es peligroso que conduzcas así. Además, la ciudad está lejos.

—Es lo mejor, Brad —admitió Megan—. No pensé que se nos fuera a hacer tan tarde. Hacía mucho que no subía y había olvidado los pormenores…

—Pero no traje ropa ni… —empezó Brad.

—Eso es lo de menos. Estoy segura de que puedo encontrarle algo a todos.

Megan llevó a Brad y Maddy a una de las habitaciones para que la niña se duchara mientras Lily encontraba algo de ropa para los tres. Lo que no era difícil en esa familia.

Brad acostó a Maddy en la cama. Estaba tan adormilada que sus ojillos eran como dos rendijas diminutas.

—Buenas noches, cariño —le dijo mientras le daba un beso—. Descansa.

—Buenas noches, papi. Te quiero.

—Yo te quiero más.

Brad se puso de pie.

—¿Megan? —susurró Maddy.

—Dime.

—¿Me das un beso de buenas noches?

Megan tuvo que tragar para deshacerse del nudo en la garganta.

—Buenas noches, Maddy —le dijo mientras se acercaba para abrazarla y despedirse con un beso.

—Buenas noches, Megan.

Brad también tenía un nudo en la garganta cuando salieron de la habitación. No tenía palabras para Megan que pudieran expresar lo que sentía en ese momento, por lo que decidió

abrazarla con fuerza y besarla.

Ambos se fueron a duchar, luego bajaron a la terraza en donde se hacían los almuerzos familiares, jugaron al póquer con Donald y Lily mientras tomaban cerveza y platicaban.

Alrededor de las once, los abuelos de Megan les dieron las buenas noches y se fueron a dormir.

Megan y Brad se quedaron recogiendo todo.

—¿Imaginaste que sería así? —preguntó Megan.

—¿Este día? —Ella asintió—. Ni en un millón de años. Ha superado mis expectativas por completo. Es… No lo sé. Siento como si estuviera viviendo un sueño.

—Siento exactamente lo mismo. ¿Aún te queda energía para salir a dar un paseo?

Brad echó un vistazo más allá de la terraza. Era una hermosa noche de verano, el cielo estaba totalmente despejado y un trozo de luna brillaba con encanto. Él asintió.

Caminaron un rato tomados de la mano, en silencio, disfrutando del aire fresco y el ruido de los grillos. Entonces Brad se detuvo, se inclinó y la besó como no había podido besarla durante el día. Era un beso que no era apto para niñas ni octogenarios. Deseaba con todas sus fuerzas que en ese beso quedara plasmado todo lo que sentía por Megan.

—Eres todo lo que no sabía que necesitaba —susurró al oído de ella.

Megan tenía exactamente la misma impresión de él.

—Conocerte ha sido increíble.

Brad asintió antes de volver a tomar sus labios. El viento azotaba el cabello de Megan. Fue en ese momento en el que se dio cuenta que ella no llevaba perfume. Cortó el beso e hizo lo que siempre había deseado.

—No sabes cuántas veces me he preguntado a qué hueles —admitió.

Ella rio.

—Bueno, esa es una pregunta muy difícil de contestar. Cambio de perfume todos los días. Pero mis notas favoritas son…

Él hundió la nariz bajo la oreja de ella, lo que le provocó un escalofrío que recorrió toda su espina dorsal. Necesitaba con urgencia saber si ella olía tan bien como él pensaba.

—No me refiero a tus perfumes. Lo que en verdad me inquieta es tu olor natural. El aroma original de tu piel.

Megan se quedó inmóvil mientras él exploraba su cuello, inhalando y besando al mismo tiempo.

—Es justo como lo pensé —continuó Brad.

—¿Cómo?

—Cálido. Embriagador. Excitante…

—Oh, Brad —susurró ella.

—No tienes ni idea de lo loco que estoy por ti. Si tan solo supieras lo que siento cada vez que estás cerca.

Brad tomó la barbilla de ella entre sus dedos para indicarle que lo mirara a los ojos.

—Tú también me vuelves loca —admitió Megan—. Me alegra que por fin podamos hacer oficial lo que sentimos.

Se abrazaron con fuerza, meciéndose de un lado a otro. Sus corazones latían al mismo compás. En ese momento solo eran ellos dos, el mundo alrededor no existía. La oscuridad los abrigaba como un manto.

—¿Qué te parece una cena romántica? Una cita en toda regla. Paso para recogerte, te llevo flores y chocolates, vamos a un restaurante… Toda la noche, solo tú y yo, Megan.

A ella se le puso la piel de gallina al escuchar la última frase. Sabía que tras esas palabras había un sinfín de promesas. Promesas que estaba deseosa por reclamar. Megan también tenía sus propias promesas para Brad y estaba más que segura de que él querría reclamarlas.

—¿Cuándo? —preguntó sin dudarlo.

—Déjame cuadrarlo y te aviso.

—Esperaré ese día con ansias.

—Dudo que tantas como yo.

Brad sonrió antes de volver a entrelazar sus manos y continuar con el paseo durante unos minutos. Luego regresaron a la casa. Brad durmió con Maddy. Megan en la habitación de al lado.

Megan tomó su teléfono, abrió la aplicación del correo electrónico y entró a la lista de correos que había intercambiado con la señora B. Hacía tiempo que solo se hablaban por ese medio. Comenzó uno nuevo.

Hola, señora B.
Solo quiero decirle que las cosas han salido perfectas. En efecto, Brad es el hombre que buscaba para mí. Todo ha salido según lo que usted me dijo.
Lo nuestro ya es oficial, hoy se lo contamos a la niña y lo tomó bien.
También hemos quedado en tener una cita en toda regla. ¿Alguna sugerencia?
Gracias por su ayuda.
Saludos.

Cuando se acostó se sintió como una adolescente luego de su primer beso sin saber que Brad se encontraba igual. Así era el amor, dejaba mariposas en el estómago, sonrisas tontorronas y un puñado de ilusiones. No importaba la edad, el verdadero amor no sabía de esas tonterías.

19

Megan se había despertado antes de que el sol saliera por el horizonte, no había vuelto a pegar ojo desde entonces. Estaba emocionada porque en la noche tendría su cena romántica con Brad, pero también estaba nerviosa porque era justo el día en que tenía su cita de chequeo con la doctora Donovan.

Puesto que no había podido dormir, se había levantado a trabajar. Así al menos se distraería y el tiempo se le pasaría más rápido. No sabía qué esperar. Era cierto que ella notaba mejorías. Los ataques de pánico se habían esfumado, su piel ya no estaba tan reseca, el ejercicio le estaba sentando bien y ya no necesitaba de los somníferos para dormir… Sin embargo, no había recuperado el periodo. Ese sería el décimo mes.

Megan bloqueó todos los pensamientos negativos que se agolpaban en su cabeza mientras entraba al consultorio de la doctora Donovan.

—Buenos días, Megan. Qué gusto volver a verte. Te ves bien —le dijo la mujer con tono sincero.

—Hola. Gracias.

—Toma asiento. Cuéntame qué tal van las cosas.

—Mejor. Tenía razón, el tratamiento ha mejorado mi calidad de vida.

—Me alegra que así sea.

Megan se removió incómoda.

—He notado muchas mejorías, solo que… no he vuelto a menstruar. Casi son diez meses.

La mujer buscó los resultados de los análisis de Megan.

—Mira, los análisis hormonales están en los niveles óptimos, a excepción de los estrógenos y progesterona, sus niveles están muy por debajo de lo normal. —Levantó la vista del documento con los resultados y miró a Megan a los ojos—. Eso junto a la amenorrea indica que tus ovarios han dejado de producir óvulos maduros.

—De acuerdo —alegó Megan con tono débil.

—Lo siento.

Megan asintió con una sonrisa triste. A fin de cuentas, era lo que la doctora le había advertido desde el principio. Sus posibilidades eran mínimas. Incluso ella en el fondo había aceptado ese destino.

—La última vez preguntaste por las posibilidades de un embarazo… —continuó la ginecóloga.

Megan levantó la mano y la detuvo.

—No, ya no estoy interesada.

La ginecóloga se quedó estupefacta unos cuantos segundos, luego recuperó la compostura.

—¿Estás segura?

Megan tomó aire y pronunció las palabras que creyó que jamás diría:

—He pensado mucho durante estos meses, le he dado vueltas al tema y… —Suspiró—. He decidido que no quiero insistir al respecto. Toda mi vida he visualizado la maternidad de otro modo, como algo único, hermoso y feliz. No pienso destruir esa imagen y convertirlo en un proceso doloroso y traumático. Por alguna razón a mí no me tocó vivir esa experiencia… —Se le humedecieron los ojos—. Pero ahora puedo ver con más claridad, que engendrar un bebé no es ser madre, esa solo es una progenitora.

»Ser madre es mucho más que eso y se puede conseguir incluso en mi caso. —Se limpió las lágrimas que caían de sus mejillas—. Estoy abierta a la maternidad… otro tipo de maternidad. ¿Y sabe qué? Voy a ser la maldita mejor madre del mundo.

Megan salió de la consulta con los ojos llorosos, pero el corazón en paz. Ahora sí, era libre y plena. Había dado el último paso hacia su felicidad. Caminó por la calle sintiendo la brisa del viento en su rostro y decidió que ese día no trabajaría, se consentiría y se prepararía para lo que la esperaba. Primero pasó a la peluquería, luego se fue de compras.

Tal como Brad lo había prometido llegó a casa de Megan con un ramo enorme de rosas y una caja de chocolates. Como puntos extras, iba vestido de traje y la camioneta estaba recién lavada.

Megan lo miró boquiabierta, nunca lo había visto así. Se veía increíble. Había cuidado hasta el más mínimo detalle.

—Vaya, te ves guapísimo —dijo.

Él estaba babeando igual que ella. Megan llevaba el cabello recogido y un vestido blanco que le llegaba a la altura de las pantorrillas con un escote pronunciado. Brad de repente sintió la boca seca. Sus ojos fueron de los labios de ella a su cuello y luego a su escote.

—Dudo que me vea la mitad de bien que tú.

Ella rio.

—No digas tonterías. Ese traje te sienta fenomenal. ¿Esas rosas son para mí?

Brad sacudió la cabeza. Estaba tan atontado que ni siquiera la había saludado. Se inclinó para besarla y luego le dio las rosas y los chocolates.

—Voy a buscar donde dejar esto, tomo mi cartera y en un segundo estoy afuera.

Brad tuvo que contenerse para no ir tras ella. De haberlo hecho no habrían salido de la casa ni de broma, estaba más que seguro de ello. Incluso se preguntaba cómo iba a concentrarse durante toda la noche. Megan se lo había puesto demasiado difícil. Frunció el ceño al darse cuenta de que se le había escapado algo.

Cuando Megan regresó, él la analizó. Una vez subidos en la camioneta, olisqueó el aire

—¿Olvidaste ponerte perfume? —preguntó al no notar ningún olor en específico.

Megan desvío la mirada, sonriendo.

—No se te pasa una, Brad.

El la observó atento.

—¿Lo olvidaste?

—No. Hoy decidí que no quiero llevar perfume.

La boca se le secó todavía más a Brad.

—¿Y eso a qué se debe?

Ella se inclinó hacia él y susurró en su oreja:

—Hoy solo vas a olerme a mí. Estaré completamente desnuda para ti. Podrás conocer el olor de cada centímetro de mi piel... —le dejó saber pues recordaba que era justo lo que Brad había fantaseado.

—Dios mío, Megan... ¿Acaso piensas torturarme? Primero ese vestido y ahora esto...

Brad cerró los puños en un intento de contener el torrente de energía que corría por su sangre.

—Al demonio —soltó al darse cuenta de que era imposible contenerse.

Le plantó un beso tan apasionado y ansioso, que estaba seguro de que a Megan no le quedaría ni rastro de duda respecto a lo que había provocado en él. Su mano buscó la cintura de ella, luego bajo por su cadera y siguió hasta el muslo. Megan lo apartó de inmediato y rompió el beso.

—No —balbuceó con la respiración tan agitada como la de él—. Me prometiste una cita y vamos a tener una cita.

Brad soltó el aire que estaba reteniendo.

—Tienes razón. Será mejor que nos vayamos ya. Solo dame un momento.

Megan asintió. Ella también necesitaba de ese momento. Bien decían que el que jugaba con fuego se quemaba y eso era justo lo que le había sucedido. Había tentado tanto a Brad que ahora ella se encontraba igual o peor. Mientras intentaba controlar su respiración y reacomodarse el cabello, vio que él ponía la camioneta en marcha y encendía la radio. Se quedó gélida cuando escuchó la canción que sonaba por los altavoces. Lo miró con gesto indescriptible.

—¿La vaca Lola? —interrogó al ver que él comenzaba a cantar la canción.

—Shhh... Te dije que me dieras un momento.

Megan soltó una carcajada tan fuerte que se escuchó por encima de la alegre canción infantil. No podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. Brad le lanzó una mirada reprobatoria, dejando en claro que ella era la culpable de todo.

Brad consiguió recuperarse del tremendo calentón que Megan le había dejado. La vaca Lola resultó infalible. Decidió que lo mejor sería que las canciones siguieran sonando hasta llegar al restaurante. No quería correr el riesgo de empezar a divagar sobre las palabras de Megan y terminar lanzándose a por ella como un salvaje.

Había elegido un restaurante elegante. Se había tomado muy en serio lo de la cita. Era la recompensa que ella se merecía por la paciencia que había tenido con lo de Maddy. A fin de cuentas, habían estado viéndose casi a escondidas debido a ello y ahora que Maddy sabía de su relación, repondrían el tiempo perdido. Con más razón ahora que la casa estaba a punto de estar terminada.

Megan no conocía el restaurante, pero estaba encantada de conocerlo. Era precioso. Había música suave, lo que invitaba a la conversación e intimidad. Se llevó las manos al pecho cuando vio la mesa que Brad había apartado para ambos.

—Oh, Brad, esto es hermoso...

Las luces de las velas titilaban sobre la mesa cubierta de pétalos que los esperaba.

—Te dije que sería una cita de verdad.

En efecto lo estaba siendo. Aparte de lo hermoso y romántico del lugar, la comida había sido deliciosa y la plática amena. Megan había puesto a Brad al corriente sobre lo sucedido en la cita con la ginecóloga y la decisión que había tomado. Él se mostró comprensivo y orgulloso, la entendía y la admiraba. Estaba seguro de que Megan sería una madre incondicional, amorosa y guerrera.

Además, hablaron de la revelación de género que Megan estaba preparando para Patsy y Dan. Megan no había querido decirle ni siquiera a Brad cuál era el género del bebé. Incluso había tenido que soportar un ataque de curiosidad de Patsy que casi la había obligado a decirle la respuesta, pues se sentía incapaz de aguantar tanto tiempo con la duda.

—Es todo un personaje —recalcó Brad en referencia a Patsy.

—En efecto. Al principio me amenazaba con asesinarme si se me escapaba algo y ahora me llama como loca llorando, diciendo que si no le digo correrá a hacerse un nuevo ultrasonido.

Brad río ante las ocurrencias de la mujer. De cualquier modo, a él le caían bien tanto ella como Dan y sabía lo importantes que eran para Megan.

El reloj caminó a su ritmo hasta marcar la media noche, decidieron que era hora de volver a casa.

—Solo faltó el baile —admitió Megan.

Aunque había música era más bien para amenizar el lugar.

—Aún no se acaba la noche —advirtió Brad.

La tomó de la mano y caminaron así hasta el lugar en donde había quedado la camioneta aparcada. Brad le abrió la puerta a Megan y le dio un beso rápido antes de cerrarla.

—La cena estuvo fantástica —dijo ella mientras se abrochaba el cinturón.

—Un amigo me recomendó el lugar.

Brad encendió el vehículo y se adentró en la carretera. Megan se dio cuenta casi al instante que él no había tomado la dirección correcta.

—Me parece que vas en sentido contrario —lo informó.

—Voy bien —la corrigió él.

Megan aguzó la mirada, segura de que Brad estaba equivocado.

—No, Brad. Has tomado la dirección contraria a Prince.

Él puso su mano sobre el muslo de ella.

—¿Y quién dijo que vamos hacia Prince?

Megan tragó con dificultad. El sitio donde el hombre estaba apoyando la mano ardía como si estuviera colocando brasas sobre la piel.

—¿Adónde vamos?, entonces.

—Es una sorpresa.

Lo del restaurante solo había sido una pincelada de lo que Brad había preparado para Megan. Ella no se había esperado, ni por asomo, que Brad fuera a reservar una habitación de hotel.

—¿Acaso eres un príncipe de Disney, Brad Miller?

—No sé, dime tú.

Megan se puso de puntillas y lo besó.

Brad procedió a abrir la puerta de la habitación. Cómo era de esperarse, tenían una vista alucinante de la ciudad, velas, flores, champán y pétalos de rosas esparcidos en el piso.

Megan giró, observando todos los detalles. Las palabras no podían expresar lo que sentía. Era como un sueño o una escena sacada de una película. Brad en verdad la estaba consintiendo. Después de eso Megan no podría esperar menos de una cita. No tenía nada que ver con la noche en qué ella había echado a perder la lasaña...

Él sirvió dos copas de champán. Esa noche sí podía tomar.

—¿Cuándo planeaste todo esto? —quiso saber Megan, intrigada—. Pensaba que la remodelación te tenía ocupado.

Brad se encogió de hombros, luego le pasó una de las copas.

—Sé ingeniármelas.

La verdad era que había tenido que pedir ayuda a su secretaria, pero Megan no tenía por qué saber ese detalle.

—¿Por qué vamos a brindar?

Brad la abrazó con la mano que tenía libre, mirándola a los ojos dijo:

—Por los momentos que hemos vivido juntos, por el presente, por lo que vendrá... Me hace muy feliz que seas parte de mi vida. Me has demostrado lo equivocado que estaba. Contigo me siento tranquilo, feliz, inspirado... Desde que llegaste, has traído luz a mi vida.

Él extendió su copa hacia ella para brindar. Megan no fue capaz de hablar, así que se limitó a dar un trago al champán, conmovida por las palabras de él. Luego le arrebató la copa a Brad para dejarla sobre una mesa, junto a la suya.

—Te quiero —anunció—. Te quiero con todo mi corazón, Brad.

Megan no quiso esperar respuesta a su afirmación. En verdad no era necesaria. Brad le había demostrado más allá de las palabras que el sentimiento era mutuo. Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó apasionadamente. Sus labios se unieron a los de él con una familiaridad placentera. Él la sujetó de la cintura, ajustando la intensidad del agarre de acuerdo con la intensidad del beso.

Megan le quitó el saco del traje de un tirón, se deshizo de la corbata y abrió los primeros tres botones de su camisa blanca. Sus manos luego se movieron hasta la espalda de él para acariciarlo, podía sentir a través de la tela como los músculos de Brad se tensaban ante su contacto.

Esta vez fue ella quien tomó su cuello y trazó un camino de besos tórridos en su piel. Continuó abriendo botones y besando la piel expuesta ante sus ojos. Le sacó la falda de la camisa con un movimiento rápido y luego lo liberó de la prenda. La piel de él estaba erizada. Megan besó sus hombros y bíceps, sin parar de tocarlo y explorar su cuerpo.

Brad no pudo soportar por más tiempo. Atrapó sus labios entre los dientes y mientras la besaba fue empujándola hasta llegar a la cama. La alzó en brazos para luego dejarla recostada. Luego la tomó por las muñecas y la aprisionó.

No había podido olvidar las palabras de Megan. «Hoy solo vas a olerme a mí. Estaré completamente desnuda para ti. Podrás conocer el olor de cada centímetro de mi piel». Era justo lo que más deseaba hacer.

Le besó el cuello, el escote y le susurró al oído todas las cosas que había imaginado desde el día que se habían besado en el establo. La había deseado desde ese momento y había sido una absoluta tortura contenerse y no tomarla en el primer lugar disponible. Mientras hablaba, tomó sus muñecas con una sola mano y utilizó la otra para subirle el vestido.

Brad acarició sus piernas, sus caderas, siguió el contorno de la ropa interior de ella. Jadeó cuando vio que esta consistía en una pieza diminuta de encaje. Suponía que era lo único que ella llevaba bajo el vestido ya que por el escote de este dudaba que llevara sostén.

Brad se apartó de ella y se puso en pie. Tomó uno de sus pies y empezó a quitarle el calzado. Eran unas sandalias salpicadas de brillantes plateados, con un tacón finísimo de unos quince centímetros. Estilizaban sus pies y los hacían lucir más sexis. Brad tiró al piso la sandalia, luego prosiguió con la del otro pie.

Cuando terminó, tomó el pie entre sus manos y lo besó justo en el empeine. Cogió el otro pie y repitió el gesto. Luego fue subiendo hasta llegar a sus piernas. Después de ahí subió por el interior de sus muslos, despacio… muy despacio. Megan se removía, expectante y ansiosa, deseosa de placer. Brad se detuvo cuando llegó al pequeño triángulo de encaje de su ropa interior.

—No te detengas —suplicó ella con apenas un susurro.

Brad sonrió, encantado por la reacción de Megan. No la pensaba complacer, no todavía. Volvió a subir a su escote, cuello y labios. Después hizo lo que Megan había hecho con él.

Empezar a deshacerse de la ropa. Ella tuvo que ayudarle con el vestido.

Brad se sintió al límite cuando la vio casi al desnudo. Lo único que tenía encima era el tanga. Llevó sus manos hacia sus pechos, su piel blanca y tentadora lo incitaba a que la explorara más a fondo. Hundió la nariz justo en medio de sus pechos e inhaló el aroma de ella tal como había imaginado antes.

Fue como si se hubiera roto su autocontrol. Sin demorarse más exploró y probó todos los sitios que aún no había tocado, escuchando como ella se agitaba y le clavaba las uñas en los hombros, excitada. La besó de pies a cabeza, asegurándose de que ningún sitio se librara de sus labios y lengua. Se deshizo de la única prenda que le impedía contemplar la totalidad del cuerpo de Megan y luego él también se desnudó.

Megan no podía quitarle los ojos de encima. Estaba ardiendo igual, deseando con cada una de sus células que sus cuerpos se enredaran de tal forma que se convirtieran en uno solo. Lo atrajo hacia ella, lo obligó a besarle la boca, mordisqueó sus labios y jugó con su lengua mientras le acariciaba la espalda, los brazos, las piernas y atraía su trasero con fuerza como una clara invitación a tomarla y calmar la presión que tenía en el cuerpo. Brad resistió lo más que pudo, pero tuvo que rendirse cuando ella le rodeó las caderas con las piernas y sintió su humedad.

El tiempo se detuvo cuando sus cuerpos se unieron a un ritmo desenfrenado. Se demostraron todo el deseo que habían estado reprimiendo durante ese tiempo.

El baile empezó. Respiraciones agitadas y jadeos. Gemidos y palabras roncas. Caricias y roces que amenazaban con llevarlos al límite. Era una guerra de egos en donde luchaban por ser el primero que consiguiera lanzar al otro al delicioso abismo del placer.

Megan se retorcía sin aliento bajo el firme y duro cuerpo de Brad. Luego cambiaba la postura para dejarlo a él a su merced y vengarse de la tortura a la que la había sometido. Se movía con una cadencia casi criminal sobre las caderas de Brad, sintiéndose poderosa y sexi.

Tuvieron que darse por vencidos. Megan fue la primera en llegar a la cima. Luego Brad se permitió acompañarla hasta ese maravilloso y ardiente lugar.

La noche fue interminable para ambos. Sus cuerpos no querían soltarse. Esa noche Brad memorizó cada curva de Megan y cada lunar. También aprendió todas las formas en que ella se derretía de placer y descubrió otras nuevas.

20

Brad despertó con su cuerpo enredado con el de Megan y una maraña de sábanas a su alrededor. Una sonrisa se dibujó en su rostro al recordar todo lo que había pasado la noche anterior. Debería de estar agotado; sin embargo, sentía como si hubiera dormido por días, no había ni rastro de cansancio.

Se le detuvo el corazón al ser consciente de que, quizás, eso era justo lo que había pasado… No. Porque estaba sonando la alarma. No se había quedado dormido. ¿Alarma?

Brad sacudió la cabeza, confundido y adormecido, se irguió con cuidado para no despertar a Megan. Lo que estaba sonando no era la alarma, era su teléfono. Se puso de pie y buscó el aparato entre su ropa.

—¿Sí? —contestó con voz rasposa.

—Señor Miller, su abuela…

Brad se quedó de piedra al escuchar la voz de Gina y lo que esta le estaba diciendo. Buscó su ropa interior de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Está muy pálida y la noto débil… No creo que sea grave, pero…

Brad miró el reloj.

—¿Está consciente?

Megan se despertó al escuchar a Brad. De inmediato se dio cuenta de que algo malo pasaba.

—Pregúntale si se ha inyectado la insulina —continuó Brad.

—Sí, yo misma la vi hacerlo. Fue cuando se levantó para desayunar que noté que se agarraba a las paredes y caía al suelo. Ahora parece que está recuperando un poco el color de la cara…

Brad le hizo una seña a Megan para que se vistiera.

—En diez minutos estoy ahí. Si antes de eso la vez empeorar, aunque solo sea un poco, llama a emergencias de inmediato y no le hagas caso a nada de lo que diga.

Brad cortó la llamada, se terminó de vestir tan rápido como pudo y mientras bajaban en el ascensor puso al tanto a Megan sobre lo que estaba sucediendo.

No llegaron en diez minutos, llegaron en siete. Brad condujo como un loco y no se preocupó en absoluto por aparcar casi en media acera. Se bajó de un salto y corrió hacía el nuevo apartamento de su abuela con Megan pisándole los talones, a pesar de las sandalias altas que llevaba medio puestas.

Gina abrió la puerta al instante. Tras ella apareció Maddy, que se abalanzó sobre Brad y se abrazó a sus piernas llorando. Brad la levantó del suelo.

—Todo está bien, cariño —la tranquilizó—. No te preocupes, voy a ver a la abuela y verás que en un momento estará bien. Quédate con Megan, ¿sí?

Megan se apresuró a tomar a la niña en brazos mientras Brad desaparecía en una de las habitaciones con Gina hablando a borbotones, explicando lo mejor que los nervios le permitían, lo que había sucedido.

Maddy no paraba de llorar, Megan la llevó al salón y se sentó en el sofá con la niña en su regazo; meciéndola e intentando tranquilizarla hasta que al fin consiguió que la niña dejara de llorar. Sheldon se acercó a ellas y dejó caer su hocico sobre las piernas de la niña, mostrándole su afecto.

—¿La abuela está bien? —quiso saber la niña entre hipidos.

—Lo estará, solo es un pequeño susto.

Las lágrimas volvieron a inundar los ojos de la niña. Megan la abrazó con fuerza.

En efecto, Becky estaba muy pálida. Brad no quiso ni pensar en cómo había estado antes si se suponía que ya había recuperado un poco de color. La mujer estaba acostada en la cama, consciente. Gina había conseguido llevarla hasta ahí con dificultad.

—Estoy bien —susurró Becky a pesar de lo débil que sonaba su voz.

Brad fue hasta la mesilla de noche, de inmediato sacó el glucómetro. Se desinfectó las manos con alcohol e hizo lo mismo con la mano de su abuela, estimuló el flujo sanguíneo frotando y luego pinchó el dedo mientras lo apretaba para que saliera la sangre.

Los segundos que tardó el aparato en arrojar un resultado, se le hicieron eternos. Suspiró aliviado al ver el número que reflejaba la pequeña pantalla, la glucosa estaba en un nivel normal.

—Voy a llamar al médico —anunció Brad— y si te niegas, te subo a la camioneta y te llevo a emergencias a la fuerza.

—Ya me siento mejor —insistió Becky.

—Eso lo dirá el médico.

—No quiero que Maddy se asuste más si ve a un médico…

—Megan está con ella. Ahora mismo lo más importante es saber qué te pasó.

Brad no quiso discutir más y, para su fortuna, Becky tampoco. Llamó al médico desde la habitación de su abuela. El hombre llegó veinte minutos más tarde, mientras esperaban él estuvo moviéndose del salón a la habitación de Becky. La niña parecía más tranquila y Becky también mostraba mejoría.

Después de que el médico la revisó, encontró que no había nada mal en Becky. De acuerdo con los síntomas que había presentado, el problema parecía ser que se le había bajado la presión. No era nada grave. De igual manera, recomendó, para más tranquilidad de Brad, un chequeo médico; sobre todo si se repetía.

Las palabras del hombre calmaron a Brad. La tensión que había acumulado en los hombros fue desapareciendo poco a poco. Su abuela estaba bien, la presión se le podía bajar a cualquier persona y no tenía por qué ser señal de algo malo; siempre y cuando no fuera recurrente.

Cuando despidió al médico, llevó a Maddy a la habitación de Becky para que ella también se relajara y comprobara que la mujer estaba bien.

—No te asustes, pequeña —dijo Becky—. Ven acá y dame un suuuúper abrazo.

La niña subió a la cama y se abrazó a su bisabuela. Sheldon saltó tras la niña y se echó junto a las piernas de Becky. Maddy ya no estaba llorando, pero sus ojos estaban rojos y sus pestañas húmedas.

—¿Estás bien?

—Sí, solo estaba un poco cansada. No dormí bien.

—Me asusté mucho.

—Oh, lo siento, preciosa. ¿Tú estás bien?

—Sí, porque tú estás bien.

Becky le dio un beso en la frente mientras le hacía caricias en el cuero cabelludo y le susurraba un cuento al oído hasta conseguir que la niña se quedara dormida. Era el método infalible que Natalia había descubierto cuando empezaron las crisis de pánico de Maddy después de que Hanna se fuera. Dos años más tarde seguía siendo igual de efectiva.

Brad tomó a Maddy en brazos para llevarla a otra habitación y no incomodar más a Becky. Antes de irse llamó a Sheldon y también se lo llevó.

—Gina está preparándote un bocadillo —dijo a Becky cuando regresó—. Luego te dejaremos descansar. ¿Necesitas algo más?

Becky miró a su nieto, iba tan desaliñado que a Becky le hizo gracia. Se había abotonado la camisa mal, no llevaba calcetines y estaba despeinado.

—Parece que tu noche fue mejor que la mía. —Sonrió—. ¿Aún está tu chica en el salón?

—Sí.

—Me gustaría conocerla.

—¿Por qué no comes y descansas?

—¿No piensas presentarme a tu novia? —inquirió, indignada.

—Claro que sí, pero no creo que esta sea la ocasión más oportuna.

—No digas tonterías. Anda, tráela.

Brad puso los ojos en blanco.

—Solo un momento y luego vas a descansar.

Brad fue hasta la cocina, Megan estaba ahí con Gina. Estaba agregando edulcorante a la taza de café de su abuela mientras Gina preparaba un emparedado. Brad fue hasta ella y le dio un beso rápido, luego se giró hacia la niñera.

—Gracias por llamarme, Gina. ¿Te importaría quedarte un momento mientras voy a casa por ropa?

—¿No necesita que me quede cuidando a Maddy el resto del día?

—No, la abuela está bien. Yo me encargaré de Maddy.

—De acuerdo.

Se volteó hacia Megan.

—La abuela quiere conocerte. Le dije que no era la mejor ocasión, pero insistió.

Megan se llevó una mano a la cabeza, su peinado era un desastre.

—No hay problema. Solo dame un momento para al menos lavarme la cara y peinarme.

Brad le indicó a la mujer donde estaba el cuarto de baño. Cuando Megan salió él ya no estaba en la cocina, Gina le indicó que estaba en la habitación de Becky, le había llevado el desayuno.

Megan llamó a la puerta con los nudillos.

—Adelante —la invitó la voz de Brad para que entrara a la habitación.

Lo primero que Megan vio fue a Brad, al pie de la cama.

—Hola —saludó con una sonrisa a la mujer que se encontraba acostada frente a él.

—Hola, Megan. Brad y Maddy me han hablado tanto de ti que siento como si te conociera de antes…

La sonrisa de Megan se congeló al instante.

La conocía.

Había visto a esa mujer antes.

Había olvidado sus rasgos, su rostro… Pero ahora que volvía a tenerla frente a frente pudo reconocerla.

Llevaba un sombrero de plumas cuando la conoció.

Brad fue hasta Megan, la abrazó por la cintura y comenzó:

—Megan, ella es Becky Miller. Abuela, ella es Megan Murray.

Becky Miller. La señora B.

—Es un gusto conocerte al fin —aseguró Becky con una enorme sonrisa en el rostro.

Megan se quedó inmóvil. No podía reaccionar. Su cerebro iba a mil por hora. ¿Qué demonios estaba sucediendo?

—¿Estás bien, Megan? —se preocupó Brad al ver que ella no reaccionaba y estaba tan pálida como una hoja de papel.

Megan se obligó a mover la cabeza de arriba abajo. Compuso la mejor sonrisa que pudo.

—Sí, lo siento —se disculpó—. El gusto es mío —agregó en voz baja.

—Brad me dijo que eras una belleza, pero se quedó corto.

Megan no pudo seguir sosteniendo la sonrisa, le dolía la cara con solo intentarlo. No podía creer el descaro de la mujer.

—Gracias —contestó de forma mecánica.

—¿Les importa si las dejo a solas? —intervino Brad—. Necesito ir por ropa limpia a casa.

—Oh, claro que no —contestó Becky—. Me encantará hablar con Megan.

Megan quería gritar y decirle a Brad que no la dejara a solas con esa extraña mujer. ¿Acaso estaba loca? Dios, no podía entender nada.

—Regreso en un momento.

Megan sintió un escalofrió cuando la puerta de la habitación se cerró tras Brad. Miró a la señora B. fijamente.

—¿Qué significa todo esto? —cuestionó cuando escuchó la camioneta de Brad alejarse.

—¿A qué te refieres?

Megan perdió la paciencia. Se acercó a la mujer y habló en voz baja para que Gina no escuchara.

—No se haga la que no entiende. ¿Cómo ha podido engañarme de esta forma?

—Yo no te he engañado.

Megan apartó la mirada. Necesitaba calmarse.

—Nunca me dijo que era la abuela de Brad. No entiendo.

—Olvídalo, Megan. Nada de eso tiene importancia.

—No quiero olvidarlo. Quiero saber qué demonios ha pasado. —Frunció el ceño—. ¿Por qué?

Becky la observó con atención. Sabía que ese momento iba a llegar, de eso se trataba todo. Había encontrado a Megan y el tiempo le había demostrado que no se había equivocado con ella. La mujer se había ganado el corazón de Brad y Maddy.

—Lo que ha pasado es que no me equivoqué. Tú y Brad son el uno para el otro.

Megan rio con ironía.

—Es obvio que él no tiene ni idea de lo que usted ha estado haciendo los últimos meses…

—Hemos —aclaró Becky—. ¿O tú sí le contaste de la señora B.?

Megan se llevó las manos a la cabeza.

—Yo no sabía quién…

Becky levantó una mano para obligarla a detenerse.

—Lo que hiciste no tiene nada que ver con que yo sea la abuela de Brad o no.

—¿Por qué lo ocultó?

—Brad estaba ciego por lo que Hanna hizo con él y Maddy. Se había cerrado de lleno al

amor y seguía empeñado en que así fuera. Intenté abrirle los ojos en muchas ocasiones y no conseguí nada, así que tuve que ir más allá.

—¿Y no pudo simplemente presentarnos? ¿Por qué todo este espectáculo?

—Porque Brad se habría cerrado en banda si se enteraba de mis intenciones.

—No me diga —soltó con ironía.

—Solo quiero lo mejor para él y para Maddy.

—¡Nos ha visto la cara a todos!

—Lo único que he hecho es aconsejarte. ¿Qué de malo hay en eso?

Megan no sabía cómo responder a esa pregunta. Estaba demasiado confundida por lo extraño de la situación.

—Eres una buena mujer, Megan —continuó Becky—, y él es un buen hombre. Están enamorados y tienen un futuro prometedor por delante. No había visto a Brad así de feliz hacía mucho. No es un crimen lo que he hecho. Simplemente te abrí los ojos respecto a él. Nunca te obligué a hacer nada que no quisieras.

—Lo que hizo no puede estar bien. Ocultar cosas nunca puede ser bueno…

—Brad no lo entendería…

—Pues yo tampoco lo entiendo.

—Mírame. Soy una mujer mayor. Ya no soy la misma de antes, estoy enferma y achacosa —admitió—. Me preocupa morir y que Brad y Maddy se queden solos. No es justo lo que Hanna hizo con ellos. Brad cree que Maddy fue la única traumatizada con su abandono. Pero ¿qué hay de él? Es un hombre joven aún, tiene todo el derecho del mundo a ser feliz y encontrar el amor. Además, Maddy está pequeña.

»Mira cómo se puso hoy con lo que pasó. Imagina lo que sucederá cuando yo muera. Ellos necesitan a alguien a su lado y tú también. Ahora tienes a un hombre que te ama y quiere hacerte feliz y… una hija. Tal vez sea muy pronto para decirlo, pero de seguro tú misma lo has pensado. Maddy es una niña dulce y cariñosa, ella ya te quiere. Los niños son así. Ellos no le ponen peros al amor ni se complican con tonterías como los adultos. Pronto te verá como una madre.

—¿Pretende seguir manipulándome?

—Pretendo hacerte entender que lo que sucedió no es nada malo.

—De acuerdo, entonces se lo haremos saber a Brad.

—Sabes que no lo entenderá.

—¡Exacto!

La camioneta de Brad se escuchó a lo lejos. Megan clavó los ojos en la ventana a pesar de que esta no daba a la calle.

—Megan, entiende que no hay necesidad de que él se entere. Si en verdad estás enamorada, no hay nada de malo. Conseguiste entrar a su corazón por quién eres, yo no tuve nada que ver en eso.

—¡Nuestra relación es fruto de su plan!

—¿Eso es lo que crees? Yo solo te abrí los ojos para que le dieras una oportunidad.

—Fue muy insistente.

—Los hechos han demostrado que tenía razón al serlo.

Megan no podía creer lo que había sucedido. Desde el principio había sabido que era un error involucrarse con la señora B. Sin embargo, cuando empezó a notar que Brad parecía una buena opción, dejó sus reparos con la mujer y accedió a que la aconsejara.

Becky tenía razón en que ella solo se había limitado a aconsejarla. Pero de cualquier manera eso le parecía deshonesto a Megan y se sentía culpable por haber sido parte del juego. Porque

Megan sabía que si la señora B. no hubiera iniciado su plan ella habría pasado por la vida de Brad sin dejar ninguna huella.

Megan ni siquiera estaba segura de haberse fijado en él si la mujer no hubiera sembrado la idea de que él era su hombre perfecto. Becky la había invitado al restaurante para dejarla plantada, sabiendo que él estaría ahí con Maddy y que las probabilidades de cruzarse eran altas.

Brad llamó a la puerta antes de entrar a la habitación.

—¿Qué tal la charla? —preguntó a las mujeres.

—Esta chica es un encanto —contestó Becky con gesto alegre.

—Bueno, lamento interrumpirlas, entonces. Es hora de que descanses, abuela.

—Claro —aceptó la mujer de buena gana. Luego se volteó hacia Megan para agregar—: Fue un gusto conocerte. Me alegra que mi nieto por fin encontrara a la mujer perfecta para él.

—Hasta luego —se despidió Megan, deseosa de salir de ahí cuanto antes.

Brad se dio cuenta de que Megan estaba seria y algo nerviosa.

—Siento que la hayas conocido en estas circunstancias —le dijo a Megan—. Te quiero —agregó.

Megan se sintió morir al escuchar esas palabras. La noche anterior él no se lo había dicho y Megan deseó que tampoco se lo hubiera dicho en ese momento. Se sentía culpable. Necesitaba alejarse, pensar con la cabeza fría y tomar una decisión.

Brad se inclinó para depositar un beso sobre los labios de ella.

—Tengo un dolor de cabeza terrible —mintió Megan—. Supongo que por el champán. Voy a pedirle a Gina que me lleve a casa.

—Puedo salir a comprarte algo de ropa y analgésicos...

Megan se apresuró a negar.

—Tu abuela y Maddy te necesitan más que yo.

21

La semana continuó con normalidad. Brad estaba tan ocupado con los últimos detalles de la casa que él y Megan tenían tres días sin verse, desde la despedida en la casa de Becky. Megan también le había dicho que estaba saturada con el trabajo, por lo cual era la excusa perfecta para mantenerse lo más lejos posible.

Había pensado mucho sobre lo sucedido. No había vuelto a hablar con la mujer a pesar de que ella la había llamado en varias ocasiones. Sin embargo, a Megan el tiempo se le había acabado. Brad venía en camino. Acababa de avisarle que iba a buscarla, la casa estaba terminada y quería que la fuera a ver de inmediato.

Megan tampoco le había platicado a nadie más lo sucedido, ni siquiera a Patsy que sí conocía sobre la señora B. Quería tomar una decisión por sí misma y hacer lo que ella considerara correcto.

La señora B. tenía razón en algo: las intenciones de Megan eran buenas. Por supuesto que no quería hacerles daño a Brad y a su hija. Ella en verdad estaba enamorada y su cariño por Maddy era genuino.

Aun así, sabía que la relación con Brad no había nacido de la casualidad. De alguna forma la señora B. había movido las fichas. La mujer había manipulado la situación. Megan se preguntaba si también había manipulado a Brad e incluso a Maddy de algún modo.

Salió al encuentro con Brad cuando lo escuchó llegar. Se le removió el corazón. Brad lucía cansado y ojeroso; pero su sonrisa era todo lo que ella podía ver. Estaba feliz.

Brad se bajó de la camioneta, fue hasta ella, la tomó en brazos y la besó.

—¿Estás lista?

Megan abrió la boca para hablar. Le iba a contar lo sucedido, necesitaba hacerlo y quitarse ese peso de encima. Una relación no podía ser sólida si había secretos… Se le nublaron los ojos por las lágrimas.

¿Y si la señora B. tenía razón?

¿Y si Brad no lo entendía?

Ni siquiera ella podía entenderlo.

—Me muero de ganas de verla —mintió.

—No te lo vas a creer. Anda, vamos.

Era una maldita cobarde, esa era la verdad. No había tenido el valor suficiente para contarle a Brad lo sucedido.

Justo en ese momento recibió una notificación en el teléfono. Era un correo electrónico de la señora B. Brad estaba concentrado en la carretera, por lo que ella se atrevió a leer lo que le había enviado la mujer.

Tienes a Brad en tus manos. No lo dejes ir. Una oportunidad como esta no se va a volver a presentar. No hagas algo de lo que te puedas arrepentir.

Brad no se había equivocado. En efecto, Megan no se podía creer lo que estaba viendo. A pesar del estado en que ella se encontraba, fue capaz de apreciar la belleza que tenía frente a sus ojos.

La casa se alzaba majestuosa en lo alto de una colina. Aunque la esencia era la misma, Megan sentía como si se tratara de una casa diferente. Todo estaba impoluto, como si se tratara de una construcción reciente. Ya no se notaban los estragos del clima, el abandono y el tiempo. La madera y cristales brillaban.

Megan bajó de la camioneta, con las manos en el pecho. Su corazón saltaba agitado. El enorme porche había vuelto a la vida. Las mecedoras habían sido todo un acierto.

Megan cerró los ojos y se vio ahí. Feliz, riendo, viviendo. Junto a ella estaban Brad y Maddy.

Abrió los ojos de nuevo. Entonces la grandeza de la casa la sobresaltó. La verdad era que la única persona que viviría ahí sería ella. Suspiró ante ese pensamiento.

—¿Qué tal? —le dijo Brad a su espalda, colocándole las manos sobre los hombros.

—Ni siquiera puedo reconocerla.

—Sé que siempre soñaste con esto, Megan. Lo has conseguido.

Megan sintió un nudo en la garganta. Era cierto, siempre había soñado con una casa así donde pudiera ser feliz. Pero la casa nunca había sido lo más importante, era con quien la compartiría y las cosas que viviría en ese lugar.

Megan quería a Brad y Maddy en su vida. Quería compartir todo eso con ellos. Aunque fuera apresurado, lo sabía. Lo tenía tan claro como su amor por Brad.

Ella estaba en el lugar correcto, con las personas correctas. Había soltado sus miedos. Había aceptado su destino y había creado una nueva versión suya porque había tenido la fuerza suficiente para elegir ser feliz a pesar de todo. Ella era la dueña de su felicidad y no pensaba dejar que nada lo empañara.

La señora B. había actuado mal. Ella había actuado mal también. Pero nadie había salido herido, todo lo contrario, y al final eso era lo más importante.

Entrelazó su mano con la de Brad y sonrió, esta vez con honestidad.

—Gracias por ser parte de mi sueño —le dijo—. Vamos, me muero por verlo todo.

Brad guio a Megan por todas y cada una de las habitaciones. Para ella era como si se tratara de una obra de arte. No sabía decidir cuál era su lugar favorito. Estaba deseosa de mudarse y empezar su nueva vida. Así era como lo veía ahora.

Brad dejó la habitación principal en último lugar puesto que tenía una sorpresa para ella.

—Espera un momento —advirtió él.

—¿Qué pasa?

—Espera —repitió. Fue hasta ella, se colocó detrás y le cubrió los ojos con las manos—. Ahora sí, avanza.

Megan rio.

—¿Qué haces?

—Extiende la mano y abre la puerta —solicitó.

Megan siguió las indicaciones a regañadientes. Se quedó boquiabierta cuando unos segundos después él le permitió ver. En mitad de la habitación había una cama *king* alucinante. Era una obra de arte hecha a base de madera. Megan se acercó al cabecero, tapizado en cuero

color blanco con preciosos detalles en color plateado.

—Dios mío, Brad… Esto es…

Se volteó a mirarlo. Ni siquiera tenía palabras.

—Es mi regalo para tu nueva casa.

Megan se llevó las manos a la boca, sin dar crédito.

—No tenías que hacer esto…

—No, pero lo quería hacer. Por supuesto que, si no te gusta, podemos cambiarla y…

—Calla. ¡Me encanta!

Megan le rodeó el cuello con los brazos para besarlo. Entonces dejó ir las dudas y se prometió que el secreto que guardaba sería el único que tendría respecto a Brad. Nadie saldría herido. Las cosas estaban perfectas tal como estaban, no había necesitad de echar todo a perder con algo que no había lastimado a nadie.

—Me preguntaba si… —susurró Brad.

Tomó el lóbulo de Megan y lo mordió con suavidad, luego aumentó más la presión.

—¿Qué? —jadeó ella.

—No lo sé…

Megan le dio un manotazo.

—No te hagas el gracioso.

—Es solo una duda que tengo…

—¿Cuál?

—Solo quiero saber si, de casualidad, estás interesada en probar la cama…

Megan le echó un vistazo a la cama. El muy canalla incluso se había preocupado por comprar ropa de cama y almohadones.

—¿Quieres que nos echemos una siesta? —bromeó.

—Sí —susurró él—. Luego de que hagamos el amor.

La empujó hacia la cama, luego se subió él. Eran todo labios, lenguas y manos. Las prendas volaron por el aire mientras se llenaban de placer y se preparaban para saciar hasta la última gota de deseo.

Megan se derrumbó sobre el pecho de Brad cuando llegaron a la cúspide. Él le colocó una mano sobre la espalda, acariciando toda su columna vertebral al tiempo que ambos recuperaban el aliento.

Megan levantó un poco la cabeza para observarlo. Tenía los ojos cerrados.

—Quiero tenerte así para siempre —le dijo.

—¿Atrapado?

Megan sonrió.

—En mi cama. Así como estás en este momento. —Volvió a recostarse sobre su pecho, podía escuchar los latidos cada vez menos acelerados de él—. Te quiero.

—Yo también te quiero —contestó antes de darle un beso en el cabello.

—¿Brad? ¿Crees que es demasiado pronto para pasar al siguiente nivel?

El dedo con el que estaba trazando líneas sobre la espalda de ella se quedó congelado a mitad de camino.

—¿A qué te refieres?

Megan se giró para sentarse a un lado de él. Brad la contempló embelesado. Se veía tan hermosa que le cortaba la respiración. Tenía las mejillas sonrojadas, el cabello despeinado y estaba majestuosamente desnuda.

—Sé que es demasiado pronto, pero ¿qué te parece si vivimos juntos?

Megan no podía creerse lo que estaba diciendo. Sabía que era una locura, sin embargo, había sentido la necesidad absoluta de dejarlo salir.

—Por supuesto —se apresuró a aclarar—, sé que esto requeriría ajustes. La escuela de Maddy… Tu trabajo… Tu abuela… —Se cubrió los ojos con las manos, de pronto abrumada por la vergüenza—. Lo siento. Lo siento. Es una tontería. Tan solo estamos empezando y…

Brad se sentó frente a ella y la obligó a callar con un beso.

—¿Es eso lo que quieres?

Megan asintió.

—¿Lo quieres tú?

Brad sonrió.

—Al diablo los protocolos. ¿Y qué si es una locura? Bueno, a la mierda. Yo también quiero estar contigo y despertar cada maldito día a tu lado. ¡Estoy loco por ti! ¿Qué nos lo impide?

Megan rio nerviosa.

—Se supone que en todas las relaciones siempre hay un impulsivo y el otro se encarga de frenarlo para que no cometa locuras.

Brad besó su hombro.

—Estamos jodidos, entonces… porque no pienso frenarte.

Megan lo abrazó. Feliz y expectante por todo lo que les deparaba el destino.

—Dios mío, estoy tan feliz que quiero hacer una fiesta y que todos vean lo preciosa que está la casa…

—Hazla.

Ella lo miró con los ojos como platos.

—No puedo hacer una fies…

—Vendrán felices de la vida —la detuvo—. Si supieras lo mucho que hemos trabajado para que pudieras tener esta casa tan pronto como fuera posible. Tu padre igual con el establo. Ayer por la tarde vinieron tu madre y tu abuela a sembrar el jardín y se fueron muy tarde.

—Tienes razón. Este es un gran paso en mi vida. Además, he trabajado muy duro por ella. ¡Me merezco una celebración con todos los que me importan! —Dio un saltito de alegría—. Por cierto, no he visto el establo.

—Bajemos para que lo veas mientras organizamos la fiesta.

Megan lo atrajo hacia ella y le dio un largo beso.

Brad solo se puso el pantalón ya que Megan se adueñó de su camisa. Cuando terminaron de bajar las escaleras, ella se detuvo de golpe.

—Dejé el teléfono en la camioneta —recordó Megan.

—No te preocupes, voy por él. Si quieres adelántate.

Brad salió en dirección a la camioneta mientras ella fue hacia el establo que se encontraba detrás de la casa. El cercado que habían construido era más grande de lo que Megan pensaba y la misma impresión tuvo del establo. No había mucho que ver ahí, era como todos los establos, pero le hacía ilusión que fuera suyo y que su padre lo hubiera hecho junto a sus trabajadores del rancho.

Megan miró los tres encierros que había en el establo. Sonrió al pensar que podían comprar dos caballos más, uno para Maddy y otro para Brad. Dios, Maddy iba a volverse loca de contenta. Se lo platicaría a Brad más adelante, decidió, cuando hablaran con más calma sobre lo de vivir juntos.

Mientras tanto Brad observaba la pantalla del teléfono de Megan con desconcierto. Al tomar el aparato este se encendió en la aplicación que Megan lo había dejado, el buzón de correo

electrónico.

La intención de él no había sido revisarle el teléfono ni mucho menos, pero había leído su nombre y entonces sintió curiosidad. Se quedó de piedra cuando terminó de leer.

Tienes a Brad en tus manos. No lo dejes ir. Una oportunidad como esta no se va a volver a presentar. No hagas algo de lo que te puedas arrepentir.

¿Qué significaba eso? ¿Quién enviaba ese correo a Megan y por qué le decía esas cosas? Brad de repente se sintió extraño, algo no pintaba bien y lo sabía. Deslizó el dedo por la pantalla, comprobando que había un montón de correos más.

Tan solo los leyó por encima, no obstante, fue suficiente.

Incluso supo quién era el remitente. La única persona que podía saber tanto sobre él y estar interesada en que encontrara una jodida novia.

Brad cerró la aplicación de correo electrónico y fue hasta el establo. Sintió repudio al ver la sonrisa con la que Megan lo recibía y lo entusiasmada que se mostraba mientras llamaba a su familia y amigos y organizaba la fiesta.

Él se le limitó a seguirle la corriente mientras buscaba en su cerebro todo lo que había vivido con Megan, desde el momento en que la conoció hasta que descubrió su farsa.

No podía dar crédito. Había caído como todo un idiota en el plan de Megan y su abuela. Eso era lo peor, era una doble traición. Megan solo lo había utilizado y a su abuela no le había importado con tal de que él estuviera con alguien.

Megan se giró hacia él.

—¿Qué estás esperando para llamar a Maddy y tu abuela? —le riñó ella—. Supongo que les gustará… Al menos a Maddy.

Brad sonrió.

—Preferiría que Maddy conozca el lugar en otro momento. Está un poco resfriada y la fiesta será muy tarde, no quisiera que el resfrío empeore.

—Oh, claro, ni lo digas. No sabía que estaba enferma…

—Hemos hablado poco estos días.

—Tienes razón.

—Pero a la abuela de seguro que le encantará verte de nuevo.

—Claro.

Él notó incomodidad en Megan, por lo que siguió:

—Como prácticamente ni te conoce… Aunque quizá sí que se conozcan.

Megan se puso tensa, lo que provocó que a Brad le hirviera la sangre. Nunca le iba a perdonar lo que había hecho ni tampoco se lo perdonaría él si Maddy salía lastimada.

—El día que nos conocimos yo justo regresaba del rancho de tus abuelos. La llevé a ella a la boda de tu tía, son amigas… Quizá se hayan visto esa noche.

Megan se encogió de hombros.

—No recuerdo haberla visto antes.

—Qué casualidad, ¿no?

Megan asintió antes de disculparse para seguir llamando a los invitados. Brad, por su parte llamó a su abuela y la invitó, él mismo fue a recogerla.

Megan estaba tan entusiasmada y ocupada con la preparación y la fiesta que pasó poco tiempo con Brad. Lo que él agradeció.

Durante toda la noche se la pasó observando a Megan y Becky a pesar de que ellas casi no

se hablaron. Sin embargo, en varias ocasiones las vio dirigirse miradas.

Brad estaba tan furioso que le estaba consumiendo demasiada energía fingir que no pasaba nada. Se sentía como un estúpido al que le habían visto la cara sin siquiera sospecharlo.

No dejó de pensar en todo lo que había sucedido los últimos meses y arrepentirse de cada momento. Megan incluso había tenido la cara dura de fingir vergüenza cuando le pidió que vivieran juntos. No podía creer su hipocresía y frialdad.

Sin embargo, ella había cometido un error. Gracias a Dios, pensó Brad. Ahora sería él quien armaría su propia versión del juego y les daría una lección a las dos.

22

Megan estaba un poco incómoda, pero feliz. Brad le había dicho que había meditado toda la noche sobre el futuro de ambos y que ya sabía cómo proceder respecto a la propuesta de vivir juntos. Eso le encantaba, lo que la incomodaba era que iban a ir a almorzar a casa de Becky.

Si bien era cierto que Megan había decidido dejar pasar el tema «Señora B.», tampoco pensaba convertirse en la mejor amiga de la mujer. Necesitaría tiempo para sentirse más cómoda, si es que eso llegaba a suceder. Era evidente que no podía confiar en ella.

Durante su fiesta en la casa nueva, había tratado de evitarla a toda costa. La mujer se comportaba como si tal cosa, no obstante, Megan no era tan buena actuando y fingiendo. Tendría que ingeniárselas. Era la abuela de Brad y Megan no quería que sus reparos pudieran afectar en la relación de él y Becky.

—Hoy será un día especial —anunció Brad—. No lo olvidarás nunca.

Megan lo miró con suspicacia.

—Ah, ¿sí? —Él asintió—. ¿Qué te traes entre manos? Me estás empezando a poner nerviosa.

—Pronto lo sabrás. No comas ansias.

El resto del viaje lo recorrieron en silencio. Brad no parecía estar muy conversador y Megan no quería seguir insistiendo. Al llegar a la casa de Becky ambas mujeres se sorprendieron por la misma razón: Maddy no estaba.

Brad le había contado a Becky sobre la propuesta de Megan y le había dicho lo mismo que a Megan, que había meditado toda la noche sobre el futuro de ambos y ese día sería especial porque tenía una sorpresa para Megan. Fue debido a esto que a ambas mujeres les pareció extraño no ver a la niña en ninguna parte.

Megan había pensado que la pequeña estaba con su bisabuela mientras que Becky, por su parte, creyó que venía con la pareja. Brad les dijo que Maddy no estaría presente ya que estaba en una fiesta de cumpleaños de uno de sus compañeros de la escuela. Aunque a ambas les pareció extraño, ninguna tenía motivos para dudar de la palabra de Brad.

Becky había preparado el almuerzo, tal como Brad se lo había pedido. Los tres se sentaron a la mesa. Todo parecía normal, hasta que Brad empezó a encaminar la conversación al terreno deseado.

—Mi abuela es una mujer interesantísima —dijo él dirigiéndose a Megan—. ¿Puedes creer que trabajó por años como casamentera?

Megan se apresuró a cubrirse la boca con una servilleta pues estuvo a punto de atragantarse con la comida y le dio un ataque de tos.

—¿Casamentera? —dijo Megan con voz ronca por la tos—. Sí, qué interesante.

—¿Conoces ese trabajo?

Becky alzó una mano en alto, haciendo un gesto con el que indicaba que había que restarle el tema.

—No hablemos de tonterías, Brad.

—No es una tontería —refutó él—. ¿Verdad que es un trabajo fuera de lo normal, Megan?

Ella paseó su mirada de Brad a Becky.

—Sí. No sabía que era un trabajo —admitió.

—Pues sí y ganaba muy bien. Gente muy adinerada e importante la contrataba para que les encontrara pareja. ¿Puedes creer que alguien sea capaz de pagar para que otra persona le busque el amor?

—Encontrar el amor es cada vez más difícil —dijo Becky, defendiendo su trabajo.

—Claro, que lo diga Megan. —Ella estuvo a punto de volver a atragantarse—. Lo digo porque la pobre ha tenido una suerte terrible con los hombres. Aun no entiendo el porqué. Una mujer inteligente, exitosa, hermosa, honesta…

Becky frunció el ceño.

—Así es la vida —dijo Megan con una sonrisa.

—Mi abuela hubiera sido capaz de encontrarte al *hombre perfecto* en un suspiro —continuó Brad.

—Mejor hablemos del trabajo de Megan —se apresuró a decir Becky cuando vio la cara de terror de Megan—. Tu madre ayer me estaba contando acerca de tu joyería. Ella llevaba una pulsera diseñada por ti que era una verdadera preciosidad.

Megan agradeció que la mujer cambiara de tema. Sin embargo, Brad no pensaba dar su brazo a torcer.

—Abuela, ¿conocías a la madre de Megan? —preguntó antes de que Megan pudiera responder a Becky.

—No tenía el gusto.

—Justo le decía a Megan, que tú eres amiga de su tía Paris. Ella fue quien le hizo el collar que llevó el día de la boda.

—Gargantilla —corrigió Megan.

—Oh, sí, gargantilla. Siempre lo olvido. Qué curioso que ustedes hayan estado en esa boda y no se hayan conocido. ¿Quién diría que ahora estarían aquí almorzando juntas?

Becky se encogió de hombros antes de contestar:

—La boda de Paris fue todo un espectáculo, había muchos invitados y yo no me quedé hasta tarde.

—Es verdad —secundó Megan—. Había mucha gente que no conocía.

Brad asintió. No podía creer la facilidad con la que mentían. Él mismo había leído en los correos electrónicos cómo mencionaban el día de la boda y ahora fingían que no se habían visto y Megan se hacía la que no conocía el trabajo de la otra mujer. Suponía que Megan no le había pagado nada a Becky por hacer de celestina; aunque la verdad era que ya no sabía qué pensar de esas dos mujeres.

No había llevado a Maddy a la fiesta de Megan ni al almuerzo porque no pensaba volver a permitir que Megan estuviera cerca de su hija. Aún no sabía cómo le iba a explicar a la niña que Megan ya no sería parte de sus vidas. Se le encogía el corazón de tan solo imaginarlo.

Era por eso por lo que había reunido a ambas mujeres, les iba a dejar muy en claro lo que pensaba de ellas. Les haría creer que su plan había salido a la perfección y después las decepcionaría de la misma forma en que ellas lo habían decepcionado a él. Cuando terminaron de comer, decidió que era el momento correcto. Ya estaba harto de fingir que no pasaba nada.

Brad tomó la mano de Megan, quién se encontraba a su lado, y dijo:

—Estoy un poco nervioso. Este es un paso importante para mí.

Tanto Megan como Becky fruncieron el ceño.

—Megan, no paro de pensar —continuó— en tu ofrecimiento para que vivamos juntos. Sin embargo, yo soy un hombre tradicional...

A Megan se le aceleró el corazón cuando lo vio llevarse la mano libre al bolsillo del pantalón. Los ojos se le abrieron como platos al ver lo que ahora tenía en la mano. Era una pequeña caja color rosa pálido. Era, con toda seguridad, un anillo de compromiso. No podía estar equivocada.

Becky se llevó una mano a la boca. Le lanzó una mirada rápida a Megan y luego asintió. Megan apartó los ojos de la mujer y los clavó en Brad, que no se había perdido de los gestos de las mujeres.

—Megan —retomó—, ¿quieres casarte conmigo?

Ella se quedó sin aliento. Había imaginado desde muy joven ese momento, pero jamás había pensado que sería así. Creía que sería romántico, único... Algo bien preparado... Que la conmovería hasta las lágrimas y se lanzaría a su amado para besarlo mientras este le colocaba el anillo.

—Mmm —fue lo único que ella pudo balbucear.

Por todos los cielos, no tenía ni idea de qué hacer o decir. Si bien ella le había propuesto a Brad que vivieran juntos, en un arranque de impulsividad, y esa era una propuesta igual o más seria que el matrimonio, ella al menos lo había hecho en un momento de intimidad. Por alguna razón se sentía rara, mucho más estando la abuela de él ahí presente.

—¿Pasa algo? —quiso saber Brad al ver qué ella no contestaba.

Megan tragó con dificultad, intentó componer una sonrisa.

—No me esperaba esta propuesta.

—¿Te quieres casar conmigo? —repitió Brad.

Estaba analizando cada uno de sus gestos. Maldita fuera, debían de darle un Óscar por su actuación. Había montado todo ese plan para ese momento y ahora fingía que no se lo podía creer.

Megan deseaba pedirle a Brad que hablaran a solas, que no sentía que fuera lo correcto, que no quería aceptar… Santo cielo, ¡no quería aceptar casarse con el hombre al que amaba! Quería a Brad y se veía con él en un futuro, pero faltaba algo… No sabía qué, solo que algo que la había ilusionado durante tanto tiempo no podía sentirse tan forzado.

—Brad, creo que debemos hablar —dijo al fin—. A solas —concluyó.

La cara de Brad era un poema, no se había esperado esa respuesta.

—¿No te quieres casar conmigo? —soltó, incrédulo.

—Será mejor que los deje a solas —se disculpó Becky.

Brad se puso de pie de golpe.

—No, no vas a ir a ningún lugar —dijo a su abuela.

Becky arqueó una ceja. Brad no podía creer que ni siquiera le pudieran dar la oportunidad de vengarse.

—¿Estás bien, Brad? Has estado rarísimo todo el almuerzo.

Megan estaba igual de confundida que Becky.

Brad les lanzó una mirada de decepción, luego abrió la cajita que tenía en las manos. Megan frunció el ceño al ver que estaba vacía. Todo parecía tan surrealista que pensó estar teniendo un mal sueño.

—Está vacía —dijo ella.

Brad se encogió de hombros.

—Igual que tus palabras —respondió Brad.

—¿Disculpa? —agregó ella con tono ofendido.

—¿Quieren saber qué me pasa? —Dejó la cajita sobre la mesa—. ¿Acaso piensan que pueden seguir viéndome la cara como a un tonto? —Las señaló—. Ya lo sé. —Negó con la cabeza—. No puedo creer que hayan sido capaces de mentirme así. Sobre todo, tú —continuó, mirando a los ojos de su abuela—. Ella al menos era una desconocida, pero tú…

Megan se quedó de piedra. Becky, por su parte se mantuvo seria, controlando sus emociones, meditando la mejor forma de afrontar el tema.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó la abuela a su nieto.

—Todo. ¡Sé que urdieron un plan para hacerme caer como un idiota en una relación que no necesitaba ni quería! Ni siquiera se inmutaron al mentir…

—¡Eso no es verdad! —soltó Megan.

—No pretendas seguir viéndome la cara de idiota…

—Brad…

—No quiero volver a saber nada de ti.

Megan sintió como si le hubieran derramado un valde de agua fría encima.

—Brad, déjanos explicarte —retomó Becky.

—No hacen falta explicaciones. Vi los correos electrónicos —admitió con una sonrisa triste—. Así que no se conocían de nada ni se vieron en la boda…

—Las cosas no son lo que parecen —replicó Megan—. Yo no sabía que ella era … —Déjame arreglar esto, Megan —la detuvo Becky.

Megan la fulminó con la mirada.

—¿También las reconciliaciones son parte del trabajo? —comentó Brad con verdadera curiosidad a su abuela.

—Estás muy equivocado, Brad. Esto no es lo que parece.

—¡Por supuesto que no es lo que parece! —secundó Megan.

—Se les acabó el espectáculo, su mascota de circo ya no está disponible. —Se giró hacia Megan—. Espero no volver a cruzarme jamás contigo. —Dio la espalda a Megan para ahora dirigirse a su abuela—. A ti te seguiré viendo solo porque Maddy no soportaría que te apartara de ella, pero para mí estás muerta. Me traicionaste, me mentiste, pusiste la estabilidad de Maddy en juego al cruzarla en el camino de esta mujer… No pudiste mantenerte al margen, respetar mi decisión.

Brad no agregó nada más. Se marchó en silencio, a paso rápido, con todo el peso de la decepción y el dolor sobre sus hombros. Escuchó a ambas mujeres hablarle, pero ni siquiera las entendía. Lo único que quería era largarse.

Estaba a punto de subirse a la camioneta cuando sintió unas manos pequeñas cerrándose alrededor de su puño. Era Megan. Se sacudió de ella.

—Suéltame —ordenó.

—Tienes que escucharme.

—Te dije muy claro que no quiero saber nada de ti.

—Tengo derecho a darte mi versión.

Brad rio mientras por fin conseguía soltarse de ella.

—Tú no tienes derecho a nada. Eres una mentirosa. Manipuladora y cruel. —Sus ojos ardían por el enojo que sentía—. ¿Tienes idea de lo que voy a decirle a Maddy? ¿¡La tienes!?

—Se llevó las manos a la cabeza—. Porque yo no. Si mi hija llega a derramar una lágrima por ti…

—Brad, por favor solo escúchame. Yo no quería lastimar a nadie.

—Ya lo has hecho. Ahora veo todo tan claro… —Ella negó—. Sí que te sentó mal la menopausia —soltó con amargura sin importarle ser cruel.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Megan estupefacta.

—No sigas por ahí, Megan. Ya no es necesario que continúes fingiendo. No soy tan estúpido como para seguir creyéndote. Viste que ya no podías tener hijos y que el estúpido de tu ex salió corriendo como una gallina; entonces te pusiste manos a la obra…

Megan levantó una mano para detenerlo.

—¿Acaso insinúas que…?

—No lo estoy insinuando, lo estoy afirmando. He de admitir que fue muy inteligente. Mataste dos pájaros de un tiro. ¿Atrapar a un hombre con una hija pequeña? —Asintió—. Bien jugado. Casi lo consigues. Casi —terminó con evidente desagrado en su tono.

—Yo nunca intenté atraparte…

—Tú y ella lo planearon todo. ¡Leí esos correos! Por Dios, en la cabeza de quién cabe armar tanto teatro… Te pregunté si la conocías y dijiste que no mirándome a la cara. Ni siquiera me querías…

—¡Claro que sí! Entiende que las cosas no son como las estás diciendo. Sé que puede ser confuso, pero hay una explicación lógica para todo. Sí, te mentí, lo acepto y acepto mi culpa. Pero…

—¡Ni siquiera aceptaste casarte conmigo! —Rio—. ¿Te diste cuenta de que la mentira había ido demasiado lejos y no estabas lista para llevarlo al plano legal?

—Brad, tienes que escucharme.

—¿Algo de lo que vivimos fue cierto?

—Absolutamente todo. Nunca fingí mis sentimientos. La persona que conociste es quien soy.

—La persona que conocí es una egoísta a la que solo le importan sus cosas. Te salió increíble la actuación… En verdad me lo creí todo de principio a fin… —Desvió la mirada al recordar las cosas por las que ella se había robado su corazón—. Yo creía que en verdad te preocupabas por mí y por Maddy. Pensaba que sentías lo mismo que yo.

—No puedes poner en duda eso. Mírame. Brad, por favor, mírame. ¡Te quiero! Solo déjame contarte cómo sucedieron las cosas. Déjame decirte lo que en verdad pasó. Sentémonos a hablar. Es lo único que pido. Luego, tú decidirás. Te prometo que respetaré tu decisión.

—Aléjate de mí.

—Pero Maddy…

—No metas a mi hija en esto más de lo que ya la involucraste. ¡Ni se te ocurra acercarte a ella! Por Maddy soy capaz de todo, Megan, y si tengo que ponerte una orden de restricción, no lo dudaré ni un segundo.

Megan se sintió pequeña, sucia y malvada. Estaba temblando.

—No puedes dejar que esto termine así, Brad.

—Esto nunca existió, desde el primer momento fue una maldita mentira.

Brad abrió la puerta de la camioneta y se marchó tan rápido como pudo. Tuvo que obligarse a no mirar por el retrovisor. Necesitaba respirar para recomponerse; sin embargo, no tenía ni idea de cómo lo haría. Megan le había dejado muchas cosas negativas, pero ese hueco en el pecho era lo peor. ¿Ahora cómo se sacaría de la cabeza todas las ilusiones que había tenido? ¿Podría

borrarla de su mente?

Megan lo vio desaparecer con los ojos nublados por las lágrimas. Deseaba con todas sus fuerzas que solo fuera una pesadilla.

—No puedes darte por vencida —dijo Becky tras ella.

Megan se volteó, su dolor fue sustituido por la furia.

—Usted es la única culpable de lo que está sucediendo.

Becky no le reprochó sus palabras, en cambio dijo:

—Ahora está enojado y no quiere escuchar razones, pero debes luchar por él. Insistirle y contarle la verdad. Si quieres echarme toda la culpa hazlo, pagaré el precio que tenga que pagar, solo no permitas que deje ir esta oportunidad.

23

Megan tomó el teléfono, buscó en sus mensajes a Brad y abrió la conversación. Empezó a escribir, luego le dio a la tecla de borrar hasta eliminar todo. Lanzó el teléfono lejos.

Era inútil. Él no quería saber de ella y lo había dejado bien claro. Habían pasado dos semanas desde el almuerzo en casa de Becky. Lo había intentado, no se había rendido; sin embargo, era hora de que lo aceptara.

Lo había llamado, le había enviado mensajes y la última vez se había aparecido en su trabajo. Él la había corrido sin miramientos. Megan no podía olvidar esa imagen. Brad le había pedido que por favor lo dejara seguir adelante. Ya no había furia en su mirada, solo cansancio y derrota.

—Estoy intentando olvidarte —le había dicho—. Esto se acabó. Pasa la página y deja que yo pueda hacerlo también.

Había sido incluso más doloroso que verlo enojado atacándola. Porque entonces había visto cuánto lo había lastimado. Brad no le había dicho que ya no sentía nada por ella, no le había dicho que tenía a alguien más, tampoco que la odiaba… No, él lo que había dejado claro era que aún le importaba, a su pesar, pero necesitaba olvidarla y seguir adelante. Eso era mil veces peor.

«El mundo está lleno de parejas que jamás debieron coincidir y otras más que coincidieron, encajaron y nunca fueron», habían sido las palabras de la señora B. Megan se preguntaba cuál de esas parejas habían sido Brad y ella… Ya no estaba segura.

Al principio ella le había achacado toda la culpa a la señora B. Ahora comprendía que era una cobardía tal cosa. Que la señora B. y la abuela de Brad fueran la misma persona no cambiaba los hechos: Megan se había aventajado de que la mujer le ayudara con Brad y no fue honesta cuándo supo en lo que se había metido.

Tuvo la oportunidad de explicarle a Brad lo sucedido, el día en que le mostró la casa finalizada, y ella prefirió no hacerlo. Esa había sido su verdadera oportunidad. Así que no podía seguir acosando a Brad ahora.

¿Pasar página? ¿Cómo carajo haría eso? Ni siquiera era capaz de hablar de lo sucedido. Todos sabían que ella y Brad ya no estaban juntos por su culpa, solo que nadie sabía con exactitud el porqué. Habían respetado que ella no quisiera hablar del tema, ni siquiera Patsy había insistido.

A Megan se le detuvo el corazón cuando oyó que llamaban a la puerta, puesto que era casi medianoche. Bajó las escaleras con curiosidad, no había escuchado ningún auto acercarse.

Se quedó congelada al ver quién estaba en la puerta. Sin dudarlo, se lanzó a sus brazos y dejó escapar todo el llanto que había estado conteniendo. Derrumbada, vencida y triste. Aceptando que había hecho las cosas mal y merecía lo que le había sucedido. Esta vez la mala había sido ella, esta vez había sido ella quien le rompiera el corazón a alguien más…

—Lo siento tanto, cariño —susurró Paris a Megan mientras dejaba que su sobrina se desahogara.

—Por un estúpido error —sollozó— perdí al amor de mi vida… Era él, tía. Era él. Me equivoqué con los demás. Creí haberme enamorado antes, pero no tenía ni idea…

—¿Tan malo fue lo que pasó?

Megan se limpió las lágrimas e invitó a su tía a pasar.

—Supuse que lo necesitaríamos —dijo Paris mostrando una botella de Jack Daniel's.

Megan asintió, caminó hasta la cocina con su tía siguiéndola, colocó dos vasos con hielo sobre la isla mientras Paris abría la botella, la pelirroja sirvió los tragos, cada una tomó un vaso y brindaron.

—Déjame ir por el teléfono —anunció Megan a su tía.

Cuando regresó procedió a enseñarle los correos electrónicos a Paris. Quería ver la reacción de su tía sin que conociera el contexto. Que se enterara de la misma forma en que Brad se había enterado de lo sucedido.

—Pero ¿qué es esto? —quiso saber Paris cuando terminó.

—¿Qué piensas?

Paris meditó su respuesta.

—La señora B. es Becky, la abuela de Brad, ¿cierto?

—¿Cómo lo sabes?

—La conozco desde hace años, sé a lo que se dedicaba. —Suspiró—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Brad vio los correos. Por supuesto, no tenía ni idea de que ella y yo nos conocíamos.

—Ay, Meg…

—Es muy malo, ¿verdad?

Paris asintió.

—Hablaban de él como si fuera una cosa… ¡Hay una lista de todo lo que odia! Ella te decía qué hacer para conseguir reacciones positivas en él… Era como si te estuviera dando un manual o te estuviera entrenando.

Megan se tomó medio vaso de *whisk*y de golpe.

—Lo sé. Pero te juro que hubo muchas cosas a las que ni siquiera presté atención y cuando lo hice fue un desastre… La jodida lasaña. Dios, fue un fracaso total. ¡Él tuvo que cocinar la cena! —Megan había leído los correos un montón de veces, sabía lo mal que podía verse todo—. Respecto a ese correo que decía que debía ganarme a la hija para ganármelo a él, que lo estaba haciendo bien con el tema de los caballos…

»Tía, tú me conoces. Tengo debilidad por cualquier niño y Maddy es un amor. Está loca por los caballos, conectamos de inmediato. Yo no sabía que a ella le interesaban. Maldición, ni siquiera sabía que Brad tenía una hija. Esa mujer me puso una trampa para encontrarme con él, ahí supe lo de la niña. Nada de eso fue planeado.

Paris asintió.

—A ver, cuéntame todo desde el principio. Cuéntame todo lo que hay detrás de esos correos.

Paris escuchó la historia con atención, sin minimizar ni juzgar. Desde el día de la boda hasta el día en que Brad le pidió a Megan que lo dejara seguir adelante.

Estaba sorprendida de todo lo que había sucedido los meses en que no estuvo.

—Megan, esto no puede terminar así —dijo—. De acuerdo, lo de los correos es una mierda y haberle ocultado que habías estado hablando con Becky durante semanas, cuando descubriste quién era ella en verdad, también. Sin embargo, estaban enamorados… Los dos se merecen

hablar de este otro lado de la historia. Brad tiene que saber que, a pesar de tus errores, lo que sientes es real.

—No puedo seguir insistiendo. Ya lo intenté y no quiso. Debo respetar su decisión. No dije las cosas cuando debía decirlas, ahora es demasiado tarde. Yo habría podido detener esta bola de nieve y no lo hice. Lo lastimé. Cree que fue mi plan para no morir solterona y amargada. No es cierto, aunque parezca así no es cierto. Al principio yo no quería escuchar a esa mujer. Pero todo el mundo me decía lo mismo que ella: que por fin estaba con alguien que valía la pena y encajaba. ¡Los demás vieron esa conexión antes que yo!

—Esto es una mierda.

Megan asintió.

—¿Sabías que Becky era la abuela de Brad? —preguntó Megan a su tía.

—Sí. A Brad no lo conozco tanto como a ella, pero sí lo conocía desde antes de que trabajara para nosotros. Dios mío, Meg. Ojalá me hubieras contado sobre esto antes. Cuando mencionaste a esa tal señora B. no se me ocurrió que pudiera tratarse de Becky…

—No quería molestarte, ya me había portado suficientemente mal como para encima echarte a perder la luna de miel…

Paris arqueó las cejas con curiosidad al tiempo que se llenaba el vaso una vez más.

—¿A qué te refieres?

Megan masajeó sus sienes con los dedos.

—Me porté horrible contigo durante los preparativos de la boda.

—Disculpa, pero no comprendo.

—Me moría de envidia… Ni siquiera quería verte ni mucho menos hablarte. No disfruté nada, no pude sentirme feliz por ti. Solo deseaba que te casaras cuanto antes para olvidarme de la boda. Todo el mundo hablaba de la boda y yo solo quería que se callaran de una jodida vez.

Paris había notado a Megan distante en esa época, no obstante, no había pensado que fuera a causa de ella. Al principio había asumido que el comportamiento se debía a su ruptura con Jacob y luego a su situación de infertilidad, cuando en el almuerzo familiar soltó la bomba de que no podía ser madre.

—¿Por qué? —verbalizó Paris la pregunta que se repetía en la cabeza.

—No quiero poner excusas. Mi comportamiento fue terrible. Me avergüenzo mucho por ello.

—Si son ciertas, pon todas las excusas que sean necesarias.

—Sentía que mi vida era una mierda, no podía aceptar mi situación y lo injusto que me resultaba, las hormonas me estaban provocando ataques de pánico y episodios depresivos... —Entre más hablaba peor se sentía—. El día que me llamaste para contarme que te casabas, acababa de salir de la consulta con la doctora Donovan. Estaba deshecha y tú... tan feliz.

—Oh, Meg.

Paris se puso de pie y fue hasta donde se encontraba su sobrina, la abrazó con fuerza.

—No quería sentirme así, simplemente todo se juntó...

—Lo sé, cariño. Es evidente que no estabas en un buen momento. ¡No debiste afrontar todo eso a solas! De igual forma lo llevaste mejor de lo que piensas.

—Lo dudo.

—Claro que sí. Yo no supe que me odiabas. Noté que te alejaste, pero jamás me sentí atacada o algo así. ¿Alguien lo notó?

Megan negó.

—No, me preocupé de que nadie conociera ese lado oscuro.

—Pues eso es porque eres una buena persona, Meg. A pesar de todo lo que estaba pasándote, te preocupabas de que los demás no se vieran afectados por tus problemas. No me diste la espalda cuando te pedí la gargantilla. —Se detuvo al pensar en cómo debió haber tomado Megan esa petición—. Mierda, debiste odiarme en verdad cuando te pedí eso...

Megan suspiró.

—Lamento decirte que sí. Fue lo peor. ¿Sabes?, la terminé justo el día de la boda, lo atrasé hasta el último momento porque cada vez que lo intentaba me sentía horrible. Pensaba en lo feliz que serías en tu matrimonio mientras yo era infeliz...

Megan se detuvo de golpe. Abrió los ojos como platos. El alcohol ya estaba produciendo efectos en ella, su cerebro iba más lento y sentía la lengua pesada.

—Un momento —prosiguió—, ¿qué estás haciendo aquí?

Paris no debía estar con ella. Paris debía estar con Ryan. Habían planificado una luna de miel de seis meses en la cual recorrerían las islas griegas y parte de Europa y África. En ese momento deberían estar a mitad del viaje.

Paris tomó la botella de Jack Daniel's a la que ya le quedaba poco y se bebió todo el contenido directo de la botella sin si quiera pestañear.

—El amor es una mierda —contestó al dejar la botella sobre la isla.

—Ay, no —susurró Megan en respuesta.

Paris asintió, luego sonrió encogiéndose de hombros y un segundo más tarde se echó a llorar como una magdalena.

Megan nunca había visto llorar a Paris, mucho menos con tal intensidad. Estaba claro que ella no era la única a quién le estaba afectando el licor. Paris había tomado más, así que, esperaba que sus lágrimas fueran a causa de la borrachera. Estaba equivocada, por supuesto.

Paris comenzó a hablar entre hipidos y sollozos.

—Mi matrimonio fue un error.

—Tan solo llevas tres meses casada.

—Nunca debí aceptar... Yo no soy ese tipo de mujer...

Megan no entendía, le tomó algo de tiempo armar el rompecabezas. Paris se había casado por mero impulso. Ryan la había deslumbrado, cosa que era de admirar pues siempre era Paris quién deslumbraba a los hombres, no al revés. Lo había conocido en un museo y había quedado prendada. A pesar de ser mucho más joven que ella, Paris se había impresionado con su elegancia, inteligencia y forma de ser.

Era tan diferente a los hombres que la atraían que incluso le costaba admitir lo obsesionada que estaba con él. Su indiferencia era lo que la había retado. Estaba acostumbrada a que los hombres la llenarán de halagos, la admiraran y la desearan. Ryan había sido tan educado como frío. Al principio había asumido que quizás se debía a qué no era un hombre libre, pero cuando se dio cuenta que en efecto lo era no pudo comprender lo que pasaba.

Así que se empeñó en acercarse a él y romper las barreras entre ambos. Lo consiguió con más dificultad de la que quería admitir y cuando por fin lo tuvo sintió que no podía dejarlo ir. Cuando Ryan le pidió matrimonio, creyó que ese era su lugar, su destino. Porque él era diferente a todos los demás. Se había equivocado por completo.

Al principio de la luna de miel se había sentido feliz. Su nueva vida la emocionaba, pero pronto se dio cuenta que cada vez era menos ella misma. Adoraba a Ryan, lo admiraba y seguía pareciéndole un hombre muy por encima de los demás; no obstante, ella sentía que se había convertido en una más del montón. Ya no era la Paris libre, ardiente e indomable que siempre había sido.

—Amo a Ryan —aseguró—. Es un buen hombre y lamento habernos puesto en esta tesitura. Sin embargo, no puedo hacerme esto a mí. Nuestras formas de ver la vida son distintas, yo no puedo cortar mis alas por nadie más. Él merece a una mujer que tenga sus mismos objetivos. Es un hombre joven, guapo y bueno; lo superará.

Megan tenía el corazón hecho un nudo.

—Esto es mi culpa —balbuceó.

Paris arrugó la cara.

—Qué va a ser tu culpa. Yo fui la que me obsesioné al punto de perder mi centro.

—¡La gargantilla!

—¿De qué hablas? Estoy demasiado borracha para acertijos, Meg.

—La gargantilla que hice para ti era lo que representaba la prenda nueva en tu ajuar.

Paris asintió.

—Lo nuevo representaba la esperanza y el porvenir... Una belleza de joya, te luciste.

—Exacto, representa el futuro de la pareja y...

—Ya no hay futuro para nosotros. Al menos no como pareja.

—Ay, Dios. Lo sabía, lo sabía. ¡Se lo dije a Brad y no me creyó!

Paris no entendía nada.

—¿Podrías hablar claro?

—Te dije que hice la gargantilla con prisa, en el último momento. No fue un buen trabajo. Sabes que yo me comprometo con mi trabajo siempre, con ese no lo hice. Era el más especial de todos y no puse mi corazón en ello. Estaba claro que algo tenía que salir mal. Yo les atraje la mala suerte. No merecía la confianza que depositaste al pedirme lo del ajuar.

A pesar de que un gran porcentaje de las neuronas de Paris se encontraban en plena siesta, ella dijo:

—Santo cielo, Meg. No digas tonterías. Lo del ajuar es solo una tradición.

Megan negó.

—Pues visto lo que pasó con ustedes no parece una tontería.

—Tú solo tenías que dar algo nuevo y ya —sentenció Paris, con impaciencia—. Que estuviera bien o mal hecho es otro tema...

—Lo que pasa es que era de tan baja calidad que por culpa de Brad se rompió la gargantilla. Yo tuve que repararla de camino a la boda. Estaba rota, sucia y manchada. ¡No era algo nuevo!

Paris se encogió de hombros.

—Bien, entonces la culpa es de Brad.

Megan se quedó congelada en el sitio en el que estaba, sin palabras.

Era justo lo que Brad le había dicho esa vez. Él se había despedido diciéndole que si el matrimonio fracasaba lo responsabilizara a él.

—Por cierto, ¿por qué Brad rompió mi gargantilla? ¿Lo conocías de antes?

A Megan la borrachera se le esfumó de inmediato.

24

Brad se miró al espejo mientras se cepillaba los dientes. Se veía como si no hubiera dormido en una década y necesitaba afeitarse cuanto antes.

Salió del cuarto de baño directo a la cocina para preparar el desayuno de su hija. Maddy estaba en la ducha. Terminó justo cuando la niña salió. Se apresuró a ir a peinarla, dos coletas. Luego la sentó a desayunar al tiempo que él le preparaba la lonchera y se aseguraba de que llevara todo lo que le correspondía ese día.

—No echaste a Eclipse —dijo Maddy a su padre.

Brad levantó la mirada de la mochila de la niña y la clavó en sus pequeños ojos verdes. Eclipse era el jodido caballo de peluche que le había tenido que comprar y Maddy, en un ataque absoluto de originalidad, lo había nombrado Eclipse. Lo peor era que ahora quería ir con él a todas partes, a pesar de los intentos de Brad por escondérselo a ver si se olvidaba del bicho.

Lo había comprado por desesperación. Aunque Maddy no se había derrumbado, como él había pensado que sucedería, era evidente que lo de Megan le había dolido. Ya habían pasado dos semanas y ella seguía preguntando por la mujer.

—Claro —respondió Brad—. Lo olvidé.

Fue hasta el sitio donde había escondido el caballo, lo sacó y tomó la mochila para guardarlo dentro.

—¡No, espera! —ordenó la niña—. ¿Todavía estás triste?

—No estoy triste.

—Tienes cara triste.

Brad hizo una mueca.

—¿Cómo se supone que es una cara triste?

Maddy hizo una mueca exagerada, pero era convincente. Brad apartó la mirada. Vaya mierda, hasta su hija lo notaba. No podía ser posible que unos cuantos meses atrás estuviera tan feliz y satisfecho y ahora se sintiera como si le hubieran arrancado una buena parte del corazón.

—Te puedo prestar a Eclipse hoy, papi. —Brad frunció el ceño—. Para que no extrañes tanto a Megan y dejes de estar triste.

A Brad se le encogió el corazón.

—Date prisa, Maddy. Ya casi es hora de salir.

Brad enterró al caballo en el fondo de la mochila de su hija. Agradeció que ella no insistiera ni siguiera tocando el tema.

Al final, era Brad quien lo estaba pasando peor. Maddy había tomado la noticia con sorpresa y se había puesto triste, pero no había hecho como si Megan no existiera. Por lo visto estaba demostrando más madurez que él.

Acompañó a Maddy a que tomara el autobús de la escuela como siempre. Luego regresó a

la casa y fue por sus cosas. Se le hizo un nudo en la garganta cuando vio el caballo de peluche sobre sus pertenencias.

Justo en ese momento alguien llamó a la puerta. Se llevó una mano a la cabeza cuando la abrió y vio a Megan de pie frente a él. Ella no dijo nada, no se lanzó de golpe a pedir una oportunidad, nada. Solo se quedó mirándolo fijamente.

—Te dije que no volvieras a buscarme —reprendió él.

Megan continuó sin responder. Se limitó a sacar algo de su bolsillo y mostrárselo a él. Brad miró hacia la palma extendida de Megan. Allí brillaban unos diamantes. Se trataba de una joya.

Hizo una mueca que dejaba claro que no comprendía nada en absoluto.

—Paris va a divorciarse de Ryan —explicó Megan.

Brad quedó todavía más confuso.

—¿De qué se trata esto?

—Es tu culpa.

La miró atónito.

—¿Estás bien?

—Tú lo dijiste, Brad. Dijiste que si el matrimonio de la tía Paris salía mal sería tu culpa. Tú mismo te responsabilizaste por lo que le sucedió a la gargantilla. ¿Lo recuerdas?

Brad se llevó una mano a la cabeza, entonces comprendió, más o menos, de lo que ella hablaba. En efecto, el jodido collar ese se había roto por accidente y ella se había puesto histérica diciendo que todo se echaría a perder porque ya no era una joya nueva… Al final él había bromeado al decirle que si algo salía mal sería su culpa.

—¿Lo recuerdas? —insistió Megan—. ¿Recuerdas el día en que nos conocimos?

—Sí.

—Te dije que las cosas se irían al demonio porque esa gargantilla estaba rota y ahora debía repararla. Contestaste que el amor no dependía de supersticiones, que si dos personas estaban destinadas nada lo impediría. ¿Aún lo crees?

—Claro que sí. No hablaba en serio cuando dije que me culparas a mí…

—Exacto. Tenías toda la razón, esta gargantilla no simboliza el fracaso de Paris y Ryan, tampoco te hace responsable de ello. ¡Pero sí tiene un significado para ti y para mí!

—¿De qué hablas, Megan? Basta ya. Por Dios, ¿cómo te hago entender que…?

—¡Cállate por un jodido momento y déjame hablar! Escucha bien lo que voy a decirte. Será la última vez que insista. Tú y yo estábamos destinados a conocernos. No lo planee yo ni tampoco tu abuela, fue el destino. —Brad abrió la boca para hablar, pero ella lo obligó a callar con una mirada contundente—. Había contratado tu constructora antes de siquiera saber quién demonios eras.

»Luego nos conocimos sin que estuviera planeado. Yo no descompuse mi auto para que el primer príncipe azul que me viera tirada en la carretera me rescatara. En ese momento no conocía a tu abuela. No tenía cómo saber que el hombre de la constructora, de quien no recordaba su nombre y me interesaba tres pepinos, iba a cruzarse conmigo justo ahí y luego me echaría una mano. Cuando te vi nunca pensé que volvería a hacerlo. Olvidé tu nombre cinco minutos después de despedirnos.

—No te creo.

—¡Qué me dejes hablar! —Megan estaba desesperada, la paciencia ya se le había agotado, se estaba jugando su última carta y no pensaba mostrarse débil ni un instante—. Yo te voy a contar todo lo que no decían esos correos. Ese día fue una mierda. Había trabajado contra reloj haciendo la gargantilla, esta se rompió a medio camino, mi auto dejó de funcionar, llegué tarde a

la boda, Patsy y Dan me tomaron por sorpresa con lo del embarazo y tuve un ataque de ansiedad.

»Tu abuela me encontró en el granero en plena crisis, ella fue quien me ayudó a recuperarme. Me escuchó y consoló. ¡Fue la peor etapa de mi vida y ella la primera persona a la que abrí mi corazón porque me hizo sentir segura! Me escuchó sin necesidad, me tendió su mano y me impulsó a salir de donde estaba. Jamás la había visto y ella no me dijo quién era ni por qué me conocía. Solo me dejó su número de teléfono y ni siquiera me dio su nombre. Para mí era la señora B. Después desapareció y no volví a saber de ella durante la boda.

—Pero luego la llamaste…

—Sí —admitió—. Ella me había dicho que podía ayudarme, aunque nunca me dijo en qué. La llamé el día en que regresé con la ginecóloga. Tenía mucha curiosidad de saber quién era esa misteriosa mujer y también quería darle las gracias por abrirme los ojos…

—Vaya que fuiste agradecida.

—La primera vez que me habló de ti fue durante esa llamada. Me pareció una locura y me asustó porque ella aseguraba que tú yo nos íbamos a conocer pronto. Ella sabía que yo te había contratado para la remodelación e insistió en que eras el hombre que yo siempre había buscado. Imagínate el susto que me llevé cuando comprobé que al día siguiente te vería en la casa, que tu nombre coincidía con el que ella me había dado… Por eso Patsy estaba conmigo, no tenía idea de qué sucedía y me asusté de que una extraña me hablara tan como lo hizo tu abuela. Sabía cosas de mí que no debía saber.

—Pero ya nos conocíamos.

Megan asintió.

—Exacto. Solo que tu abuela no lo sabía. Sí, ella ya había decidido encontrar a alguien para ti y me había seleccionado a mí; sin embargo, no tenía ni idea de que ya nuestros caminos se habían cruzado. Nunca lo supo.

Brad estaba meditando cada palabra de Megan. Era cierto que ella no había podido planear la forma en que se conocieron.

—El encuentro en el restaurante de pizza fue premeditado, no fue una casualidad que estuvieras ahí.

—Sí, no obstante, yo tampoco tenía idea de que volveríamos a encontrarnos. Tu abuela había seguido insistiendo a pesar de que yo le dije que no quería nada de ella —prosiguió Megan—. Aseguraba que su único interés era ayudarme y me convenció para que nos conociéramos en ese restaurante. Me dejó plantada con toda intensión.

»Supongo que ella sabía que tú y Maddy estarían ahí y que nos íbamos a ver. Todo lo que sucedió en el restaurante fue espontáneo y natural. Incluso estaba intentando escabullirme sin que me vieras cuando pasó lo de Sheldon.

—No puedo creerte, Megan. Lo siento, pero esos correos demostraban que sí que hubo cosas planificadas.

Megan lo admitió. Le dejó saber que al final aceptó la ayuda de Becky.

—Entonces no hay nada más que agregar —concluyó Brad—, todo fue parte de un plan.

—No, porque ya había algo cuando acepté la ayuda de la señora B. Fue justo después del beso. Antes de que eso sucediera todo se dio solo. ¡Fuiste tú quien me besó! ¿Cómo pude yo manipular eso?

Brad miró a Megan detenidamente, se veía decidida y segura. Aún tenía la gargantilla en las manos y ansia en la voz.

—La historia de nuestro amor —continuó ella— es más amplia que lo que decían esos correos. ¿Quieres que siga diciéndote que más no fue parte de un plan? No le lavé el cerebro a

Maddy para que le gustaran tanto los caballos como a mí. No obligué a mi familia y amigos a que fueran amables contigo y te hicieran encajar en el grupo. Tampoco lancé a tu abuela por las escaleras. ¡No planee enamorarme!

Brad estaba sin palabras, los engranajes de su cerebro se habían paralizado. De pronto no se sentía tan seguro sobre la decisión que había tomado. Necesitaba tiempo. Que su maldita cabeza volviera a funcionar.

—Te voy a decir lo que sí hice y por lo único que puedes reclamarme. Sí, me aventajé de la ayuda que me ofreció tu abuela —dijo levantando un dedo para ilustrar todos sus errores—. Cuando descubrí quién era ella, lo oculté. —Levantó un segundo dedo—. Te mentí cuando me preguntaste sobre ella. —Agregó un tercer dedo a su cuenta.

—No es tan simple como eso, Megan.

Ella se mordió el labio.

—Dijiste que cuando dos personas estaban destinadas a ser el uno para el otro nada importaría. Yo agregaría algo más. Ambos deben querer, ambos deben ser lo suficientemente fuertes para asumir el riesgo. Entiendo que estés enojado, que te sientas traicionado y todo eso. Sin embargo, ya te he dado mi versión y me disculpo por haber causado todo este desastre. Nunca quise lastimarte. Acepto mis errores. No puedo hacer nada más. La pelota ya no está en mi tejado.

—¿Acaso ahora el malo soy yo?

—No dije eso. A lo que me refiero es que yo ya hice todo lo que está a mi alcance para poder rescatar lo que teníamos. Te he pedido perdón por mis fallos y ahora te toca a ti decidir si aceptas las disculpas o no.

—Yo ya me arriesgué por ti, Megan, y me fallaste.

Ella miró hacia el suelo. Era evidente que no había podido convencerlo, ahora sí debía admitir su derrota. Pasarían la página tal como él quería.

—El amor también es una elección, ¿sabes? Siempre van a haber problemas, discusiones, malentendidos, equivocaciones… Porque así es esto. Amar no es solo lo bonito y lo bueno.

Brad se metió las manos en los bolsillos mientras la veía alejarse. El corazón se le aceleró. ¿Estaba haciendo lo correcto? De repente tuvo la sensación de que no, algo en su interior le gritaba que no podía dejarla ir.

Megan había regresado decidida a decirle todo lo que él antes no había querido escuchar. Su versión no solo había sido creíble, sino que también lo había hecho sentirse como una mierda por no haberle dado la oportunidad de hablar.

Tenía claro por qué había puesto distancia entre él y la Megan que creyó manipuladora y oportunista… Sin embargo, ¿cuáles eran sus motivos para dejar que esta Megan arrepentida se marchara?

¿Acaso estaba dejando que sus miedos, una vez más, le cerraran la puerta al amor?

Echó a correr a toda prisa detrás de Megan.

—¡Megan! —exclamó para llamar su atención—. Espera.

El pecho de ella se notaba agitado, tanto como el de Brad.

—¿Qué? —susurró Megan, con un hilillo de esperanza en la voz.

—Esto.

Brad se inclinó hacia ella, tomó su rostro en sus manos y la besó.

El beso empezó tímido, lento; luego empezó a encenderse como una llama insistente.

—Necesito comprobar si esto es tal como lo recuerdo —susurró Brad antes de volver a besarla, esta vez con verdadero empeño.

Volver a besarla se sintió como llegar a casa luego de que una tormenta te tomara por sorpresa en mitad de la calle; era como volver a ese lugar cálido e íntimo en donde te esperaban una manta calentita, una chimenea y una taza enorme de chocolate espumoso.

Megan se abrazó a él y dejó en ese beso todo su corazón. Deseando que Brad estuviera sintiendo lo mismo que estaba sintiendo ella. No podía ser la única que notara esa sensación en el estómago y que encontrara en sus brazos un abrigo.

—¿Es cómo lo recuerdas? —quiso saber ella.

Brad acarició el rostro de Megan mientras observaba con atención cada uno de sus rasgos. Ella también se veía cansada y ojerosa.

—No tienes ni idea del hueco que dejaste…

Tomó la mano de ella y la colocó sobre su pecho.

Megan negó.

—Claro que lo sé, yo misma lo sentí.

Brad la abrazó y la besó en la coronilla.

—No sé qué decirte, Megan. Tienes razón, tengo miedo. He estado tanto tiempo solo que me acostumbré… Estos días me he sentido vulnerable y enojado.

—¿Cómo está Maddy?

—Mejor que yo, la verdad. Te extraña. Todos los días te menciona o hace referencia a cosas que tienen que ver contigo.

—¿Qué ha pasado con tu abuela?

—No la he visto.

—Creo que deberías hablar con ella. Es justo que escuches su versión.

—Por lo visto también te engañó a ti.

Megan le explicó la conclusión a la que ella había llegado. Quizá la abuela de Brad hubiera manipulado la situación de cierta forma, pero tenía razón en que ellos eran compatibles. Eso era indiscutible.

—Necesito despejarme —anunció Brad—. Ahora mismo mi cabeza es un montón de ideas sin forma.

Megan asintió.

—Habla con tu abuela primero. Luego tómate el tiempo que necesites.

Megan se alejó en silencio.

Brad siguió su consejo. Tras escucharla a ella, se había dado cuenta de que también lo merecía su abuela. Debía admitir que el enojo que experimentó al sentirse traicionado y utilizado lo había cegado un poco. Megan tenía mucha razón al decir que su relación era más que esos correos.

Becky se hizo responsable de todo. Su historia coincidía con la de Megan. Incluso le confesó que Megan no había sido la primera opción, antes de ella había descartado a otras mujeres.

Brad seguía pensando que lo que su abuela había hecho estaba mal. No tenía derecho a entrometerse en su vida sentimental y tenía que respetar la decisión que había tomado. No obstante, Brad era consciente de que él también se había equivocado al cerrarse en banda a rehacer su vida. Megan le había demostrado que todavía podía sentirse como un adolescente al enamorarse por primera vez.

Brad pasó el resto del día distraído. Intentó llamar a Megan en varias ocasiones solo que al final de arrepentía. Ella había dicho que ahora la pelota estaba en su tejado. Cada vez que recordaba el beso sentía un hormigueo en la piel. Eso era lo que quería sentir cada día de su vida,

decidió

Brad fue por su computador, buscó la página de internet de Megan y repasó todo el catálogo de productos que tenía disponibles hasta que encontró uno que lo convenciera, luego le envío el enlace a su secretaria para que ella hiciera la compra a su nombre. Se había asegurado de elegir una joya de la sección de piezas únicas. La compra llegó el día siguiente por la tarde.

Brad asintió al ver lo que había comprado, era justo lo que quería. Luego de salir del trabajo tomó dirección a Prince. Se conocía el camino a casa de Megan tan bien como el de su propio hogar. Se le aceleró el corazón cuando vio la casa en lo alto de la colina. La luz de la habitación de Megan estaba encendida.

Brad no tuvo que llamar. Ni siquiera se había bajado de la camioneta cuando vio a Megan encender la luz del porche y aparecer ante él.

—Hola —dijo él mientras subía los escalones.

—Hola.

Brad se llevó las manos al bolsillo. Estaba nervioso a pesar de que no entendía el por qué.

—He hablado con mi abuela y he estado pensando en todo lo que sucedió...

Guardó silencio. Había preparado un discurso claro durante el camino, ahora lo había olvidado todo. Genial.

—¿Y? —lo animó Megan.

—También quisiera disculparme. Fue egoísta e inmaduro no darles la oportunidad de defenderse.

Megan comenzó a respirar de forma acelerada.

—Disculpas aceptadas.

Brad se acercó un poco más a ella, aunque no estableció ningún contacto.

—Megan, yo... —La aludida tragó con dificultad, ahora ella también se encontraba nerviosa—. Te he echado mucho de menos. La verdad es que la vida no se siente igual sin ti. Creo que tenías razón, lo de nosotros lo dijo el destino, no pudo ser un plan. Lo que siento por ti ni siquiera lo sentí con Hanna y te juro que la amé. Pero esto es diferente.

—¿Estás hablando en serio? —dijo Megan, sin dar crédito.

—Te estoy hablando con el corazón en la mano.

Brad sacó de su bolsillo una caja color lavanda en la que había una bolsa de terciopelo del mismo color, de ella sacó una pulsera. Megan no fue capaz de apartar los ojos de las manos de él. Reconocía lo que veía, era una de sus piezas.

—¿Qué haces?

—Empezar de cero, de nuevo.

—No entiendo...

Brad tomó la pulsera con cuidado.

—Elegí está pulsera pensando en ti. —Era una joya clásica, discreta y femenina—. Es nueva...

—Claro que es nueva, yo misma empaqué ese pedido hoy. Lo recuerdo perfect...

Megan se detuvo de golpe al ver la sonrisa de él.

—Es nueva —repitió Brad.

Entonces Megan comprendió a lo que se refería.

—Nadie la ha roto, nadie la ha reparado. Bueno, eso espero —agregó al ser consciente de que no podía asegurar tal cosa.

Megan sonrió.

—Es nueva —afirmó.

—Bien, pues quiero regalártela. No creo en las supersticiones y tampoco pienso que esto vaya a determinar nuestro futuro. Sin embargo, quiero que sea el recordatorio de cómo empezó todo. Solo que este será un segundo inicio, sin accidentes esta vez. Algo solo entre tú y yo.

Megan se llevó las manos al pecho.

—¿Está mal que diga que es preciosa?

Brad rio, lo que liberó la tensión que tenía.

—No, porque es cierto. —Tomó la mano de ella—. ¿Quieres empezar de nuevo?

Megan asintió sin dudarlo. Brad le colocó la pulsera. Luego la tomó en brazos y la besó.

Sus labios ya se conocían de memoria. Brad la alzó en brazos, Megan le rodeó las caderas con las piernas.

—No tienes ni idea de lo mucho que te extrañé —dijo Megan mirándolo a los ojos.

—Te quiero y quiero que sea para siempre, Megan Murray.

—Qué casualidad, yo también te quiero justo así.

Brad entró con Megan en sus brazos. No pasaron del salón. Megan hundió sus manos en el cabello de él, lo atrajo hacia sí y lo besó con una pasión y ansia inesperadas. Brad la apretó contra sus caderas dejando claro que se sentía igual.

Se dejaron caer sobre la alfombra entre besos y caricias. Recorrieron cada rincón de sus cuerpos como si fuera la primera vez. Sin palabras se dijeron que se amaban y que estaban hechos el uno para el otro. No podía ser de otra manera.

Epílogo

4 AÑOS DESPUÉS

Megan estaba cocinando. Sí, cocinando. ¿Qué no era capaz de hacer una madre por sus hijos? Cosas inimaginables, por lo visto. Sobre todo, porque no lo hacía tan mal. Bueno, a veces sí. Iba a preparar macarrones con queso. Agregó la pasta al agua hirviendo mientras escuchaba afuera un coro de gritos, galopes y perros ladrando.

Tomó una toalla de papel y se secó las manos al asomarse por la ventana de la cocina que daba hacia el patio. Se le derritió el corazón al ver a Brad con los niños. No podía creer lo afortunada que era por su familia.

Maddy estaba en la pista de barriles. Puso a Oreo, su caballo, en posición.
Brad quién cargaba al pequeño Karim en brazos, se llevó un silbato a la boca para dar la señal de salida a Maddy.

La niña le dio la orden a Oreo de que galopara y este salió disparado a través de la pista que había construido Brad meses atrás. La dupla esquivó los tres barriles con éxito. Megan sonrió con orgullo, estaba segura de que Maddy había hecho un buen tiempo.

—20.943 —anunció Brad a Maddy.

Zahara, la hija mayor, salió corriendo hacia Maddy con un puño en alto.

—¡Tienes un récord, Maddy! —celebró.

La adolescente ayudó a su hermana Maddy a bajar del caballo, la tomó en brazos y la hizo girar en el aire.

—Serás la próxima campeona del condado —dijo Brad a Maddy con una sonrisa de orgullo tan grande que casi no le cabía en el rostro.

—Otra vuelta —suplicó Maddy a Brad—. Sé que puedo hacerlo mejor.

—Oreo debe descansar.

—Será la última, papá.

—De acuerdo. La última.

Maddy no mejoró el tiempo, pero estuvo a punto. La niña estaba decidida a convertirse en una corredora de barriles y tanto Megan como Brad la estaban apoyando en su sueño. No solo había demostrado ser obstinada, sino que también era talentosa. Su amor por los caballos no había desaparecido y estaba claro que no desaparecería.

Brad pasó a Karim a los brazos de Zahara para ayudar a Maddy con Oreo.

Megan saludó a Karim con la mano cuando vio que Zahara tomaba dirección a la casa. Grabe error. El pequeño de tan solo dos años estalló a llorar al recordar que tenía una madre. Megan suspiró y salió al encuentro. El llanto de Karim desapareció al instante una vez ella lo tomó en brazos.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Megan con voz suave.

El niño sonrió, olvidando el llanto, y extendió sus pequeñas manos morenas al rededor del cuello de Megan y recostó la cabeza en su pecho. Megan lo meció.

Zahara acarició el cabello de su hermanito mientras él empezaba a quedarse dormido.

—Maddy tiene un récord —susurró la chica a Megan.

—Sí, estaba viéndolos desde la ventana. Pronto volverá a mejorar su tiempo, estoy segura.

Zahara asintió, se colocó junto a Megan para observar a Maddy y Brad. La adolescente, quien solo tenía catorce años, tenía la misma estatura que su madre. Incluso Maddy, quién parecía haber heredado la altura de su padre, amenazaba con rebasar a Megan dentro de muy poco.

Maddy corrió hacia ellas. Megan se llevó un dedo a los labios para que no despertaran a Karim.

—Estuviste increíble —felicitó Megan.

Maddy sonrió contenta.

—En el último intento estuve cerca de mejorar mi tiempo otra vez.

—Tal vez mañana, cariño.

Maddy asintió. Brad se inclinó para dar un beso en la cabeza a Karim y abrazar a Megan.

—Pensé que estabas cocinando —dijo él a su esposa.

Megan abrió los ojos como platos y salió corriendo tan rápido como pudo. Deseó lanzar un juramento cuando comprobó que la pasta estaba demasiado blanda. Brad entró tras ella negando con una sonrisa burlona en la cara.

—Quédate con Karim, yo me encargo del almuerzo.

Megan fingió indignación, pero estaba encantada de dejarle el trabajo a su marido. Todavía sentía mariposas en el estómago cuando lo veía. Recordaba a la perfección esa primera vez que él había cocinado para ella. Sus vidas habían cambiado tanto desde entonces. Ahora tenían una familia maravillosa, llena de amor y felicidad. A Megan le costaba creer que había encontrado a un hombre encantador y era madre de tres niños.

Brad y ella habían empezado el proceso de la adopción de Karim y Zahara luego del primer año de casados . Había sido un proceso largo y frustrante a veces, pero un año y medio después habían conseguido adoptar a los niños.

Desde el principio habían decidido adoptar a hermanos y no habían puesto límites en la edad. No se arrepentían en absoluto. Los dos habían sido recibidos con amor por toda la familia. Maddy había sido la más feliz.

A Brad y Megan no les había importado el origen de los niños, eran sus hijos y se encargarían de que el triste y duro pasado de ellos quedara en el olvido.

Habían sido unas víctimas más de la Guerra de Afganistán y ellos se habían prometido que desde el primer momento en que los niños llegaran a su casa no tuvieran que volver a vivir la violencia y el horror. En lugar de eso, les habían demostrado que ese era su hogar, un lugar seguro en el que había paz, amor y todos los integrantes eran igual de importantes.

Los primeros meses habían requerido de mucha terapia, aprendizaje y paciencia. Nada que el amor verdadero fuera incapaz de enfrentar. Ahora parecía que se conocían de toda la vida. Los niños habían aceptado a su nueva familia y se notaba que por fin habían llegado al lugar correcto.

Brad se encontró con los ojos húmedos de Megan.

—¿Qué te pasa, estás bien? —le preguntó, preocupado.

Megan asintió con una sonrisa.

—Estoy perfecta. Solo estaba pensando en lo afortunada que soy. Tengo todo lo que siempre quise y soy inmensamente feliz.

—Somos —corrigió Brad antes de besarla.

Megan subió a dejar a Karim en su cuna. Luego bajó a almorzar y tras ello envió a Maddy y Zahara a prepararse. Ese día irían a pasar la tarde a casa de Patsy y Dan. A ellos también les había cambiado la vida mucho desde que su hijo Joel llegó a sus vidas.

Megan se puso a lavar los platos cuando las chicas subieron a hacer lo que les había pedido. Brad se levantó de su silla, fue hasta Megan y la abrazó por la espalda.

—Llevas puesto el Glossier You, ¿verdad? —dijo Brad al acercarse a su cuello y oler su perfume.

Megan sonrió.

—Te has vuelto un experto en perfumes.

Brad volvió a inhalar el aroma suave, almizclado, fresco y un pelín salado. Los perfumes de Megan se habían convertido en su adicción, siempre y cuando estuvieran sobre su piel.

Ella lo había descubierto y siempre sabía qué perfume elegir según lo que quisiera causar en él. Cuando su perfume era fuerte e intenso, Brad sabía que ella quería seducirlo y tomar las riendas. Esos eran sus preferidos. En las ocasiones en que llevaba aromas muy dulces o atalcados, quería que fuera él quien la sedujera.

La besó en el cuello y sonrió al ver que la piel de ella se erizaba.

—¿Crees que tu madre pueda cuidar a los niños mañana? —preguntó Brad.

Megan echó la cabeza hacia atrás, dejando más piel libre para que él estimulara.

—¿Qué tienes en mente?

—Hace mucho que no pasamos una noche… Ya sabes, completamente a solas.

Ella asintió con un jadeo.

—Voy a cuadrarlo.

Megan se dio media vuelta, lo abrazó por el cuello y lo besó.

—Te amo, Brad. —Volvió a besarlo—. Te amo con todo mi corazón.

Él sonrió, viéndola directo a los ojos contestó:

—Y yo te amo a ti. Fue una fortuna que el destino te pusiera en mi camino.

Sobre la autora

Mi nombre es Marcela Morales. Soy una soñadora, una loca que un día creyó que podía escribir, se atrevió y lo hizo.

Soy escritora costarricense de novela romántica y publico mis libros en Amazon con el seudónimo de Marcela Mouré. Tengo 28 años y estudié psicología.

Me gusta leer, cantar, ver pelis sin sentido, escuchar música que suena a felicidad y escribir cosillas.

Empecé a crear historias en el 2015 y desde entonces siempre tengo a un puñado de personajes en mi cabeza pidiendo que les dé vida.

Mis historias son relajadas, frescas y tienen la intención de poner una sonrisa en la cara de quien las lea. Escribo sobre personajes perfectamente imperfectos y amores bonitos.

Gracias por darle una oportunidad a mis letras y abrir un espacio a mis personajes y ocurrencias, espero que hayas podido disfrutar de ellos.

¡Qué tengas un día fantástico, no olvides sonreír!
¡Abrazos!

www.marcelamoure.com
Facebook
Instagram
Goodreads
Amazon

Otros libros de la autora

Tenías que ser tú

Valentino es la vergüenza de los dioses. Por eso ha sido castigado y ya no es el dios del amor. Ahora es un vulgar humano, da terapia de pareja y tiene a una insufrible semidiosa por niñera.
Natia odia a Valentino. No solo es un idiota arrogante, también es quien destrozó su vida. Pero debe ayudarlo porque su futuro depende de él.
Tan solo tienen dos meses para demostrar que Valentino merece ser el dios del amor. Él recuperará su lugar en el reino y ella, a cambio, recibirá lo que más anhela. El problema es que las cosas en la tierra no son tan sencillas como ambos piensan...

Disponible en Amazon y KindleUnlimited.
Consigue este libro haciendo clic aquí.

¡Puro cuento!

Alexa tiene una misión muy importante, debe convertirse en la princesa de Alessia.
Pero para eso necesita cumplir tres reglas:
1. Abrir la boca solo cuando sea necesario.
Difícil.
2. No asesinar a su futuro esposo, el príncipe.
Muy difícil.
3. No fijarse en el primer canalla que se cruza en su camino.
Imposible.
Por favor, qué podría ir mal…

Disponible en Amazon y KindleUnlimited.
Consigue este libro haciendo clic aquí.

Hasta que el contrato nos separe

Tess Cartwright se había marchado del pueblo dejando al pobrecillo de Tom Swanson con el corazón destrozado frente al altar. Ahora, doce años más tarde, ha regresado para heredar el rancho de su abuelo. Solo que para conseguirlo necesita, nada más y nada menos, que pedirle matrimonio a Tom.

Pero ese hombre a quien abandonó una vez ya no es ningún pobrecillo y ella no es en absoluto la mujer que quiere por esposa. Sin embargo, aunque ni todo el dinero del mundo pague casarse con esa maldita mujer, Tess tiene algo que él quiere y la única manera de obtenerlo es aceptando el matrimonio.

Solo han de soportarse por seis meses y al final del contrato cada uno tendrá lo que desea. ¿Qué podría salir mal?

Disponible en Amazon y KindleUnlimited.
Consigue este libro haciendo clic aquí.

Ni lo sueñes

Maggie ha descubierto algo: ha metido la pata y necesita huir.
Así que, ¿por qué no ir a buscar a esa misteriosa abuela millonaria que tiene?
Con la cara llena de moratones, una hermana adolescente exasperante y su siempre fiel mala suerte, se lanza en busca de su última opción.
Con lo que no cuenta es con vivir en una isla privada, ser el objeto de desconfianza de todo el mundo y tener al insufrible de Nate Thatcher como su niñera.
Nate ha descubierto algo: Maggie es una embustera de cuidado.
Pero él no es ningún tonto, podría notar la locura de esa mujer a millas de distancia.
Por encima de su cadáver va a permitirle a Maggie aprovecharse de su abuela y si en el camino le toca ponerse un poco cabrón… ¿Qué más da? La causa lo amerita…
Con lo que no cuenta es con que la intrusa es más inteligente de lo que parece, tiene un carácter del demonio y besa incluso mejor de lo que discute.

Disponible en Amazon y KindleUnlimited.
Consigue este libro haciendo clic aquí.